triunfo

AÑO XXXV • 6.ª EPOCA • NUMERO 11 • SEPTIEMBRE 1981 • 175 PESETAS

autobiografía

UNA VIDA EN TRES ACTOS

JULIO CARO BAROJA

MAR

narración de

MONTSERRAT ROIG

REAGAN EL ANTIROOSEVELT

EDUARDO HARO TECGLEN

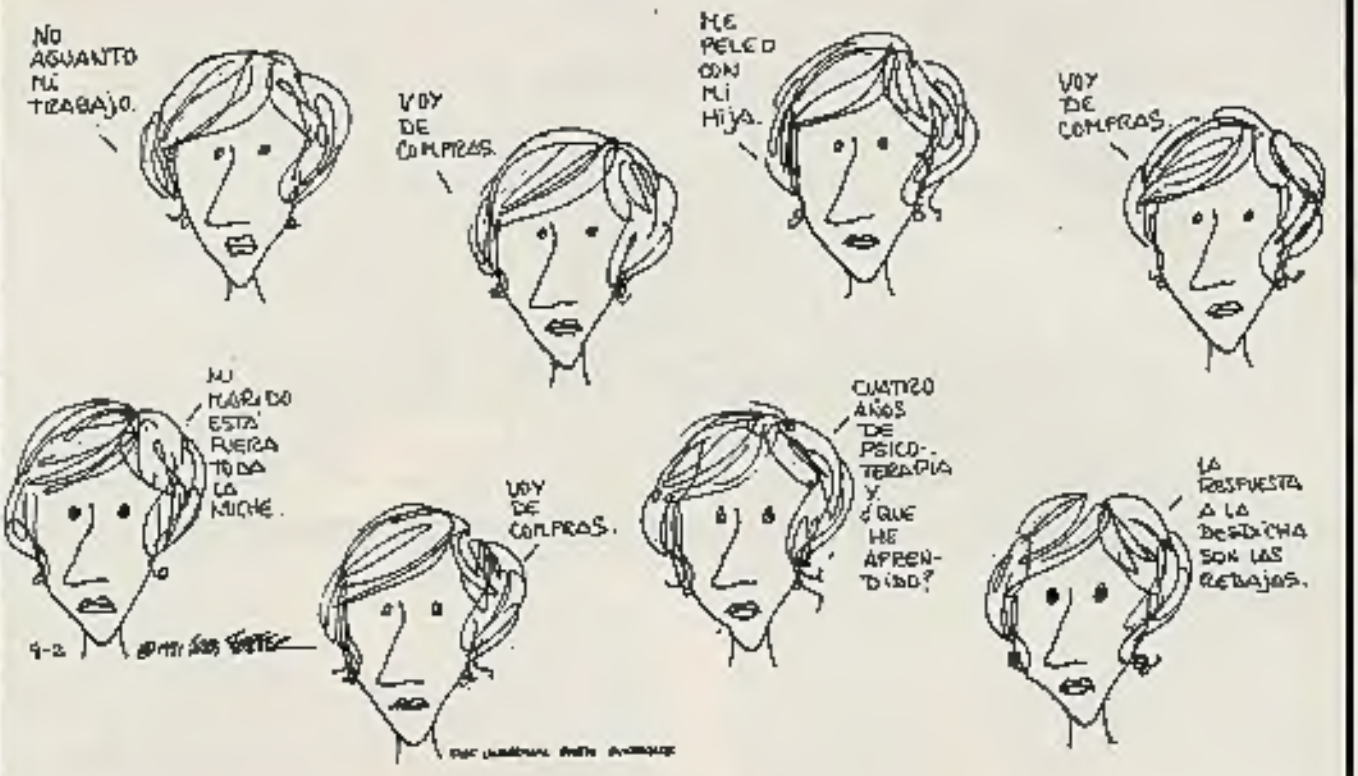
CARMEN LAFFON

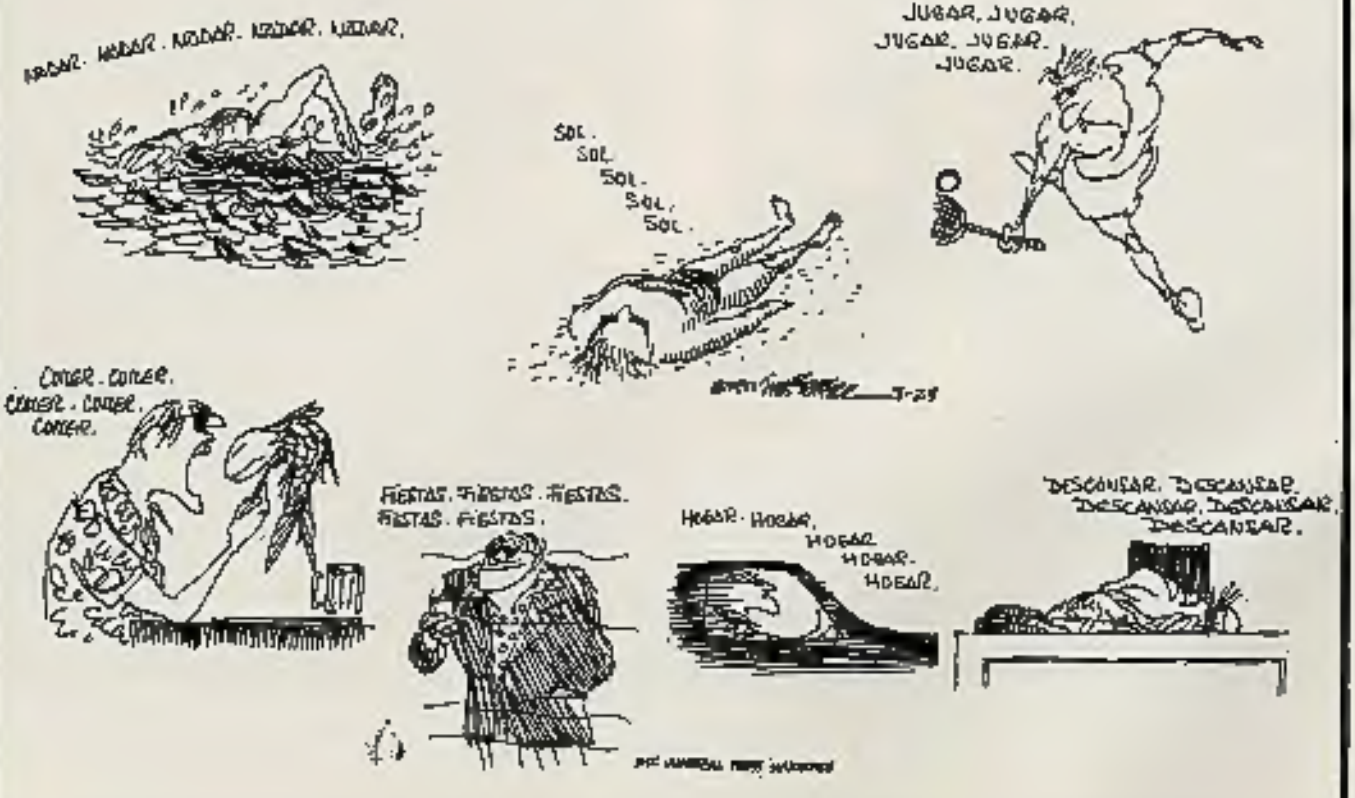
España hoy

VIVIR EN PROVINCIAS

FRANCISCO UMBRAL • JUAN CUETO • MANUEL VICENT

FEIFFER


NO AGUANTO MI TRABAJO.
VOY DE COMPRAS.
ME PELEO CON MI HIJA.
VOY DE COMPRAS.
MI MARIDO ESTÁ FUERA TODA LA NOCHE.
VOY DE COMPRAS.
CUATRO AÑOS DE PSICO-TERAPIA Y ¿QUÉ HE APRENDIDO?
LA RESPUESTA A LA DESDICHA SON LAS REBAJAS.


NADAR. NADAR. NADAR. NADAR. NADAR.
SOL. SOL. SOL. SOL. SOL.
JUGAR. JUGAR. JUGAR. JUGAR. JUGAR.
COMER. COMER. COMER. COMER. COMER.
FIESTAS. FIESTAS. FIESTAS. FIESTAS. FIESTAS.
HOGAR. HOGAR. HOGAR. HOGAR. HOGAR.
DESCANSAR. DESCANSAR. DESCANSAR. DESCANSAR. DESCANSAR.

triunfo

AÑO XXXV ★ SEPTIEMBRE 1981 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO

PORTADA

La portada de este número reproduce un cuadro de Carmen Laffon, pintora sevillana, una de las representantes más genuinas del realismo mágico. Nada mejor que este paisaje urbano para expresar la idea estética de la vida provinciana, con el decantado lirismo, la intimidad de colores, el fervor de descubrir matices secretos a la materia con que trabaja Carmen Laffon. Esta artista ha alcanzado una alta cotización en el mercado del arte, pero eso no la ha apartado de la sencillez que ella transmite y recibe de su obra.

2 FEIFFER

4 EDITORIAL, **NOS LLEVAN A LA OTAN.**
MEMORIAS DE UN NIÑO DE PROVINCIAS, Francisco Umbral.

8 **LA REGENTA, LA DICTADORA Y LA ESFERA ESPANTOSA**, Juan Cueto

12 **EL PARAISO EN NUESTRA INFANCIA**, Manuel Vicent.

14 **RETRATO DEL VIDEOFILO IMPENITENTE**, Cristina Peri Rossi.

15 **BESTIARIO**, Manuel Vázquez Montalbán.

19 ROMEU

20 UNA POLEMICA BIZANTINA **LAS CORRIENTES Y LOS CLUBS DE OPINION**, Fernando López Agudín

23 **LA FAMILIA Y SU REFORMA LEGAL**, Manuel Rico Lara

28 QUINO

29 **FABULA ONIRICA**, Pozuelo.

32 SOBRE EL «NEO-ROMANTICISMO» MUSICAL BRITANICO **LA MODA SE PONE DE MODA**, Agustín Tena

36 AUTOBIOGRAFIA **UNA VIDA EN TRES ACTOS**, Julio Caro Baroja.

45 **MAR**, Montserrat Roig.

57 CONVERSACION CON ANTONIO BUERO VALLEJO **EL MEOLLO DE LA ESPERANZA**, Víctor Márquez Reviriego.

63 FASCISMO BRITANICO **UN TOPO EN EL «NATIONAL FRONT»**, Emilio López Méndez.

68 **«MI NOMBRE ES PABLO POR ARTE DE PALABRA»**, María Esther Gillo.

72 CRONICA DE GENTES **FICHAS SUELTAS**, Víctor Márquez Reviriego.

74 **EL FLORILEGIO EN LA PINTURA DE PILAR COOMONTE**, Carmen Fernández Ruiz.

78 LOS MILAGROS SON EFIMEROS **REAGAN, EL ANTIROOSEVELT**, Eduardo Haro Tecglen

84 LOS ACCIDENTES SOSPECHOSOS **EL CRIMEN COMO RAZON DE ESTADO**, Rambo Cristóbal.

87 **DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN.**

«LA CAMARA CLARA»

El original de Roland Barthes que, con el título «La cámara clara» y traducción al castellano de Severo Sarduy, fue publicado en el último número de «Triunfo», correspondiente a julio-agosto (págs. 55 a 60), pertenece al primer capítulo de «La chambre claire», publicada en Francia por Editions du Seuil. La versión española de esta obra de Barthes será publicada próximamente en nuestro país por el editor Gustavo Gili.

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. SUBDIRECTOR: Eduardo Haro Tecglen. JEFE DE REDACCION: Víctor Márquez Reviriego. REDACCION: Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. COLABORACION: Juan Aizpuruan, Juan Aranzadi, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Beitbéo, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Ruiz-Giménez, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Ruibal, Robert Saladrigas, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. ILUSTRACIONES: Fuentetaja, Luis Arias, Honorat, Ricardo Zamorano. HUMOR: Peiffer, Quino, Ricardo, Romeu. DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Cassinello. CONFECCION: Luis M. Tumos. FOTOGRAFIA: Ramón Rodrigáñez.

ADMINISTRACION: CEMPRO Fuencarral, 85. Teléfono: 221 29 04-05. MADRID-4. SUSCRIPCIONES: Ver pág. 97. PUBLICIDAD: Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3-1.º A. Tels.: 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becker. Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 218 62 60 y 218 41 71. BARCELONA-12. IMPRIME: ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12.450. Fuencarral. MADRID-34. Tel.: 734 71 00. Depósito Legal: M-1.272-1958. ISSN 0211-2868. DISTRIBUCION: Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, km. 13,350. MADRID-34. EDITA: Prensa Periódica, S. A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables PRENSAPER. Télex. 43540 TRFO E.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1981. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos en cualquier forma sin su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 175 pesetas. Precio Canarias (incluido aéreo): 150 pesetas.

EDITORIAL

NOS LLEVAN A LA O.T.A.N.

Va a ser el gran tema de septiembre: la entrada de España en la OTAN. Si la oposición no viene de fuera –de los países de la organización, o de un acuerdo entre Estados Unidos y la URSS para mantener en el actual equilibrio la composición de los bloques militares– la decisión parece inevitable: UCD ha elegido los mecanismos parlamentarios convenientes para su viejo propósito. La misma noticia en que se establece el calendario –a partir de un dictamen del Consejo de Estado, y de un debate parlamentario que se supone para el día 20– dice, con la ingenuidad traidora del lenguaje espontáneo: «... superado el trámite parlamentario (...) el Gobierno presentará en Washington la propuesta formal...»: así, el Parlamento aparece como un **trámite**: una formalidad. Al que al mismo tiempo se atribuye, por conveniencias del caso, la soberanía suficiente, que hace por lo tanto innecesario un referéndum. No va a haberlo. Hay pocas dudas de que si lo hubiera la inmensa mayoría de la población se pronunciaría en contra: en razón del riesgo, en razón de la independencia y la soberanía, en razón de la falta de contrapartida en forma de alguna clase de beneficio, e incluso en razón de una ruptura de la muy antigua tradición española de la neutralidad. Pero ese referéndum negativo no sólo negaría el caso en sí, sino que dejaría en minoría a un Gobierno que, por sus compromisos, por su vocación de partido, por el deseo de mantenerse en el poder a toda costa, se ha metido de lleno en esa peligrosa vía; tendría que dimitir. Y habría que disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones generales. En las que tendría un resultado adverso.

Porque nadie niega evidentemente la soberanía del Parlamento (no la niega ninguna democracia y, sin embargo, en cuestiones de mayor gravedad se acude al referéndum) pero sí que en estos momentos su composición actual no representa exactamente las corrientes de opinión del país. Desde las anteriores generales no sólo el partido del Gobierno sino algunos otros de los presentes en él han sufrido grandes sacudidas internas y han emprendido vías que pueden no corresponder ya a la imagen que presentaron a sus votantes en las últimas elecciones. Han sucedido muchas cosas: desde por lo menos un intento de golpe de Estado y un recrudecimiento del terrorismo hasta la revelación de alguna corrupción asesina (como la del aceite desnaturalizado), pasando por las diversas lecturas de las autonomías. Un período de cuatro años es sin duda excelente para la renovación parlamentaria, en circunstancias normales. Las nuestras no lo son: hay muchos más movimientos políticos de los previstos por los antiguos programas electorales, y a veces en contradicción con ellos.

Pero, probablemente, ningún partido las quiere hoy. Unos porque temen perder; pero también alguno, quizá, porque teme ganar. Por eso no se va a forzar el referéndum; por eso, probablemente, se va a pasar por el **trámite** parlamentario con algún discurso violento y bonito, con una votación más o menos sabida de antemano. Y por eso no nos vamos a encontrar dentro de la Europa que suaviza sus fronteras y sus diferencias entre ciudadanos, que pesca, que busca una política común que defina al continente y que intenta abordar una solución común a sus problemas comunes; seguiremos privados de esta salida, pero entraremos en la Europa de la bomba de neutrones, de los «euromisseles», de los altos presupuestos militares.

No parece que tengamos defensa ante esta situación que, como muy bien dice el portavoz del Gobierno, supone la decisión más importante de los últimos años. Un problema de conciencia que debería ser más arduo que el del divorcio para los diputados y miembros de un partido que se supone a sí mismo apoyado en ese caso por el Consejo de Estado y por las Fuerzas Armadas: no debería parecerle suficiente.

HE vivido en una provincia, en una capital de provincia, Valladolid, casi desde que tuve uso de razón (si es que la razón se tiene alguna vez, o alguna vez se usa), hasta los veintitantos años. Puedo hacer, pues, la anatomía vagamente sociológica de la provincia, de cualquier provincia española, «toda España es provincia» y todas son la misma. Y (lo que es más grave), siempre son igual.

Cima de la delicia

Cima de la delicia:
todo en el aire es pájaro.
Jorge Guillén

Lo primero que se encuentra en la provincia, el joven intelectual de provincias, el joven poeta que nunca ha recibido una carta de Rilke, aunque sí, quizá, de Aleixandre, es un cielo local de pasado y cultura. Glorias provincianas, glorias nacionales, glorias mundiales.

Este cielo local, en mi caso, estaba habitado por don José Zorrilla, Martínez Villergas, Jorge Guillén, Miguel Delibes, Emilio Ferrari, Francisco Javier Martín-Abril, Nicomedes San y Ruiz de la Peña, más el paso entredudoso de Quevedo y Cervantes por Valladolid.

La mitología de la cultura local, en promiscuidad de grandes valores y valores municipales, en transvaloración consistorial de todos los valores, más el adunamiento de épocas, monumentos, calles, recuerdos, estatuas, cosas, hace que el artista adolescente pueda sentirse habitante único o protagonista futuro de una Atenas comarcal.

Así se cultiva el aldeanismo español, que en unas épocas de la Historia se llama regionalismo y en otras autonomismo y en otras nacionalismo y en otras federalismo, según. La España de las Españas. En Valladolid, el palacio de Vivero, donde se casaron los Reyes Católicos, la torre románica de la Antigua, «dama de las torres», según los poetas locales, el Museo de San Gregorio, el miguelangelismo en miniatura y madera de Berruguete, la portalada plateresca de San Pablo, el coro de San Benito, las casas de Cervantes y Zorrilla, media docena de siglos gloriosos, barajados y pisulantes, dan, daban a la ciudad una abundancia y pluralidad de tiempo y espacio que sólo el joven atónito podía ver en el sol quieto y vacío de los mediodías.

Porque, en provincias, los siglos no

«En la provincia, el mundo tiene cándida profundidad de espejo. No es que se transparente mejor el aire, más limpio, obviamente, sino que se transparenta el tiempo». En la foto, Valladolid, ciudad en la que el autor de este trabajo, nacido en Madrid, vivió durante su infancia y juventud.

MEMORIAS DE UN NIÑO DE PROVINCIAS

FRANCISCO UMBRAL

mueren. Ni las personas, quizá. Me lo decía una vez Miguel Delibes:

—Mira, Paco, la provincia es mejor para el novelista, porque aquí se ven las vidas completas. Ves a tu personaje nacer y morir.

El tiempo lento de la provincia, o la ausencia de tiempo, siendo un mal administrativo, es un bien colectivo en cuanto que todo está vigente/presente. De esta simultaneidad del tiempo en el tiempo, entrecruce de unos siglos con otros, me nació a mí la idea de «Los helechos arborescentes», libro en clave de anacronismo, pues el anacronismo es la clave de la provincia.

Esta idea mía, naturalmente, la han entendido mejor, como era de esperar, los franceses que los españoles, pese a ignorar, como han ignorado siempre, la Historia de España, elegantemente. Ya decía De Gaulle que los franceses no saben geografía. Tampoco saben otra historia que la suya. Y no del todo. Pero tienen instinto literario, son los griegos de nuestro tiempo, como dijo alguien, y han captado muy bien, en traducción, la naturaleza poética del anacronismo narrativo.

El espacio airoso

Qué alacridad de mozo
en el espacio airoso
J. G.

El espacio airoso de la provincia (en Madrid es mucho menos airoso por la altura de los edificios y, ahora, por la contaminación), hace asimismo que el provinciano se sienta directamente asistido por el cielo, como por la Historia y la Cultura y otras mayúsculas.

Todas estas excelencias, potenciadas por la pobreza o riqueza familiar de cada hombre joven, pueden llevarle al localismo furioso, al nacionalismo, al fascismo. Hace falta un cierto anchamiento intelectual para comprender, goethianamente, que uno no es más que su gran herencia, y que esa herencia hay que transformarla en otra cosa. La tendencia *natural* que da la provincia al niño de provincias es la tendencia al quietismo, al inmanentismo municipal, al fundamentalismo. En cualquier provincia española, varios siglos nos contemplan a

MEMORIAS DE UN NIÑO

todas horas, hasta cuando tomamos la sopa. Si esto no se administra bien en la cabeza, o hay un caudillo agrario-provinciano que nos lo administra mal, da inmediatamente la creencia topográfica de patria, la ideología como folklore, o a la inversa, y no otra cosa ocurrió con Valladolid y la gran leva de jóvenes falangistas que dio la ciudad en los años treinta. Muchachos de la alta burguesía agraria que defendían el trigo de sus mayores y muchachos de la pequeña burguesía que defendían al derecho de imitar a los otros. Con demasiada frecuencia –ay–, la rebelión de las clases medias se llama fascismo. Parece que Berruguete y el plateresco están detrás, justificándole a uno.

Hueste de esbeltas fuerzas

Hueste de esbeltas fuerzas
J. G.

Aquí habría que señalar, antes de seguir adelante, lo que José Antonio Primo de Rivera tomó (para prevaricarlo mediante una utilización política o, simplemente, por una utilización), no sólo de Rubén y Ortega, como dice el tópico, sino de la generación del 27.

Cuando Primo de Rivera habla de Castilla como «la tierra absoluta y el cielo absoluto», no cabe duda de que estamos leyendo a un lector de Jorge Guillén. O cuando dice: «Tendamos nuestros ojos, como líneas sin peso y sin medida, hacia el ámbito puro donde cantan los números su canción exacta.» Está claro: Valéry/Guillén.

Aquel prefascista leído estaba haciendo su retórica contrarrevolucionaria con el lenguaje de las vanguardias y los purismos, que eran más bien revolucionarios, racionales o irracionales. José Carlos Mainer ha estudiado bien el estilismo literario de la Falange, pero me parece que no habla de esto. Valéry, por entonces, no había llegado a las provincias españolas, claro, y Guillén apenas era conocido en su propia provincia, Valladolid. De modo que todo lo que «suena a nuevo» en la retórica joseantoniana, como decían los intelectuales de la Falange o intuían las levas juveniles con el oído halagado, no era sino reconversión y monetización, acuñación bélica, arsenal retórico (y no sólo retórico, ay) de un hombre que había leído más y mejor que ellos. Así es como la «hueste de esbeltas fuerzas» que Jorge Guillén (muy perseguido por los falangistas vallisoletanos) ve en el aire de Castilla, se nos transforma hoy en aquella hueste juvenil armada por Onésimo Redondo y estilizada por Sáenz de Tejada. Así se escribe –y se pinta– la Historia.

El mundo y el espejo

El mundo tiene cándida profundidad de espejo.
J. G.

En la provincia, el mundo tiene cándida profundidad de espejo. No es que se transparente mejor el aire, más limpio, obviamente, como hemos dicho, sino que se transparenta el tiempo.

La mirada del joven puede ir hasta los penetrales del tiempo provinciano, viajar cada tarde, solitario, por los siglos entrecruzados u ordenados como árboles añosos, en cualquier alameda junto al río. El artista adolescente (lo que luego será mañana rectora de una nación) se apropia así con facilidad de un pasado que se le incorpora, en un agregamiento dulce de saberes que, a más de leídos, circulan por la calle.

Esta carga de tradición de cada provincia española hace que el joven tienda muy fácilmente al «tradicionalismo». A entender el mundo como un ancheamiento de su pueblo o a entender su pueblo como el centro del mundo o lo que hay que oponer a éste: un escudo de piedra histórica frente a la modernidad. También entra esto, me parece, en la preferencia de Marx por el proletariado industrial, a la hora de teorizar, pues seguramente intuía (no recuerdo ahora si lo dice de manera expresa) que el ruralismo y la cultura pedánea son naturalmente más conservadores.

La provincia como mundo y el mundo como espejo –ciego o lúcido, allá él– de esa provincia que lo es todo. La provincia como espejo en que el mundo se mira, metrópolis enteras temblorosas en las aguas del Pisuerga o el Bernesga o el Carrión. Esto, un poeta como Machado, que hizo la lírica del aburrimiento provinciano, lo resuelve en poesía. Ortega, en denuncia. Esto, potenciado de manera beligerante por un caudillo local, entre los jóvenes sensibles de la pequeña burguesía, entre los artistas adolescentes e insatisfechos, ha dado una y otra vez el fascismo, el nacionalcatolicismo, etcétera.

El escritor vallisoletano Miguel Delibes dice que «la provincia es mejor para el novelista, porque en ella se ve al personaje nacer y morir».

Distancia y verdad

Las más claras distancias sueñan lo verdadero.
J. G.

A distancia histórica del pasado y a distancia geográfica del presente, de la capital, de los centros donde se juega la fama, el poder, la gloria, la popularidad, la política, la cultura (estructura piramidal de los nacionalismos), el joven de provincias sueña lo verdadero. Lo verdadero hacia atrás o hacia adelante.

De este sueño nacen tres caracteres más freudianos que bufonianos: el erudito local o pedáneo, el que se

lanza a la conquista de Madrid, de la Historia, del futuro, y el que se lanza a la conquista «resuelta anticipadamente» del pasado, en una aventura inmóvil.

Una ensayista francesa distinguía freudianamente, a propósito de novelistas y personajes de novela, entre el bastardo y el hijo pródigo. El erudito local es tipo que queda excluido por su inanidad a estos efectos. Tenemos, balzacianamente, el bastardo y el hijo pródigo. Hijo pródigo es el que retorna a los orígenes, a la provincia, mediante el rodeo de la universidad, la universalidad, o simplemente la capitalidad. Regresa de manera geográfica o, en su forma hernica, no regresa nunca, pero impone una política, una cultura, una forma de sociedad– desde el poder, desde alguna clase de poder– que no es sino la repetición a escala nacional de los valores locales que lleva en el alma. Franco, Fraga Iribarne, han sido jóvenes provincianos que quisieron dar a España la configuración clasista de su pueblo natal. El hijo pródigo, pues, socialmente, es un conservador, un involucionista, un reaccionario, un fascista o prefascista, que ha hipostasiado lo local en nacional –o universal– como vía hacia el Poder (Poder que no excluye, sino que incluye la convicción profunda en lo que se está haciendo).

Otro vallisoletano, el poeta Jorge Guillén. Su poema «Cima de la delicia» se va comentando a lo largo de este artículo.

Bastardo es el que reniega de sus orígenes, el que los ignora o finge ignorarlos, el que se siente raptado por el futuro y un día impondrá una literatura o una política de impronta nacional/universal. El que esta literatura o esta política estén reteñidas de referencia local (ruralismo de Mitterrand), revela que el bastardo sólo lo es en función de su progresismo, y que, aunque exteriormente desclasado o descastado, no ha perdido tierra, y en vez de hipostasiar demagógicamente valores topográficos o folklóricos (Tejero), deja que la sabiduría antigua y lugareña de su lugar pregne dulcemente –y pragmáticamente– su política o su escritura. Es, sencillamente, un hombre de raíces y no un hombre de banderas. El hijo pródigo se siente más patriota de su patria chica, de su provincia, porque en seguida saca la bandera. El bastardo, abanderado de nada, es consciente de sus raíces, que le alimentan en la sombra.

Bodas tardías con la Historia

Bodas tardías con la Historia,
que desamé a diario.
Hacia el sol, en volandas,
la plenitud se escapa.
Ya sólo sé cantar.
J. G.

Las bodas del conservador, del reaccionario, del integrista o del fascista –ricas faunas de la provincia– con la Historia y con su historia, suelen ser apresuradas, alborotadas y nada meditadas.

Eso es lo que da el patriotismo a ultranza, como concepto poco más que topográfico. Aranguren ha escrito recientemente que la poesía no es buena en política, y menos la poesía retórica. El natural lirismo retórico de la juventud (que raramente se traduce y explica en buenos versos), lleva a algunos jóvenes a confundir la emoción del paisaje (paisaje agromesurable, que siempre es de alguien) con la emoción de la Patria. Nadie nos explica, en provincias, cuando niños de derechas, que la patria son los hombres y, naturalmente, por cantidad y por calidad, los hombres del pueblo.

Las bodas tardías con la Historia son más propias del intelectual liberal o progresista: Guillén, «Bodas tardías con la Historia, que desamé a diario». Un día, en este poema, «Cima de la delicia», que vengo glosando/desglosando en este trabajo, y que fue una de las *iluminaciones* poéticas (y no sólo poéticas) fundamentales de mi adolescencia, un día, digo, Jorge Guillén comprende que la Historia, desamada a diario por el joven progresista, es lo que nos nutre, nuestra «gran herencia» goethiana, y el resultado literario de esto es que, luego, Guillén ha hecho muchos poemas históricos y culturalistas («Huerto de Melibea», inmediatamente posterior a *Cántico*). Pero el resultado más que literario, el resultado completo y complejo, total, existencial, es y está en cómo el hombre de mente progresista se va apropiando la Historia, no como una inmanencia, sino como un juego de irracionalismos racionalizable a posteriori (lo que no excluye algunas leyes históricas apriorísticas).

Antonio Machado –en la fotografía, con su mujer, Leonor Izquierdo–, hizo la lírica del aburrimiento provinciano.

Interesa, sobre todo, el instinto del intelectual progresista para encontrar en el pasado –que para la derecha inmanentista y provinciana es un todo–, los matices, los gérmenes de futuro. «La Celestina», que para la cultura de derechas así llamada es «una joya de nuestra lengua», o cualquier otro tópico, para Américo Castro es una clara, alta, oscura y lírica expresión del conflicto judeocristiano en la España medieval/renacentista.

«El Quijote», que para el inmanentismo es un libro militar, para la inteligencia en marcha es una ironía del Imperio ya decadente. Góngora, que para la crítica «de derechas» (perdón por el simplicismo) supone el reciclaje de la mitología clásica, para los críticos y poetas del 27 (germen literario de la II República) es un renovador, un innovador, un moderno. Zurbarán, El Greco, Goya, admiten una lectura clásica, mística o

MEMORIAS DE UN NIÑO

costumbrista, que es la que les hace siempre en provincias el erudito local o el guía del museo. Pero Zurbarán es el precursor del abstracto, y sus calidades de blanco sobre blanco y pliegue de sombra/luz las ha aprovechado recientemente Clavé con un efecto de cartonajes industriales. Del Greco nace todo el expresionismo centroeuropeo de este siglo, como de Goya nace el impresionismo francés del XIX. La lectura provinciana de la Historia y el arte no es inmanentista por culpa de la provincia, claro –¿qué es la provincia?–, sino por el feudalismo intelectual, por el enfeudamiento clasista en que vive la pequeña ciudad.

Dos, son, pues, para mí, los condicionantes del quietismo/inmanentismo de tantas provincias españolas (y francesas, por ejemplo). A saber, el sistema de castas, mucho más gravitante en un mundo pequeño y cerrado, y el peculiar perspectivismo de la provincia, que es más bien una falta de perspectiva, un tener toda la Historia encima, en piedra o tiempo, formando cuerpo con uno. Y alma.

Cuando las provincias, las regiones, las regionalidades, las nacionalidades, deciden rebelarse contra esto, como ha ocurrido ahora con la transición, no siempre lo hacen con rigor, coherencia, claridad y cadencia. El ministro Martín Villa ha distinguido no hace mucho entre autonomías «legítimas y folklóricas», o algo así. La distinción no es afortunada, pero lo cierto es que el folklore (cultural o folklórico) ayuda y estorba el llevar adelante una autonomía.

La España de las Españas es algo que la democracia y la libertad debieran dar sencillamente, como hecho consumado. Las fórmulas a tenazón, de la derecha, de la izquierda y de los propios autonómicos, son prematuras, insuficientes, confusas y frustrantes.

Pero tienen un gran valor de síntoma: la provincia, por un lado, quiere dejar de serlo, y, por otro, se afirma y reafirma como tal provincia (estilizada en «nacionalidad», incluso) ante el resto de la cartografía.

El bastardo y el hijo pródigo, ahora a nivel colectivo. El que quiere que la Historia pase por su provincia, como una carretera general, y el que, *bastardo* meliorativamente entendido, quiere que su provincia sea soluble (y resoluble) en la totalidad, más allá de las murallas medievales que se enseñan al turista. Las bodas tardías con la Historia, con la provincia, como toda boda tardía, lucen menos, pero duran más. ■ F. U.

LA REGENTA, LA DICTADORA Y LA ESFERA ESPANTOSA

JUAN CUETO

DECÍA recientemente el profesor Abellán en la presentación de su libro sobre la censura literaria en la España del franquismo que *La Regenta* no había sido autorizada hasta 1964 «por el mero hecho de ser Alas republicano o sospechoso de serlo». Es probable que ese haya sido uno de los «argumentos» explícitos de aquellos torquemadas con boina, pero estoy convencido de que también hubo otros dos motivos inconfesos para perpetrar tal barbaridad cultural. Por un lado, el premeditado y alevoso asesinato «legal» del hijo de Clarín en los primeros meses del golpe de Estado del general Franco y por orden expresa de éste, acusado el que entonces era rector de la Universidad de Oviedo nada menos que de haber presidido un mitin republicano en el que intervino Dolores Ibárruri; fusilamiento, por cierto, que en la época tuvo más repercusiones internacionales que el de García Lorca, como ya conté en otro sitio, y durante bastante tiempo fue aducido por el mundo libre como prueba sangrante de la barbarie de los sediciosos del 18 de julio; en segundo lugar, el hecho incontestable de que *La Regenta* fuera la novela por antonomasia de la crítica a un cierto tipo de *moral provinciana* que en las primeras épocas del franquismo había sido escogida como *moral dominante*.

Y es que el único modelo civil –no militar– que Franco conoció y vivió y, en el que después de muchas dificultades sociales logró colarse gracias a su casamiento con la actual señora de Meirás, fue precisamente el que ridiculiza la novela. No Oviedo, sino Vetusta. Acaso la teoría sea poco ortodoxa desde la metodología propia de los numerosos francólogos o pardólogos que nos rodean y agobian con sus eruditiones parciales, pero yo me la creo a pies juntillas: el escenario paradigmático de *vida social y comunidad urbana* que el dictador tenía *in mente* no era otro que el de aquella heroica ciudad que dormía la siesta de sus años de «comandantín»; mundo con pretensiones de alto copete social y resumen de los valores tradicionales de la vida provinciana. La Vetusta levítica y clerical, el paraíso de las clases media antiguas –esa gran «invención» sociológica del franquismo–, donde ejercía su implacable autoritarismo la *sociedad de familias*. Lo cual quiere decir que la ciudad de provincias que inspiró la pluma de Clarín fue la misma que inspiró la espada de Franco. Era «vetustense», ya digo, la única moralidad civil que el insaciable hombre de armas vivió y deseó con cierta intensidad; y «vetustenses», por encima de todo, eran los valores socia-

Leopoldo Alas, Clarín, criticaba en su novela* La Regenta *un tipo de moral provinciana que en las primeras épocas del franquismo fue escogida como moral dominante.

Hay dos grandes momentos del provincianismo en la historia reciente de España: el que se provoca en 1874 con la Restauración borbónica y el que se instaura a sablazos en 1936. En el dibujo, un café decimonónico visto por Méndez Bringas.

les, religiosos, económicos, simbólicos y estéticos –*kitsch*, por más señas– de la también muy influyente señora de El Pardo, hasta el caso de que la dictadora parecía un enjoyado personaje de *La Regenta* sacada de uno de esos capítulos en los que se describe sin muchas contemplaciones el costumbrismo de la alta burguesía provinciana, especialmente la sociedad de las fortunas de rango indiano con absurdas pretensiones aristocratizantes.

La edad de oro del provincianismo

Resumen de lo publicado. Hubo en la historia reciente de España dos grandes momentos del provincianismo: el que se provoca en 1874 con la Restauración borbónica y que se instaura a sablazos por el franquismo. Nada más «lógico», por tanto, que la novela que no deja títere provinciano con cabeza tuviera serios problemas con los títeres que intentaban meternos en la cabeza ideologías y culturas directamente derivadas de las pautas de comportamiento provinciano. No sostengo, líbrenme los clarianianos, que Franco haya plagiado *La Regenta*, entre otras razones porque su célebre afición por las marinas –y por «Marina»– le impedía practicar al hombre cualquier otro tipo de ocio, especialmente el poco rentable de la lectura; sólo digo que la ficción de Clarín expresaba algo más que un peculiar modo de vida ovetense: era el completo inventario del universo provinciano «a la española» –como *Madame Bobery* lo fue «a la francesa»– y que el proyecto de sociedad y de vida cotidiana que anidaba en el retorcido subconsciente del dictador tenía la forma inequívoca del costumbrismo provinciano de la época de la Restauración, aunque corregido y aumentado hasta delirantes extremos, quizá más propio para un sainete de Ricardo de la Vega que para una novela de Alas, Galdós, Miró o Baroja.

Desde esta perspectiva, si fue «novelero» el franquismo, adscribiéndose a un género literario que florece en el mundo entero la segunda mitad del siglo XIX, aunque esta vez «narrado» sin intenciones críticas. O sea, concebida desde El Pardo la realidad del país como aquellos escritores del género «novela provinciana» concebían sus escenarios: ciudades –dice el profesor García Domínguez– en donde no existe «cuestión social» porque únicamente tienen cabida los conflictos internos de una sola clase, la pequeña burguesía; siempre iguales a sí mismas, detenidas en el tiempo de las rígidas morales, apiñadas en torno a las sombras de catedrales que hace siglos dejaron de ser blancas; ciudades rutinarias, fanáticas, recoletas, encerradas y enterradas por sus propios muros, en donde nunca pasa nada, ni para bien ni para mal y «la lluvia se convierte en una distracción», que dijeron los hermanos Goncourt. La gran diferencia es que los escritores del género –Clarín y Galdós, pero también Flaubert, Gogol, Balzac, Proust, Tolstoi o Zola– levantaron esos planos sociales con tinta artística y desde inequívocas perspectivas liberales, mientras que la letra del «comandantín» carecía de ortografía histórica y chorreaba sangre. No contento con casarse con una de las más características familias vetustenses, el tipo intentó convertir a España en una Vetusta preclariniana, conservadora, familiar, clerical, balmesiana. Y también lo consiguió.

La influyente señora de El Pardo: un enjoyado personaje que parece sacado de La Regenta.

La edad de oro del provincianismo español fue sin duda la del franquismo. Incluso digo más: la gran ideología de la cuarentena, sobre todo

en los primeros lustros ochocientos estaba asentada sin ambigüedades en un concreto sistema de valores y comportamientos sociales típicamente provincianos. Porque lo que en definitiva implicó la dictadura fueron las rupturas violentas con el cosmopolitismo de los republicanos ilustrados, con el internacionalismo de las clases trabajadoras, con los plurales modelos civiles de convivencia, con los primeros intentos de insertar el mercado español en espacios económicos más amplios que el nacional, con el naciente espíritu europeo que por ejemplo intentaba la Institución Libre de Enseñanza y con la lógica sin fronteras de la dinámica industrializadora. O lo que es lo mismo: implicó el franquismo la vuelta a la cultura castiza, la implantación de los ideales anacrónicos, el delirio de la moral chauvinista, el cobijo del sistema caciquil, el auge de la sociedad familiar, el surgir de las clases medias antiguas y la apoteosis del clericalismo. Una idea de nación tramada a escala y semejanza de aquellas ciudades literarias de la vida provinciana, que, como se sabe, además de excelentes pretextos narrativos, constituían los espacios ideales para el desarrollo de los férreos modelos de control social, político, sexual, económico o cultural. Insisto: Vetusta como plano literario del franquismo. Pero una Vetusta de domingo y sin la posibilidad física de la presencia de los clarines.

La restauración de la Restauración

Ahora que tanto y tan mal se habla del centralismo como causante directo del actual galimatías autonómico no conviene olvidar ni por un instante que la más eficaz censura franquista contra los regionalismos o nacionalismos fue el provincianismo. La provincia como escenario «natural», del centralismo. Pero, sobre todo, el fomento de lo provinciano como bunker inexpugnable contra las razonables veleidades regionalistas o las peligrosas actitudes independentistas. Dicho de forma más grosera, ya que de groserías hablamos: la restauración de las maneras y pautas provincianas procedentes de la Restauración para garantizar la hegemonía del modelo centralista.

No se trataba tanto de concentrar egoístamente en Madrid los privilegios de la «modernidad» –grandes espectáculos, medios de comunicación de masas, industria cultural, ocio– como de mantener alejadas y aisladas a las provincias del consumo de los posibles productos cosmopolitas, cuyos primeros efectos, como sabe cualquier primerizo en eso de Ciencias de la Información, son, entre otros, la liquidación de la moral de campanario, la disolución química de las viejas estructuras de control social, el fin de la autarquía cultural y económica y la planetarización irremediable de las costumbres urbanas.

La perversidad de aquel centralismo madrileño era de mucho más profundo de lo que sospechábamos los sufridos provincianos de la época, cuando las películas nos llegaban con meses o años de retraso sobre

RAMÓN RODRÍGUEZ

el horario previsto, las compañías teatrales no salían ni en verano del circuito cerrado de la Gran Vía, los periódicos y las revistas surgían en los quioscos con las fechas debidamente periclitadas para evitar el riesgo de cualquier actualidad, en las librerías aparecían hasta mucho después aquellas ediciones prometidas o las modas callejeras y audiovisuales necesitaban por lo menos el paso de un curso para que no causaran escándalo. Aquel retraso secular –incluso saeculorum– no solamente era un problema de la Renfe, de la poca pericia comercial de los distribuidores, de la mala fe de los intermediarios centralistas vendidos al oro de Madrid o de la ojeriza que nos tenían a los periféricos; había en aquel continuo estado de sitio cultural e informativo a las provincias un muy importante grado de *intencionalidad ecológica*: les era vital mantener intacta la reserva espiritual de lo provinciano, preservar la pureza cristalina de las fuentes decimonónicas, evitar la degradación del medio ambiente «literario» que tan excelentemente garantizaba el control *sociolingüístico*, eliminar con firmeza la presencia de los modestos humos cosmopolitanos procedentes de la gran ciudad, fomentar la ilusión de los diferencialismos locales para desviar la atención de otro tipo de graves diferencias, retrasar, en fin, los uniformadores efectos ligeros que inevitablemente producía aquella industrialización pesada que les llovió del cielo capitalista como por acaso.

En tiempos de la Restauración propiamente dicha, y a pesar de las arcaicas o inexistentes comunicaciones, era posible vivir en provincias con un cierto nivel informativo acerca de lo que en el mundo ocurría; lo chusco no resultaba imposible hacerse un nombre literario o periodístico al margen de la villa y corte, como lo probó el propio Clarín. Durante el franquismo, sin embargo, no quedaban más bemoles que irse a Madrid en un vagón de tercera con los trastos de medrar; no solamente, ya digo, porque hubo un tiempo en el que allí se cocía todo, en especial las fintas a la manchega, sino por el exquisito celo que ponían en la tarea patriótica de proteger la vida provinciana de la nefasta contaminación informativa. Hecho éste último, por cierto, que introduce un nuevo personaje en la antropología del género novelístico: el tipo que estaba puntualmente informado de lo último que ocurría en los madriles de la segunda Restauración y lo rumoreaba por las tertulias con gesto de suficiencia cultural.

El viento electrónico de Macondo

Imprimía carácter vivir en provincias vaya si lo imprimía. De entonces viene el infamante sentido peyorativo que todavía posee el vocablo y todo el mundo se quiere zafar de encima,

Ni el asfalto masificador ni la soledad de la cañada: las ciudades tipo Santander, San Sebastián o Salamanca, son hoy, según revelan las encuestas, los polos de atracción de una progresía harta de los problemas que se derivan de las grandes aglomeraciones y escaldada de los placeres de la aldea perdida. En las fotos arriba, Santander, a la izquierda, Las Palmas

como si fuera cosa del «ocros». Dicen algunos –los antiguos, según Corominas– que la palabra «provincia» de origen latino, quiere significar «lugar de vencidos». Parece ser que etimológicamente no es del todo cierta esta acepción, aunque sea exacta desde la perspectiva de la historiografía reciente. No procede esta voz denigrante del Imperio Romano, sino del Imperio hacia Dios. Fue el franquismo, con su política de *estatalización de las masas*, el que hizo sinónima tal palabra con una actitud social y culturalmente vergonzante. Pero franquistas son también esas opiniones que siguen empeñadas, a estas alturas del siglo –no digo de la democracia– en estimar que todavía hoy las diferencias entre la vida provinciana y la de las grandes ciudades como Madrid y Barcelona imprimen carácter, y carácter no precisamente favorecedor para con los habitantes de las densidades inferiores a las millonarias. Hace tiempo que el mito de lo provinciano saltó por los aires por causa de complejos hechos de civilización que ni la dictadura pudo impedir en sus postrimerías ni la transición pudo capitalizar. Para seguir con la argumentación, uno de los factores decisivos en la liquidación por derribo de la ideología del 18 de julio fue precisamente la disolución de la dicotomía Madrid/provincias en virtud de la avasalladora irrupción de la moral de los *mass media* en todos los espacios de lo cotidiano, de lo social en definitiva. Además de ese etcétera de causas uniformantes que da pereza mortal volver a repetir aquí.

La revolución de las provincias no le debe nada a la política o a los políticos. El fin de las diferencias urbanas y, por consiguiente, la disolución de los sistemas de control y comportamiento provincianos, llegó a las calles mayores por medio de las ondas hertzianas en primer lugar. La ciudad que la gran literatura decimonónica escogió como modelo gracias a su espléndido *diferencialismo* estético, moral, psicológico y social, quedó arrasada por un viento electrónico de la misma envergadura ciclónica que el que arrasó Macondo. Ahora mismo ya no hay manera de utilizar el estilo indirecto libre ni siquiera las técnicas más aburridas del conductismo behaviorista para distinguir de un plumazo a un peatón megapolitano de un paseante provinciano, una discoteca centralista de una discoteca periférica, una emisora local de una cadena radiofónica de carácter interautonómico, una muchedumbre solitaria sin graves problemas de identidad de una manifestación airada en pos de las señas de identidad.

Ni asfalto ni lechugas

Incluso existen indicios para sospechar que la mitología empieza a ser precisamente al revés. Por ciertos barrios de las grandes ciudades masodónticas cunde como una mancha de aceite de colza la nostalgia por lo provinciano en vista de que las experiencias con las lechugas y la avicultura intensiva de la moda anterior (la del *regreso a lo rural*) dieron tan catastróficos resultados económicos. Según leíamos recientemente en una revista española, las ciudades tipo Santander, San Sebastián, Alicante, Salamanca, Oviedo o La Coruña constituyen los polos de atracción de una progresía harta por un lado de los problemas que se derivan de las grandes aglomeraciones y, por el otro, escaldada de los placeres de la aldea perdida. La provincia como resultado del nuevo ejercicio *snob*: ni el asfalto masificador ni la soledad de la cañada. Aunque mucho me temo que una vez olvidadas las miserias provincianas de la era franquista, lo que predomine sea solamente una nueva idea literaria: la provincia como el paraíso perdido. La Historia antigua como olor, la burguesía como discurso, que diría Barthes de su Bayona. Lo cierto es que de aquellos diferencialismos que ahora se añoran a los que primero quedaron fascinados por los ocmes y luego por los castillos ya no queda ni el recuerdo a poco que se transiten las antiguas Vetustas, Orbajosas, Roncas, Yeclas o Castro Duros con otras sartenes. Mejor dicho, queda el recuerdo de la infancia que la mayor parte de estos hastiados urbanícolas y desengañados agrícolas no son otra cosa que antiguos tránsfugas provincianos.

El sonido que llega de los entresuelos provincianos ya no es el de sonatas de Chopin dulcemente asesinadas por señoritas melancólicas, sino las sintonías de los programas de Luis del Olmo o José María García; los olores que emiten los viejos cocinas recoletos son los de la internacional de la hamburguesa, el cat-sup y el porro de tres al cuarto; los arquetipos que uno se cruza en el vestíbulo del casino no proceden de la novelería naturalista o behaviorista, sino de los spots de RTVE; y el único costumbrismo que se puede vivir es el de los cuarenta principales porque a las nueve de la mañana «El País» está en los quioscos; los exhibidores astutos descubrieron que antes de llegar al estreno cinematográfico en Madrid es más útil un tanteo por la periferia; los editores han comprobado en sus calculadoras la potencialidad de los mercados extramadrileños; el rock duro suena con similar estridencia insoportable en todos los discopubs del planeta y la calle de la moda de Galerías Preciados alcanza en estos momentos dimensiones francamente postindustriales.

Aquel discurso de la burguesía

No hay lugar para el mito de las dulces provincias en la era agria de la información. Al menos han dejado de tener sentido aquellas distinciones memorables que hicieron de la ciudad

LA REGENTA

provinciana el espacio predilecto de los literatos decimonónicos y después sirvió de caldo de cultivo de la «ficción» histórica del franquismo. El demográfico ya no es el sector determinante. De la misma manera que tener menos tráfico, oficinas, políticos, cafeterías, funcionarios, cines, lugares de diversión o restaurantes de cuatro tenedores, no puede entenderse ya como hecho diferencial digno de tal nombre. El problema es que esos tráficos, oficinas, políticos, cafeterías... son los mismos en todas las ciudades del mundo. El que a unos les fascine más que a otros las grandes aglomeraciones urbanas es mera cuestión de estética personal, pero no de filosofía trascendental, como algunos todavía pretenden. Aquella idea vejatoria de lo provinciano estaba justamente fundada en la pertinaz ausencia de información que sufrían las pequeñas ciudades, y las diferencias que ahora mismo pueden establecerse entre la vida cotidiana en provincias o en Madrid ni siquiera dan para un par de folios con destino a la hucha de plata. El interés de estas distinciones es en la actualidad primariamente sociológico después de haber sido espléndidamente novelístico. Ahora, como mucho, se trata de saber si en provincias estamos ante una situación en la que predomina lo administrativo, lo fabril, lo agrario, la emigración, el paro o las dietas ricas en calorías. Sin tampoco negar que todavía pueda haber por ahí ciertos diferencialismos de corte decimonónico que se conservan como oro en paño, aunque mucho me temo que eso forme parte del marketing publicitario para atraer el turismo literario, o se trate, sencillamente, de un bien representado simulacro para maquillar la insoportable e inevitable regresión.

Pretender, como a veces oigo, que la vida en provincias sigue siendo más rígida que la de las grandes aglomeraciones, con un control social agobiante, es ahora mismo un tópico de la misma calaña que el de sostener la suavidad de la existencia provinciana, con relaciones interpersonales más intensas y auténticas, y un mayor patrimonio de tiempo libre. La provincia ha dejado de ser el discurso de la burguesía y, en consecuencia, la condición provinciana hace tiempo que no está relacionada con el ius soli, sino con el tipo de informaciones que seleccionamos y enviamos al cerebro. La información, como la esfera espantosa de Pascal, es hoy un monstruo ubicuo que tiene un centro que está en todas partes y su circunferencia en ninguna. ■ J. C.

EL PARAISO ES NUESTRA INFANCIA

MANUEL VICENT

A partir de cierta edad el paraíso es la propia infancia, un espacio rural o provinciano, que los cuarentones llevan en un estuche del cogote. El paraíso es un conjunto de lejanos sabores, colores, sonidos, paisajes y caricias, o sea, los cinco sentidos corporales [illegible] por una memoria anfibia: las natillas de la abuela, el membrillo del armario ropero, el grito de la [illegible] o aquella [illegible] del fox-trot, la alberca de agua verde con libélulas y campanillas moradas, los juegos eróticos en las noches de verano [illegible] la raja de la luna.

Esta intimidad la llevaba cada cuarentón en su cogote, pero hacia mitad de los años 60 con ese material comenzó a montarse una industria de la nostalgia que iba de la silla de enea al cántaro [illegible], del Rastro a los ejercicios espirituales con un ramito de albahaca en el misal. Fue una reacción estética contra la producción masiva de cacharros de plástico, el diseño en serie, las promociones agresivas de los grandes almacenes, el bombardeo televisivo, la uniformidad de gustos bajo el aplastamiento consumista.

En medio de aquella euforia cuando la felicidad, al parecer, consistía en vivir sentado en la corona de la Cibeles con cuatro tarjetas de crédito en la cartera y con letras de cambio aceptadas llegando por el aire, de pronto por los cotilleos culturales de Madrid se extendía la excitante noticia de que cierto intelectual había comprado una casa de pueblo, con corral de gallinas incluido, y la había reformado a su gusto de manera que donde antes estaba el pollino ahora había un sagrario adquirido a un anticuario de Arévalo para guardar el whisky y había aprovechado el pesebre como estantería donde relampagueaba la Estética de Lukács, y cosas así. No era eso lo peor. La primera reacción de los nuevos estetas alcanzó el paroxismo cuando se tomaron el asunto como un caso sociológico y comenzaron a realizar cada fin de semana el número de la [illegible] que consistía en vestirse de paleto con boina y cachaba y echarse fuera de la capital a descubrir iglesias románicas, puentes de la teja, ruinas de acueducto y puentes visigodos. Ningún novelista, pintor o cineasta de la nueva situación dejaba de presumir de que en un puertecito de mar tenía un viejo pescador que le preparaba los anzuelos o de que había descubierto a un cabrero filósofo en una quebrada inaccesible.

En los apartamentos del progresismo comenzó a entrar la loza de Manises de los 60 y enseguida vino la furia para recuperar mecedoras antiguas, palanganeros, cantareras, alacenas, planchas de carbón, fuelles de chimenea, cazuelas de cobre, [illegible] medievales. Eso sucedía en los círculos intelectuales de Madrid y Barcelona donde los nuevos estetas cada domingo hacían una descubierta hacia el pan con tomate o el cordero asado, hacia todo lo que no se había movido desde los tiempos de Wifredo el Velloso.

Durante esa década en los pueblos se generó el movimiento contrario. Lo he visto con mis ojos en la propia tierra de Valencia. En el fervor consumista del 60 lo primero que desapareció de los campos de Valencia fueron los pavos, los carros de labranza, los rocines, las mulas, los pollinos, cualquier tipo de sangre, además de las gallinas, los patos y los conejos. Visto y no visto no quedó ni uno. A veces me he preguntado a dónde habrá ido a parar aquella caballería rusticana, con sus arreos, carretas, tartanas y sus correspondientes veterinarios que eran herreros. Yo he conocido todavía en los pueblos de Valencia con su profundidad económica la relación erótica del labrador y su caballo,

las lágrimas descansadas ante su muerte, las caricias más sutiles entre ellos. De un día para otro se esfumaron las retinchas de nuestra infancia que fueron sustituidas por el petardeo de las motos mecánicas.

Lógicamente al desaparecer el caballo comenzaron a desaparecer las casas de labranza que ya no necesitaban entrada de carro hasta el corral. Así se cubrió el suelo con una baldosa de Onda, imitaciones de mármol, cenefas floridas, ladrillos cocidos a mil grados que llegaban hasta el antiguo establo arrasando el gallinero. En el corral se plantó un sauce llorón y se levantó una pequeña fuente con chorrito, todo de azulejo de Manises. Las vigas del techo se taparon con escayola imitando una serie de naranjas boca abajo. La chimenea de los abuelos fue abatida, los viejos labradores cumplieron por primera vez un trasiego forrado de skay y donde antes estaba el llar ahora entronizaron el televisor de cien mil pulgadas porque no lo había más grande. Todo estaba ya preparado para la gran revolución, ese instante supremo en que el pequeño propietario de pueblo se decidió a cambiar el excusado ancestral por un cuarto de baño con material de Roca. Eso marcaba el peldaño decisivo en la ascensión de clases, aunque luego el retrete no se usara. A todo esto el sexo ya estaba en el lugar del arma y la televisión bombardeaba los cráneos hasta que consiguió llenar todos los aparadores, consolas, cocinas, mesillas de noche, repisas, mesas de centro y salitas de estar con los mismos cacharros que hay desde Cádiz a Gerona. La ciudad de Valencia perdió también aquel olor a pueblo, mujeres de negro con las haraganas de naranjos asomándoles por las orejas que entraban en las joyerías de la calle de San Vicente, ineptianos que llegaban de visita al médico de la capital y se sentaban en los bancos de las plazas a esperar la salida del autobús hacia el pueblo, los tranvías con jardinera, el sonido de campanas, las campanadas de la catedral.

Todo está planchado y bien planchado. Nuestro paraíso es ese conglomerado sensitivo anterior al ataque industrial. El paraíso es la provincia de nuestra niñez. Debajo del pruriito autonómico late la nostalgia por recuperar aquellos olores, sabores, sonidos, paisajes y caricias esfumadas de nuestra infancia. El centralista vuelve al pueblo, el cuyo esteta llega al campo, aquel descubridor de cachimuchos rastrea otra vez las ruinas de los anticuarios. Ya no hay nada. Todo lo que ha pasado en estos años a que se le calle Serrano de Madrid se venden alpargatas de esparto y en las discotecas de moda la clientela se sienta en sillas de enea y bebe a porrón, mientras que en los pueblos los labradores, toman el fresco a la puerta de casa sentados en una falsa silleria Luis XV. La provincia es otra vez cualquier escaparate de Velázquez esquina a Goya. ■

RETRATO DEL VIDEOFILO IMPENITENTE

CRISTINA PERI ROSSI

TIENE los ojos colorados y grandes ojeras azules bajo las gafas. A la mañana, cuando se desayuna, sufre la depresión matinal de aquellos que no han dormido bien; sin embargo, a medida que transcurre el día, se siente eufórico y excitado, como los niños a punto de viajar. Pero no viaja: cada vez sale menos de casa y le es difícil conseguir que hable. En realidad, una pequeña gama de sonidos guturales le bastan para expresar sus emociones; los «¡Ahhhhhh!», «¡Uyyyyy!», «¡Ohhh!» y un gruñido particular, semejante al del gato huraño (una especie de «¡Grrrrr!») componen su léxico habitual. En cambio, tiene los ojos vidriosos. Unos ojos bien raros: reflejan todo lo que ocurre en la pantalla, pero es imposible penetrar en ellos, como si se tratara de espejos.

El otro día llegó tarde a la oficina y con aspecto de hombre muy cansado. De inmediato, se abalanzó sobre el teléfono y habló en voz baja, murmurando. Los compañeros, curiosos, sólo alcanzaron a escuchar fragmentos de la conversación, frases como «Ben-Hur», «El tercer hombre», «Cleopatra», y cosas así. Luego, hubo una especie de negociación: se habló de cifras, horarios y días azules, se regateó, se especuló.

Cuando terminó de hablar, el hombre suspiró, satisfecho, y dirigió una tímida sonrisa a sus compañeros. Secándose el sudor de la frente dijo:

–Tengo problemas de negocios. La Bolsa sube y yo no estaba preparado para eso. Pero he conseguido comprar, por fin, a precios razonables. ***La ventana indiscreta*** *por* ***Espartaco*** *y* ***Cinco días en Pekín****, dijo satisfecho.*

Los días más duros son aquellos en que vence el alquiler de las películas; entonces se queda toda la noche grabando y a la mañana llega muy tarde a la oficina; pero no tiene problemas con el jefe: éste es fanático del «porno» y realiza buenos negocios con su subordinado (especialista en cine americano del 40 al 60).

–¿Cómo está la cotización hoy día? –pregunta el jefe, al pasar por su escritorio.

–Tres a uno a favor del porno –contesta el empleado, siempre atento–. Aunque he leído en el último número de ***Videomanía*** *–en la versión inglesa, es más fiel– que el porno bajará en los próximos meses. Creo que suben los viajes.*

El jefe le miró preocupado. Extrajo una libreta de su bolsillo y con mano temblorosa anotó: «Ojo. Suben los viajes. Obtener unas Seychelles».

El futuro había comenzado, sin duda. Lo decían todos los anuncios, las revistas, los periódicos. Un futuro lleno de cables y conexiones, de artefactos grandes o pequeños que hay que renovar muy pronto, porque a poco de ser adquiridos, se vuelven obsoletos. El no sabía qué significaba esta palabra, pero gracias al video la aprendió.

Fue cuando tuvo que cambiar el primer magnetoscopio que compró (con un crédito que todavía está pagando), porque en su afán de adelantarse al futuro, el aparato envejeció rápidamente: ahora había modelos que incorporaban deliciosos perfeccionamientos... Y los vendedores siempre anunciaban: «Estamos esperando uno nuevo, muy superior aún...» Este era el problema con la técnica: adelantaba tanto el futuro que uno nunca podía alcanzarlo. Tendrían que vender los aparatos con una garantía para el consumidor: la garantía de que la técnica se estabilizará por unos años, como un gobierno, por ejemplo.

Por lo demás, el vídeo era una clase muy especial de futuro. permitía recuperar todo el pasado. Películas viejas, actrices y actores que habían muerto, fiestas y aniversarios que ya habían transcurrido... En los bares, había gente que discutía un gol de Pelé de hace diez años y los modelos de belleza femenina tenían un aspecto irreconocible, claro, eran actrices que sólo podían admirarse enmarcadas.

Luego de seis meses de vídeo (experimentaba náuseas y mareos, flojedad en las piernas y una especie de melancolía) fue a consultar al médico. Este lo atendió mientras miraba por la pantalla una carrera de caballos que su secretaria había grabado.

–El futuro ha comenzado –le recetó el galeno. Como zanahorias, pasee por el campo y trate de pescar truchas en aguas no contaminadas.

–¿Cómo separarse, sin embargo, de esa mirada acuosa y sugestiva de Marlene Dietrich hace cincuenta años?

–El futuro ha comenzado –repitió su esposa, a fines de junio. Quiero ir a Mozambique. Toda la vida deseé conocer ese país.

El meditó un rato. Quizás, si hiciera un sacrificio... En realidad, su esposa se lo merecía. Había que luchar contra el eterno egoísmo masculino.

Comenzó a hacer cuentas. Su mujer lo observó, muy preocupada ante el escritorio, haciendo números, sacando cuentas.

Finalmente se decidió.

Y al otro día regresó orgullosa, triunfante. Depositó un sobre en la mesa, con entusiasmo.

–Aquí tienes Mozambique –le dijo, señalando la cinta envuelta en el sobre. Me costó ***Horizontes de grandeza*** *y* ***Glida****.* ■

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

LA pesadilla era la misma. Noche tras noche. Leopoldo Calvo Sotelo, jefe del Gobierno de las Españas, veía crecer un sapo hasta convertirse en el animal más poderoso de la tierra. De pronto ante el sapo se erguía Fraga Iribarne, unas veces blandiendo una poderosa berenjena, otras con la lubina que le acompaña en sus momentos de máxima gula o ferocidad. Consultó con el siquiatra que llevaba dentro y le dijo: Eres consciente del peligro representado por el sapo y, además, de un peligro que crece como el sapo y temes que sea otro el que se enfrente a él, el que usurpe tu propia responsabilidad. Como eres como eres, que eres un estirado, Leopoldo, te sabe mal reconocer ese miedo a ser sustituido y desbordado por tu derecha y buscas excusas de todo tipo para no reconocerlo ni ante ti mismo ni ante la propia sociedad.

Leopoldo Calvo Sotelo sacó 5.000 pesetas de la cartera y se las metió en el bolsillo del pantalón. Así hacía siempre que consultaba al siquiatra que llevaba dentro. En ese gesto le sorprendió Sancho Rof, que entraba con una botella en la mano.

–Te traigo el bichito de la atipia. Hemos conseguido aislarlo entre Sánchez Harguindey, Martín Villa y yo.

—¿Cómo?, ¿por qué procedimiento científico?

—¡Qué procedimiento científico ni qué niño muerto! Por ahí iban los científicos hasta que Rodolfo y yo hemos decidido meternos en el asunto. Nos hemos puesto un slip y los tres hasta la cintura en un tanque de aceite. Tú busca por ahí y avanza hacia el centro. Tú igual y tú también. Y así hemos conseguido atraparle.

—¡Santo cielo! ¡Pero si es un señor!

A punto estuvo de escapársele la botella de las manos al presidente del Gobierno. En efecto, al espejo cóncavo de la botella se asomaba la cara ovoide de un señor con bigote, lo suficientemente pequeño como para caber en la botella.

—Tú lo has dicho. Es un señor francés. Un agente de contraespionaje francés encargado de envenenar el aceite de colza con anilina venenosa. No lo saques de la botella, por favor.

Detuvo así Sancho Rof el gesto de Calvo Sotelo de destapar la botella.

—Es un pesado y no para de repetir que se acoge a la Convención de Ginebra y que no hay nada como la mantequilla.

[illegible] ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Quieren [illegible] en el [illegible] y nos envían kamikazes para que envenenen nuestros productos agrícolas. Que se revise todo lo que crece en España. Hay que comprobar hasta dónde llega la penetración. ¿Cómo han conseguido hombrecitos tan pequeños?

—Lo está espiando nuestro agente en París. Parece ser que utilizan una vieja fórmula celta.

—Llévatelo de mi vista. Necesito reflexionar.

En cuanto hubo salido Sancho Rof embelesado en la contemplación del [illegible] Calvo Sotelo empezó a temblar [illegible] largos como si para instalarse en [illegible] sus manos se alternaban la una a la otra para contener los temblores.

—¡No! ¡No! ¡Esta vez no!

[illegible] de [illegible] el movimiento [illegible] de su cuerpo [illegible] brazos se negaban a [illegible] la voluntad de las piernas. Pero las largas piernas del jefe de Gobierno se acercaban al teléfono, más, más, más. Ya las piernas estaban situadas de tal manera que el teléfono se enfrentaba a la bragueta y, en cambio, los brazos rechazaban tal proximidad, primero sacudiendo el cuerpo hacia atrás, luego cruzándose sobre el rostro de don Leopoldo, como si le ayudaran a no ver su propia fragilidad. Entrecortados jadeos y un brazo, el derecho, que se despega y desciende hacia el teléfono. Luego el otro. Marca un número, mientras el propietario de uno y otro brazo conserva los ojos cerrados y la cabeza violentamente vuelta hacia lo más detrás de sí mismo posible, no queriendo ver lo que sus manos hacen.

—¿El señor García Enterría?

Una breve espera durante la cual el jefe de Gobierno se seca los sudores.

—Sí, otra vez yo. No. No cuelgues, por favor. Pagaré lo que sea. No cuelgues, no. Esta vez es algo serio. No volveré a repetirse lo de la semana pasada. No. No. Descuida. No volveré a pedirte un informe sobre la frecuencia del cunnilinguis y sus variantes autonómicas en la España posfranquista. Tampoco se trata de lo del mes pasado, no, no quiero concertar nada sobre el salto del tigre en el País Vasco. Si vieras la mirada que me dirigió Carrillo cuando le sugerí la concertación. El salto del tigre ha desaparecido, me dijo don Santiago. Antes se hacía desde lo alto de los armarios, pero ahora los armarios son empotrados. Estos comunistas lo saben todo. Se [illegible] en todas las casas y saben cómo son los armarios actuales. ¿Tú sabías que los armarios eran empotrados? Claro, tú lo sabes todo. Por favor, necesito un informe tuyo sobre lo que sea, pero tráemelo rápido. Hasta ahora los he tenido entretenidos con tus informes, pero ya no sé qué hacer. ¿Qué tienes? No, ese informe sobre los poderes antirreumáticos del ajo me parece excesivo. Otro. Un código para buzos. No está mal. Pero los socialistas me enviarían a Múgica a concertarse y no lo soporto. A ver. Repite. ¡Ese! ¡Envíame ese! Te [illegible] Dios te lo pague.

Con [illegible] en su columna [illegible] el jefe de Gobierno empezó a [illegible] órdenes. Reunión de [illegible] de partidos [illegible] a las 12. [illegible] a la *Fábrica de Informes* [illegible] García Enterría S. A. Una nota de protesta a la embajada francesa por [illegible]. Un [illegible] a Felipe González para que llegue media hora antes que los restantes secretarios generales y a Sancho Rof para que esté presente en la entrevista. Que no se olvide la botella. Todo en marcha, lo suficiente para que el jefe de Gobierno se siente ante el piano, recorra las teclas en un intento de cascabel de sonidos y se acompañe a sí mismo mientras canta el *bacon de Ana*:

Tengo ganas de bailar
al negro compas
y todos cuando me ven pasar
¡chica, adónde vas!
Me voy a bailar
el baioooooooooooooooooooon.

Inadvertidamente entra en la estancia Sancho Rof moviéndose al ritmo del baión y agitando la botella que contiene aceite del mal y un pequeño francés indignado por el meneo. Asoma la cabeza Rosón.

—Leopoldo, de lo del golpe de Estado del 15, nada. Un bulo. Lo del 23 de setiembre parece más serio. Pero ya estamos en ello. Tú tranquilo que es la vista la que trabaja.

Desaparece la cabeza, diríase que cortada, de Rosón. Apenas tiene tiempo el presidente de terminar el baión y Sancho Rof de dejar de contonearse, cuando penetra en la estancia Felipe González. Las nieves del tiempo platearon su sien. Medio kilo de ojeras redondean sus ojos en otro tiempo [illegible].

—Otra vez Leopoldo. No me [illegible] por favor. Déjame descansar.

—[illegible] que te reparto juego y te doy las mejores cartas.

Dos lágrimas de amargura ponen luces de naufragio en los ojos del jefe de Gobierno. Sancho Rof dirige una mirada de reproche al duro líder socialista.

—Lo siento Leopoldo, pero es que tengo ganas de desconcertarme un poco. Ayer terminamos la concertación sobre el uso del agua de litines en las enfermedades digestivas, a partir, como no, del informe Enterría.

—No es un capricho. A un golpista se le [illegible] de su agenda y [illegible] que era la [illegible] contra la democracia. Palabra por palabra [illegible]. Ya quedan pocas. Ya les [illegible] todos los argumentos a los golpistas. Estoy esperando un informe García Enterría sobre el tema [illegible].

—¡Por Dios, Leopoldo, otra vez el [illegible]! ¿De qué te sirven los ministros?

—Hay que buscar la neutralidad de la ciencia. La política es subjetividad, opinión, fugacidad. La ciencia es eso, ciencia, objetividad, perennidad. Además, la ciencia es neutral. No entiende ni de razas ni de colores

Pero antes de que llegue el motorista y los demás secretarios generales, quiero expresarte mi preocupación por esto.

Sancho Rol le entregó la botella a Felipe González.

–¿Qué es esto?; ¿un feto de jefe de negociado de segunda?

–Es un espía francés. Es el famoso bichito que ha causado la neurosonía aúpica.

–¿Francés? Imposible. Con las relaciones que tenemos Paco Miterrand y yo. Somos como hermanos.

Sancho Rol destapó la botella y gritó:

–¿Eté vú franse?

–Mais oui. De Clermont Ferrant.

–Hermosa región, llena de cerros volcánicos, bosques frondosos.

Dijo para sí Leopoldo Calvo Sotelo con ojos soñadores y se sentó nuevamente al piano para cantar:

Elle est a toi cette chanson

Toi l'Auvergnat qui sans façon
M'as donné quatre bouts de bois

BESTIARIO

Quand dans ma vie il faisait froid
Toi qui m'as donné du feu quand
les croquantes et les croquants
Tous les gens bien intentionnés
M'avaient fermé la porte au nez

A Felipe le ponían nervioso los números de «hombre universal» que de vez en cuando le hacía el jefe de Gobierno.

–Leopoldo, que ya sé que tocas el piano y que te sabes a Brassens casi tan bien como a Menéndez y Pelayo. Seamos operativos.

–Me gusta Felipe, porque es como yo.

Apostilló Sancho Rof, provocando un rictus de desesperación en el rostro de Felipe González.

–Seamos operativos. En efecto. Llama enseguida a Mitterrand y dile que retire a todos los bichitos franceses de nuestros aceites o movilizaremos a la Armada española.

Minutos después Felipe González se las entendía con el presidente francés.

–Paco. As tu envoyé un bichito a l'huile de l'Espagne? N'est pas vraie. Je suis bien sûr. Le socialisme c'est la vie, n'est pas la mort. Vive le socialisme. Paco.

Felipe González mostró la Internacional al pie del teléfono. Del otro lado de los Pirineos le llegaba la cinguineon canora de François Mitterrand.

–Mitterrand no ha sido.

–¿Tú te fías de él?

–Los socialistas somos como hermanos.

–Entonces habrá que buscar en otra parte. A ver ese Servicio de Información. Que se encargue del asunto.

Sancho Rof contuvo una risita impertinente que casi se le escapó para decir:

–¿A cuál de ellos? Todos se vigilan entre sí y no hacen otra cosa.

De nuevo se asoma la cabeza de Rosón.

–Leopoldo. El golpe de Estado del 25 de septiembre, nada. No cuentes con ■. Ahora me han dicho que va a haber uno el cuatro de octubre, pero no te preocupes. Lo sigo de cerca.

–Llévale esta botella a Ballesteros y que le saque a este tío todo lo que sepa sobre la neumonía atípica.

–¿Sobre la neumonía atípica de Arregui?

–No, sobre la del aceite. Este tío es el causante. Rosón observó la botella al trasluz.

–Morales, ¿qué hace usted aquí dentro?

–Por fin te veo jefe. Ya pensaba que me iba a ir al otro mundo como espía francés y de eso nada. Yo más español que Dios. Español y con un par de cojones.

–¿Quién me ha dejado así a Morales?

La indignación de Rosón iba dirigida a Sancho Rof.

–Así le encontramos en el aceite. Nos limitamos a interrogarle y meterle en la botella.

–Era uno de mis hombres. Estaba investigando un posible golpe de Estado para el ocho de diciembre.

–¿Qué hacía dentro de un tanque de aceite?

–Morales, ¿qué hacía usted dentro de un tanque de aceite?

–Conservar el tamaño, jefe. En cierta ocasión estaba rebañando un plato y se me mojó el meñique con el aceite de la salsa. Advertí que el meñique se reducía. Probé vertiéndome un chorrito de aceite en un pie y se me quedó como el de una china. Y así he conseguido infiltrarme en todas partes y desarticular muchos golpes. El otro día me metí en una tapa de mayonesa que estaba engullendo Girón y no sea usted el informe que saqué.

–Así son mis hombres. Que le saquen inmediatamente de aquí.

Rojo por la indignación y la vergüenza, Sancho Rof siguió los pasos de Rosón. No tuvo tiempo de ver cómo Calvo Sotelo caía con todo el cansancio del mundo en su largo cuerpo tubular y se desparramaba desarticulado en un sillón de cuero.

–Ante el espectáculo de tanta incompetencia, ¿comprendes por qué tengo que recurrir continuamente a García Enterría?

Felipe se arrodilla a sus pies, le coge una mano, musita:

–Vente conmigo al PSOE, vente conmigo y verás.

–No sé. No sé.

Rompe el encanto y aplaza tal posibilidad la irrupción de Fraga y Carrillo.

–¿Qué hay que concertar?, dice Fraga sin más preámbulos.

–Vengo a decirle, don Leopoldo, que lo que usted necesita es un gobierno de amplia base.

–Nada de amplia base. De alta cúspide.

Rugió Fraga agitando una lubina que llevaba en el portafolios.

–Hay que situar al Gobierno lo más cerca de Dios que se pueda, para que la Providencia le ilumine con sus revelaciones.

–Esta vez de qué se trata. ¿No será otro informe de García Enterría?

–Usted lo ha dicho, don Santiago.

–El informe sobre el contubernio en el Estado de las Autonomías por poco me cuesta una escisión en Galicia, Cataluña y el País Vasco. Con lo sensibles que están ante el tema de la lengua.

–Siempre fue la lengua compañera del Imperio.

–De una cuestión lingüística se trata, queridos colegas. El otro día caí en la cuenta de que cada día se habla peor y de que se está perdiendo la letra *de* cuando va en posición intervocálica. A ver, don Santiago: diga usted «esto se ha terminado».

–Esto se ha terminao.

–¿Lo oyen? Terminao. No terminado. Le he pedido al señor García Enterría un informe sobre la cuestión y ha tenido a bien enviármelo con toda urgencia. Confío en su patriotismo para que nos concertemos y salvemos nuestra frágil democracia. Imagínense ustedes a toda la panda golpista dándose cuenta de pronto de que entre otras esencias se está perdiendo la de en posición intervocálica.

–Aquí no se pierde ni una de, ni una hache, ni una coma, rugió Fraga. El motorista pidió permiso para entrar y Calvo Sotelo abrió el sobre que le entregara.

–García Enterría no me ha defraudado. Propone una solución genial. Para reforzar la supervivencia de la de en posición intervocálica propone que se ponga incluso donde no va. Por ejemplo, en Bilbao o en bacalao. A partir de ahora será Bilbado y bacalado. ¿Qué les parece?

Fraga: –Perentorio.

González: –Conveniente.

Carrillo: –Si no lo respalda un gobierno de amplia base...

–¿Qué tiene que ver la política con la fonética?

–Mucho. Ya lo está usted viendo.

–¿Se conciertan, pues?

Felipe: –Sí.

Fraga: –En ese caso sí.

Carrillo: –Ni Marx, ni Lenin, ni otras aportaciones al pensamiento revolucionario, incluidas las mías, se han pronunciado sobre la cuestión. Ni hay enmiendas del Vallès Occidental sobre el tema. Por lo tanto nosotros no nos concertamos hasta que no haya un gobierno de amplia base.

Se retiraron los políticos. Calvo Sotelo tomó un frugal refrigerio y durmió una breve siesta durante la que de nuevo volvió a soñar en el sapo al que hacía frente Fraga Iribarne. Lo hago todo por ti, iba diciendo entre sueños. Pero el siquiatra que llevaba dentro borraba estas palabras de su memoria. ■ M. V. M. (Ilustración de Guillén).

YO, DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU

Una polémica bizantina

LAS CORRIENTES Y LOS CLUBS DE OPINION

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

QUIENES hayan tenido la paciencia de seguir durante el pasado verano, en los medios de comunicación los debates internos de los principales partidos políticos, habrán tenido la extraña sensación de sentirse por un momento despistados de información, al no saber si estaban leyendo una noticia sobre la Plataforma Moderda o sobre la tendencia eurocomunista. Hasta tal punto eran intercambiables los argumentos en contra y en pro que el lector creía ver a Santiago Carrillo con el pelo a cepillo y las cejas a lo Breznef de Agustín Rodríguez Sahagún y a éste último con el rostro impenetrable del primero. Sólo las faldas de Pilar Bravo y el tic nervioso de Oscar Alzaga impedían confundirlos, a la hora de defender la necesidad de las corrientes y la urgencia de democratizar el partido en el que militan. Las crónicas de los periódicos sobre el X Congreso del Partido Comunista de España y sobre el lanzamiento de la Plataforma Moderada de Unión de Centro Democrático parecían cromos «repes».

Un poco antes, en las mismas vísperas de la canícula, ocurría tres cuartos de lo mismo leyendo las reacciones de los principales partidos en torno a la creación de los clubs de opinión. La respuesta –por calificar de un modo cortés lo que realmente era un exabrupto–, de Luis Solana y Antonio Jiménez Blanco –por poner un ejemplo– parecía nacida de la misma pluma. Todo un proceso de intenciones caía sobre las motivaciones de los que habían decidido impulsar en España lo que es moneda corriente en Europa Occidental. Sólo la diferencia de estilo, parareligioso en el centrista y laico en el socialista, más la esbeltez del diputado de izquierda y la orondez del diputado de la derecha, los deslindaban en el instante de tomar nota del anatema común. Todo ello a la vez que conocidos centristas y socialistas figuraban como promotores o partícipes de alguno de estos recién creados clubs políticos y defendían su posición con casi idénticas argumentaciones y razonamientos.

Dos polémicas de antes y en el verano que hacen que después del verano la clase política española se clasifique verticalmente en un sentido político y horizontalmente en un sentido sociológico. No ha desaparecido la bifurcación derecha e izquierda, aunque la verdad sea dicha no se nota demasiado, sino que después del estío la división arriba y abajo parece haber cobrado carta de honor. Quizás la misma difuminación de la clasificación sociológica agudice, y coloque en primer plano, la clasificación vertical política. De hecho la lucha entre bloques sociales aparece arrumbada en la cuneta y ha llegado la hora de la lucha entre los que están en el poder y los que aspiran a él. A alguno de los que están subidos en el machito, sin pudor y rubor de ningún género, se le escapó del alma la acusación: «Por lo general los que critican a los líderes aspiran ellos mismos a ser líderes.» Y a pesar de que el acusador lleva más de veinte años sentado en el sillón oficial, muchos más en la silla oficiosa, tendría toda la razón del mundo si a continuación añadiera que los que depuran sin piedad a los críticos aspiran a morir siendo líderes.

Una merienda de negros

No hay más que constatar el escenario político para observar cómo está dominado por el combate de los moderados y los socialdemócratas en Unión de Centro Democrático, el aparato y los «euros» en el Partido Comunista, los oficialistas y los críticos en el Partido Socialista Obrero y los hombres de Praga y los de Areilza en Coalición Democrática; y si nos adentramos en el bosque de la extrema derecha y la extrema izquierda la proliferación de leninos, trotskis, mussolinis y hitlerianos es innumerable. Mientras que en Europa la actualidad política reside en la pugna entre la izquierda unida y la derecha dividida francesa, la rama de hierro y el laborismo británico, la defensa o la renuncia de la revolución de los claveles lusitanos, etc., aquí y ahora predomina conservar o conquistar el poder interno de la organización en la que se milita.

Ni siquiera esta lucha aparece arropada lo suficientemente con una argumentación política. Lo más sorprendente del Congreso de los comunistas es la inexistencia de una polémica política o de alternativas contrapuestas, e igual ocurre con los moderados o los socialdemócratas centristas y las familias del socialismo. Todos aspiran, salvo matices accesorios y no fundamentales, a realizar la misma política de los criticados o de quienes son críticos. Ahora mismo con excepción de la derecha fraguista y de una fracción de los moderados centristas, que encabezan el proyecto político de la gran derecha, no hay dirección, corriente o fracción que anuncie un cambio de línea política: sólo anuncia o reclama un cambio del personal dirigente.

Así el panorama de la clase política española, por lo general, asemeja a una merienda de negros hambrientos durante cuarenta años. Después de cuatro décadas de prolongado ayuno, el apetito político, en su sentido más peyorativo, se ha saciado con ansia sobre la cosa pública. Pocos son los que no actúan en función de su carrera política y apenas hay más opciones que las de tipo personal. Quien ha leído un libro, tiene dos dedos de frente, una aceptable figura y sabe glosar al líder de turno, se considera dirigente político y aspira a concejal, diputado, ministro o secretario general. Rápidamente el arte del politiqueo, el truco del oficio, se ha aprendido y el mundo político es de los audaces; son como ciclistas que trepan por una

El panorama de la clase política española, por lo general, parece una merienda de negros hambrientos durante cuarenta años: pocos son los que no actúan en función de su propia carrera política. En la foto: reunión del Comité Ejecutivo de UCD.

montaña inclinados hacia los de arriba y aplastando a los de abajo para intentar llegar a la cumbre y atropellar al de arriba.

Las mismas características que han presidido la transición política han alimentado este apetito desaforado en dos direcciones complementarias. Por un lado, las expectativas de poder abiertas súbitamente para los centristas, socialistas y comunistas relajaban la moral política ampliamente. Los ciento siete años que Adolfo Suárez anunciaba para el centrismo en el poder, la alternativa de poder después de un impresionante éxito electoral de los socialistas que no se lo creían ni ellos mismos, el flirteo de Suárez con Carrillo, generaron una consolidación de aquellos sectores que planteaban una política de poder en el sentido más estricto del término: los centristas distribuían el botín gubernamental, los socialistas soñaban con repartírselo antes de la primavera de 1979 y los comunistas calculaban lo que iban a recibir del gobierno de concentración.

Por otro lado, el trasvase de los cuadros políticos del anterior régimen al nuevo, englobados hoy bajo Martín Villa, y el irresistible ascenso de desconocidos jóvenes profesionales y universitarios hacia los escaños y la dirección socialista, relativizaban al máximo las consideraciones ideológicas. De una sobrecarga ideológica en la clandestinidad o en la oposición, denunciada justamente por Felipe González, se empezaba a pasar a una desideologización de la actividad política, no denunciada por nadie hasta el momento. La rápida carrera de los hombres de Rodolfo Martín Villa, con un amplio «curriculum vitae» en el anterior sistema, y de los jóvenes profesores socialistas hasta entonces desconocidos en la política, acentuaba la tendencia a hacer carrera; para los no instalados en estos dos caballos ganadores el problema residía en que se habían equivocado a la hora de apostar. Más de un concejal comunista confesaba confidencialmente su aspiración «a ser un Alfonso Guerra en el PCE» o por qué no «un Felipe González en el PCE»; no pocos socialistas oficializaban sus pensamientos externos por no «echar a perder o tirar por la ventana años invertidos en el oficio político»; y jóvenes cachorros centristas expresaban en privado su admiración por el «buen hacer y sabiduría en el oficio de Martín Villa».

Embriones de partido

Es decir, los partidos políticos, nada más nacer o reaparecer en la legalidad, se configuraban velozmente como maquinarias de poder para llegar al poder. Aún no habían tenido tiempo de constituirse como tales organizaciones políticas, cuando la coyuntura parecía ofrecer posibilidades amplias para la ambición de los nuevos políticos. En un santiamén los colectivos políticos recorrían el largo camino teórico que conduce a la representación social a la probabilidad del poder político gubernamental o paragubernamental; no habían acabado de ser partidos, orgánicamente hablando, cuando se les presentaba aparentemente la función de ser un partido en el poder. Todas las tareas que corresponden a la articulación de un partido en la legalidad, caso de los comunistas y en mucho menor grado de los socialistas, o a la creación de una nueva sigla, caso de la derecha, fueron dadas de lado en base al disfrute del poder (UCD), a la probabilidad de su uso (PSOE) o a la posibilidad de un minuso (PCE). Y como la función crea el órgano cada uno de estos grupos empezó a ser más una organización en sí que una organización para sí; o, en otros términos, el partido en lugar de ser un medio para la representación de unos intereses sociales pasaba a ser un fin en función del poder.

Por si fuera poco su nacimiento o reaparición venía impregnado con el estigma de un fuerte personalismo. UCD, PSOE y PCE se organizaban en torno a Adolfo Suárez, Felipe González y Santiago Carrillo y la crítica al líder era considerada como un tiro al partido. Incluso más allá de estas expresiones políticas se repetía esta nefasta tendencia, aunque explicable en virtud de las coordenadas políticas españolas, en la personalidad de Manuel Fraga. Consecuencia de ello es la selección de cuadros en base de su probada lealtad al mando y a la jerarquía establecida por el líder de turno. No hay más que releer los discursos de todos los líderes comunistas antes del noveno congreso comunista, de los dirigentes socialistas después del vigésimo octavo congreso de los socialistas, o de los barones centristas a lo

LAS CORRIENTES

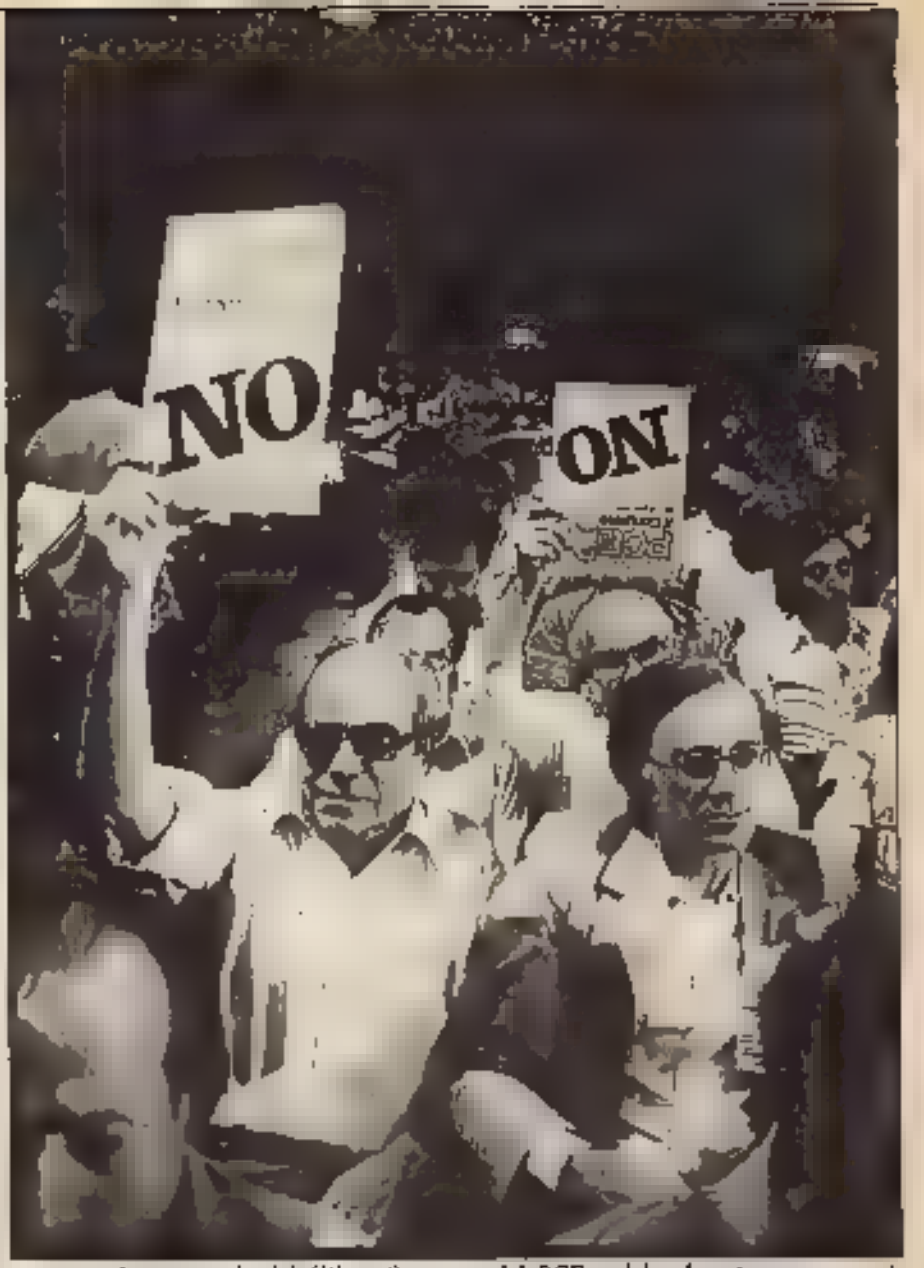
largo de este quinquenio para encontrarse un extenso culto a la personalidad. Quienes más arremeten hoy contra este trío de políticos son los que más los ulabaron en el período anterior y quienes más claman ahora por la existencia de cauces democráticos en los partidos más ayudaron a configurarlos no democráticamente.

La consecuencia de todo ello no ha podido ser más perjudicial para los centristas, socialistas y comunistas. Los primeros pagaron un duro precio, su no clarificación ideológica y su ausencia de señas de identidad política al no ser que se tenga el disfrute del poder por tal; los segundos (dem eadem, idem, al perder la oportunidad de articular un esqueleto organizativo insertado en el tejido social; y los terceros son los que más han perdido, dejaron de ser «el Partido» de la clandestinidad para pasar a ser un partido más, camino quizás, de ser un partido menos. En suma, ninguno de ellos pudo dejar de ser un embrión recién nacido o difícilmente mantenido durante los cuarenta años anteriores; y fuera del arco parlamentario los mil y un grupúsculos se transformaban en fetos políticos, en un abrir y cerrar de ojos.

Un proceso histórico

Para rematar las angustias de los partidos ninguno de ellos puede constatar el triunfo de su línea política. Los centristas tras disfrutar de las ventajas de la reforma política pasan ahora por la amargura de sufrir sus desventajas. los socialistas tras soñar con la alternativa de poder contra Adolfo Suárez se tragan en estos momentos el sapo político de la colaboración incondicional con Calvo Sotelo y los comunistas han ido de derrota en derrota hasta haber entrado en un peligroso camino de autoextinción como única fuerza política. Y no hablemos de Fraga que ha visto cómo se le escapó la reforma y está a punto de presenciar cómo se le escapa la reforma de la reforma; o de la extrema derecha y extrema izquierda en pleno naufragio ideológico político.

A partir de todo este cuadro ¿cómo no van a nacer corrientes y clubs de opinión en la vida política española? Si sumamos el carrerismo que caracteriza a buena parte de la clase política, la inexistencia de partidos propiamente dichos y hechos, el bloque de sus respectivas líneas políticas y la desaparición de las expectativas de poder externo, ¿cómo no va a acentuarse la lucha por el poder interno?



Lo que más sorprende del último Congreso del PCE, celebrado este verano, es la inexistencia de una polémica política: sólo se reclama un cambio del personal dirigente. En la foto: Sánchez Montero, izquierda, y Sartorius durante los debates.

Sería prácticamente imposible; los partidos no hacen más que recoger lo que han sembrado estos últimos cinco años. Una vez despejados todos los espejismos y oasis imaginarios todas las corrientes, las que dominan como las que son dominadas, se lanzan al ejercicio de conservar o alcanzar el poder interno. De repente ese poder pasa a ser la clave de todo y ■ el último tablón al que agarrarse en medio del hundimiento general.

De ahí que todo el escándalo en torno a las corrientes y clubs de opinión sea una polémica bizantina. Las corrientes y clubs han existido siempre en todos los partidos políticos y en todas las sociedades y su desarrollo o desaparición, su transformación en partidos o no, depende de la dialéctica político social. Corrientes y clubs con aspiración de ser partido político hay millones en la historia; sólo algunas se han plasmado como partidos o se han articulado como fuerza hegemónica en dichos partidos. De nada vale argumentar o decretar en contra de las corrientes, lo que se expulse por la puerta administrativa volverá por la ventana política. Si todos los colectivos políticos pasan hoy por la dura penitencia de la lucha de corrientes obedece exclusivamente a sus mismos pecados políticos anteriores. Sólo el tiempo se encargará de decirnos cuáles de estas corrientes encarna un movimiento más profundo por encima de sus aspectos personales. Y no estaría de más que algunos recuerden que nuestros cuatro grandes partidos empezaron por ser corrientes: el fraguismo, corriente liberalizadora del régimen anterior; el centrismo, corriente democrática del fraguismo; el socialismo, corriente de izquierda del liberalismo y el comunismo corriente del socialismo. Todas fueron anatemizadas por quienes tenían el poder y ahí están vivitas y coleando; o quizás, en trance de gestación de algo nuevo. ¿Quién lo sabe? ■ F. L. A.

LA FAMILIA Y SU REFORMA LEGAL

MANUEL RICO LARA

(MAGISTRADO)

«Detrás de toda ideología adivinamos la jerarquía de los sexos».
(Manifiesto de Rivolta Femminile).

LA Constitución de 1978, con su declaración de igualdad de todos los españoles ante la Ley (sin que pueda prevalecer discriminación alguna, entre otras causas, por razón de nacimiento) ha superado viejos y arraigados prejuicios que, asumidos por nuestro ordenamiento jurídico privado, diferenciaban los hijos ilegítimos de los nacidos dentro del matrimonio, con evidente preterición de aquéllos estigmatizados de por vida...

Todo viene de...

Que la familia nuclear, burguesa, en la que el marido ejercía un *status privilegiado*, ha ido siendo sustituida por una concepción más flexible y abierta. Así, la mujer casada accede, paulatinamente, a derechos que le eran sistemáticamente negados; comparte la patria potestad y la administración de los bienes comunes y se va alzando desde una secular marginación histórica. *Olimpia de Gouges*, –en plena Revolución Francesa– proclamó que la mujer nace igual al hombre en sus derechos, cuyo ejercicio no tiene más límites que los que «la perpetua tiranía» de éste «le ha impuesto»... Formulación enfática e irónica que encierra un gran fondo de verdad, porque, precisamente, fue aquélla una revolución burguesa, en la que el machismo ocupa un lugar preeminente. Ya decía, en lenguaje dialéctico, *Federico Engels*, que «el hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella el proletariado». («El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado»). Lo cierto es que, en las comunidades primitivas, amplias, en que la propiedad era común, resultaba clara la preponderancia social y económica de la mujer. En cambio, con la aparición de la propiedad privada y la división del trabajo, empieza el esclavizamiento de un sexo por otro, instaurándose una cultura dineraria que encierra a la mujer en los confines del hogar, entre utensilios domésticos y quehaceres agotadores.

Con la excepción de *Proudhom* (1809-65), los socialistas precientíficos fueron feministas. Para éste, cuyo ideal era el pequeño campesino independiente, amo absoluto de tierra y familia, la unión conyugal no constituye un pacto sinalagmático, natural, y ello, según sus palabras, porque «en el matrimonio, hombre y mujer son iguales en el secreto de la cámara nupcial y de su fuero interno», pero ante la Sociedad, «esa igualdad no existe ni puede existir»...

Afortunadamente, socialistas como *Fourier* y el conde de *Saint Simon* se sintieron decididos feministas. Como también lo fue el tonelero y diputado del Parlamento alemán, *August Bebel* (1840-1913), que escribió una obra fundamental: «La Mujer», resaltando su condición de oprimida. Ella misma, así, se convirtió en «productora de herederos», en el contexto de la familia burguesa, estricta, donde se instaura la «doble moral», permisiva para el marido, quedando reducida la misión de la esposa a asegurar la descendencia y la identidad del padre, titular de un patrimonio, que, a su muerte, se convertirá en herencia...

En defensa de la mujer se alzaron voces insistentes; y a veces, radicales: *John Stuart Mill*, para quien el matrimonio hace de la familia una «escuela de despotismo», *Clara Zetkin* (1857-1933), de origen alemán, que insiste en que «el único medio para alcanzar la libertad consiste en la igualdad jurídica del hombre y la mujer»; *Alejandra Kolontai* (1800-1952), con su propuesta de «Mujer nueva», liberada, al fin, por la socialización del trabajo doméstico.

Trabajo, el de ama de casa, silencioso, «invisible», (*Isabel Larguía y John Dumoulin*), que se traduce en la creación y mantenimiento de la fuerza de trabajo, representada en el mercado, por el marido y los hijos.

El *Sistema*, aprovechando la aparente emancipación de la mujer, («propietaria de su sexo»), estimulando la moda («expresión normativa del mercado sexual») hace que aquélla caiga muchas veces, en las mallas de un consumismo que la convierte en simple *objeto de consumo*.

Finalmente, se han sostenido, como científicas, afirmaciones sobre la superioridad biológica del varón, basadas en su agresividad hormonal. Así, *Steven Salberg* («La inevitabilidad del patriarcado»), si bien esa posición es contestada, con acierto, por los argumentos de *Evelyn Reed* («Sexo contra sexo y clase contra clase»), y *Montagu*.

Una mirada retrospectiva a las páginas de la Historia, nos muestra que a una cultura estática, *femenina*, extendida hasta el Renacimiento, sucedió el empirismo del siglo XVI, con el nacimiento de una nueva clase, la burguesía y los inicios del capitalismo, lo que supuso un giro copernicano, de evidente predominio del hombre, para superar el cual se propone, incluso, una cultura andrógena, capaz de lograr la nunca cancelación de las precedentes. Como «*liberación desheredada*» define *Mary Alice Waters* la situación en la URSS, de la mujer que, en definitiva, sólo conseguirá su igualdad con el hombre, no de forma específica, sino considerándola como un aspecto más por la superación de las condiciones que hacen posible la alienación del ser humano... («Cuatro ensayos de mujer»: *Carlos Castilla del Pino*). Coincidiendo en la dimensión de esa lucha, *Carla Lonzi* ha afirmado que «el movimiento feminista no es internacional, sino planetario». («Escupamos sobre Hegel»).

Pautas legales

Nuestro Código Civil (1888) –transido de los principios aludidos de preeminencia «machista»– parte de la convicción de que «el marido debe proteger a la mujer y ésta obedecer al marido» (artículo 57). La reforma del año *1958* mantiene, aún, dicho precepto y proclama la unidad matrimonial, cuya dirección, «la naturaleza, la religión y la historia atribuyen al marido»...

Fue preciso llegar a la *Ley de 2 de mayo de 1975* para avanzar, efectiva-

LA FAMILIA

mente, en el plano de la igualdad jurídica. De esta forma el estado «deber de obediencia» (suprimido incluso, en el Código Civil italiano de 1865), será sustituido por la obligación de *ambos cónyuges*, de «vivir juntos, guardarse fidelidad y socorrerse mutuamente» dentro de un contexto de «respeto y protección recíprocos». Otras innovaciones son recogidas conservación por la mujer de su nacionalidad de origen y fijación del domicilio conyugal por común acuerdo, aunque, seguirá siendo el marido *el titular de la patria potestad y el administrador* de los bienes comunes, gananciales.

Mil novecientos setenta y ocho es el año de despenalización del *adulterio* (en el que también la mujer estaba fuertemente discriminada), y de la propaganda y venta de *anticonceptivos*. Sin embargo, se mantienen vigentes preceptos penales (infanticidio y aborto «honoris causa») que reducen la pena correspondiente cuando la mujer –o los padres– cometan [illegible] delitos o encubran a ellos, «para ocultar su deshonra» de manera que en opinión de *Giuliani*, esta situación refleja la idea muy extendida, de considerar a la mujer y a la hija casi como propiedad del varón. (Estudios de Derecho Penal.) En la citada fecha el legislador democrático retocó en el sentido realista, el contenido de los delitos de estupro y rapto, sustituyendo, en éste, la expresión tradicional de «mujer honesta» por la de atentado «contra la libertad sexual», como circunstancia concurrente específica.

Paralelamente, y en esa línea, la Constitución –artículo 32, 1– afirma que el hombre y la mujer tienen derecho a contraer matrimonio «con plena igualdad jurídica»..., asegurando en artículo 39 la protección de la familia, de los hijos –*iguales ante la Ley* con independencia de su filiación– y de las madres cualquiera que sea su estado civil. Una ley –afirma– «publicará la investigación» de la paternidad.

Con estos antecedentes se elabora la importante *Ley de 13 de mayo de 1981* (B.O.E. del día 19), que modifica el *Código Civil* en materia de *filiación, patria potestad y régimen económico del matrimonio*. Pues bien, es interesante detenerse en el análisis de los preceptos relativos a paternidad-filiación, y la patria potestad, apartando –para mejor ocasión– lo relativo a los aspectos matrimoniales.

Filiación

Coherente con los principios constitucionales y abandonando la anterior distinción entre hijos legítimos e ilegítimos, la ley comienza afirmando que la filiación por *naturaleza* puede ser [illegible] lo que a pesar de esta inicial clasificación no debe suponer discriminación jurídica alguna ya que ambos supuestos «surten los mismos efectos» conforme a las disposiciones del propio Código. Otra cosa es el rechazo, todavía latente, que, debido a prejuicios inculcados en los sectores más conservadores de la sociedad, puede marginar a los hijos extramatrimoniales...

En todo caso, la filiación determina el *orden de los apellidos*, que podrá no obstante, ser alterado al alcanzar el hijo la mayoría de edad. Los padres ejercen la patria potestad salvo que alguno de ellos haya sido *condenado* a causa de las relaciones que determinen la generación o en la filiación fue judicialmente determinada contra su oposición. En ambos supuestos el hijo no obtendrá el apellido del progenitor.

La filiación, en general, se acredita por su *inscripción* en el Registro Civil; *documento* o *sentencia* que la determine legalmente; *presunción* de *paternidad matrimonial* y, en último extremo, por la *posesión* de estado. Sin embargo, [illegible]

A) *Filiación matrimonial* determinable de acuerdo a las siguientes reglas:

Cuando haya *sentencia* firme que así lo exprese o por *inscripción* de nacimiento junto con la de matrimonio de los padres. Se presumen hijos del matrimonio los nacidos después de la celebración y antes de los *trescientos días* siguientes a su disolución o separación legal o de hecho de los cónyuges. Aun así, si falta esta presunción de paternidad del marido «en caso de *separación*, podrá inscribirse la filiación como matrimonial, si concurre el *consentimiento* de ambos cónyuges. Respecto a los nacidos *dentro* de los *ciento ochenta días* siguientes a la celebración del matrimonio podrá el marido *destruir* la presunción de filiación matrimonial, mediante *declaración* «en *tenora en contrario*, formulada dentro de los seis meses siguientes a la noticia del *parto*. Se exceptúan de esta posible impugnación, los supuestos en que el marido hubiese *reconocido* [illegible] presa o tácitamente– la paternidad, o *conocido* el *embarazo* con anterioridad a la celebración del matrimonio, salvo, en este caso, [illegible] ambos cónyuges, antes y después del matrimonio, formulan declaración auténtica y conjunta en contra de la filiación [illegible] siempre que lo hagan dentro de los seis meses siguientes al nacimiento del hijo.

La filiación adquiere el carácter de matrimonial *desde la fecha de celebración del matrimonio*, cuando éste tiene lugar con posterioridad al nacimiento

[illegible]

B) *Filiación no matrimonial*, concretada por:

Reconocimiento ante el encargado del [illegible] *público, resolución* recaída en expediente [illegible] por *sentencia* firme. Finalizado [illegible] que haya hecho [illegible] plazo legal [illegible] plado por el legislador, de que la *exención* de *paternidad* practicada en base al reconocimiento de filiación [illegible] fuera de pos[illegible] la primer lugar, las dirigidas a la *averiguación* de la paternidad y maternidad [illegible] cluidas las biológicas» (lo que plantea el problema de su posible obtención coercitiva [illegible] la integridad corporal); si bien hay un principio restrictivo de carácter gen[illegible] defender a la persona demandada de [illegible]

La determinación de la *filiación* puede presentar dos aspectos diferen[illegible] *impugnación*. La Ley, que advierte que la acción para reclamar la filiación faculta a cualquier persona con inte[illegible] criptible– queda reservado a los pro[illegible] del parto. La filiación puede declararse cuando resulta de las siguientes [illegible] poseso o tácito, posesión de estado, convivencia con la madre en el momento de la concepción o de otros hechos suficientemente acreditativos. Se prevé, igualmente, la *investigación* de [illegible]

el propio hijo. Asimismo la mujer puede *rechazar* su maternidad, justificando que ha existido «suposición de parto o no ser cierta la identidad del hijo».

Dialéctica padres-hijos

Al abordar este tema, los nuevos preceptos del Código Civil introducen interesantes modificaciones; si bien no se ha evitado la *supervivencia* del término «patria potestad», que parece aludir a facultades exclusivas del *padre* con desconocimiento de que, en la actualidad, se ejercen *conjuntamente* con *la madre* (artículos 154 y 156 del referido Código). Dejando a un lado la cuestión (ciertamente importante) de la denominación de «potestad», (de vieja raigambre romanista que, en efecto, se proyectaba sobre los «alieni juris»), es evidente que los padres pueden *recabar* el auxilio de la autoridad en el desempeño de funciones que, por definición, deben ser nutritivas y protectoras y no sancionadoras, puesto que a ello se oponen la más elemental pedagogía y los principios democráticos de respeto a la persona humana, así como el propio Código, que exige que la facultad de corregir a los hijos sea *razonable* y *moderada*.

En el supuesto, no improbable, de que haya desacuerdo entre ambos progenitores sobre el ejercicio de la patria potestad, el Juez arbitrará fórmulas flexibles de atribución total o parcial de la misma a alguno de ellos. Si *viven separados*, la patria potestad se ejercerá por aquél con quien el hijo convive, sin perjuicio de que el Juez pueda distribuirla conjuntamente entre ambos padres. En general, si los hijos son *menores de siete años*, quedarán al cuidado de la madre separada del marido.

Los padres ostentan la *representación legal* de los hijos menores de ambos progenitores. En todo caso y a instancia del propio hijo, de cualquier pariente o del Ministerio Fiscal, puede el Juez adoptar *medidas cautelares* para asegurarle alimentos, apartar al menor de un *peligro* o evitarle perjuicios, siempre que garantice la protección ante posibles abusos en el ejercicio de la patria potestad, que, en principio, obliga a los hijos a *obedecer* a sus padres y *respetarles* siempre. Deber de sumisión que no puede, en ningún caso, posibilitar extralimitaciones.

Es posible la *prórroga* de la patria potestad (al alcanzar el hijo la mayoría de edad), cuando hubiese sido incapacitado *precisamente* por deficiencias o anomalías psíquicas, o por sordomudez.

Si vive en compañía de sus padres y es mayor de edad cuando sobrevenga alguna de las referidas causas de incapacitación, se *rehabilitará* la patria potestad sobre el mismo.

Aún cuando los padres administran los *bienes* de los hijos, quedan excluidos de ese régimen los mayores de dieciséis años, los adquiridos por éstos mediante su *trabajo o industria* (quiza por comprender el legislador la fuerte conexión entre trabajo y desarrollo de la personalidad). En general, los padres necesitan autorización judicial para enajenar o gravar bienes *inmuebles* de los hijos, establecimientos mercantiles o industriales, objetos preciosos y valores mobiliarios, debiendo acreditarse además las causas de utilidad o necesidad que motiven la venta. El hijo, en todo caso, puede acudir directamente al Juez si la administración paterna pone en peligro su patrimonio, y al término de la patria potestad tiene la facultad de exigirles rendición de cuentas de su administración.

Con estas previsiones se abre una serie de cauces nuevos en el desarrollo de la patria potestad que, por su evidente alcance limitar, no puede suponer una rígida relación de dominio, sino que ha de enmarcarse en el proceso de creciente protagonismo de la juventud, que, a su vez, comporta cargas, responsabilidades y frustraciones, a las que no son ajenos quienes han venido ofreciendo el modelo, inimitable, de una sociedad gerontocrática y agresiva. ■ M. R. L.

SABORES NATURALES QUE SE HACEN FAMILIARES.

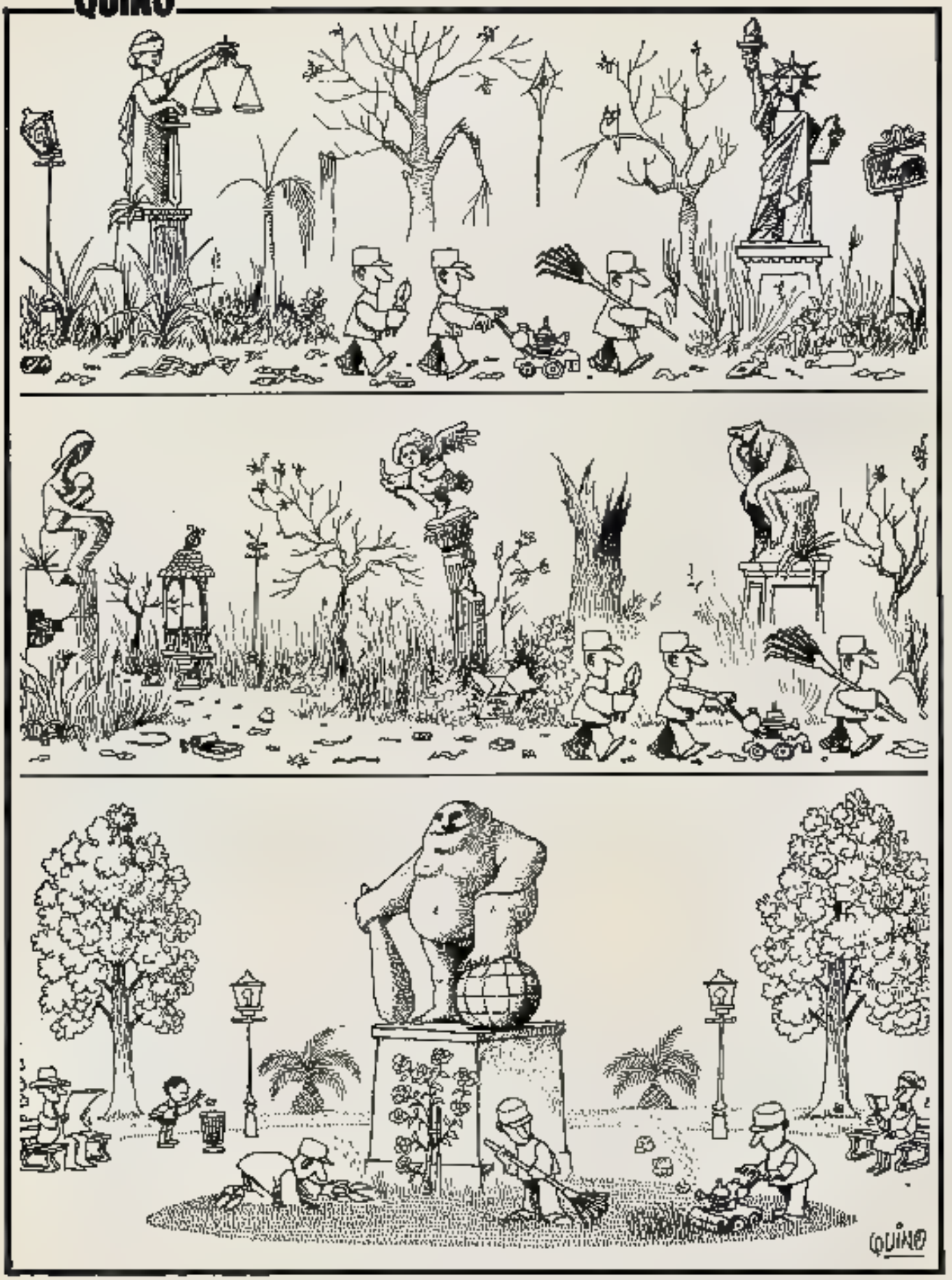
PHILIPS

Cuanto mayores son los avances, más aprecia el ser humano la calidad natural de los alimentos que llevan a un vida más sana y equilibrada. Y en los adelantos que lo hacen posible, PHILIPS colabora con su extensa gama de productos para valorar fragancias y sabores naturales que recrean los cinco sentidos, ampliando considerablemente la dimensión de los mismos.

PHILIPS está junto al Hombre, ayudándole. Para hacer más placentera su vida cotidiana.

PHILIPS le ayuda en todos los sentidos.

QUINO



FABULA ONIRICA

POZUELO

SOÑO que era un conejo con mixomatosis. Frotaba con sus patitas los ojos medio cegados, sentía cómo se ahogaba, oprimidos los pulmones por su cuerpo hinchado. Atravesaba la carretera en busca de agua; apenas podía moverse. Un resplandor de faros de automóvil se le venía encima; no podía huir... Logró despertarse jadeante y angustiado: reconoció poco a poco la habitación, con los objetos familiares convertidos en fantasmas por la luz de la farola que llegaba desde la calle. Su compañera dormía profundamente ocupando, como de costumbre, las nueve décimas partes de la cama. Hubiera querido despertarla para hablar un poco y poner una tregua entre la pesadilla y el nuevo sueño, pero sabía que era inútil: ella, dormida, era una piedra, un plomo, una cosa. Bebió un poco de agua, respiró hondo, encendió un cigarrillo que le devolvió un sabor seco y cobrizo. No se atrevió a encender la luz para no instalarse del todo en el insomnio. Comenzó a culpabilizarse a sí mismo: quizás el buchecito de whisky que había tomado mientras se adormecía viendo la televisión, o el diminuto trocito de «brie» de después de cenar. Las pesadillas vienen muchas veces del estómago. Y de una oscura connivencia entre el estómago y el cerebro, donde suelen alojarse los enemigos internos. Los dos breves sabores habían rememorado los buenos tiempos en que era comedor y bebedor; a la culpa se unió el soberano fastidio de quien comprueba que ya no es lo que era, y tiene que estrechar cada día los límites del placer. Hay una oscura maldición en el hecho de que todo lo que gusta haga daño. Pero ¿por qué un conejo, por qué la mixomatosis? Tuvo de pronto uno de esos rayos de lucidez que atraviesan las tinieblas del pensamiento nocturno y recordó una conversación de un par de días antes. Había encontrado a un taciturno amigo del que solía huir cuando podía esquivar su condición de pelma adherente. Era de esos que se meten en el terreno de su interlocutor para hablarle, que le sujetan del brazo para evitar cualquier alejamiento. En sus tarjetas de visita ponía, debajo de su nombre, la vieja palabra «publicista», aunque los periódicos publicaban rara vez sus escritos pesimistas y negativos; y si aún lo hacían era por su implacable sucesión de visitas, por la persecución de redactores jefes por los pasillos. «Es demasiado largo», le decía el desgraciado; y él respondía inmediatamente: «Pues lo cortamos». «Es muy duro», y él: «Lo dulcifico». Como el artículo no salía, él lo recitaba a sus amigos. «He enviado un artículo a «ABC», pero allí hay una mafia... Lo he mandado al «País» también; pero ya sabes lo que pasa en «El País», naturalmente...» El interlocutor hacía un vago «uu-uu» y un gesto de sobreentendido, sólo para evitar que el maldito se lo explicase; pero lo que en ningún caso conseguía era impedir que le recitase su artículo. A él le había ocurrido aquello, y le había tocado escuchar el apocalíptico relato del aceite de colza como agente del fin del mundo.

Se titula «Del aceite de colza a la profecía de Malaquías». He investigado la intoxicación, he hablado con médicos y biólogos, y tengo una información de primera mano. Para el aceite de colza, como sabes, no hay medicación posible. Su daño es recurrente y no perdona ni a los que creen haberse salvado. Estos van diseminando el contagio. No es sólo la transmisión de la madre al feto o al lactante, sino la del padre por vía genética. Pero hay algo más grave. La persona contagiada, que a veces no presenta ningún síntoma (puede llegar a tardar hasta dos años en notar algo) irradia el mal. Ya se ha dicho que hay un diagnóstico precoz, que consiste en el análisis del aliento: se respira y se emite la intoxicación. Hay algo más que no se ha dicho: sale por los poros, con el sudor. De esta forma se crean ambientes tóxicos en los hogares, en las oficinas, los teatros, los cines... El contagio es inevitable. Al mismo tiempo hay informaciones fidedignas de que miles de litros han sido arrojados a las alcantarillas y a los retretes: muchos de los culpables, para no ser descubiertos y castigados, han tirado su aceite incluso a los ríos. Y muchas amas de casa lo han echado por los fregaderos o las bañeras. Pues bien: se ha comprobado que las depuradoras, las plantas potabilizadoras no son capaces de frenar o de impedir el paso del tóxico, que se mezcla a las aguas potables. Y a la composición de todos los alimentos. No es difícil imaginar que en unos años toda vida se habrá extinguido sobre la tierra...

–Sí, sí es difícil de imaginar.

–Te pondré un ejemplo: la mixomatosis del conejo. Hacia el año 1950 un profesor de la Facultad de Medicina de París, Armand Delille, decidió inocular la mixomatosis a los conejos que roían los cultivos de su finca; la plaga fue extendiendo desde entonces por toda Europa y en 1981 podemos asegurar ya que los conejos van a desaparecer de este mundo. No se ha conseguido inventar o descubrir nada que detenga la enfermedad. Como se acaban los conejos, se acabará la vida del hombre sobre la tierra...

–Esto no es imaginable en nuestro tiempo. Los datos estadísticos son cada vez más favorables, el daño se está reduciendo velozmente... Y la ciencia humana es ya más que capaz de encontrar antídotos...

–¡La ciencia humana! Nadie puede dejar de plantearse si éste es un fenómeno puramente humano. Probablemente este aceite se consume

FABULA ONIRICA

desde hace años, tal vez desde hace siglos, y no ha producido este efecto nunca. Piensa en que por alguien o por alguna razón ha elegido este momento.

–¡Los rusos!

–Es una eventualidad. Recuerda que en los primeros momentos se acusó a los americanos de Jonrejón. Es un disparate, porque los americanos no tienen ninguna clase de interés en envenenar al mundo occidental. Pero el instinto popular captó rápidamente que era algo producido, no espontáneo. Los rusos, evidentemente, tienen todos los medios a su alcance. Imagínate que ellos sí conocen el antídoto, y pueden estar que el mal llegue a sus zonas, o incluso venderlo a cambio de ciertas condiciones: entrega de los países afectados, de sus arsenales nucleares. No habría ni siquiera la posibilidad de Numancias, porque serían inútiles. Ni pasarían a la historia, porque la historia la podrían escribir los rusos solamente.

El supuesto publicista había agarrado ya los dos brazos de su víctima, en una especie de rigodón –el rigodón del horror– bailado en plena calle. La danza de lo inverosímil.

–No olvidemos el discurso del teniente general Fernández Posse ante Santiago. «Estamos en guerra», en una guerra sucia, inverosímil. Pero creo poder saber algo más. Siempre hay que preguntarse que hay detrás de todo. Si los rusos han elegido precisamente este momento ha sido porque algo les ha impulsado a ello. Algo les ha echo descubrir el tóxico y su utilización, y lo que creen que es el antídoto. Pero probablemente no lo es, y ellos mismos van a caer en esa trampa que les ha tendido alguien...

–¿Alguien? No querrás decir que...

–Sí, sí lo quiero decir: el demonio, su viejo maestro. Es un hecho probado que el diablo se le aparecía a Stalin en un pozo de Bakú y le daba instrucciones. No hay ninguna razón para suponer que, muerto Stalin, el diablo haya cesado su trabajo.

–Pero hay alguien por encima del diablo para evitar su acción funesta...

–¡A menos que coincida con sus designios! No se te ocultará que algunos teólogos han llegado a conjeturar que Dios y el diablo son una misma persona, un mismo ente, si quieres. Una especie de unidad ecológica que regula el equilibrio de la vida y de la muerte. Si esos teólogos han muerto generalmente en la hoguera, o en buhardillas de pobreza, o porque el gran designio había visto su secreto penetrado por ellos... Una teología popular y muchas veces culta del fin del mundo está basada en todo eso. El aceite de colza coincide con el año 2000, debe ser el tiempo que tarde en surtir efectos sobre toda la humanidad. Si lo enlazamos con las profecías de Malaquías y con algunas leyendas menores como la de los medallones con retratos de papas en la iglesia de San Juan de Letrán, encontraremos unas vas piezas de este rompecabezas. Hacia el siglo XV algunos teólogos, como Matías de Janow y Juan Huss sospecharon ya que el Anticristo que ha de aparecer al final de los tiempos se infiltraría dentro de la Iglesia, y hablaron del clero como del «cuerpo del Anticristo». Debo recordar una vez más las palabras del lúcido pensador de nuestro tiempo que es el teniente general Fernández Posse cuando le explicaba al Apóstol cómo la misma Iglesia está sufriendo estas infiltraciones en nuestro tiempo. La coincidencia de la intoxicación por aceite de colza con el atentado y extraña enfermedad del Papa Wojtyla es demasiado clara como para no ser advertida. Fácilmente se ve como los partes médicos de Roma y los de España tienen casi los mismo términos: una

inseguridad científica, una especie de semiignorancia ante un agente desconocido. El Papa que más se ha opuesto a la infiltración de la Iglesia, al poder del demonio y, al mismo tiempo, a los comunistas y a los rusos, se debilita cada día, se encuentra impotente para seguir la lucha. Mientras el tóxico del aceite de colza se extiende y se extiende, a partir de España. Hay que pensar, también, el significado de España en la guerra contra el ecumenismo. Pero aquí el diagnóstico podría equivocarse.

–¿Cómo?

–Precisamente porque aquí hay medios de lucha. Todavía es tiempo de detener el mal. Una dictadura que controlara la infiltración, unos campos de concentración, una buena censura de Prensa que impidiera que escribiesen artículos disolventes y dejara su lugar a los buenos pensadores, a la gente como yo, sería probablemente una solución. Costaría mucho trabajo, muchas vidas humanas, pero podría ser el último gran sobresalto.

–¿Para salvar a todos?

–Quizá sí. Pero al menos para que los españoles llegaran al fin del mundo en un cierto estado de gracia que permitiese su salvación, que es lo que importa.

La víctima se encontraba ahora acurrucada contra la pared de un edificio, casi aplastada por el cuerpo del pesado verdugo. Sólo pensaba en su salvación inmediata, en poder huir. Tuvo una idea salvadora.

–Atiende, me parece que por ahí va el director de «El Alcázar» –dijo, señalando una lejana figura que no se parecía al desgraciado–. Si corres, le alcanzas. Le explicas tu artículo, y estoy seguro de que lo publicará inmediatamente. ¡Es tan lógico!

La presión de las manos se aflojó inmediatamente.

–¿Cuál dices?

–¡Aquel, aquel! ¡Corre, que se escapa!

El pesado emprendió una veloz carrera hacia la víctima inocente que le enseñaban.

Ahora el insomne rememoraba la escena. La supermanos, los conejos. Al recordar la frente de su pesadilla, al encontrar la clave, le iba volviendo una tranquilidad creadora. Ahora sonreía al recordar al pobre frenético paranoico, metido en su delirio erudito científico. La habitación recobraba su apariencia, los objetos volvían a ser siluetas conocidas. Acarició suavemente el desnudo dormido de su compañera, trató de recuperar algo de espacio para sí mismo. Le volvió el soponcillo perdido, poco a poco, se durmió.

Y soñó que era un conejo. Un importante, un sano y robusto conejo. Entraba solemnemente por una madriguera y llegaba a una gran cueva llena de conejos. En lo alto había una brillante imagen de un conejo blanco, en la que le pareció reconocer al de Alicia. Era el apóstol de los conejos; y él tenía que hacerle la ofrenda anual. Al pie del estrado, se irguió sobre sus patas traseras, entre el reconocimiento de sus congéneres.

Aquí estamos, una vez más, como cada año, para contarte nuestras desdichas, nuestras esperanzas, nuestras peticiones. Corremos, Señor, de un lado a otro para buscar en los prados, para comer nuestras hierbas y fecundarnos incesantemente. Sabemos quién es la rapaza, la sombra del vuelo del águila sobre nosotros, la silueta del cazador armado. Son, como siempre, nuestros enemigos. Nos han dicho que es el orden natural, y sólo lo hemos aceptado con la esperanza de que un día cambie ese orden, que jamás hemos dejado de considerar injusto. Pero últimamente están sucediendo cosas excesivamente desagradables, mucho más desagradables que hasta ahora. Nos están envenenando. Con la supermatosa o con el aceite de colza. Nos están amenazando con sus bombas de neutrones. Y, sobre todo, nos están describiendo como bestias feroces. Como seres incapaces de cazar a la verdadera bestia, como le tienen miedo y no saben enfrentarse con ella. Han dicho que nosotros, los conejos, somos los lirones. Ya no nos matan con la santa alegría de comernos, como antes, sino diciendo que somos nosotros los que les queremos comer a ellos, no les basta con hacernos la guerra eterna de los de su especie, sino que dicen que somos nosotros los que hacemos la guerra contra ellos. No se atreven a decir que son cazadores, aves de rapiña o serpientes, sino que dicen que quieren salvar su especie de nosotros los herbívoros. Niegan que somos herbívoros. Proyectan sobre nosotros su crueldad, su arte de tramposos, sus lazos, comienzan a querernos ver en perpetua, como nos han visto siempre. Nos llaman inmorales porque nuestras costumbres son libres. Se han vuelto más locos de lo que estaban. Están aterrados porque somos pacíficos, herbívoros, tranquilos y amatorios, y nos ven en sus delirios tal como se ven ellos mismos en el espejo. ¿Qué podemos hacer, Señor?

Y desde lo alto se oyó una voz que decía, simplemente:

–Dejad de ser conejos. ■ **Dibujos de John Tenniel, el primer ilustrador de «Alicia».**

Sobre el «neoromanticismo» musical británico

LA MODA SE PONE DE MODA

AGUSTIN TENA

Los azares periodísticos del titular y el encabezamiento han hecho que las más recientes tendencias de la música *pop* inglesa queden englobadas bajo ese «nuevo romanticismo», sospechoso aforismo que se aplica, incluso, a algunas bandas madrileñas. Dejando a un lado la consideración de que las auténticas pulsiones románticas –aunque se den en los años 80– son una forma de clasicismo (poco susceptibles, por tanto, de ser recicladas, publicitariamente), no resulta difícil descubrir porqué los nuevos grupos son llamados así, ni hace falta un gran despliegue documental para encontrarles etiquetas más adecuadas a su condición musical y sociológica. Ello no debe impedir, desde luego, la escucha atenta de sus obras, que son piezas de cuidada elaboración y sugestivo poder rítmico, pero va siendo conveniente olvidar la idea que tanto nos animó hace unos meses: la de que estas bandas rechazaban toda marginalidad cultural y unían a su fuerza musical un mínimo bagaje de formas artísticas capaces de trascender.

LA cosa tiene orígenes e influencias confesas, y de ellas hablaremos aquí, pero se puede empezar reseñando el éxito –en el último trimestre de 1980– de los exitosos *Adam and the Ants*. Ellos, tras la explosión de la *new wave*, se concentran en los lindes de la *dance music* y tratan con extrema atención lo concerniente a la *image* del grupo, tanto en el *styling* (diseño, aproximadamente) como en lo que llaman *fashion* (moda). No en vano, su líder, Adam Ant, había abandonado el diseño gráfico poco antes, aunque iba a seguir ejerciéndolo en su nueva ocupación, creando y dibujando toda la promoción gráfica de estas *hormigas de Adán*, que vendieron cientos de miles de copias de su *antimusic*. El lanzamiento no se limitaba a las chapas y camisetas publicitarias típicas: Adam y sus instrumentistas se vistieron con cascos de húsares y se pintaron y peinaron como indios americanos. La extraña fusión de efectos militares tenía un pretexto ideológico: Adam reivindica con insistencia la figura del guerrero, aunque se declara apolítico y enemigo de la violencia. Lo que le apasiona es que «los guerreros son

Steve Strange, un excéntrico que se pasea por Kings Road, en Londres, y deja igual de atónitos a los punks de cuero y alfileres que a los turistas que han ido allí a ver a los punks.

«Spandau Ballet» un grupo que está en la avanzadilla neorromántica. Se les supone un culto a la belleza que conociéndolos es presunción más que cuestionable.

como pavos reales, tienen integridad e independencia. Usan un maquillaje único que les diferencia del resto de la tribu. Están por encima de la violencia.» Al mismo tiempo, Adam predica que la música debe ser sexual, y proclama como influencias cercanas las danzas de los zulús, masai, sioux y otras tribus africanas y americanas. En efecto, el suyo es un sonido indudablemente primitivo, y su banda cuenta con dos percusionistas que llenan los temas de ritmos salvajes, sacados de las más diversas cajas, tambores y platillos. Sin embargo, en rigor no parece apropiado incluir al grupo en los llamados neorrománticos. Si aquí se les cita es por el mencionado tratamiento de la imagen, que si será una constante en aquellos, y porque también son un precedente adecuado dada su dedicación exclusiva a la música bailable.

Pero hay algo que separa claramente a las *hormigas* de las nuevas corrientes –que, por cierto, han recibido infinidad de nombres, aparte del que ha llegado hasta nosotros: *New Dandies, Futuristas, New Funk music, Cool Wave, Blitz Kids*, etcétera–. En su furor guerrero, *Adam and the Ants* prescinden de toda sofisticación técnica. Su sonido es lo más parecido a las danzas tribales que se puede hacer con instrumentos eléctricos de cuerda y voces británicas, sin descuidar las imposiciones de la comercialidad. Los grupos que aparecen y triunfan muy poco después de ellos –*Visage, Spandau Ballet* y *Orchestral Manoeuvres in the Dark* son quizá los más destacados–, por el contrario, hacen de la electrónica una de las bases de su trabajo. En el caso de *Maniobras Orquestales en la oscuridad* (autores de *Enola Gay*, tema de gran éxito en España), nos encontramos con dos ingenieros electrónicos de Liverpool que diseñan los instrumentos que utilizan, y en el primer elepé de uno de los grupos más recientes, los siderales *Landscape*, hallamos multitud de nuevos sonidos, insólitos e irreconocibles, como salidos de un sueño cibernético que hubiera sorprendido al propio Orwell. En este sentido, no es descabellado afirmar que los jóvenes músicos están en deuda con otros de los años setenta, gentes como Robert Fripp, Brian Eno o los alemanes Kraftwerk, que trabajaron durante años con sintetizadores, novísimos filtros acústicos para sus guitarras, precisas cajas de ritmos y otros ingenios, sin encontrar la respuesta del público. Hace unos meses, el citado Brian Eno publicaba un espléndido disco que, continuando su valiosa labor de experimentación, mezclaba fríos sonidos electrónicos con las voces místicas y casi líquidas de cantantes y coros musulmanes, grabadas originalmente en el norte de África. Las nuevas generaciones, tal vez menos preocupadas por la investigación, supieron al menos escuchar y aprender de estos hombres tachados por un exceso de vanguardismo (que, además, era y es anticipación), y aplicaron sus enseñanzas a la música que, a finales de los 70, cautivaba a todos los que no entendían qué era eso del *punch-rock*, la *disco music*, que tenía sus raíces en la música negra de los 60, y más concretamente en el *soul* y en el *funk*, y su gran virtud era su condición de música bailable.

Así pues, el éxito de los nuevos ritmos, en el plano musical, está en la determinación de hacer una *música bailable sintetizada*, sin más pretensiones, que puede llegar a más público que el desquiciado y agonizante *punk* o la ingenuidad poprockera de la new-wave blanda. Y esa es la intención primera, pero los jóvenes están muy acostumbrados a la sociedad industrializada y consumista, y saben bien que para salir adelante deben no sólo atender a la imagen y desplegarla con profusión, como Adam (que para los neorrománticos es una especie de «folklórico»), sino que tienen que ponerse a cultivar un entorno sugestivo, un halo visual que ha de prender en los jóvenes que, como ellos, están ya hartos de existencialismo y otras culturas académicas. Es necesario tener eso que se llama «un carisma», y para edificarlo no hay nada mejor que recurrir a las *élites* y desproveerlas de sus exclusividades culturales. Los viejos héroes del *pop* –Andy Warhol, David Hockney, Mick Jagger, etc.– llevan muchos años coqueteando con la *jet society*. A principios de los 70 fundaron una revista –la famosa *Interview* de Warhol– a la que no le han surgido más que imitadores (ahora, incluso en España: *Cara a Cara, Diagonal, Latino*, la absurda *Hecho en Ma-*

LA MODA SE PONE DE MODA

Portada del disco de «Visage», un grupo creado por Steve Strange que recuerda bastante a los supergrupos que aparecían y desaparecían en los años setenta.

dried, Night...), y no tardaron en inundarla de grandes fotos y secciones influidas por las publicaciones que leía la *jet: Vogue*, etc. Resumiendo, la alta moda se había introducido en la cúspide del *pop*, fascinando a los próceres de lo que se llegó a conocer como el *underground*. Lo que hace 15 años estaba bajo tierra ha salido de la oscuridad para lucir el brillo intenso pero restringido de la exhibición frívola en las discotecas más *chic* de Nueva York. El elitismo neoyorquino, en una evidente contradicción con el concepto de *élite*, *se imita* en Londres, en Amsterdam, en París y en Madrid y Barcelona.

En Londres y Liverpool, ciudades siempre adelantadas en lo relativo a música popular contemporánea, unos chicos de veinte años deciden que ya es hora de que los iconos del Warhol pasado por la *jet-society* dejen de serlo, y pasan a exhibirse llenos de joyas y cubiertos por tejidos nada convencionales. La historia, según algunos, comienza con Steve Strange (Steve Extraño), un excéntrico que se pasea por Kings Road y deja igual de atónitos a los punks de cueros y alfileres que a los turistas que han ido a Kings a ver a los punks. Steve está aburrido de los chicos del imperdible y sus oscuras salas de conciertos, y se une a un tal Rusty Egan –melómano y *disc-jockey*, admirador ferviente de Eno, Bowie, Kraftwerk y Roxy Music–. Juntos conquistan un club, el *Billy's*, donde montan fabulosas *Bowie-nights* en las que suenan los músicos citados y se reparten tarjetas que rezan «*Fame, fame, fame! ¿What's your name?*» (¿No es cierto que eso recuerda a la máxima de Warhol que dice «Todo el mundo tiene derecho a ser famoso durante quince minutos»?).

«¡Fama, fama, fama! ¿Cómo te llamas?», se preguntaban, y pronto lo sabrían. El método utilizado para llegar a la respuesta no deja de ser curioso: cuando la pareja se apoderó del *Billy's Club*, Rusty fue encargado de la música, y Steve Strange sólo debía pasearse (exhibirse). Al cabo de unas semanas el público se enrareció, y decidieron que Steve estaría en la puerta del club, indicando quién debía pasar y quién no. Su presencia tan cerca de la acera, y su actitud en los conflictos que surgieron, acrecentaron su popularidad. Pronto surgieron los problemas con la empresa, y Rusty y Steve, perfectamente activos y sabedores de su gancho, dieron a Billy una puerta (más bien *le dejaron* la puerta) y se hicieron con un club nuevo, el *Blitz*, en el que fueron dueños y señores. Aquello fue el delirio, y al

Portada de la revista «Interview» fundada a principios de los 70 por Andy Warhol y otros héroes del arte pop: ahora se está imitando en todo el mundo.

Adam Ant, padre del grupo «Adam and the Ants». En sus actuaciones sus miembros se visten con casacas de húsares y se pintan y peinan como los indios norteamericanos.

poco tiempo estuvo lleno de adolescentes glamourosos y héroes y guerreros enfermos de *make-up*. Los atuendos de Steve Strange eran cada vez más non –cosas de la prosperidad– y la clientela inventaba para cada noche un nuevo exotismo para cubrir sus desnudeces hasta que un pasional y efímero *chico encuentra chica* obviara la necesidad de trapos y tercipelos. Aparte de estos episodios, lo que había ocurrido, por fin, es que *la moda se había puesto de moda*. La frase parece feliz, pero el evento es esencialmente absurdo. Casi tan absurdo como que la gastronomía se ponga de moda (eso ocurre ahora en España, pero debe ser por lo de los cuarenta años). En todo caso, para Steve Strange todo esto equivalía a algo tan serio (¿y tan absurdo?) como el éxito, y pensó que ya no era el momento de ejercer como matón de club. Además, a principios de 1981, era casi escandaloso que todo ese marasmo aconteciera en torno a discos de los años setenta. Por ello, y porque eran jóvenes e individualistas (el individualismo, por cierto, es la gran baza de los que ahora hacen el rol de teóricos del neorromanticismo, o como lo llamen). Rusty y Steve llamaron a músicos de grupos modernos y fuertes que sólo elogiaba cierta crítica –Mirlge Ure y Billy Currie, de *Ultravox*, y Dave Formula, de *Magazine*– para formar *Visage*, un invento que, en principio, recuerda bastante a los *supergrupos* como *Blind Faith*, o *Cream*, que aparecían y desaparecían, durante los setenta.

La música de Visage es comercial, bailable y muy elaborada, y tiene gran interés técnico. Algo parecido ocurre con los llamados *Spandau Ballet*, grupo que, con el anterior, forma (aunque sus miembros, por ese inefable odio a las etiquetas, se obstinen en negarlo) parte de la avanzadilla neorromántica. El mayor de sus miembros tiene 23 años, y su productor Richard Burgess es a su vez líder de los siderales *Landscape*, que citábamos al principio. Su elepé se llama *Journeys to Glory* («Viajes a la Gloria») y su casa de discos –propia– *Reformation*, pero ellos insisten en que son apolíticos y en que lo de *Spandau* no tiene nada que ver con Rudolf Hess; el nombre lo eligieron por meras razones fonéticas. «*Spandau Ballet... sounds good*», dicen. Se les supone un culto a la belleza que, conociéndoles en persona, un poco, es presunción más que cuestionable. Ellos son chicos parecidos a los que, desde hace más de un lustro, llenan en verano las discotecas de moda en Ibiza, y, aunque en la carpeta de su disco haya un dibujo amigo del *Discóbolo* de Mirón, ignoran sin pudor, por ejemplo, quién era Jenofonte. Cuando, hace unos meses, confesaron esa y otras lagunas, los que creíamos que, al fin, el rock y el pop se habían integrado en la Historia de la cultura, sin complejos, fuimos ligeramente decepcionados. Pero a ellos no les importaba nada, dijeron que la estética grecolatina estaba en su carpeta porque «it looked good».

De hecho, y así es el siglo, ocurre que las letras de los neorrománticos son meramente funcionales y, aunque se agradece la ausencia de aberraciones sintácticas y la indudable fuerza acústica, hay una cierta grandilocuencia muy poco justificable. La música *bailable* inserizada de los comienzos tiene, tanto en *Visage* como en *Spandau*, un aroma de pretenciosidad que puede defraudar al observador atento, aunque el sonido siga siendo rico y contagioso. Hay grupos más recientes que, no sintiéndose precursores, no rezuman ese aire hímnico, pero resultan demasiado comerciales, menos inspirados. Sus nombres tienen gracia. *Duran, Duran, Classic Nouveau; Blue Rondo a la Turk*. Esas denominaciones, sin duda, aprovechan lo del romanticismo nuevo, y es lamentable la simpleza implícita en la maniobra. Igual que en *Visage* o en *Spandau Ballet*, que son llamados neorrománticos porque, además de vestirse como si fueran a posar para el *Vogue* (revista que, dicho sea de paso, no les hace ningún caso), en sus letras triviales incluyen algún galicismo *tipo* «rendez vous». Es muy sospechoso, porque en el Reino Unido nacieron gentes como Shelley, Byron, o, sin ir muy lejos, el buen Gerald Brenman.

De románticos, entonces, nada. Nuevos, jóvenes y listos sí son, algunos, y hasta tienen talento, unos cuantos. No tienen nada que ver con los nazis, no se pegarán con nadie: son una especie inequívocamente hija de la democracia rica, y su pericia técnica nos reconcilia un poco con el progreso, pero eso es todo, de momento... ■ **A. T.**

JULIO CARO BAROJA

UNA VIDA EN TRES ACTOS

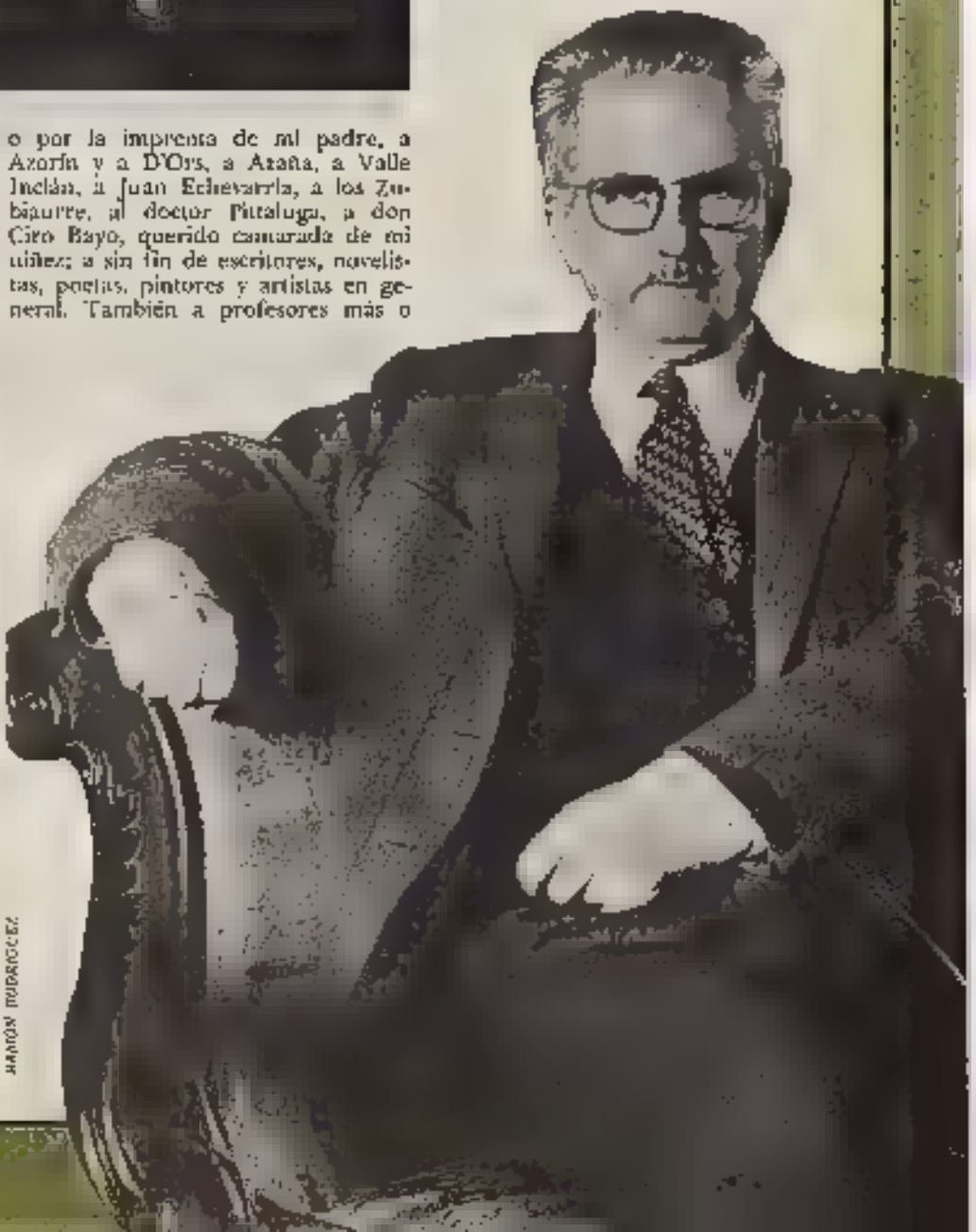
El hecho de que una revista que se llama «Triunfo», por más señas, pida mi autobiografía podría llenarme de satisfacción y colmar mi vanidad. ¿Pero qué ha de contar de su vida un hombre con 66 años, nunca fuerte y que más que actor ha sido siempre espectador? Además, acaso ya he abusado del género autobiográfico, aunque no como espejo de mí mismo, sino de los que me rodeaban; pero mis memorias familiares se paran en 1956 y desde entonces pienso que he vivido de propina: una propina modesta, porque el tránsito de los 42 a los 66 años ha sido bueno desde el punto de vista familiar, mediano desde el punto de vista público y malo desde el físico u orgánico. ¿Qué es uno ahora? Una especie de sombra.–Pero usted no se puede quejar –dirá alguien–. Hay pocos eruditos de los que se ocupe tanto la Prensa, la radio y la televisión. Escribe libros que siendo de materias específicamente pesadas se compran y tiene cierta independencia económica. Es verdad. Esta es, sin embargo, la apariencia. Lo interior y más importante para mí, hoy, resulta ser otra cosa.

Veo con claridad que he tenido una vida en tres largos actos. Fue el primero, el más lejano, pero también el más importante para mí. Duró de 1914 a 1936, con recuerdos más intensos y netos cada día, a partir de 1917... En 1936 la vida se me truncó como a tantos otros. Lo que viví después, de 1936 a 1956, fue todo menos placentero: trágico y peligroso durante la guerra, duro y antipático de 1939 a 1945. Después vino la muerte de los seres más queridos. La muerte de los míos. La «vida fuerte», primero plácida, trágica y dura luego, acabó cuando tenía 42 años. Llegó el tercer acto: he vivido más holgada, más suavemente, desde el punto de vista económico y social. He tenido algunos pequeños éxitos profesionales y he visto a los míos prosperar. Pero el «quid» falta. Siempre he sido como un espejo: antes un espejo nuevo, ahora un espejo roto que hace aguas y que refleja algo poco brillante. ¿Qué puede contar un espejo viejo de lo que ve en un camaranchón? Poca cosa, sin duda. Sin embargo, ahí va la narración resumida de mi existir. Los que vinimos al mundo en 1914 podemos decir que hemos nacido en el último año del siglo XIX, o si se quiere en el último año de una época que podría considerarse que empezó en la segunda mitad de aquella centuria. En España acaso con la revolución del 68. Aún después del año fatídico, del 14, quedó muy vivo el reflejo de aquel período. Yo he pensado y lo he dicho varias veces, que entre el Madrid de 1925 y el Madrid de 1875 había más afinidad que entre el de 1925 y el de 1975. El tránsito fue brusco luego, al caer la Monarquía poco más o menos. En 1925, o poco antes, un niño de Madrid, de mi barrio, levantado en época progresista, podía oír cantar a los ciegos con sus guitarras en la calle, podía comprar en la Plaza de España romances de bandidos, libros de caballeros, poemas en honor del general Prim y la relación de los estragos de las fieras «Corrupia», «Crupecia», «Maltrana», etc. Veía desfilar a las tropas con ros y pantalón colorado, camino de palacio. Podía asistir a la parada y admirar a los alabarderos moviéndose al son del pífano con sus tricornios, capas blancas y picas. Durante las vacaciones de Navidad podía ir al teatro, a deleitarse con «Los sobrinos del capitán Grant» o «La vuelta al

«Itzea», la casa de los Baroja en Vera de Bidasoa, Navarra: «Desde que tengo memoria la casa de Vera ha sido para mí la casa familiar por excelencia: He vivido allí casi la mitad de mi vida, y allí moriré, probablemente.»

Carmen Baroja –la madre de Julio Caro–, con su hermano, Pío, y su otro hijo, también llamado Pío.

mundo en 80 días» y ver la Plaza Mayor tal y como la dibujaron Ortego o Pradilla. Gruesas madrileñas con manón alfonsinado, pequeños madrileños con el bigote rizado a tenacilla, como Tadeo el de la canción; modistas morenitas con trajes oscuros; organillos, los golfos en la Tinaja, y las tiendas de comestibles que aún se llamaban de «ultramarinos» o de «productos coloniales». En el barrio vivían la infanta Isabel, duquesas tronadas, llamantes marquesas «fin de siècle» y los novios hablaban por señas: él desde la acera y ella desde el segundo o tercer piso de la casa de enfrente. Había porteros con librea y grandes patillas, mayordomos imponentes. Los carros de bueyes cargados de jara llegaban a las panaderías y en los años de la Princesa había una posada con carros y mulas en torno, residencia eventual de arrieros y carreteros de la Sierra o de La Mancha. Era aquel un Madrid en que se oían los grillos y los gritos agudos de las colegialas en el recreo: a los vendejos al comenzar el verano y a los traperos, botelleros, leñadores y afiladores ambulantes. ¡Intente usted oír ahora un grillo «animal» en la Villa y Corte! A grillos humanos sí. Este era el escenario de mi niñez raquítica, que empezó, sin embargo, como una comedia de magia. Porque me dio de España y de los españoles una imagen fantasmagórica. ¿Por qué? Porque en mi casa de la calle de Mendizábal, 34, luego 36, vivían dos magos, mis dos tíos. Y de los cinco a los 15 años he visto desfilar por ella, o por la imprenta de mi padre, a Azorín y a D'Ors, a Azaña, a Valle Inclán, a Juan Echevarría, a los Zubiaurre, al doctor Pittaluga, a don Ciro Bayo, querido camarada de mi niñez; a sin fin de escritores, novelistas, poetas, pintores y artistas en general. También a profesores más o menos famosos y venerables y a bohemios que ofrecían a mi padre sus servicios como traductores a bajo precio, o fabricantes de novelas verdes. Cada persona o personalidad de estas era objeto de un juicio distinto según el que lo hiciera fuera mi tío Pío, mi tío Ricardo, o mi madre. Pío estimaba más a Azorín, a Echevarría, a Pittaluga, a don Ciro. Ricardo a Valle Inclán y a Azaña. Mi madre era benévola y simpatizaba con todos. Primera razón para sentir la fuerza de la libertad. Yo era un «eleutero país» sin saberlo. Esto lo pagué después. ¡Pe-



RAMÓN RODRÍGUEZ

ro mientras tanto! Mientras tanto, una borrachera casera continua. Durante años, los domingos iba bulevares arriba a almorzar a casa de Ortega. Mi tío Pío se encerraba con él en un despacho abarrotado de libros en «orden filosófico» (no doméstico) y yo jugaba, sobre todo con José, bajo la protección de un hermoso cocodrilo disecado que en una vieja iglesia hubiera podido representar a la tarasca, al dragón infernal. De vuelta, mi tío comentaba lo que habían hablado y yo me familiaricé así, pronto, con los nombres de Frobenius, Schulten, Tartessos, «El Decamerón negro»...

Con mi tío Ricardo iba en cambio a las exposiciones, veía los cuadros y oía los comentarios que éste hacía con Chicharro, con Mir, con Solana o con algunos pintores y grabadores más viejos, como don Tomás Campuzano. A veces se sumaba al grupo viejo algún jovencito modernista. Yo he visto hacer todos los papeles posibles del «Tenorio» a Valle-Inclán, a Azaña vestido de cardenal en un baile de máscaras, a mi tío Pío convertido en farmacéutico de teatro y a mi tío Ricardo en papel de ángel llamígero. He oído comentar las representaciones de «El mirlo blanco» a Pérez de Ayala, «Andrenio» y Canedo y he visto y oído a Rivas Cherif hacer el bululú imitando la voz de Magda Donato.

Si no he sido pintor, novelista, poeta o farandulero ha sido porque era de ánimo asténico, reflexivo y rigorista y porque en casa también observaba otras cosas y tenía otros ejemplos o modelos. Mi abuela materna, la que estaba siempre más cerca de mí, era una mujer creyente, ascética, con tendencia al pesimismo, que no participaba para nada de las grandes expansiones, pero que, en realidad, era el «Norte de navegación» de la casa. Mi padre un temperamento solitario con explosiones de humor y largas horas de depresión. Trabajaba mucho con poco fruto y poca suerte. Primer correctivo.

El segundo creo que me vino por la educación: por la escuela y el instituto. El tercero por el contacto con los obreros de la imprenta de mi padre. Allá por el año de 1921, después de estar unos meses en una escuela de barrio, regentada por no sé qué orden, a la que llamaban «del babero» y de la que no conservo mal recuerdo y después también de haber tenido una «fräulein» preciosa por poco tiempo, entré en el Instituto-Escuela de Madrid, de donde no salí hasta diez años después. Las profesoras de los párvulos eran admirables. Los párvulos no tanto: o al menos no me lo parecían a mí. Había mucho madrileñito esmirriado, alguno ya achulapado y no todo era buena atención en la santa infancia. Más tarde los caracteres de mis condiscípulos y condiscípulas se me dibujaron más y mejor en la conciencia. Hoy veo a las chicas, en conjunto, mejores que los chicos; acaso esto es consecuencia de un primer enamoramiento infantil, que todavía me escuece alguna vez. Llegó luego la hora de las amistades fuertes, fraternas, hermosísimas... y también de las hostilidades y piques entre condiscípulos: la de distinguir a tontos y listos, insignificantes y un poco molestos de los valiosos. El mundo mágico de la casa se rompía con el trato escolar. Era este otro mundo. En relación con los profesores he de decir que con la excepción de alguno de matemáticas que para mí fue obsesionante, de todos los demás conservo un recuerdo estupendo: cada cual por su estilo.

En la isla de Gotland, en 1951.

Bondad extraordinaria de algunas mujeres como las señoritas de Quiroga, el «señor» Carrascosa, camaradería en Terán, viveza no exenta de genio en Sos, interés familiar en Ataurí u Oliver y competencia grande en conjunto. Sentido del deber estricto en el «señor» Navarro y otros. Y luego los grandes maestros, Crespi, León Gili. Para mí, sobre todo, don Francisco Barnés. Creo, en suma, que el profesorado estaba por encima del alumnado, aunque entre mis condiscípulos había chicos con mucha chispa: Joaquín Sánchez-Covisa, Juanito Negrín, Alvaro D'Ors. También el mejor amigo mío: Juanito Barnés, que era la bondad hecha carne.

En el Instituto vivíamos en régimen de libertad, pero las ideologías «fuertes» e intransigentes ya apuntaban o más que apuntaban en algunos. De todos modos observando lo que allí pasaba en plena dictadura puede decirse que era un raro oasis. Coeducación, derecho a estudiar o no estudiar Religión (yo la estudié) posibilidades mayores que en otros centros de aprender francés, inglés o alemán, cultivo de los trabajos manuales y de las Artes. Un oasis, con todas las ventajas y todos los inconvenientes de las cosas pequeñas y gratas rodeadas de desiertos. De todas formas al Instituto llegaba algo de la acritud popular y del entonamiento de ciertas familias de la clase media. Yo lo observé.

También observé, como hijo de editor e impresor, que el Madrid de los obreros era otra cosa muy distinta a los otros tres Madriles, en que vivía más: el callejero, el de casa y el de la escuela. Cuando yo entraba en las cajas o en la encuadernación de la imprenta de mi padre, a los cinco o seis años, no era más que un niño y como tal me trataban; pero ya a los catorce o quince notaba que el trato era algo distinto: era el «hijo del patrón», el de don Rafael y aunque don Rafael como persona no era mal considerado, no dejaba de ser el «patrón»: un representante del capitalismo. Los cajistas eran socialistas más doctrinarios que los encuadernadores. Pero no se bien que idea tenían del capitalismo. Mi padre siempre andaba

En la casa de la calle de Ruiz de Alarcón, en Madrid, donde vivió la familia Baroja después de la Guerra Civil. De izquierda a derecha, Gil Delgado, Julio Caro, Val y Vera y Pío Baroja.

alcanzado con los bancos, para sostener una imprenta con pocos obreros para estos, sin embargo, era tan capitalista como el conde de Romanones. Cierta tensión podía producirla el que mis tíos fueron también patronos en su tiempo. Pío no simpatizaba mucho con el partido socialista... o al revés. Allí en plena guerra un poeta famoso, que vive, creo que escribió ciertos versos contra él, echándole en cara su condición de patrón y de panadero por más señas.

En cualquier caso de la imprenta llegaba más olor acre, que no era solo el del engrudo o las tintas enranciadas.

Todo esto contribuyó a que yo no haya sido nunca un doctrinario o un ideólogo. Es evidente. Pero la «cuádruple raíz» de mi antidoctrinarismo tiene otro ingrato tremendo, como el de algunas muelas que cuesta mucho arrancar. Yo he estado a punto de nacer en Vera de Bidasoa y desde que tengo memoria la casa de Vera para mí ha sido la casa familiar por excelencia. He vivido allí casi la mitad de mi vida y allí moriré probablemente. Esto ha hecho que mi contacto con el mundo vasco-navarro haya sido fuerte y constante y que en última instancia, hablen de mí con frecuencia, como de un intelectual vasco.

De mis cuatro primeros apellidos uno es andaluz, el primero. Otro alavés. Luego vienen dos italianos, de Génova y de Como respectivamente. Detrás, sí, van apelotonados otros navarros, guipuzcoanos, vizcaínos... incluso por el lado paterno. Pero ahora de viejo, cuando las cosas que ocurren en España y concretamente en tierra vasca, me exasperan e irritan, me agarro a mi italianismo de origen, como a un clavo ardiendo, aunque hoy Italia no pase por sus mejores momentos.

Yo no soy un hombre de «raza para» y hoy doy gracias a Dios por ello. He vivido en tierra vasca y la amo más que a otras, evidentemente. Pero en tierra vasco-navarra, cuando era niño, como hoy, podía darme cuenta de que por un concepto u otro no era un producto genuino de ella. Allá por los años en que mi tío Pío compró «Itzea», mi casa actual, Vera era un hervidero de carlistas e integristas. Mi tío llegó con una hermosa reputación. Fue llamado así «el hombre malo de Itzea». Las monjitas de la enseñanza dijeron a los niños que en el tejado de la casa había puesto una veleta que representaba al diablo haciendo burletas con las manos a la Santa Cruz. La veleta, en realidad era reproducción de la de San Marcos de Venecia, con el león rampante. Los frailes de la enseñanza decían que nuestra casa estaba llena de sabandijas, alimañas, sapos, culebras y demonios. Una delicia.

Esta mitología hizo su primer efecto pero, poco a poco, el pueblo se acostumbró al «hombre malo» y a su familia y al fin terminamos siendo una rareza ornamental. ¿Pero qué tenía aquello que ver con el barrio de Argüelles, con la imprenta de mi padre, con las amistades de mis tíos y con el profesorado y el alumnado del Instituto-Escuela?

Los marcianos, si los hubiera (que parece que no los hay) no serían más diferentes de un obrero socialista de la calle del Limón de los que trabajaban en casa que una solterona beata de las que pontificaban en las tiendas de Vera. En lo único en lo que podían coincidir era en la cerveza de su propia perfección.

Más interesante que observar a monjitas, beatejas y sacerdotes lectores del «Pensamiento Navarro» o «El siglo futuro», era hablar con la gente del campo y de los talleres rústicos, que tenían curiosas imágenes del mundo y con las que mi tío Pío echaba largas parrafadas. De 1912 a 1935 saco mucho provecho literario de aquellas conversaciones y de ellas yo también empecé a sacar algún fruto hacia 1950.

Cuando pienso ahora en lo que a los vascos les gusta pensar de sí mismos, me doy cuenta –sin embargo– de que el esfuerzo que hizo mi tío para aproximarse a una realidad más honda y fuerte, ha sido esfuerzo vano. Los «vascos profesionales» y «confesionales» siguen creyendo que «Amaya» o cosas por el estilo encierran el secreto de su ser. Al vasco de cartón-piedra le interesan las novelas de cartón-piedra y los espectáculos del mismo material. Pero acaso le pasa lo mismo al castellano, al catalán o al andaluz, al español de izquierdas y al de derechas, pétreo y acartonado.

A los dieciséis o diecisiete años, era yo un adolescente esmirriado y enfermizo, con cierto aspecto de seminarista y sin ningún atractivo físico. Había hecho los estudios de Bachiller de modo irregular: con una impermeabilidad absoluta para las ciencias físico-matemáticas, algo de mayor curiosidad por las naturales, mucha mayor por las humanidades en general. Mi capacidad lingüística era sólo mediocre, pero mayor que la de muchos de mis condiscípulos que en esto de los idiomas resultaban absolutamente atarugados. La única superioridad que tenía era la propia de algunos seres débiles de cuerpo: una capacidad de leer extraordinaria, patológica casi. Aparte de lo que tenía y compraba mi tío Pío, yo hice mi biblioteca propia y usé también la de una tía de mi padre, que vino a vivir a casa hacia 1921 y que era una solterona curiosa: porque alternaba la lectura de libros vetustos tales como «Las ruinas de Palmira» y «Las tardes de la granja» con la de folletines de Fernández y González y viajes a los dos polos: de Nansen, de Amundsen, de Nordenkjöld, del duque de los Abruzos.

Todo me lo tragaba unido a grandes audiciones musicales con una radio de galena y auriculares que había construido mi tío Ricardo también allá por los años de 1926. Otro mundo mágico ¡La música!

Ahora, cuanto más viejo soy, más pienso en el poder de la música. No como virtuoso, ni como técnico, ni como crítico, que no lo soy y lo último no querría serlo nunca. Pienso en el misterio de lo que sugieren las voces y las armonías, en las asociaciones que mediante la música establecemos en nuestra cabeza y en el significado vasco que le damos a una obra genial

o a una cancioncilla, según la edad, según la coyuntura. Por eso me resultan muy insuficientes los libros de crítica musical y desconfío de los que por tener un gusto o una inclinación, dicen que «entienden» de música.

El artista puede ser exclusivo en su gusto, para crear. ¡Pero el que oye!

Y ahora –para entrar en mi segundo acto– haré una comparación musical. La obra más popularizada de Weber aquí, es la que comúnmente se llama «La invitación al vals». En ella hay una introducción misteriosa (que es la verdadera «invitación») y un final que recoge la idea de la misma, a medio desarrollada de forma más larga y brillante la tanda de valses. A mí siempre me ha parecido que el preludio es mucho más profundo y dramático que los valses con ser estos hermosos: pienso también que en mi vida la invitación titubeante, misteriosa, profunda, fue mucho más que lo posterior. Lo inmediato –y sigo con las comparaciones musicales– fue una «danza macabra» y lo de después un «vals triste», monótono.

II

La invitación terminó en 1936, cuando yo tenía veintidós años. Pero de 1931 a aquella fecha transcurrieron casi cinco cargados de dramatismo y de gran contenido vital para mí. De la adolescencia pasé a la juventud, del bachillerato a la carrera, de la confianza plena a la crítica y a la reserva. Mi familia, por otra parte, se aisló. Hablaré breve de todos estos cambios y tránsitos.

El de la adolescencia a la juventud no es agradable sino se tiene mucha salud y cierta prestancia física. Yo no tenía nada de esto y sí cierta tendencia a la vida solitaria, a huir de la realidad y buscar paraísos artificiales, en la lectura sobre todo. Busqué un mundo irreal, en vista de que el real me ofrecía poco. Porque también el cambio del Instituto a la Universidad, al comienzo, se me hizo duro. El Instituto me parecía mejor: en la Universidad encontré no poca cochambre clásica. Profesores a los que se aplaudía, alumnos que alborotaban, masas de gente desconocida, promiscuidad. Cuando de la calle Ancha pasamos a la Ciudad Universitaria parecía que íbamos a desinfectarnos y en efecto, alguna desinfección hubo. Pero no tranquilidad de espíritu.

Se había proclamado la República y esta había sido acogida con gran entusiasmo por todas las personas que trataba mi familia. Es más: mi propio tío Ricardo perdió un ojo en cierto accidente estúpido que le sobrevino en una campaña electoral a favor de la República. La fe compartida por los de casa, tenía un solo disidente: mi tío Pío, ¿Por qué? Porque los hombres representativos del nuevo régimen no le inspiraban confianza como hombres de acción... algunos tampoco como hombres de pensamiento. Creía que, en general, eran débiles para llevar a cabo la empresa que tenían delante. Conocía desde comienzos del siglo a algunos, como Lerroux o Albornoz. No tenía la menor simpatía por Azaña, en lo que este le correspondía. Pensaba que a Ortega le iban a anular y de los jefes socialistas creía que unos no tendrían influencia, como Besteiro y Fernando de los Ríos y que otros se verían dominados por doctrinarios, estilo Araquistáin, o por las exigencias imprevisoras de la masa. Creía también en la gran fuerza oculta de la derecha. Esta falta de fe irritó y se consideró casi como un paso al enemigo...

La situación de los míos se hizo aún más incómoda, porque también Ricardo, amargado y entristecido por la pérdida del ojo, no se consideró apoyado por sus amigos, rompió con ellos y adoptó una posición hostil. Coincidió esto con mi paso por la Universidad, no del todo brillante, a causa de una salud precaria. Pero, en fin, dejando aparte lo que no me atraía, poco a poco me hice mi sitio y esto fue debido a que encontré cuatro o cinco profesores francamente excepcionales. García de Diego y Millares en las clases áridas de latín, Obermaier en Prehistoria, Trimborn en Etnología. Lo que en Madrid no encontraba lo hallaba, por otra parte, en tierra vasca, poniéndome bajo la tutela de don Telesforo de Aranzadi y de Barandiarán que me trataron como a un hijo.

En la Universidad no estaba en el grupo de los que los desvalidos llamaba, con ironía, «los hijos de papá» y no me beneficié de ninguna de las ventajas, reales o supuestas que tuvieran aquellos. No participé en el crucero por el Mediterráneo, ni en otros ritos culturales y veía que entre los jóvenes oscuros había bastantes que no simpatizaban con la República. Continué teniendo más amistad con los compañeros del Instituto y donde adquirí algunos nuevos conocimientos de gente ilustre o curiosa fue en el Ateneo, a donde iba a estudiar o a curiosear por las tertulias.

Sobre estas líneas: Con su amigo, el también antropólogo, J. M. Foster, en Grazalema. Noviembre de 1949. Abajo: con Walter Starkie, director del Instituto Británico y agregado cultural del Reino Unido en España durante los años que siguieron a la Guerra Civil, quien le proporcionó su primer trabajo.

En Austria, durante los años cincuenta.

Acompañé, así, alguna vez a Unamuno en sus paseos y conversé con hombres viejísimos que me producían interés. Dentro del círculo familiar, en 1935, tropecé por vez primera con algo que luego me ha obsesionado. Con la Muerte: en este caso la de mi abuela, que murió en Vera a los ochenta y seis años, muy serenamente, pero pensando que como la República había venido tendrían que aparecer en escena de modo indefectible los carlistas. Esta idea que en 1934 parecía producto de una obsesión senil, en 1936 se convirtió en realidad. La Muerte ha sido luego para mí la Muerte de los demás. En la mía no pienso tanto y a veces juzgo que no será cosa de demasiada importancia. No diré que la considere un Bien, pero, en casos, pienso en ella como en algo que podría liberarme de ciertas molestias individuales y colectivas.

Yo no conservo de la República la imagen idealizada que tienen de ella los que por ella combatieron o los que ahora hablan de ella, como hombres de izquierda, sin haberla conocido. De lo que vino después, sí, tengo una imagen negra, negrísima, en lo que se refiere a los años 36-40. Acepto que en parte es subjetiva, porque veo que también hay quienes hablan de aquella época con lirismo. Pero para mí y los míos fue la época de la «debacle».

Separación con respecto a mi padre, que vio y padeció en Madrid la destrucción de la casa familiar y el taller de la calle de Mendizábal y que salió de la prueba hecho una ruina. Separación larga de mi tío Pío, tras el intento de fusilamiento en la carretera de Irún-Pamplona, del que salió librado por casualidad. Tras el peligro volvió a casa, gracias al duque de la Torre y de casa le acompañé a la frontera una tarde memorable. Volví al punto a unirme con el resto de la familia (en contra de lo que alguien ha dicho) para vivir en la tiniebla día tras día, mes tras mes, año tras año hasta 1939. Y cuando la tiniebla se iluminaba era a causa de un rayo mortífero. Muerte en Madrid de mi amigo más querido Juanito Barnés, destrucción del barrio de Argüelles. Sobre esto penuria económica total, sobrellevada con estoicismo admirable por mi madre y con mucha serenidad por mi tío Ricardo. Yo seguía en un estado de caquexia que me liberó del servicio y me encerré en la biblioteca de Vera, leyendo como nunca he vuelto a leer. Aún tengo fichas de lecturas no aprovechadas de aquella época en que viví como el topo en su madriguera. Veía, sí, con claridad, que la guerra estaba decidida y que lo que venía no podía ser, por fuerza, muy favorable para mi porvenir, aunque creo que no me hubiera costado mucho «integrarme» de algún modo en el nuevo régimen, porque conocía, por familia o por la Universidad, a personas que algo me habían ayudado y que luego, en 1940, se mostraron benévolas conmigo. Pero las andanadas carlistas y clericales contra mi tío eran continuas y aún mucho después cuando en algún documento oficial un plumífero o covachuelista madrileño veía escrito, Julio Caro Baroja me decía con sonrisa acerba: –¿Con que Baroja eh?–.

–Sí señor, gracias a Dios y a su Divina Providencia –contesté alguna vez.

La «danza macabra» terminó, el «vals triste» empezó y sin darme cuenta casi me encontré con que tenía veintiséis años y que la carrera sólo estaba mediada. La vuelta a Madrid fue miserable. Vivimos como tantos otros náufragos en la isla desierta de los restos del barco roto. El Madrid del 40 era espantoso en general. Para nosotros la prueba de la ruina de la gente del grupo al que pertenecíamos y la prueba más evidente aún de nuestra propia ruina. Coincidió la vuelta con el comienzo de otra gran tragedia que como consecuencia primera, trajo un aumento de la escasez de alimentos. Tiempos del boniato, los higos secos y las almendras tostadas del pan de maíz y de otras amenidades.

Y la gran tragedia también le cogió a uno a contrapelo: porque estaba en el grupo de los que no deseaban la victoria alemana, que era lo que querían las gentes del Régimen.

Yo he admirado, admiro y admiraré a Alemania y a Italia como el que más, y según he dicho, siento que el «italianismo» es algo esencial en mí. Pero no podía desear que triunfara Hitler, que arrastraba al pobre Mussolini, ni que España se convirtiera en un satélite del Eje. Fui anglófilo político, como los pocos liberales que sobrevivían entonces. Al volver mi tío Pío de París a consecuencia de la derrota de Francia, vino a vivir con nosotros en Madrid y pronto se encontró a Walter Starkie, agregado cultural y director del Instituto Británico. Se conocían de antiguo y Starkie le invitó a las tertulias escasas de gente y melancólicos de tono de la calle de Méndez Núñez. Allí empecé a ir yo con mi tío y el primer empleo que tuve, después de haber terminado muy brillantemente la carrera y haber hecho el doctorado, fue el que me dio Starkie, para que le sirviera de secretario-corrector y revisor de traducciones al español y otros menesteres similares.

Esto fue utilizado por un condiscípulo piadoso que «triunfaba» para decir que yo era un agente del «Intelligence Service». Pero, en fin, también había personas del Régimen con intenciones menos aviesas, y así de 1942 en adelante, pude trabajar de modo modesto y oscuro en el Museo Antropológico, en el Consejo de Investigaciones y, por último, en el Museo del Pueblo Español. En 1943 publiqué mi primer libro y muchos

creían que pronto haría oposiciones. Pero la vida íntima, familiar, era dura y triste. Mi padre murió agotado. Mi madre se hizo amarga de todo y mi tío Pío empezó a escribir con protesta de algunas almas siempre piadosas como mi condiscípulo. En la casa de Ruiz de Alarcón tenía una tertulia de amigos fieles y de vez en cuando iban a verle escritores, periodistas, gente de fuera, emigrados del Centro de Europa. Para unos, la tertulia era un refugio, para otros una curiosidad de Madrid o un recuerdo del pasado. Yo no era de los más asiduos, porque me producía tristeza y también porque el trabajo me absorbía. Tenía otra tertulia propia en el Café de Varela, luego en el de Platerías, adonde iba gente mucho más vieja que yo, a primera hora de la tarde. Después trabajaba en el Museo Antropológico o en Medinaceli, 4, y alternaba el estudio de la Antropología con el de la Historia Antigua. Hablaba con Vallejo, Tovar, Paronte, Alvaro D'Ors, Fernández Galiano y otros en el Consejo. En el Museo, con arqueólogos y prehistoriadores.

Un día, por decisión de don José Ferrandis y benevolencia del marqués de Lozoya me encontré de director del «Museo del Pueblo Español», cargo dado a «dedo» y que me venía como el anillo al dedo y en el que trabajé firme. No puedo, pues, decir que a mí, personalmente, me haya perseguido nadie del Régimen franquista en una época que considero fue la más dura de todas. Si creo que puedo afirmar, en cambio, que si a la larga no me incorporé a la Administración del Estado en una forma *normal*, fue porque veía que en un cargo público destacado, una cátedra, por ejemplo, más pronto o más tarde chocaría con alguien y tendría que marcharme. ¿Para qué entrar? En el Museo estuve cosa de 11 años y al final dimití. Soy un hombre con extraña tendencia a la dimisión. También a escabullirme a evitar trincas académicas, congresos y cosas por el estilo. Como director del Museo, estableci contacto, sin embargo, con folkloristas y profesores catalanes, en Barcelona, con otros de distintas partes de España y, al fin, después de la guerra mundial, con los primeros antropólogos extranjeros que vinieron a estas tierras. Unos fracasaron, como Oscar Lewis. Otros trabajaban con más prudencia y provecho, como J. M. Foster, al que desde entonces me unen vínculos de amistad y agradecimiento. Pero estos años, en que seguí publicando bastantes estudios técnicos, fueron para mí más importantes y decisivos por otras razones que por las profesionales. Ya talludito, con los 30 muy pasados, tuve un noviazgo serio después de las discretas calabazas que me dio una chica inglesa muy salada. El noviazgo fue largo, complicado, no satisfactorio, en fin, para ninguna de las partes. La ruptura vino poco después de la muerte de mi madre, en 1950, tras dos años de angustiosa enfermedad.

Liquidación terrible por un lado, liberación por otro. Mi papel de hijo terminaba y mi posibilidad de creador de familia también. Me encontraba con un hermano mucho menor que yo y dos tías septuagenarias. Un grupo familiar raro en verdad. Pensé en no dedicarme más que a mis trabajos personales y a ese grupo. Pero tras la muerte de mi madre tuve un período movido de viajes y ocupaciones imprevistas.

Dejando a un lado unos cuantos congresos, a los que asistí (En Bélgica, en Suecia, en Francia) y de los que volví sin muchas ganas de repetir la experiencia (que me pareció aburrida más que otra cosa) gracias a la amistad de Foster, recorrí gran parte de España, sobre todo el Sur, con él, tomando multitud de notas y apuntes. Después, también con él, pasé una temporada en Estados Unidos, trabajando en la Smithsonian Institution y asistiendo en Chicago a otro congreso monstruo de Antropología. Una experiencia inmensa y que me vino muy bien en mi depresión.

Gracias a Foster también, durante el otoño de 1949 conocí en Grazalema a Julián Pitt Rivers, con el que hasta hoy me une amistad fraternal. Puedo decir que el efecto de la muerte de mi madre lo paliaron estas dos amistades generosas. Porque después de mi experiencia americana vino mi experiencia inglesa, en Oxford, en Londres y en el sur de Inglaterra. Durante ella, Julián fue mi guía y por él entré en Oxford con pie firme; por él, también, viví dentro de unos ambientes aristocráticos como de novela inglesa clásica. Cosa que no le es dado a cualquier estudiantón humilde. Conservo recuerdos más vivos de Londres o del Dorset que del ámbito académico de Oxford, aunque allí conocí a hombres importantes y reanudé la vieja amistad con don Alberto Jiménez Fraud, su mujer y sus hijos. Todo esto, hoy, casi 30 años después, me parece un sueño. La vida de casa me hacía sentir más la realidad fuerte. Seguía dura. En 1955 murió mi tío Ricardo en Vera. Murió con enorme serenidad, aunque se hizo lo posible para no dejarle tranquilo en su agonía. Mientras tanto, Pío comenzaba a entrar en un período de postración total, roído por la arteriosclerosis. Aún tuve, sin embargo, una nueva experiencia rara e imprevista que me distrajo. El director general de Marruecos y Colonias, el coronel Díaz de Villegas, quería contar con un informe etnográfico sobre el Sahara español y alguien debió indicar que yo podría hacerlo. Supongo que fue don Tomás García Figueras, que me

El grupo de la «Revista de Occidente» en casa del doctor Hernando en la cuesta de las Perdices, cerca de Madrid. Otoño de 1939.

tenía cierto afecto y que me llevó también a Marruecos. El apellido ya no pesaba como hacía 10 años, y lo que en alguna ficha informativa debía constar es que yo no tenía una ideología política muy fuerte, y que tampoco andaba muy sobrado de convicciones religiosas. Esa ficha debió ir conmigo al Sahara cuando llegué allí en compañía de Miguel Molina Campuzano, otro amigo excelente que me ha deparado la fortuna y que es, en cambio, hombre muy religioso. El tiempo que estuvimos en el Sahara fue maravilloso para mí, que tuve que improvisar una serie de conocimientos. Conservo de los nómadas, hoy triturados por una serie de caprichos y arbitrariedades diplomáticas monstruosas, un recuerdo poético y tan fantasmagórico como el que tengo del campo del sur de Inglaterra, del «manor» de los Pitt Rivers. Después, en Madrid, trabajé fuerte sobre temas islámicos, que me condujeron a interesarme por los moriscos y, en fin, vino una temporada de reclusión y soledad, a causa del empeoramiento en la salud de mi tío Pío. En casa escribía, en casa preparaba nuevos trabajos y la única diversión que tenía era un viejo gramófono de manivela. Algo progresé con respecto a los días de la radio de galena.

Los médicos amigos y los contertulios me ayudaban. Val y Vera y Arteta, como médicos. Casas, Gil Delgado, Rico Godoy, como amigos íntimos de la familia. En esos años que van del 49 al 55 tuve también otra apertura de horizonte. Don José Ortega y Gasset me distinguió con su amistad, participé en las tareas del Instituto de Humanidades y al final, de 1953 a su muerte, estuve siempre cerca de él y durante los veranos, allá en la carretera de Irún a Pamplona, frente a Biriatou, dábamos grandes paseos durante los que me confió muchos pensamientos y proyectos. La muerte se lo llevó un año antes que a mi tío y ante ella me dio otro ejemplo de serenidad admirable. ¡Pero qué vacío luego!

La liquidación de octubre de 1956 me cogió prevenido y aunque agotado físicamente, actué del modo más enérgico que pude para que mi tío Pío muriera tranquilo. Hubo que sacrificar algo a ciertas publicidades inoportunas, como la que provocó la visita de Hemingway, y tragar todavía algún ataque póstumo en cierta Prensa. Pero esto fue poca cosa para mí. A los 42 años tuve la sensación de que otra gran etapa de la vida había terminado. Una etapa fuerte, intensa, con grandes dolores y grandes amistades, en que mi imagen del mundo se perfiló más.

III

¿Después? Después he pasado de la madurez a la senectud. He tenido menos preocupaciones, más dinero, algún pequeño éxito o recompensa, una vida familiar plácida y los amigos me han seguido ayudando. No puedo presumir de haber luchado con grandes y fieros enemigos, aunque haya recibido algunas puntadas o picaduras de avispas, molestas siempre en sus pretensiones de molestar. Si «El amigo Fritz» se hubiera quedado soltero, en su pequeña ciudad alsaciana hubiera podido tener motivos de satisfacción parecidos a los que yo he tenido. Pero yo soy un amigo Fritz sin salud y con mucha carga viral anterior: no mía, sino de los míos. Además la época y el país en que me ha tocado vivir no son como para terminar la vida con una carcajada de buen bebedor de cerveza.

He visto España más como un hombre del 98 que como los de generaciones posteriores. He estado siempre más cerca de Azorín, de Unamuno, de Maeztu que de los poetas del 27 o de los políticos de la República, y en Arte me pasa igual. Acaso también en Ciencia. Los cuarenta años del franquismo se pueden dividir en varias partes. La primera, la más trágica. Otra de aquilosamiento y duda. Otra de transición y una final, que empieza en 1960, en que hubo que echar por la borda todo lo anterior: Casticismo, Autarquía, Tradicionalismo en las costumbres, etc, etc.

Epoca de la «estabilización», del desarrollo económico, del turismo, de la industrialización, del aumento de las poblaciones urbanas. Lo de «Arriba el campo» y otras consignas se olvidó. Fue el de entonces el triunfo de los ingenieros y de otras gentes por el estilo. Fueron los llamados «tecnócratas» los que nos cambiaron la imagen de España, de 1960 a 1970. «Lo que pudo haber sido ya no será». Los etnógrafos, los que habíamos pateado el país durante treinta o cuarenta años anteriores nos encontramos con que todo lo que habíamos estudiado se convirtió de repente, en Arqueología, con la paradoja de que quienes quebraron más las condiciones de la vida tradicional fueron las gentes que se consideraban más conservadoras, más «de orden». ¿Qué orden? Ahora estas mismas gentes no entienden las consecuencias de aquel «milagro español» que creó aglomeraciones como las de Bilbao, los pueblos-dormitorio, los «ghettos» urbanos y de trabajo, el florecimiento de la discoteca y del «pub» con un nombre con diéresis inglesa. Creyeron en la eficacia estabilizadora, «política», de la renta «per cápita» y otras necedades por el estilo y de un país pobre pero honrado y con posibilidades de «regeneración» hicieron un país con fugaz apariencia de rico que se ha afeado de modo alarmante... y con «regeneración» dificultosa. Fue aquel, el reinado del «billete verde», de Norte a Sur y de Este a Oeste. Y ahora pienso esto. Hoy mi visión de España *no sale para nada*. Lo que me ha ocurrido individualmente es un reflejo de la vida pública. Más

Con Soledad Ortega, a su izquierda, y Mercedes Fórmica, en Vera.

apariencia que contenido. Me he aferrado al pasado ideal y he vivido a la sombra de los últimos representantes de él.

He tenido el orgullo de que cuando pensaron en mí, dentro de la Academia de la Historia, apoyaran mi candidatura don Ramón Menéndez Pidal, don Manuel Gómez Moreno y don Diego Angulo y que contestara a mi discurso de ingreso don Ramón Carande. Hombres del pasado. Allí tuve y tengo amigos entrañables. Lloro aun la muerte de don Jesús Pavón y del duque de la Torre y me aferro a la amistad de colegas algo más viejos que yo, como Valdeavellano, Vázquez de Parga y Lacarra. En Madrid, en Málaga, en San Sebastián, en Pamplona muchas amistades fuertes y sinceras han desaparecido. ¿Qué es uno sino una sombra? Sólo en la vida íntima, privada, ultradoméstica, puedo encontrar razones para pensar que todavía existo. He escrito y he publicado de 1960 a 1980 más que en el resto de mi vida. Algo con cierto éxito, como mis memorias, o el libro sobre las brujas. Algo me han traducido también y, en suma, la erudición me ha producido más satisfacciones que a otros.

El círculo de amistades es todavía grande y va desde la de políticos, como Areilza, a la de mujeres brillantes y atractivas. Proposiciones de trabajo no faltan. Pero...

Pero la vida pasa (o pasó) y las últimas experiencias me hacen comprobar que soy una especie de Rip Van Winkle. Mi imagen de España, mi imagen del País Vasco, mi imagen de la Universidad y de la vida política nada tienen que ver con lo que es. Eso que no tiene que ser así. Pero no tiene que ser así lo prudente y lo pertinente es dejarlo que sea y retirarse por el foro.

Esperar. Esperar la muerte con tranquilidad, con serenidad. Morirse es algo que le ha ocurrido a ramas personas importantes que no hay por qué estar alborotando ante la idea de la Muerte propia. La cuestión es que esta no sea demasiado dolorosa, molesta o envilecedora. ¿Qué puede hacer uno cuando ocurre algo que no le gusta, no llega a comprender bien? Por otra parte, ¿Qué importa que lo que pase le guste a uno o no, lo comprenda o no? Esta no es mi España «regenerable»; no es este mi «País Vasco mejorable» ni esta mi Universidad. Pero son así.

Hay que terminar. De 1960 a 1975 estuve muy vinculado a Málaga, fui tres veces a dar unos cursillos a Coimbra, pasé un curso en la «Ecole des Hautes Etudes» de París, volví a Inglaterra y a Estados Unidos, conocí algo de Grecia y fui dos veces a Lima. Surgieron algunos amigos jóvenes fuera y dentro. Entre ellos D. Greenwood, antropólogo norteamericano de mucha capacidad. Soportes individuales no me han faltado.

Después vino la liquidación del régimen franquista que ocurrió de modo bastante inteligible para mí y ahora empiezo a ver las consecuencias de tal liquidación. Al comenzar esta etapa algunos consideraron que yo había vivido «marginado» como se dice ahora, y que debía incorporarme a la Universidad. Unas propuestas de acceso parecían más factibles y seguras que otras. Pero la verdad es que si yo he quedado muy al margen de la vida pública ha sido más por voluntad propia que por decisión de autoridades hostiles. «Aquello no me gustaba» y nada más.

¿Y esto? Esto me parece mejor desde el punto de vista político y veo que hoy muchos viven como el pez en el agua, sobre todo los políticos inmunes y los periodistas. Hay libertad para discurrir y también para no discurrir. Hay gente que cree, silogísticamente, que siendo de izquierdas se es por fuerza inteligente y que escribir artículos de periódico o revista estrafalarios de tacos y reniegos es una prueba de libertad de espíritu y de ser avanzado. Se observan otras señales de infantilismo colectivo y una tendencia clara al resentimiento demagógico, encubierto por falsas alegrías y virtudes. Pero en toda democracia se han dado estos hechos: la cuestión es que no se pase a más.

—¡Pero los hombres como usted deben colaborar, cooperar, adscribirse a algún servicio, ayudar a la juventud!

—Sí. Es evidente. Pero cada cual sirve como puede. Por otra parte, lo mejor de mi servicio ya está hecho: son unos cuantos libretos. Yo no me voy a poder ahora a pegar zapatetas en el tablado político periodístico o universitario para obtener el favor, divertir y llamar la atención y para que algún jovencito diga condescendiente: —¡Qué viejete más simpático! Ahora hay mucha gente que cree que el objetivo de la vida es ser popular. Yo no. Y menos popular a cierta edad y en ciertos medios. Hoy no son populares la mayor parte de las personas que yo he admirado más y sí lo son otras que me parecen de poco fuste y caracterizadas por un grosero disfraz y por su tendencia a la impostura. Cuando alguien me dice, por ejemplo, que ahora no se lee esto o aquello o este o aquél, o no gusta tal música o tal pintura, replico: Pues peor para ahora.

No soy un evolucionista de misa y olla de esos que creen que lo último, por fuerza es lo mejor. Creo que todo fluye..., pero como lo creía el difunto Heráclito. Este momento del Duir español no es el mío, ni el de los míos. Sé ya que ese momento mío ha sido siempre más imaginario que real y vivo de la imaginación. Ahora sí me arrepiento de algo en mi vida es de una sola cosa: De no haber ido más a Italia, de no haber conocido más a fondo los campos, pueblos, ciudades y personas de aquella hermosa tierra para poder enriquecer más los años últimos de la vejez con recuerdos hermosos. Es un arrepentimiento de egoísta y de esteta. Otros se arrepienten de no haber luchado más por la Gloria, por el dinero, por las mujeres o por el poder, y se creen altruistas. Allá ellos.

¿Qué más puedo decir? Que era escribió una autobiografía. Yo no soy más que un espejo que refleja todavía un mundo pasado. Un mundo que acaso no existió de veras, más que en unas cuantas conciencias. ■ J. C. B.

Con su sobrina Carmen Caro Jáuregui-ta, en 1965, durante unas vacaciones en Málaga.

Nacida en Barcelona, en 1946, Montserrat Roig es hoy una de las primeras novelistas jóvenes españolas: «Ramona, adiós», «Tiempo de cerezas», «La hora violeta», son sus tres títulos más recientes. Periodista de renombre dirigió en la televisión catalana el programa «Personatges» y su libro «Noche y Niebla» es un gran reportaje sobre los catalanes en los campos nazis; Montserrat Roig inició en TRIUNFO sus primeras colaboraciones de ámbito nacional. El presente relato forma parte de un libro colectivo, editado en España por Argos Vergara. Participan en él nueve editoras (España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, República Federal Alemana, Suecia, Holanda e Israel), que en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt en 1979, idearon un proyecto conjunto: un libro que recogiera experiencias vividas por mujeres en el curso del proceso de emancipación en la década de 1970. Cada editorial participante seleccionó un relato de una autora de su país, escrito en la última década y no publicado en forma de libro. Esta antología –titulada «Cartels de mujer»– se publica ahora en ediciones simultáneas en ocho lenguas y se presentará este año en la Feria del Libro de Frankfurt.

MAR

MONTSERRAT ROIG

a M.B.

«La vida me ha enseñado a pensar, pero el pensamiento no me ha enseñado a vivir.»

Herzen

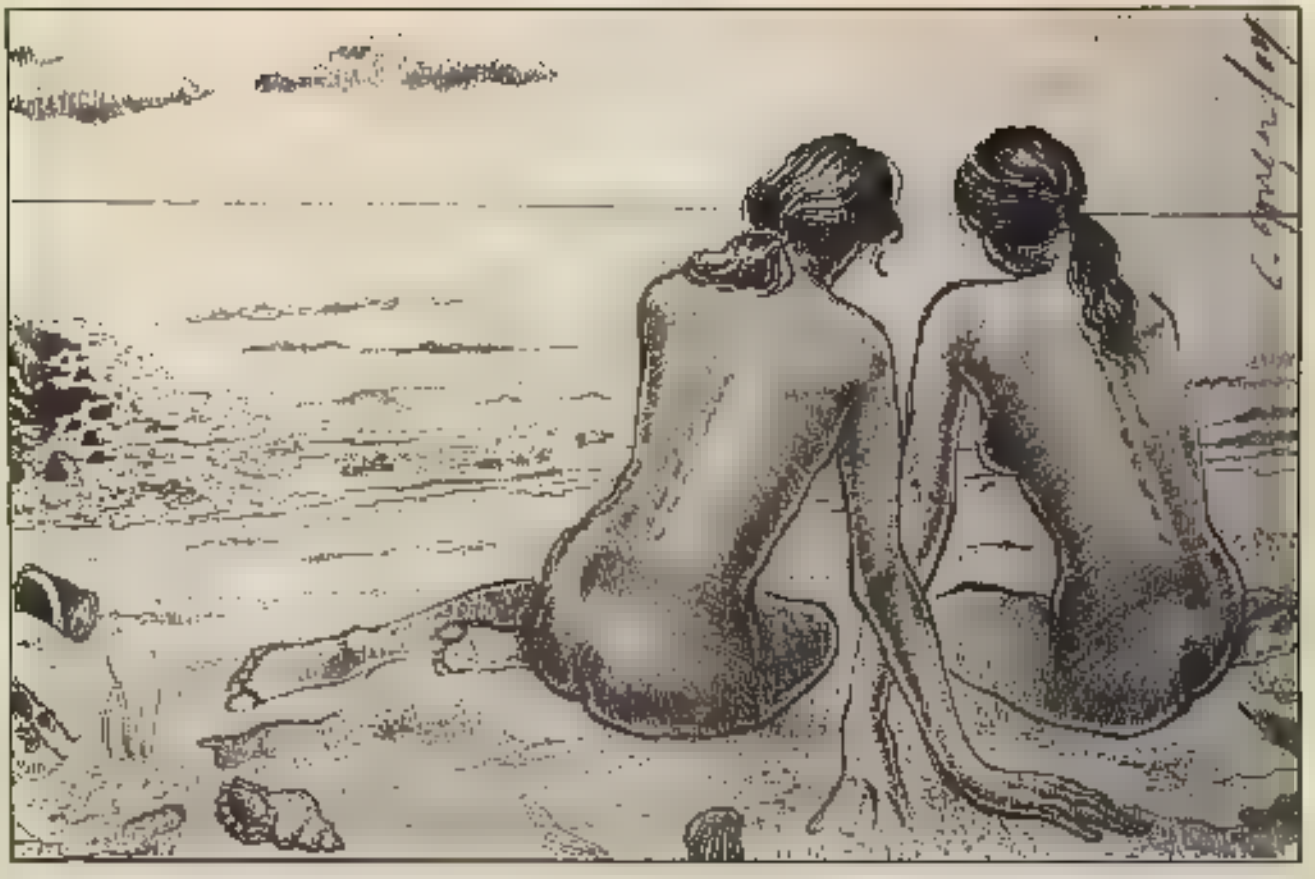
HAN pasado ya dos años desde que te fuiste, Mar, y me dejaste obscenamente sola, dos años desde aquel día en que tu Mehari se hundiera en la Collada de Tossas y te trasladarán al hospital para llenarte de tubos por todas partes, violada sin piedad por la ciencia, desde aquel día en que te vi completamente calva tras el cristal profiláctico, y me mirabas sin mirarme porque estabas muy lejos, tan lejos que ya no podías reírte de mis teorías feministas y gritarme que los niños no son de nadie, dos años que me han colocado en una especie de lotofija, que me obligan a pensar que la mujer que fui a tu lado no fue más que una mentira que tú ayudaste a fabricar, una ilusión, y que tu manera de vivir tenía que terminar fatalmente como acabó, rodeada de tubos, respirando porque así se ordenaban aquellos hombres de blanco que no sabían nada de nosotras, y que si lo hubieran sabido habrían dicho lo que todo el mundo, que tú y yo nos entendíamos, porque no tienen otras palabras para definir lo que nació en nosotras, ni tampoco yo lo hubiera sabido, Mar, fíjate, con la cantidad de libros de feminismo que me he tragado, con tantos años de universidad y también de eso que llaman éxito, y nunca se me ocurrió ponerle una palabra a aquel tiempo de silencio, de trasiego y de locura, a aquel tiempo en que las horas se nos juntaban sin darnos cuenta, cuando algunos amigos intelectuales nos miraban con recelo, qué desfachatez, decían sus ojos saturados por el miedo, qué desfachatez, se besan en la playa, se abrazan, se ríen, corren, dicen tonterías, y es que ellos siempre están prontos para definir lo indefinible, necesitan marcarlo con un lápiz de punta gruesa, éstas se entienden, éstas tienen un asunto, porque así es su vocabulario, Mar, y no podían comprender, cómo tú decías, que hacíamos el amor de otra manera, sin acostarnos, sí, cuando nos dábamos la mano y nos perdíamos mirando el mar, mojado el trasero por la arena húmeda, hundidos los pies en la orilla, perdida la cuenta de las horas transcurridas, los niños que luego te quitaría Ernest dispersos aquí y allá, metidas las dos en nuestros prolongados silencios, sin tener que darnos explicación alguna, mirando el mar y pensando que tal vez éramos dos cuerpos que de repente se convertían en uno y que por fin se habían encontrado después de haber deambulado como idiotas por una galaxia desconocida, han pasado ya dos años, Mar, y quizás no me reconocerías, pues ha vuelto en mí la razón y la sensatez, he vuelto a leer libros para entender lo que no entiendo en la vida, pues fue demasiado corto aquel tiempo para continuar, y, además, ya no estabas tú, has vuelto a tu universo, estabas de más, y yo no podía seguirte, estoy hecha también de barro y de miedo, en mí murió lo que había nacido contigo, luego vino la separación con Ferran, intentar explicar cuanto le amaba a pesar de todo, darme cuenta de que yo me había subido a un tren que no paraba, no paraba, mientras él se quedaba cada vez más pequeño, cada vez más pequeño en la estación, y me acuerdo ahora de la famosa discusión sobre las me-

MAR

sas redondas y las circunferencias, de cómo Ferran intentaba explicarte que el espacio que hay en una mesa redonda es una circunferencia y de cómo tú te reías y le decías, pero una mesa redonda es una mesa redonda, ¿no?, y te empecinabas con tus palabras mientras Ferran se aferraba a su lenguaje científico que por algo él es un teórico y tú un ser de otra galaxia. Cuando observé la cadencia de tu cuerpo bajo el *respirator*, cuando vi cómo te obligaban a respirar arriba y abajo arriba y abajo, mientras tú ya estabas lejos, tuve dos reacciones distintas, la primera sublevarme contra la máquina y la ciencia, que te obligaban a existir cuando tú habías decidido que te ibas, y la segunda fue enfadarme contigo porque me habías dejado sola, pues me veía obligada a dejar de vivir y a empezar de nuevo a disimular, a aparentar que era una mujer fuerte sin serlo, o aparentar que la separación con Ferran no era más que un transbordo en esta puñetera vida, a tener de nuevo treinta vidas, madre afectuosa sin complejos de culpa, mujer que da conferencias sobre feminismo, hembra que satisface puntualmente al macho, amiga y confidente de fracasos que yo me resisto a creer como propios y todo fue porque tú habías decidido irte...

Sí, han pasado ya dos años desde aquel día, y casi tres desde la primera vez que te vi, seguro que tú no recuerdas lo que yo ¡Qué vas a acordar! Me hablaste en el tren como si me conocieras de toda la vida, en ti este hecho era de lo más normal, mientras que para mí resultaba insólito que alguien se me dirigiera sin más, claro que siempre decías que las personas o se quieren o no se quieren –luego me di cuenta de que se lo habías robado a la Shirley MacLaine de *El apartamento*, que lo decía con la cara sucia de lágrimas y «rimmel», y, cuando te lo recordé, tú sólo dijiste, bueno, ¿y qué?–, así que escuchaste la conversación que yo sostenía con mi hermana sobre el coche que Ferran quería comprarse, y tú metiste baza cuando comentábamos que quizás el Dyane era mejor que el Renault 4/4, dijiste, lo recuerdo bien, que lo mejor es un Dos Caballos, lo único es que hay que preocuparse del aceite, me lo espetaste a la cara y luego te quedaste tan tranquila, seguiste mirando por la ventanilla como si nada, pero yo me fijé en ti y pensé, qué cara, pues en el subterráneo de mi educación hay una regla que dice que no es de buen tono entrometerse en conversación ajena sin ser presentada, pero tú sólo dijiste lo del Dos Caballos y lo del aceite, y seguiste mirando el paisaje polvoriento y cansado de los alrededores de Barcelona, sumergida en tus pensamientos, convencida de que habías hecho justamente lo que hacía falta.

Pero yo seguí mirándote y al cabo de un rato me di cuenta que te había visto en otro lugar. Eras una mezcla rara, quizás de adolescente y animal salvaje. El pelo rubio te caía lacio y pensé, se parece a un paje del renacimiento. Ya sabes mi manía de clasificar los aspectos físicos de la gente. Piel de fruta y ojos de bosque al alba. Tus ojos ya parecían entonces de otro mundo y ahora que estás muerta lo comprendo. Quizás me enamoró tu actitud digamos inocente, tu *sans façon* entre perversa e infantil. Me despertaste un sentimiento nuevo que no supe entonces definir, tal vez un sentimiento que yacía enterrado en lo más oscuro de mí. Y que no estaba dispuesta a mostrar ante nadie, y mucho menos ante Ferran. La gente buscaba en mí a la mujer sensata de las conferencias feministas, la que era capaz de diagnosticar el mal de las mujeres de nuestro tiempo la tela de araña y el sentimiento de posesión, ya sabes aquello de sentirnos desvalorizadas desde que nacemos. Pero tú me esperabas a la salida de las charlas y no decías nada, nada de si yo había estado brillante o aguda, me esperabas en el Mehari, roto y desvencijado, y arrancabas dando sacudidas y tumbos para llevarme muy lejos, quizás a mirar desde las contaminadas playas de Barcelona, sentadas entre cascos de Coca-Cola, tubos oxidados y viejas alpargatas medio enterradas en la arena. No hacía falta hablar demasiado, ni construir algo nuevo, sólo que contigo perdía el miedo, el miedo a mostrarme tal como soy, esta adolescente que de continuo tengo que enterrar en las simas húmedas de mi interior. Y te empecé a admirar, porque, sabes, yo no puedo querer a alguien si no le admiro –cosa que tú desconocías–, te empecé a admirar como si yo fuera un hombre y tú fueses un producto sin elaborar, sin ninguna sofisticación. Contigo dejaba atrás los libros y las teorías, los sanos razonamientos que me inducían a creer que lo mejor es vivir liberada, viviendo sin embargo al estrecho cerco de mi reflexión, cobarde ante mis impulsos y mis deseos, ateniéndome sólo a las reglas de *femme savante* de quien todo el mundo espera la respuesta adecuada. Sí, ya lo sé, me equivocaba, pero es que yo tampoco sé amar como tú lo hacías, yo tenía que poner precio a todo, si hoy te doy tanto mañana me lo devuelves, un toma y daca continuo, mientras que tú me entregabas sin premeditación, tal vez porque venías de otra galaxia. Tu espontaneidad no era un fruto de la rebelión por no dejarte dominar. Transpirabas naturalidad por to-



dos los poros de tu cuerpo, nada tenías que ver con la pose estudiada y snob de la antiburguesa. Y quizás mi amor por ti nació de una profunda envidia de no ser así, de no ser como tú, porque a veces ■ amor nace de la envidia. No hablas roto con ningún patrón porque, sencillamente, no tenías ninguno. Y pronto creí que habías bajado de otro planeta, pues de otro modo no se podía entender cómo vivías, sin plantearte nunca lo que hacías, sin teoría alguna, sin reflexionar previamente sobre la represión de los años jóvenes, hablando de lo feliz que habías sido cuando niña, aplicando puntualmente nuestras teorías feministas, estas teorías que nuestro miedo y resentimiento nos impide dejar en libertad. Te reías cuando yo ■ decía que eras feminista sin saberlo, te quedabas conmigo cuando yo te hablaba de cómo admiraba la inteligencia y la cultura, de que eran estas dos cosas precisamente las que más me habían fascinado de Ferran, y con sorna me preguntabas, ¿y no será que amas ■ Ferran por el afán de buscarte un compañero?

Sí, despertaste en mí una fuerza telúrica, mágica y sabia a la vez, que quizá no nacía en ti sino que era otro eslabón de la infinita cadena perdida, de la cadena formada por las silenciosas abuelas y bisabuelas que enterraron sus quejas y sus recónditos placeres entre las paredes de ■ soledad nunca escrita. Lo descubrí cuando te vi rodeada de tubos en el hospital, cuando eras un cuerpo inerte que respiraba ■ la fuerza gracias a las decisiones del progreso científico. Y cómo ■ odié entonces, por haberme dejado sola, por obligarme a enterrar otra vez lo que despertaste en mí, lo que nunca tenía que haber despertado.

Te bajaste del tren y fue entonces cuando recordé quién eras, quién era ■ chica de piel de fruta y ojos de bosque al alba. Compuse tu imagen en el entorno preciso, en la plaza del pueblo húmedo donde vivíamos, cerca de Barcelona. Eras la chica que enseñaba el culo cuando te agachabas para abrochar el abrigo de tus hijos antes de subir al autocar del colegio. Llevabas unas botas color zanahoria que te llegaban hasta medio muslo y una falda muy corta. Oí entonces una voz que me decía por lo bajines, aquella es una fresca, alguien que le señaló con el dedo, una guarra y una fresca, repitió. Vive con su marido y un amante, todos revueltos. Miré ■ la que me habla-

MAR

ba y vi que era la Millonaria. Y yo, muy digna, le contesté, no me interesa esta clase de historias. Mentí, yo sé que mentí. Pero yo estaba muy puesta en mi papel de intelectual discreta y razonable, fiel reflejo de mi educación de niña de ensanche, y no me extrañó cuando supe más tarde que la Millonaria me encontraba muy antipática. Luego reflexioné y llegué a la conclusión de que tal vez me distanciaba de la Millonaria por cuestiones de clase. Podía defender a una fresca y a una guarra que vive con su marido y su amante, todos revueltos, pero no podía dar palique a una mujer cuya ley de vida era el cotilleo. Y es que Ferran y yo habíamos decidido vivir en el pueblo húmedo rodeados de los más desheredados, el lumpen del lumpen, por lo de nuestras ideas socialistas, pero lo cierto es que nuestras ideas pertenecían a la mente y no me daba cuenta entonces de que había una barrera infranqueable, más allá del dinero, más allá de las ideas, y esta barrera era el lenguaje. El cotilleo y la indiscreción de la Millonaria eran parte de su vida, las historias de los demás la llenaban sin darle trascendencia. Pero yo pertenezco a esta clase de gente que se las apaña diciendo que el cotilleo es cultura, que es una manera muy hábil de meterme en la vida que no me importa. Y tal vez sea ésta la razón por la cual Ferran y yo dejamos el pueblo húmedo, pues no había manera de conciliar nuestras ideas con gente como la Millonaria, que mezclaban la bondad y la crueldad sin preguntarse nunca por qué actuaban así y no de otro modo. Claro que tú eras amiga de la Millonaria a pesar de saber que te tildaba de guarra y fresca, porque sabías que la Millonaria era infeliz, y era infeliz porque sólo tenía veintiún años y andaba preñada por tercera vez del Millonario, un marido chulo y fanfarrón que ganaba cuatro perras trabajando a destajo y que todos los sábados se gastaba medio jornal convidando por ahí a todo quisque. Tú sabías que la Millonaria se moría de asco y de pena limpiando culos y mocos el santo día en su piso empapelado de horribles flores japonesas, o bien sentada en su tresillo rodeada de mocosos que le aguijoneaban la cabeza de tanto gritar. Tenía que pasar mucho tiempo para entender que la única distracción que le quedaba a la Millonaria era la de poderme contar que tú eras una guarra y una fresca porque vivías con el marido y la amante, todos revueltos.

En un primer vistazo, me pareciste una mezcla de chica de casa bien y de camarera de bar de alterne. Eras el centro del mundo y a la vez sabías pasar inadvertida con la tranquilidad que sólo tienen los ricos, los que se han pasado años y siglos puliendo su exterior. Sin embargo, pronto me di cuenta de que incitabas a la sensualidad sin ningún tipo de moralismo. Eras amoral aunque no lo sabías. Y quizás sea ésta la razón por la que te odiaban muchas mujeres, es una seductora, me decían. Tal vez porque dabas la impresión de que todo te era dado, sin lucha ni conflictos interiores. Te entregabas a los hombres de veras, y al día siguiente volvías a amar con la misma fuerza. Nunca escondías nada. Ferran me decía es demasiado hembra, y yo sólo sabía responderle que eras la única persona que ignoraba qué cosa son los celos, que no querías ser poseída pero que tampoco sabías lo que era poseer.

Luego de la conversación con la Millonaria, cuando me gané el sobrenombre de antipática, ya no pensé más en ti. Hasta el día del tren, el día que metiste baza en la conversación sobre el Dos Caballos y el aceite. Y ahora que pienso en ello, me doy cuenta de que nuestra relación estuvo basada en el movimiento, empezó en el tren y acabó la noche del accidente, la noche que te fuiste sola en tu Mehari roto y desvencijado. Lo nuestro fue un sin fin de movimientos concéntricos, como una espiral que nos obligaba a marchar y marchar hacia adelante sin precauciones ni cautelas. Mi relación con Ferran era distinta, y tú nunca te metiste en ello. Mi relación con Ferran era estática y pausada, pero fue él quien no soportó nuestro movimiento, el avance continuo hacia algún punto que nos reclamaba con insistencia. ¿Quizá la locura? Quizás.

Te recordé mientras subía las escaleras de la estación, así que la chica de piel de fruta era la fresca del pueblo donde vivíamos. Debes recordar que con el tiempo la llamaba mi fresca galáctica, o bien mi puta, y se me llenaba la boca de un sabor extraño, amargo y dulce a la vez, porque volvía a ser la niña que transgredía alguna prohibición. Fue cuando te conté lo que me dijo de ti la Millonaria, creí que te enfadarías pero te echaste a reír, ja, ja, ja, qué gracia, soy la fresca y la guarra del pueblo, y luego dijiste lo de puta, repetiste la palabra, una, dos, cien veces, puta, puta, tú y yo somos dos putas, esta fue tu conclusión. Sí, pero tú más que yo, te replicaba, claro, decías, porque tú vas de intelectual a ser de hipócrita, vamos ¿Se puede saber por qué tienes esa manía a los intelectuales?, te preguntaba, y de repente te ponías seria, pues siempre queréis demostrar que somos los demás los que vivimos las cosas, y, luego, esta dichosa manía que tenéis para encontrar una explicación a cualquier co-

Bueno admitía conciliadora, yo soy una puta por dentro y tú una puta por fuera, ¿de

acuerdo?, no sé, no sé, pero pronto ■ olvidabas de ello, habías cambiado de conversación o bien ■ quedabas callada, y yo seguía, ¿sabes?, ■ los quince años todavía me ponía roja

como un tomate cuando alguien decía la palabra puta y me parece que fue a los trece cuando hui corriendo al verla escrita con tiza en una pared desconchada, y paladeaba ahora la palabra puta, esta palabra que nunca se me hubiera ocurrido decir ante Ferran, nunca, ■ acaso prostituta ■ en plan fino meretriz, que me sonaba ■ institutriz ■ emperatriz, y tal vez ante mi abuela hubiera dicho fulana o mujer de mala vida, o *cocotte*, que era algo que me recordaba el París de la Belle Epoque y las ostras de la plaza de Pigalle...

No recuerdo ahora ni cuándo ni cómo te volví a ver. Quizá fue uno de estos atardeceres monótonos, cuando me agarraba la flojera y esperaba el regreso de Ferran en un prolongado bostezo interior. Creo que coincidimos frente al autocar del colegio y nos miramos mientras los niños, cada uno por su lado, nos tiraban de las faldas. Seguro que parecíamos dos perros que se olisqueaban con discreción. No recuerdo quién de las dos empezó a andar, como si nada, hacia un camino enlodado que subía a la colina. Apenas si medió palabra, pero lo cierto es que yo me encontré de súbito con los críos sentados en el Meharí. Para nuestro ganado, aquello era una fiesta. Oscurecía ya pero tú nos llevabas hacia el bosque, un bosque domesticado, lleno de pinos alicaídos y enfermos, entre matorrales y montones de basura. Conducías sin prisa, sin miedo, la mirada perdida en algún punto y la mano izquierda aguantando la puerta que se abría de vez en cuando. La otra estaba sujeta con un cordel. Conducías con serenidad, pero también parecía como si huyeras. Medio mareada por tanto trole y sacudida, te miré de reojo y entre sombras percibí tu rostro que desprendía una fuerza extraña, casi mágica. Me pareció entonces un rostro duro y violento, tal vez por ■ color que se reflejaba en la piel que pasaba del añil al negro casi sin transición. Tenías el mentón decidido y los ojos que se iban hacia algún punto extraño que yo no podía alcanzar, sólo veía los pinos desmayados y sucios del polvo gris de los alrededores de Barcelona. Dentro del coche te transformabas, tu cuerpo se volvía como elástico, con una potencia y una gracia que en tierra pasaban fácilmente inadvertidas. ■ peligro te volvía invulnerable. Un día me lo dijiste, me dijiste ¿sabes? me

MAR

gustaría morirme así sin girarme, la vista fija hacia adelante. Pero yo a cada vuelta me agarraba donde podía mientras en el interior del coche todo se tambaleaba, los niños se amontonaban como si fueran pilas de sacos vacíos y sólo oía sus risas y sus chillidos, pues decían que aquello era un safari por la selva, sus aplausos y el choque de las herramientas que andaban sueltas. Los asientos bailaban y el plástico de las ventanillas se estremecía por el traqueteo. Todo parecía haber iniciado una danza frenética dentro del bosque y entre las primeras sombras de la noche. En la penumbra observé tu perfil, perfil lunar y mejilla de cristal en forma de manzana. Parecías salida de la noche, o de mar adentro y pensé que eras como Calipso, surgida de la soledad de tu isla para reencontrarme. Y fue entonces cuando juré no decirle nada a Ferran.

Nos sentamos a la puerta del bar que hay arriba, en la colina. Pasó un largo rato entre silencios y medias palabras mientras el día moría dejando tras de sí una nube color de fuego que cubría el valle. Bastó muy poco para saberlo todo de ti. Los recuerdos de tu infancia, aquel olor a mandarina, los besos de tu padre, rico e industrial, antes de convertirse en vagabundo. Tus recuerdos parecían los míos. ¡Y eran tan distintos! Luego, cuando te enamoraste locamente del padre de tu mejor amiga, aquel apuesto ingeniero de túneles y caminos. No hacía falta que me contaras lo de sus sienes plateadas –lo habíamos leído las dos en los seriales radiofónicos de nuestra adolescencia– ni tampoco cómo perdiste la virtud con él, en un túnel donde probaban motores de aviones a reacción. Me lo contabas todo con el mismo tono de voz, como en una letanía y no me pareció dramático lo del padre vagabundo, ni tampoco lo de la seducción en un túnel que olía a alquitrán y a gasolina y entre el ruido de los motores que de lejos te recordaban moscardones. Y casi no te reíste cuando me contaste lo de tu marido, que era tu primo, el primo medio pasmado y algo meapilas que luego enloqueció por la historia de su tío por parte de madre, un tío chulo y viva la virgen que la palmó en un burdel a causa de una angina de pecho. Bueno, tú me dijiste por un soponcio, si no recuerdo mal. Y me contaste cómo te casaste con el primo medio pasmado y meapilas porque te obligó la familia después de la historia de la seducción en el túnel, y más que la historia en sí, lo que recuerdo es que me la contabas mientras sorbías despacio un *schweppes* con una paja de color rosado. Y es la paja rosa y el olor a pino lo que más recuerdo ahora, y tal vez tu perfil lunar, y la manera en que me contabas las cosas más extrañas como si fueran de lo más normal como lo de la locura de tu marido, cuando le dio por pensar que si hacía el amor contigo le agarraría un ataque igual que a su tío Claudio, que así se llamaba el tío chulo y perillero que sembró de ridículo y de vergüenza el honorable campo familiar. Bueno, y luego me contaste lo de los camisones finos y excitantes porque no comprendías el terror de tu marido, pero pasó que éste no cejaba en su empeño, y por la noche te gritaba ¡asesina!, mientras se tapaba con la colcha hasta la punta de la nariz. Te rascabas la mejilla con la paja color de rosa mientras proseguías con tu relato, de cuando te paseabas como una «tentación» transparente ante su cuerpo que yacía tembloroso bajo la colcha, enseñando ora un muslo ora el otro, pues no te cabía en la cabeza que Ernest, tu marido y primo, pudiera ser tan desgraciado. Y al ver que lo del susto no se le arreglaba fuiste a ver a su padre espiritual, un jesuita que hablaba muy bien, el cual te consoló e intentó seducirte, pero sólo lo intentó, cosa que comprendiste mucho más tarde, quizá cuando el marido se le curó la manía con el psicoanalista. Y no sé por qué ahora pienso en estas cosas, me vienen a la memoria mezcladas y confusas, tal vez porque hoy hace ya dos años que te fuiste, y algo más de tres de aquel día que, en el bar de la colina y bajo un crepúsculo de fuego, sorbías el *schweppes* con la paja de color rosa, olíamos a pino y se destacaba, en una claridad casi lechosa, tu perfil lunar. Y me contabas de cómo a tu marido se le curó la obsesión de morir durante el coito gracias al psicoanalista, pero que al mismo tiempo a ti se te perdió el ansia de hacer el amor con él, y no hubo manera de recuperarla, me lo contabas de un modo impersonal, como si fuera otra mujer la protagonista, y quizás fue eso lo que más me sorprendió de ti, no la historia, no el susto de tu marido, ni el intento de seducción del cura que hablaba tan bien, sino la manera de narrarlo, ¡con lo que nos gusta a las mujeres dramatizar nuestras vidas con el fin de ser comprendidas por el mundo entero!

De regreso casi no hablamos. Los niños estaban sudados, felices y medio dormidos, y sólo se oía el ruido de las herramientas al chocar. Me dejaste en casa y quise presentarte a Ferran, aunque me era fácil predecir su reacción al verte, entrecerraría los ojos y se encogería suavemente de hombros, mientras pensaría que tú eras mi último descubrimiento. Pero ni él ni yo sabíamos entonces que tú ibas a dejarme más que una huella, algo que me va a ser difícil de borrar, aunque sé que se

me ha muerto, y quizá ninguno de los dos podía comprender lo que tú ibas a desatar en mí, reacciones imprevistas y enloquecidas que él de ningún modo podría aceptar.

Y quizás tu mérito fue llegar en el punto adecuado, en el momento de conciliar armónicamente el tiempo y el espacio, cuando algo se me estaba muriendo, el fin de una larga etapa de lucha clandestina bajo el franquismo, siempre al lado de Ferran, orgullosa de formar una pareja ejemplar, dedicada a la Historia, sin que nuestras vidas contaran para nada, orgullosos de no tener tiempo para amar, o para socavar más allá de lo que nos exigía el inmenso amor que declamos sentir por la humanidad entera. Luego todo se rompería en pedazos, dispersos, tremendamente difícil de recomponer. Y, sabes, cuando al fin Ferran se marchó de casa, no sentí por ello más nostalgia de ti, pues él creó en mí un vacío especial, y eso sólo tú lo puedes entender, pues me enseñaste que es una solemne memez la idea común de que un clavo saca otro clavo... No, tú no eras como los demás. Te adelantaste a tu siglo, viviste nuestras teorías, y tal vez por esta razón no quise reconocer aquel cuerpo inerme que obligaban a respirar de modo artificial, no quise despedirme de aquella boca estúpidamente abierta, de aquellos ojos que no miraban a través de la pequeña reja de los párpados, de aquellas manos caídas sin gracia, no quise decir adiós a la muñeca que me mostraban tras los cristales pulidísimos de la sala de cuidados intensivos, y que impúdicamente forzaban a vivir a base de tubos y máquinas.

Pues, aunque respirases, aunque el *respirator* señalase de manera precisa los latidos de tu corazón, uno tras otro, lo habías decidido que no podías convivir con nosotros, habías decidido regresar a tu galaxia.

Y tal vez te odié porque me obligabas a seguir pensando lo que debemos ser sin vivirlo realmente, porque de nuevo no me dejaban opción. Y es que tú conseguiste algo que ningún hombre de los que amé había logrado, me enseñaste a hacer el amor con las cosas, día a día, y despertaste en mí brotes de una nueva mujer que otra vez he vuelto a enterrar. Te presenté a Ferran, pues, y los dos os quedasteis como pasmados, sin saber qué decir, hasta que tú quisiste coger mi gata y ella echó a correr, yo la quise pillar de nuevo para que la pudieras acariciar a tu gusto, pero tú dijis-

MAR

te, déjala, que los gatos sólo aman cuando lo necesitan.

Despacio fui sabiendo más cosas de ti. Que decidiste vivir sola, tú y los niños, a poco de la curación del marido, pero que éste no se podía tragar la cosa, pues no lo entendía, ahora que ya estaba bien y había superado el trauma del tío muerto en la casa de putas, ahora que te volvía a desear. Te decía, muñequita, mi reina, ¿vamos a jugar un ratito? Y tú jugabas con él, un ratito, pero luego sentías unas ganas tremendas de huir. Me contaste que por fin Ernest se había ido de casa, pero con una cara que daba miedo, como si te dijera: me las vas a pagar. Así que pronto comprendí que no era cierto lo que contaba la Millonaria, que vivías con tu marido y el amante, todos revueltos. Me gustaba lo que me contabas de tu primo-marido antes de irse, aquello de que te amaba tanto que era capaz de matar por tenerte cerca, cuando te decía, ojalá te vuelvas paralítica para que yo te pueda cuidar: te llevaría en una sillita de ruedas por todo el mundo, muñequita. Y tú no viste la cara de Ernest mirándote a través de los cristales, su cara complaciente, beatífica. No pude aguantar cómo miraba tu cuerpo, inerte, con ojos que te taladraban, ojos de hurón. Me dio rabia no poderte comentar lo de su cara, nos hubiera entrado risa.

Luego vino lo de la estaca: no sé si te acuerdas. Tú ya habías empezado a huir, a pesar de que Ernest había superado muy bien la crisis y quería joder día y noche contigo, pero lo cierto es que él no te podía pillar. Empezaste a mirar las cosas de tu alrededor como si fuera la primera vez, las cosas nacían sólo para ti y tú las absorbías con los ojos para retenerlas luego en tu memoria, muy adentro. Pero regresabas a casa y casi no podías entrar, el primer día llevaste un susto de muerte, algo te acarició la cara, algo áspero: resultó que tu marido había colgado por todas partes ristras de ajos. Me contaste, Ernest cree que soy un vampiro, duerme con una estaca al lado de la cama, está seguro de que a media noche me voy a transformar en un conde Drácula femenino. Cualquier día me la clava en el corazón. Pero la locura de Ernest era nocturna, así que no era fácil convencer al mundo de que la loca eras tú, una madre incapaz de cuidar a sus hijos como Dios manda, comiendo a destiempo, con los zapatos sucios y el anorak descosido, los pantalones atados con un imperdible, y era cierto, pero también lo es que nunca vi a unos niños tan felices. Impertinentes y gritones, saltimbanquis que se arrebujaban en el cuerpo generoso de su madre cuando les venía en gana, para luego trepar al árbol más alto y contar a gritos la historia de Simbad y la princesa. No te diste cuenta de que Ernest tenía todas las de ganar, y que ya no contaba la pasajera depresión cuando lo del tío muerto en el burdel, ni que durante las noches creyera que eras un vampiro y quisiera clavarte una estaca en el corazón: no contaba nada de eso, Mar, y te salieron mal las cuentas, no supiste prevenirlo a tiempo, porque eras incapaz de sospechar el futuro, de pensar que, al fin y al cabo, Ernest es un honrado padre de familia durante el día, valioso y trabajador, que ahora lleva a sus hijos repeinados y atildados como conviene a los de su casta.

Y me ibas contando tus nuevas experiencias como si no me pertenecieran, pero nunca pensé que te separabas de mí, sino que vivías otra clase de vida de la misma manera que yo estaba con Ferran, aunque él no lo comprendió, ya sabes, y no sé si Ferran se fue de mi lado porque tu desataste en mí el sueño, o sea la ilusión, y él era incapaz de compaginarme así, hecha sueño y realidad, y mi casa también empezó a ser un desbarajuste, mis niños aprendieron a trepar a los árboles con los tuyos, a jugar la historia del Simbad y la princesa, a dormir todos juntos en una misma cama, a ir de safari en tu Mehari cada vez más sucio y pegajoso, lleno de periódicos rotos, trozos de cordel, herramientas oxidadas por la lluvia, cascos de coca-cola, trapos húmedos de grasa, manchas de gasolina, las puertas que se abrían, las ventanas rotas, y el Mehari saltando como un sapo hacia la colina polvorienta, hacia el cerro que no invitaba a soñar, a causa de los pinos que agonizaban, con sus troncos medio podridos y el espanto de los pájaros color ceniza. Los niños saltaban y hacían piruetas dentro del coche y sacaban la picha por entre el plástico desvencijado a ver quién meaba más lejos. Y pensé que tú eras como el Mehari. Mar, tremendamente acogedora y tremendamente provisional. Hubiera querido dejar atrás los hábitos de niña de ensanche y vestirme como tú, igual que tus críos, calcetines de mil colores, tejanos descoloridos de tanto lavarlos con lejía, blusas a cuadros que parecían que colgaban por todos lados, y aquellos jerseis tan anchos que parecía que llevábais una joroba, o dos o tres. Pero los colgajos y los imperdibles, las jorobas y los descosidos te hacían al cabo más hermosa, más insumisa. Y se acentuaba tu perfil lunar cuando te metías hecha un ovillo en el sofá de casa para escuchar, los ojos cerrados como si ya estuvieras muerta, el concierto número dos para piano de Chopin. No te atraía el rock, no mirabas nunca la tele, apenas

leías, sólo horas y horas escuchando a Chopin, a lo mejor ya había empezado tu huida. Y me decías acariciando suavemente el volante, la mirada metida hacia adelante como la proa de un barco penetrando en la belleza decrépita y maloliente del bosque en ruinas,me decías. no he de morir, quiero que sea así

La primera vez que fui a tu casa, apenas te reconocí en la foto que tenías en la pared, una foto pequeña clavada con tachuelas. Vi allí a una pareja, él con corbata y el pelo engomado y una cierta sonrisa de hombre feliz, y a su lado una chica con cara de vecina anónima en una casa de muchos pisos. Llevabas un moño alto y el pelo crepadísimo, a la moda de los sesenta y parecías en la foto mucho más baja que en la realidad. Tus formas eran redondas y pronosticaban un futuro entrado en carnes. Mirabas al hombre que tenías a tu lado con el aire embobado de la recién enamorada, y era natural, pues el hombre era el primo pasmado y mosquillas que te había aceptado luego de haber sido desvirgada por el padre de tu mejor amiga en un túnel donde probaban motores a reacción. Y esto ocurría mucho antes de que Ernest la llamara asesina, o sea después del trauma que tuvo por la muerte del tío Claudio, mucho antes de todo. Y empezaste a huir de casa, y no por las ristras de ajos ni por la estaca, empezaste a huir porque ya tenías muy enterrada a la mujer de formas redondas y pelo crepadísimo, la habías enterrado sin tragarte los libros que me he tenido que tragar yo para entender algo, y sigo sin entender nada, y quizá es la razón por la cual te odié el día de los tubos y te amé al mismo tiempo, porque habías comprendido mucho antes que yo como había que vivir. Recuerdo ahora que llegabas tarde a casa un día porque nos íbamos al cerro, y al otro porque te ibas con el argentino. El que te enseñó las delicias del amor con tino y sin prisas, jugando. Fuiste una alumna adiestrada a pesar de que era diez años más joven que tú y aspiraba a ser un eterno marinero, lo cual no te preocupaba en absoluto. Aprendiste a mirar el cuerpo del otro como un río que nunca acaba de pasar y que, si una quiere puede saciarse en sus aguas y andar por la cuerda floja entre el amor y la muerte y, claro, fuiste tan buena alumna que pronto no encontraste aliciente en hacerlo con Ernest, comprobabas y éste es el principio del fin de toda relación, por lo menos exclusiva. Se fue un día el muchacho argentino que te enseñó a amar a tu cuerpo a través del suyo, tal vez porque supiste pararte en sus orillas y escuchar sus dulces palabras que, aunque no fueron eternas no eran por ello efímeras, y me contabas cómo habías aprendido a mirarte ante el espejo, de una manera distinta, sin pararte a pensar lo bien que te quedaba un vestido o si el peinado era perfecto, no, desde entonces ya era otra cosa, aprendiste a valorar las formas de tu cuerpo porque, siendo tuyas las amabas, te detenías a observar todos los rincones, incluso la cueva, húmeda y generosa, los pliegues y repliegues que se extendían con el aviso del placer, sin temor a ser vencida, pues pronto aprendiste que no se pierde nada en una noche de amor cuando una sabe por qué se entrega. Se fue el argentino y pensaste que todavía eras novicia en las cosas del amor, así que te fuiste con Joaquim. ¿O fue después de lo del profesor de música? No lo recuerdo bien y me duele que no estés ya aquí para comentarlo. Tal vez fue antes lo de Joaquim, porque éste sentía celos de Ernest y tú no querías dejar a tu marido, te daba mucha pena. Muchas noches te quedabas con Joaquim, ayudándole en lo del bar, y te pareció entonces que tu vida tenía sentido. había que ayudar a Joaquim, al cual no tenía ni una perra y su vida había sido de las más desastrosa, comido por los piojos cuando la posguerra más sórdida aprendiendo los oficios más duros, malviviendo aquí y allá para sobrevivir. Te tomaste muy a pecho lo de ayudar a Joaquim, aquel muchacho de cara aplastada y pelo lustroso, tan a pecho que casi le perdí de vista, aunque aparecías alguna noche con un ramo de flores silvestres, quizá para hacerte perdonar y te arremolinabas junto a mí para escuchar a Chopin. En casa se quedaba Ernest, preparando minuciosamente la cena y las ristras de ajos, esperando tu llegada. Te pasabas la noche clavando cuadros, serrando estantes, pintando el hueco de la escalera que daba al bar. Hacías cosas de hombres no para emularlos, no para demostrarles que lo sabías hacer como ellos, sino, simplemente, porque te gustaba. No te vengabas de nadie cuando ibas en moto o cuando ibas tan de prisa con tu Mehari. Entendías de enchufes, de lavadoras, y sabías perfectamente lo que le pasaba a los pistones del motor de tu coche. Este mundo que a mí siempre me pareció mágico era para ti cosa de niños, pero al mismo tiempo eras frágil y delicada como el cristal y quizá por ello algunas mujeres te odiaban y los hombres te temían. Pronto Joaquim se esfumó, tal vez por celos pues le era difícil entender que siguieses todavía con Ernest, y apareció el profesor de música, medio suizo medio catalán el cual se enamoró arrebatadamente de ti, como en las películas, y durante unos días andabas mejara con el cuento del vacío en el estómago, los

MAR

ojos perdidos hacia no sé qué infinito, y recitando con voz monótona los poemas del viejo Aleixandre. Y mientras Ernest se iba por la puerta delantera de tu casa, soñando con el feliz día en que por fin la vería paralítica, por la otra puerta entraba el profesor y hacía exactamente el mismo recorrido que antes había hecho Joaquim. Y no había en ti afán coleccionista, creías que cada persona tiene su historia, y la historia del profesor era que acababa de pasar un terrible desengaño amoroso que le había dejado medio traspuesto, se había enamorado de algo imposible, tú sabías que para el profesor no eras otra cosa que una parada de transbordo hacia la estación del olvido, y a pesar de saberlo le enseñaste todo lo que habías aprendido con Joaquim y el argentino, y no hubo en ti ningún sentimiento de pérdida, ni de fracaso, cuando el profesor te dijo que andaba medio chalado por una jovencita maravillosa que te iba a presentar sin dilación, aplaudiste y le besaste. Luego el profesor diría aquello de siempre te estaré agradecido, ¿cómo te voy a olvidar?, y a ti te parecieron unas palabras nuevas y hermosas. Hicisteis el amor delante del fuego, tiernamente, me dijiste tú. No sé si recuerdas que yo te pregunté si no te habías sentido estafada, si no te había hecho daño la historia del profesor y el que te dejara por una jovencita de esas de piel de seda y cuerpo de gacela. No me entendiste, no sabías qué cosa era la posesión, amabas de una manera extraña que no correspondía a nuestra época. Lo único que pedías es que te amaran de verdad cuando estaban contigo, que tu presencia fuera entonces el centro. Y me reprochabas que los intelectuales y los artistas buscamos en la vida el sufrimiento, la idealización de lo que no tenemos, que no sabemos vivir. Y yo me daba cuenta que volvía a la tierra, llena de símbolos y signos para sobrevivir el fracaso, que no era como tú, que eras de otro siglo. Ante mis amigos te mantenías en un silencio obstinado. Cuando éstos iniciaban alguna conversación ideológica, tú te ibas a tu planeta. A Mar todo le resbala, me decían es una chica muy rara. Lo decían porque no había modo de clasificarte, ya sabes que eso es difícil de perdonar. Más que con tus palabras les aturdías con tus actos, algo que ellos definirían como una contradicción permanente, no había ningún papel predecible para ti, les desordenabas el cuidadoso archivo que tenían en su mente. Pero muy pronto capté una mirada fugaz que te alejaba y empecé a intuir que habías elegido el camino de la huida.

Apenas me hablabas de tu pasado, sólo que tu madre se había casado con el dedal y la aguja y que tu padre andaba por ahí de vagabundo. El olor a mandarina te recordaba a un señor de mano rasposa que te acariciaba y unas pupilas que formaban riachuelos rojos y que te miraban con insistencia. Sabías que tu padre andaba despendolado, recogiendo papeles de periódico o hurgando en las bolsas de basura como un gato nocturno, te lo imaginabas como una larga sombra que se perdía por entre los faroles de la ciudad. Mi padre tiene la cara verde, me decías, y cuando quería saber por qué tu padre tenía la cara verde ya estabas de nuevo en otra parte. Tal vez buscabas en todos los hombres que amabas algún reflejo de tu padre, no sé.

Durante estos dos años he querido creer que conmigo no huías. Cuando juntos paseábamos, perdiéndonos sin prisa por viejas calles de Barcelona, metiéndonos con la gente, con los hombres, cuando apoyabas mi mano en tu espalda recuperando el gusto adolescente de la prohibición. Cuando tomamos con descaro la misma copa de vino ante el azorado camarero, o nos inventábamos que tú eras una secretaria y yo el ejecutivo peliculero que te iba a seducir. Dicen que la gente feliz no tiene historia y creo que no es cierto. Yo fui feliz contigo y aquellos momentos están ahí, desdibujados por el tiempo, a veces inmóviles y otras en movimiento, pero siempre están ahí convertidos en lacerante nostalgia, imposibles ya de olvidar. Se presentan ante mí como relatos aparentemente inservibles, se van juntando con dolor, y la adolescente que se fue, y que recuperaste de forma canallesca se resiste a creer qe el pasado no vuelve más. Hacíamos de Esther Williams en tu vieja bañera de cantos oxidados y patas de dragón, imitábamos a Gilda cantando lo de Amado mioooooo, te quiero tantoooo, no sabes cuantoooo, ni lo sabrásssss, envueltas las dos en la misma toalla, que tu habías robado en un hotel de lujo cuando viajabas con Ernest, pasándonos el cigarrillo en una larga boquilla e imitando un interminable y moroso diálogo estilo Bergman. Luego. Luego hacíamos lo de la secretaria y el ejecutivo, las dos frente a la pared de pulidas baldosas blancas. «Querida, llevas un vestido precioso»... ¿«te gusta»?; «sí, pero me gusta más lo que hay dentro...» «oh, bueno, ya sabes, una mujer tiene que cuidarse»..., genial tu caída de ojos a lo Marlene, y tú aparentabas un estremecimiento, «oh, eso se lo dirás a todas...».. «bueno, contigo es distinto, eres una mujer con clase, además me aburro tanto con mi esposa. Me gustaría que subieras a mi apartamento guardo un champán para las ocasiones especiales»... «Oh, querido, lo deseo con

toda el alma...». Y volvíamos a ■ noche en tu Mehari, buscando víctimas, lo cual no era difícil. Siempre había un futuro seductor que se paraba a nuestro lado, apoyando el codo en la ventanilla, y calibrando exactamente lo que valíamos durante el corto cambio de un semáforo. El conquistador en cuestión nos repasaba mientras le lanzábamos miraditas prometedoras, y cuando el hombre pensaba que tenía la partida ganada, tú apretabas el acelerador y te metías justo delante de su coche, moviéndote en zig-zag mientras le sacábamos la lengua al seductor frustrado, y ésta era la peor de las provocaciones, pues resultaba imperdonable que dos mujeres que pasaban de los treinta jugaran al gato y al ratón sin tener en cuenta las más elementales reglas del juego. Y la verdad es que nunca pensamos que había en ello sed de venganza. No, contigo era imposible imaginar ningún afán vindicativo. Habías superado la fase de odio a los hombres para ser tú misma. Y era inútil que yo siguiera teorizando en mis conferencias sobre feminismo, devanándome los sesos por encontrar alguna salida plausible a todo este lío histórico, hablando de la opresión que nos ha dejado este poso, oscuro y castrante, de recelo y resentimiento, pues tú te salías tranquilamente con ■ tuya mientras yo tenía que tomar dos o tres somníferos, llorar largamente todas las mañanas bajo la ducha para superar la separación de Ferran. Sí, eras así hasta que ocurrió lo de Ernest y el abogado, hasta aquel momento no habían podido contigo, Mar, pero lo de los niños fue demasiado gordo, ¿cómo lo ibas ■ entender, cómo ibas ■ pensar que ■ primo que te daba tanta pena iba ■ reaccionar de este modo?

Fue demasiado corto aquel tiempo, Mar, demasiado para darme cuenta de lo feliz que era sin tener que preguntarme por qué. Parecía como ■ todas las piezas del rompecabezas volvieran a su sitio, como ■ cada miembro de mi cuerpo reencontrara su espacio, como si mi mente se reconciliara con el universo. Durante aquel año escaso logré ser yo por primera y única vez en ■ vida, y no era sólo por las risas, ni por el teatro, ■ por la ternura. Ni tampoco por aquel secreto sentimiento de triunfo cuando ■ desconcierto de los hombres nos gritaba por la calle ¡tortilleras! Cuando íbamos cogidas de la mano, terrible pecado, pues a las mujeres sólo se les permite ir del brazo... Cuando de repente nos daba por abrazarnos en medio de la playa porque nos venía en

MAR

gana. Cuando íbamos a mangar macetas modernistas a las hermosas casas deshabitadas de los veraneantes, en las noches sin luna y heladas del mes de los gatos. ¿Qué pócima me echaste? De repente me mirabas con tus ojos de bosque al alba y me decías, ¿te das cuenta de cómo hacemos el amor? ¿Te das cuenta de cómo dos mujeres pueden amarse de una manera distinta que un hombre y una mujer? Cierto, te respondía. Aunque me daba miedo el abismo que se abría ante mis pies, la verdad y tú. Viaje pronto, cuando me propusiste lo de irnos hacia el norte con tu Mehari. Y repetías, ellos no nos entienden, y al decir «ellos» hablabas de una masa informe, agresiva y anónima, ellos eran los que no nos perdonaban nuestro amor, que no lo definiéramos con palabras, que no reservásemos para ellos el «cosa», que compartiéramos lo que no debe compartirse.

Sólo una vez te besé. Fue en el viejo estudio que alquilé después de haber leído lo de *La habitación propia* de la Wolf. Ya no lo tengo, sabes, pues con lo de Ferran se me esfumó todo el dinero y no estoy yo para tener estudio propio sin sus quinientas libras al año. Yacíamos en la manta argelina, cansadas de haber revuelto los viejos y decrépitos trastos y cachivaches de la antigua propietaria. Fue poco antes de que Ernest dijera lo de los niños, poco antes del accidente. Hablábamos de la vieja que había muerto sola en el piso, sepultada entre periódicos roídos por el tiempo y bolsas de basura alineadas en minucioso orden por toda la casa. La vieja nos fascinaba, pues entre enormes calzoncillos remendados, rosarios de nácar, pilas de ropa vieja y de antiquísimo uso, misales amarillentos y camisetas de franela gris, encontramos sus cartas y algunas fotografías junto con un apolillado *renard* que le colocabas alrededor del cuello mientras te paseabas por el corredor meneando el culo. ¿Me sienta bien? Pareces una *cocotte*, reina. Y tú y yo la historia de la vieja, que había muerto inundada por sus meados y los vómitos de la última borrachera. La vieja del anís, la llamaban en el barrio. Y a través de sus cartas, y las fotos, donde ella aparecía al lado de un señor elegante de ancho sombrero color blanco supimos que eran amantes, y que el señor del ancho sombrero había dejado a su mujer por ella y juntos vivieron sus últimos años. Pero el señor no había dejado nada en testamento y la vieja se quedó sola en el piso, muriéndose despacio junto con todas las cosas que la rodeaban: el depósito del water pronto dejó de funcionar, los grifos se estropearon, la porquería se fue acumulando mientras a la vieja sólo le quedaba aliento para bajar al bar de la esquina todos los atardeceres y tragarse de un sorbo tres o cuatro copas de anís que le dejaban un gusto dulce y antiguo en la boca, convertida en un guiñapo y olvidada de las vecinas y la portera que protestaban por el hedor que salía de su casa. Y quedaron allí entre tanto bulto y tanta mierda, las fotografías amarillentas y las cartas, últimos vestigios palpables de la vida que había llevado la vieja al lado del único hombre que había amado en toda su puñetera existencia, quedaron allí para que dos desconocidas que querían tener una habitación propia después de haber leído a la Wolf la entendieran un poco, comprendieran aquel gesto minúsculo y miserable de una mujer que lo abandonó todo para seguir a un hombre que no le iba a dejar nada en testamento. Y creo que yo te comenté, la vida no es trágica, es ridícula, fíjate, hablo mucho de feminismo y me emociono como una boba ante esta historia de «mujer enamorada que lo abandona todo por el hombre de su vida». Y tú no respondiste, mirabas la leve luz del atardecer que se infiltraba por las rendijas del balcón.

Al cabo de un rato, sólo dijiste, mira qué luz. Sólo eso de la luz. Estábamos encima de la manta argelina y tu cara se apoyaba sobre mi vientre. Tu pelo me hacía cosquillas y fue entonces cuando te besé.

Y han pasado ya dos años desde que te fuiste, Mar, desde aquel día que viniste a casa, temblorosa e impaciente, y me dijiste, Ernest ha ido al abogado, me va a quitar a los niños, dice que la ley está de su parte, afirma que estoy loca, que no sirvo para madre. Y yo te contesté que había que luchar, que los niños son de su madre. Recuerdo tus ojos de fuego que me gritaban, los hijos no son de nadie, ¿me entiendes? ¡no son de nadie! Y fue entonces cuando me propusiste que me fuera contigo hacia el norte, lejos, pues sabías que Ernest iba a ganar la partida, él tenía dinero y un trabajo honorable, y tú no tenías nada. Me propusiste marcharme contigo pero yo no quería saltar al abismo, había ido hacia él pero tenía que regresar a mi planeta, Mar, tenía que volver a la razón, a seguir trabajando para entender algo. Te fuiste dando un portazo y al cabo de tres días supe lo del accidente, tu coche se hundió en el precipicio de la Collada de Tossas. Habías vuelto a tu galaxia, Mar, y yo me he quedado sola y hace tiempo que no sé lo que es llorar, pues las lágrimas también te las llevaste tú.

M. R. Septiembre 1980. Ilustración de Carlos (copyright Montserrat Roig y Argos Vergara. 1981).

Conversación con Antonio Buero Vallejo

EL MEOLLO DE LA ESPERANZA

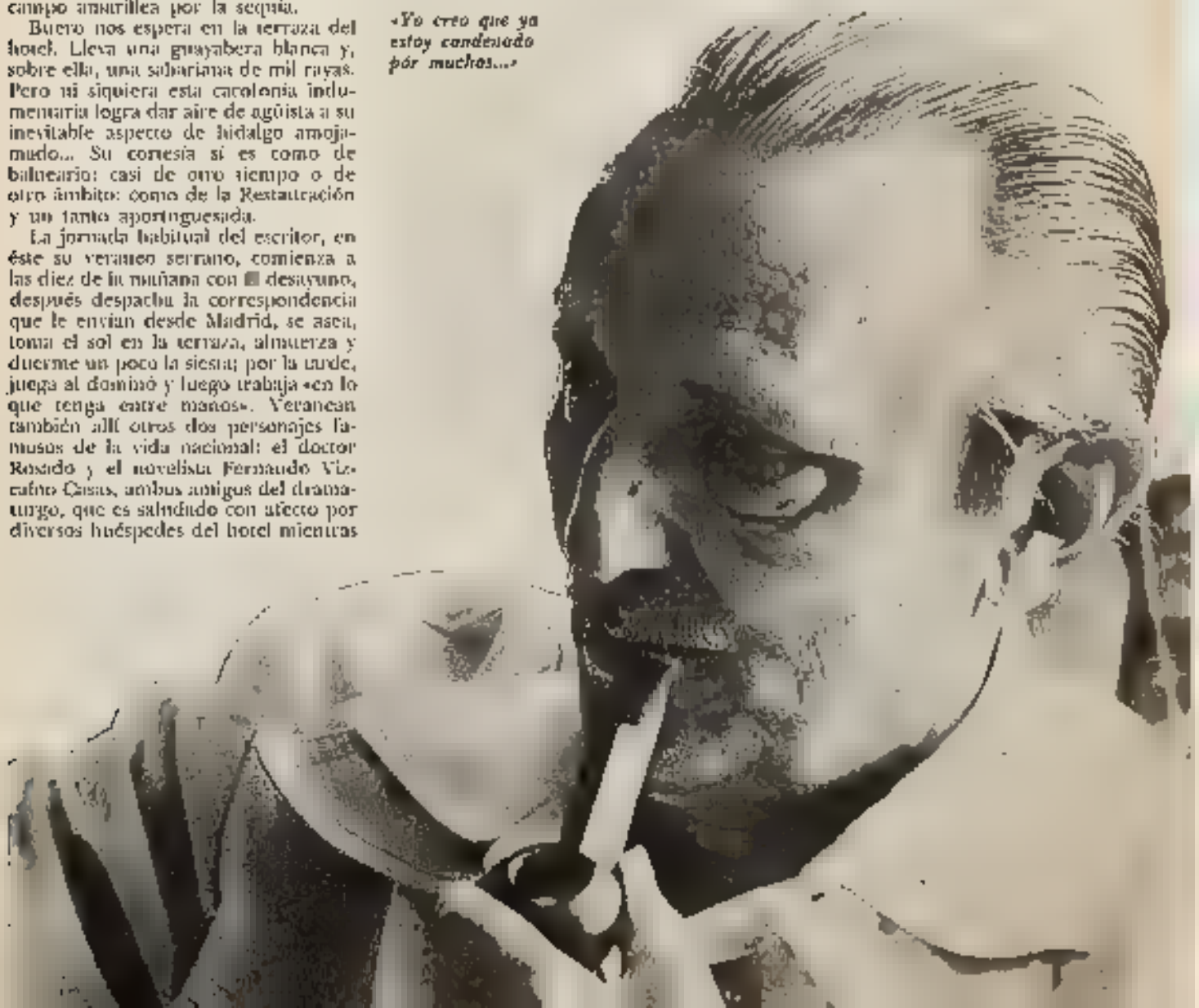
VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

COMO todos los años, desde hace dieciséis, el dramaturgo Antonio Buero Vallejo veranea en la Sierra de Madrid. Se aloja en el hotel Arcipreste de Hita, en Navacerrada, y allí vamos a verlo en una clara tarde de agosto. El embalse que ocupa el centro de la cerrada nava anda bajo de nivel y el campo amarillea por la sequía.

Buero nos espera en la terraza del hotel. Lleva una guayabera blanca y, sobre ella, una sahariana de mil rayas. Pero ni siquiera esta cacolonia indumentaria logra dar aire de agüista a su inevitable aspecto de hidalgo amojamado... Su conesía sí es como de balneario: casi de otro tiempo o de otro ámbito: como de la Restauración y un tanto aportuguesada.

La jornada habitual del escritor, en éste su veraneo serrano, comienza a las diez de la mañana con el desayuno, después despacha la correspondencia que le envían desde Madrid, se asea, toma el sol en la terraza, almuerza y duerme un poco la siesta; por la tarde, juega al dominó y luego trabaja «en lo que tenga entre manos». Veranean también allí otros dos personajes famosos de la vida nacional: el doctor Rosado y el novelista Fernando Vizcaíno Casas, ambos amigos del dramaturgo, que es saludado con afecto por diversos huéspedes del hotel mientras nos acompaña al coche donde volvemos a Madrid. Vizcaíno Casas es compañero de Buero en el dominó. En su diario de 1978-79 (*«Un año menos»*, Planeta) escribe: «ya está aquí Buero Vallejo, serio como siempre, pero excelente con las fichas» (agosto 1978); «cuando Buero Vallejo anda menos cerrero que de costumbre con las fichas, ya se sabe: está preparando nueva comedia. Y no se concentra» (17 de febrero de 1979). Al volver –mientras pasamos por unas tierras donde corrió en abundancia la sangre de españoles enfrentados– pienso que es bueno que estas dos figuras representativas de las dos Españas sean tan amigas y que sus querellas no pasen del ahorcamiento del seis doble (cosa, por otra parte, ciertamente grave).

Buero Vallejo ha estrenado veintidós obras dramáticas entre 1949 y 1979: *«Historia de una escalera»*, *«Las palabras en la arena»*, *«En la ardiente oscuridad»*,



«Yo creo que ya estoy condenado por muchos...»

BUERO VALLEJO

«La tejedora de sueños», «La señal que se espera», «Casi un cuento de hadas», «Madrugada», «Irene o el tesoro», «Hoy es fiesta», «Las cartas boca abajo», «Un soñador para un pueblo», «Las Meninas», «El concierto de San Ovidio», «Aventura en lo gris», «El tragaluz», «La doble historia del doctor Valmy», «El sueño de la razón», «La llegada de los dioses», «La fundación», «La detonación» y «Jueces en la noche». Ha publicado un libro de ensayos: *«Tres maestros ante el público»* (Alianza Editorial). Y ha hecho adaptaciones de William Shakespeare *(«Hamlet»)* y Bertolt Brecht *(«Madre Coraje y sus hijos»)*. Ahora va a estrenar una obra nueva: *«Caimán»*. Está casado con la actriz Victoria Rodríguez y es padre de dos hijos.

Hablamos más de una hora. Cuando terminamos la conversación aquí transcrita (faltan algunos temas: la gestación de una obra, el mito de la caverna, la sesión única, la Ley del Teatro, las diferencias y afinidades entre el esperpento y la tragedia lorquiana, *«Caimán»*...) me dice que corrija la sintaxis y arregle el diálogo. Es temeridad de la que bien me guardo; enmendar la sintaxis a un académico y el diálogo a un autor teatral. Así que esta conversación es tan real como la vida misma. Ni más ni menos. ■

–Usted viene aquí hace muchos años...

–Dieciséis.

–Nació en Guadalajara en el año 1916, ¿Guadalajara capital?

–Guadalajara capital, sí.

–¿Sus padres eran de allí?

–No exactamente. Mi madre era de la comarca, pero no de la capital; de un pueblecito cercano, de Taracena. Y mi padre, no. Mi padre era gaditano. Era gaditano, pero llevaba muchos años en Castilla y en Guadalajara estaba destinado porque era ingeniero militar.

–Usted, de joven, lo que quiere ser es pintor.

–Sí. De muchacho yo creía tener una vocación muy segura de ser pintor. Dejo aparte las mis vocaciones, pero mis ilusiones del chiquilicuatro, porque chiquilicuatro pues tiene otras cosas; piensa en ser en una cierta etapa húsar, y en otra etapa piensa ser astrónomo y cosas así de raras.

–Llegó a ingresar en la Escuela de Bellas Artes en el año treinta y tres.

–Pues sí. En el treinta y tres o en el treinta y cuatro...

–En las biografías viene el treinta y tres...

–No lo sé muy bien. Tendría que ver mis papeles...

–La guerra le coge con veinte años.

–Casi diecinueve. Con veinte no cumplidos, los cumplí poco después.

–¿Participa como oficial, soldado, cómo?

–Yo no llegué a ser oficial. Yo fui soldado raso toda la guerra. Claro que dada mi pequeña formación y mis actividades n aptitudes en este terreno plástico, pues fui, naturalmente, un soldado un tanto especial.

–¿Cómo fue?

–Empecé siendo soldado, por las buenas, pero muy pronto el jefe de Sanidad de la XV División me localizó y me llevó consigo para el periódico sanitario de la unidad, para periódicos murales, para artículos... etcétera para una serie de cosas.

Buero Vallejo al comienzo de su carrera: Sus estrenos fueron siempre un poco tensos: «Hay que torear a todo el mundo, incluida la Administración.»

–¿A Miguel Hernández le conoce en la misma guerra o luego en la cárcel?

–Lo conocí en la misma guerra, sólo que de forma superficial. En Benicasim, ya bastante vencida la guerra. Me parece que fue a fines del año 38, más o menos. O quizá no, porque era buen tiempo. No sé... Fue en Benicasim, donde él fue a parar, porque parece que estaba bastante agotado, no es que tuviera nada concreto, pero estaba muy fatigado, y entonces lo llevaron allí, que era un sitio estupendo, claro... Hoy es un sitio más estupendo, pero más sofisticado.

–Más modernizado.

–Yo he pasado de largo por Benicasim hace unos años y la he visto convertida en una playa de moda, con chalés muy bien hechos y cosas de esas. En mi tiempo ya era una playa de veraneo, pero los chalés que había pues eran todavía bastante rústicos. Y toda aquella larga hilera de chalés fue utilizada por el ejército para un hospital de campaña. Entonces yo, que seguía las órdenes de la Sanidad, estaba a cargo del periódico y de una serie de cosas, tuve allí durante un corto tiempo mi oficinita. Y, bueno, pues allí me encontré con Miguel; lo encontré, además, en una mesa, porque lo destinaron a la misma mesa donde yo comía, y yo hablé con él varias veces, bastantes veces...

–¿Qué edad tendría el entonces?

–Bueno, tendría que hacer un cálculo...

–Veintisiete años tendría...

–Me parece recordar que nació el año 10... De modo que 27 ó 28.

–Y ya no lo vuelve a ver hasta la cárcel.

–Ya no lo vuelvo a ver hasta la cárcel, en Conde de Toreno. Era un viejo convento, que ya estuvo habilitado como prisión por la zona republicana y luego, como heredaron tantas cosas, los vencedores también heredaron estos locales.

–Ese dibujo tan famoso que usted hizo de Miguel Hernández es de allí. ¿Ya estaban condenados a muerte?

–Yo estaba ya condenado a muerte cuando él apareció por Conde de Toreno. Enseguida nos dimos a conocer de nuevo. Él estuvo primero en alguna galería de arriba, pero le juzgaron y le condenaron pronto, y enseguida pasó a la galería de condenados, donde tuvimos una relación bastante más estrecha.

–La conmutación se produce a los ocho meses, ¿no?

–Ocho meses aproximadamente, sí.

–¿Y era normal, entonces, estar así ocho meses condenado a muerte?

–Sí, sí. Era bastante normal.. Aunque había gente ejecutada con bastante prontitud. Pero lo más frecuente eran unos meses.

–¿Lo de las conmutaciones era arbitrario?

–Por lo menos no era nada seguro, nada claro. Se podían invocar siempre algunas razones, de orden más o menos jurídico, que se plantearían ante la Capitanía General, pero claro, que luego una persona fuera o no fuera ejecutada obedecía a respetables criterios de aquellos señores.

–Después la conmutación o a cadena perpetua.

–A 30 años, que era el equivalente de la ya desaparecida cadena perpetua.

–Está en prisión hasta el año 1946.

–Sí.

Ensayo de «Historia de una escalera». En escena: Gabriel Llopart, Elena Salvador (arriba), Fernando Delgado y Asunción Sancho. La aparente puerta central fue borrada luego para la representación.

exilio interior

–Y todo esto, ¿cómo lo recuerda 40 años después? ¿como algo lejanísimo que le ha ocurrido a otro?

–No, no; nada lejano...

–¿Le sobrepone este recuerdo a otros más recientes, a lo mejor de hace 15 ó 20 años?

–Sí, sí, sí... Sin duda ninguna. Esos recuerdos están grabados a fuego. Lo cual no quiere decir que sean ni obsesivos ni torturantes, ni tampoco excesivamente duplicientes en otros aspectos. No se trata de eso, pero evidentemente la índole especial de aquello hace que se recuerde con...

–Con una fuerza terrible.

–No en cuanto a detalles, porque yo soy un hombre de una memoria pésima, casi ruinosa, y ensonces muchísimos pormenores se me han borrado por completo: nombres de compañeros, fechas... todo eso se me ha olvidado completamente. Pero las cosas principales, almenos de conjunto, mucha cosa, eso naturalmente es indolvidable.

–Sale en libertad condicional y con destierro fuera de Madrid.

–El destierro era teoricamente fuera de Madrid. Y lo habría sido en la práctica si hubiera durado todavía una espantosa disposición que duró bastantes años, consistente en que en la mayor parte, o quizá en todas, de las libertades condicionales con destierro se establecía una distancia mínima al llamado lugar del delito (que por no poderse concretar en la inmensa mayoría de los casos, porque no eran tales delitos, sino la represalia y la represión subsiguiente a una guerra perdida) se solía entender siempre o casi siempre como el lugar donde se había vivido. Entonces, estipulaban un mínimo –creo recordar– que de 250 kilómetros de ese lugar del delito. Esto se podía explicar de muchas maneras; pero de hecho entrañaba una no pequeña crueldad y, por supuesto, una enorme dificultad para...

–Para sobrevivir.

–Claro. Porque el pobre hombre que sale de la prisión y que sale sin oficio ni beneficio o con oficio pero sin beneficio y que no sabe dónde meterse y que sabe que va a tener muchas contras por su condición de excarcelado, bueno, si por lo menos le dejan ir al lugar de su familia, de su residencia habitual, siempre hay más posibilidad de que la familia o los amigos le tiendan una mano o arropiado en los primeros momentos. Y claro esto a la gente la partía por el eje.

–Recuerdo que en un homenaje que le dieron a usted en el año 1976 habló del «exilio cómodo exilio». El sea que el exilio era a veces menos duro que la permanencia...

–Se ha especulado mucho con estos dos exilios. Y a veces el que ha sentido mejor prensa ha sido el de fuera, mientras que el de dentro no la tenía demasiado buena. Incluso no demasiado buena por parte de no pocos españoles de ideas afines.

–Vamos a volver a su relato.

–Esta terrible disposición, poco antes de mi libertad, había sido abolida –afortunadamente, porque creaba un enorme problemón– había sido derogada. Y entonces, sí, había que fijar lugar de destierro, pero ya no era necesario que estuviera a ningún kilometraje especial. De manera que yo pensé, rápidamente, cuando me llamaron a la oficina y me dijeron «Se va usted mañana. Fije usted el lugar de residencia, porque sale usted desterrado», pues pensé rápidamente y dije «a Carabanchel Bajo»...

–Que era otro municipio...

–Vine a Madrid a ver a la familia y luego fui a Carabanchel Bajo con un amigo y busqué un cuarto de mala muerte en una pensión de mala muerte. Y, como los desplazamientos normales de un ciudadano normal no me estaban prohibidos, yo dormía en Carabanchel Bajo, me levantaba por la mañana, cogía el tranvía y me venía a Madrid. Y todo el día me lo pasaba en Madrid, comía en casa... Y luego, por la noche, cogía el tranvía y me largaba a Carabanchel.

–O sea: que usted fue un precursor, improvisamo, en eso de las ciudades dormitorios...

–... ¡Algo así, algo así!

–¿Cómo vive en Madrid? Aparte, claro, de lo que le ayudara la familia.

–Naturalmente, vivo de mi familia. Yo era un gorrón de mi familia. Mi madre tenía su modesta pensión de viudedad, mi hermana trabajaba en una oficina y, por lo tanto, durante cierto tiempo me podían resolver lo más indispensable. Y ellas, por supuesto, muy a gusto. Y entretanto yo pues me decía: «¿Cómo voy a orientar mi vida, qué voy a hacer? Tengo que ganar dinero». Y me puse a pintar y a dibujar. De tarde en tarde fui consiguiendo un modestísimo encargo: un retratito, un dibujito, una leche de esas... Qué ¡bueno, me pagaban muy mal, muy modestamente! pero que por lo menos me servía para dejar un poco de dinero en casa y quedarme otro poco para tabaco y café y cosas así. Al mismo tiempo, como ya esto de escribir se me había metido dentro muy seriamente y ya andaba yo haciendo mis primeras tentativas literarias en serio (no tan en serio a había hecho antes muchas cosas), pero en fin, con verdadero interés por ello... y amigos míos pues me proporcionaron también algún modestísimo encargo editorial: una biografía de Doré para algún libraco y cosas así, o notas de un libro, que había que hacer entre varios, en fin...

–¿Y qué tal?

–Bueno: todo esto, desde luego, no resolvía en absoluto la vida; pero, al menos, le daba a uno la sensación de que...

–De que no la estaba perdiendo.

–Y nada. Pues así anduve tanteando, hasta que el año cuarenta y nueve me presenté al Premio Lope de Vega

El capitán Centellas

–¿Había escrito alguna obra de teatro antes de «Las palabras en la arena» e «Historia de una escalera»?

–Sí. Había escrito cinco o seis obras

BUERO VALLEJO

de teatro. Ya andaba yo muy metido en ello.

—¿Y las otras obras anteriores se estrenaron alguna vez?

—Bueno. Una de ellas, naturalmente, también se estrenó: *«En la ardiente oscuridad».*

—¿Es anterior a las dos premiadas?

—Sí. Esa es la primera que escribí. Y, vamos, no solamente la estrenaron sino que pasó a contar como uno de mis títulos principales. Y otra, que también pertenece a esa etapa, ahora muy recientemente he tenido la debilidad de aceptar que se publicara, lo más crípticamente posible, en unos cuadernitos (muy monos, por otra parte) que hace el departamento de teatro de la Universidad de Murcia. Es una obra que no voy a estrenar ya, una obra rara y quizá mala.

—¿Cómo se llama?

—«El terror inmóvil» ¡sopla! Lo de sopla lo digo yo.

—Es aparte del título, ya, ya.

—Las otras han desaparecido por el escotillón y dudo mucho de que vuelvan a asomar la cabeza.

—«Historia de una escalera» *se estrena el 14 de octubre de 1949. Y una de las muchas cosas que logra es cargarse al «Tenorio», obra habitual en el Teatro Español, por esas fechas del año.*

—Es verdad. Me llamaron el capitán Centellas entonces.

—Porque usted, era uno mató al Tenorio.

—Pero las intenciones eran por completo otras. Las intenciones eran que el Tenorio se me cargara a mí.

—Que la obra estuviera dos semanas y se acabó.

—Sí, sí. Y menos de dos semanas también.

—Ya el primero de noviembre era tradicional que estuviera el «Tenorio». La permanencia se debió a la asistencia del público, claro está.

—Naturalmente. Eso no lo había visto el Teatro Español en muchos años: una cola que llegaba hasta la calle del Prado. Y eso fue lo que sujetó la obra, claro, que luego tuvo dos o tres interrupciones que eran, realmente, para que hubiera fenecido una semana o más por Coros y Danzas, por concierto de no sé qué, y tal. Claro, estos teatros oficiales tenían esas servidumbres. Pero que no sé por qué esas servidumbres, en vez de ir a parar al Teatro María Guerrero, fueron a parar sobre mis débiles costillas.

—Este es el comienzo de su carrera teatral. Desde entonces se dedica a vivir para el teatro y a vivir del teatro.

—Sí. He vivido para el teatro y he logrado vivir del teatro fundamentalmente. Algunos años, mejor; otros años, peor.

—De todas formas usted es un autor que nunca ha estado cinco años sin estrenar.

—Cinco no. Pero cuatro, sí.

—Entre «El concierto de San Ovidio» en 1962 y «El tragaluz» en 1967, hay cinco años.

—Sí. Pero hubo una obra intermedia, que no tuvo ningún éxito, que se llamaba «Aventura...»

—«Aventura en lo gris», es verdad.

—Eso fue el año sesenta y tres.

—Sí. Esta es la obra de peor crítica que ha tenido, quizá.

—No estoy yo por decir eso. Ha habido varias que han tenido una crítica muy, muy... sañuda. Si vale la palabra.

—Sus estrenos han sido un poco taurinos. Digamos lo de taurino en el sentido de que han sido siempre casi jugándose todo.

—Por supuesto, por supuesto. ¡Totalmente!

—No sé si ese es el adjetivo adecuado, lo de taurino.

—Sí, sí, sí. Claro que sí, porque hay que torear.

—¿Torear a los críticos?

—Hay que torear a todo el mundo, incluida la Administración, claro. Pues sí. Bastante taurinos.

—¿Cuándo vio usted claro que se ha afirmado como autor teatral ante el público y demás, desde el principio?

—No, no. Estoy por decirle que no me lo he creído ni ahora.

Estoy condenado por muchos

—Este estreno próximo ¿cómo lo espera, más tranquilo que otros? ¿O eso se acostumbra uno con el tiempo o no se acostumbra nunca?

—No se acostumbra uno nunca. Sin embargo, de lo cual aspiro a que este estreno próximo yo me lo tome —no con absoluta tranquilidad, porque eso es imposible— pero con bastante más calma. Ahora bien, esta calma no procedería —como pudiera parecer a primera vista— de que yo me halle más seguro, más reafirmado, más al cabo de la calle. Es una calma que viene de razones psicológicas algo más complicadas. En primer lugar yo creo que ya estoy condenado por muchos hace ya luengos años. En rigor, yo siempre estuve condenado por muchos desde que empecé, como es natural. Pero entonces eran condenas de otro tipo y de carácter más beligerante, en fin... Pero, claro, los años no pasan en balde. Y aunque a mí me parezca (y por fortuna a bastantes otros, dentro y fuera de España) que mi teatro tiene y sigue teniendo no sólo vigencia sino modernidad formal, esto claro cuando se llevan treinta años dando la lata pues es algo que hay mucha gente muy poco dispuesta a reconocerlo y a aceptarlo y que hacen todo lo posible (pero ya digo que desde hace bastantes años) por presentar la imagen contraria, la de un Buero que casi desde que empezó es anticuado, es tradicionalista, formalmente hablando.

—Ya.

—Es... naturalmente ya no tiene nada que decir, etcétera, etcétera. Esos son, claro, gajes del oficio y siempre han sucedido. Pero yo veo que eso no ceja. Y, por lo tanto, sé que estoy condenado por muchos; y que haga lo que haga me condenarán. Al decir esto, no me estoy refiriendo concretamente a la crítica, o a una parte de la crítica, me estoy refiriendo a mucha gente, entre las cuales puede haber críticos y puede haber muchas otras personas que no son críticos pero que, naturalmente, también dependemos de ellos porque son quienes comentan y, en definitiva, dictaminan cuál es la realidad de nuestras letras. Entonces yo esto me lo estoy tomando un poco de... de vuelta. Aquí ya de lo que se trata es de resistir y de seguir dando estrenos mientras pueda. Y al freír será el reír, aunque yo no lo vea, y ya veremos a ver quién tiene la última palabra.

—¿Qué idea tiene usted de su situación en el teatro contemporáneo español? Si es que quiere hablar de esto, claro está.

—Hombre, yo creo que mi papel en el teatro contemporáneo español es un papel bastante destacado, evidentemente. Eso podría parecer una vanidad, y puede que lo sea, pero puede abonar el derecho de decirla el que no he sido yo solo el que lo dice, sino que hay muchísima gente muy seria y estudios muy sólidos que dicen eso ¿no? Y yo creo que, más o menos, es verdad. Ahora, luego, comparados con Shakespeare pues todo el mundo boca abajo, claro.

—Ya que hablamos antes de «En la ardiente oscuridad». *En sus obras llama la atención los muchos ciegos que salen. Es una observación ya tópica, claro, y que le habrán hecho muchas veces.*

—Aproximadamente mil doscientas.

—Es natural. Iba por si hay algo más. Recuerdo que en «Las Meninas» dice su Velázquez: «Este es un país de ciegos y de locos».

—No solamente Velázquez dice eso. Hay un semiciego en la obra. Y hay otros ciegos en otras obras mías. De modo que ese es un tema muy recurrente.

—El semiciego de «Las Meninas» es Pedro Briones, el que hizo de modelo para el «Esopo».

–Sí, sí. Vamos eso es lo que yo me invento, claro.

–Ya, ya. ¿Estaba usted pensando en alguien al hacerlo? Porque yo recuerdo cuando se estrenó, el 9 de diciembre de 1960, que yo estuve en el estreno, en la «claque», allá arriba del Español. Y era estudiante de Políticas y en clase Marqueríe, que pasa muy bien la obra...

–Sí, sí.

–No me refiero por escrito, lo decía en clase.

–Pero es verdad porque me escribió una carta.

–En clase señalaba que las ideas de Pedro Briones no eran lejanas de las de Pedro de Valencia, aquel amigo de Arias Montano que nació en Zafra... ¿Pensaba usted en él?

–No, he de reconocer que a mí esa similitud, que acepto, no...

–El no se refería a similitud biográfica, entendámonos.

–Sí, sí. Ya, ya... Pero concretamente Pedro de Valencia no se me pasó por la imaginación. Ahora, eso sí, la ideología y el talante mental de Pedro Briones no era simplemente (como algunos adujeron contra mí) una simple manera de poner cosas actuales, y por lo tanto ilógicas...

–En la época de Felipe IV.

–Aunque eso tampoco le faltaba a la obra.

–Y es lícito, teatralmente.

–Y es lícito teatralmente. Pero naturalmente esto se hacía a través de un modesto conocimiento (claro, yo no soy, ni mucho menos, una persona culta en cuanto a historia), pero, bueno, un poco de conocimiento de lo que se escribía y no se escribía, y se decía y no se decía, y se criticaba y no se criticaba en aquellos siglos, pues sí lo tengo. Entonces yo sabía que no eran tan ilógicas aquellas cosas en boca de un hombre de aquel tiempo.

–Por ejemplo, si Velázquez no era un Velázquez real pero era un Velázquez posible.

–Era un Velázquez posible. Y yo he defendido en más de una ocasión, al ser atacado y furibundamente (porque la obra tuvo un éxito descomunal y quizá por eso)...

–Sí, recuerdo el día del estreno.

–Yo he defendido muchas veces que, aunque reivindicaba todo el derecho a hacer un Velázquez incluso arbitrario puesto que yo no estaba haciendo historia, pero yo afirmaba que el Velázquez real estuvo con toda probabilidad bastante más cerca del Velázquez que yo he inventado de lo que se ha dicho. Por cosas nunca bien parada la atención sobre ellas de la biografía velazqueña, que son escandalosamente claras en cuanto a la independencia interior de este hombre tan ligeramente acusado de cortesano mansurrón.

Antonio Buero: «Yo veo la situación esperanzadora... No me hago muchas ilusiones... Ya veremos.»

La esperanza y la dignidad

–Otro constante que se cita mucho de sus obras es lo de esperanza.

–Sí. Se ha dicho mucho.

–Sobre todo por el final de «Hoy es fiesta».

–Se ha convertido en un tópico ya. Y entonces hay que desmontarlo siempre para que la gente entienda correctamente lo que yo quiero decir.

–La expresión que se cita siempre es ésta: «Hay que esperar... Esperar siempre... La esperanza nunca termina... La esperanza es infinita...»

–Porque ahí se formula de forma explícita. Está claro.

–Sí. Está claro.

–Ahora bien, Yo siempre digo y sostengo que, como yo lo que pretendo es hacer tragedias (me saldrán mejor o peor, pero el propósito casi siempre es el de hacer un relato de sentido trágico), yo sostengo que el verdadero sentido de lo trágico es por lo menos esperanzado.

–Eso lo dijo en el discurso de entrada en la Academia, que la esperanza es el meollo de lo trágico.

–El meollo de lo trágico.. Entonces esto no quiere decir que para ello sea preciso que toda tragedia digna de tal nombre tenga que formular explícitamente eso o presentarla explícitamente a través de una situación dada. No. Una tragedia puede tener una estructura completamente (en cuanto al argumento se refiere) cerrada, desesperada y aun desesperanzada. Puede ser una catástrofe horrenda sin salida, descrita sin ninguna clase de dulcificaciones por el escritor. Lo que yo sostengo es que la tragedia, aunque sea así, se escribe desde la esperanza y que, por lo tanto, aun esa tragedia cerrada y desperanzada, no se escribe para desesperanzar a los es-

[illegible] Equen dentro de sí la protesta y la esperanza frente a eso. Por eso para mí, toda tragedia es positiva.

—Otra cosa, no tan lejos pero que a mí me parece casi más clave de sus obras es el papel de la conciencia y de la dignidad del hombre.

¡Por supuesto, por supuesto! Casi más clave. Porque claro, en los tiempos del realismo social y de la oposición sociocultural en España al franquismo, que en aquellos años inevitablemente se llevaba por vías un tanto simplificadas y un tanto mecanicistas, un enfoque más complejo, más afinado de esta problemática muchas veces [illegible] recibido por la izquierda y por el liberalismo. Y, claro, yo eso en cambio lo tenía [illegible] muy seguro desde que empecé (quizá porque había reflexionado mucho sobre estos temas). Entonces claro, siempre todos podíamos estar más o menos de acuerdo, en líneas generales, en que el hombre es un ser determinado, condicionado, por sus circunstancias sociales, por su clase, por los intereses [illegible] una serie de cosas; esto no significa que el hombre sea un simple reflejo colectivizado de todo esto. El hombre es un ser muy variado. Y la prueba es que ante un mismo tipo de [illegible] para Fulano y para Mengano—, Fulano se convierte en un pobre tipo que no es capaz de reaccionar y Mengano se convierte en un genio que edifica toda una teoría contra ello y toda una lucha política contra ello. De modo que son cosas muy distintas. Entonces: esto quiere decir que en el hombre hay siempre unas posibilidades de reacción personal individual, aunque esté todo lo condicionado que queramos por las coordenadas sociales, económicas, etcétera, que convierten por lo tanto un problema a la escala humana (que es la escala del teatro, porque el teatro está tratando de pintar hombres), convierte su problema a la escala humana en un problema interior, no sólo exterior, no sólo de relaciones sociales, sino de relaciones sociales en conexión con su capacidad de reacción frente a ello, de reflexión sobre ellas y de, por lo tanto, reflexión sobre su propia conducta. En definitiva, un teatro de propensión moralizante como puede ser el mío no es creo yo un teatro de propensión moralizante porque de esta manera olvida o deja un tanto la urgencia y la realidad punzante de la protesta social. No. Es [illegible] teatro de propensión moralizante porque, al nivel de lo humano, todos los problemas del mundo, incluidos los más punzantes desde el punto de vista social, se transforman en problemas de relación interpersonal y de relación consigo mismo en cuanto a la propia conciencia. Bueno, esto ha sido un perfume desarrollo de la cosa, pero en fin más o menos así es.

El posibilismo

—A propósito de esto de la época, se habló de que usted jugaba a un cierto posibilismo.

—Ya, ya.

—Que definió, hasta cierto punto, en ese homenaje que le dieron a usted en 1976, en una frase, de Louis Aragon: «Con las palabras aprobadas hay que despertar los sentimientos prohibidos».

Naturalmente. Fue también una consecuencia polémica de mi posición frente a este otro tipo de posiciones que acabamos de hablar.

—Sí, sí.

—Y [illegible] caracterizarse por un radicalismo en cuanto a las posturas literarias a tomar. En realidad, aquella polémica que tuvo tanta relevancia, estaba creada sobre bases falsas. Yo creí decirlo entonces bastante claro; pero no se me entendió quizá porque no se me quiso entender. Yo dije y repito y repetiré, que todos éramos posibilistas; incluso los que censuraban el posibilismo. Porque no hay otra cosa. Es decir o el silencio o bien el exilio el exilio voluntario. Pero claro, yo entiendo que lo que hay que hacer no es el exilio voluntario, sino el posibilismo dentro de casa. Bueno. De lo que no se trata, como es natural, y hasta ahí no se atrevieron a acusarme por lo menos en aquel momento aunque en otros sí es de hacer un posibilismo entreguista, conceptivo, de dejación. Eso no. Eso lo hace mucha gente. Pero de eso no se trataba.

—Ya.

—Se trataba de ese otro posibilismo constitutivo, al borde de la imposibilidad siempre, que en definitiva es lo que han hecho todos los escritores dignos de tal nombre en casi cualquier época de la historia y en cualquier país. ¡Y eso es elemental, esto lo sabe todo el mundo!

—¿Sus obras tuvieron muchas dificultades con la Administración? «La doble historia del doctor Valmy», por ejemplo, fue que estrenarse primero fuera.

—Sí, sí. No puedo decir que sean muchas; pero sí las ha habido, naturalmente.

—¿Trabajó con autocensura?

—Depende de como miremos eso. Es decir ¿qué es la autocensura? porque esa es una palabra con la cual se ha especulado y se sigue especulando mucho.

—Así es.

—Pues yo digo: Muy bien. O no hay [illegible] se puede evitar incluso desde ese ángulo, en cierto [illegible] Todo escritor, lo quiera o no, lo sepa o no, se autocensura —inconscientemente en el mejor de los casos— en [illegible]

—¿Trasladaría la esperanza de sus obras [illegible]?

—Spes contra spem, esperanza contra esperanza. Como yo soy un hombre que ha puesto su vida a la carta [illegible] tengo mal arreglo [illegible] enorme de cosas que tendrían que haber sido ya sustituidas, lo está pagando con el alto precio de un gran [illegible] y de presión del país... Y, claro, eso [illegible] empieza a restablecer el principio de autoridad y a castigar a quien haya [illegible] dureza necesaria a quien haya que [illegible] pues entonces, sí, se puede ir al traste. Y de manera tan paradójica y [illegible] con las derechas, no sólo con las [illegible]

—Ya.

[illegible] democracia sin dictadura; de democracia sin democracia, que esas [illegible] a la vuelta de cada esquina. Yo quiero confiar (vamos no confío ni un pelo!), pero, en fin, quiero esperar en que tampoco esas fórmulas [illegible] prosperar. ¡Ya veremos!

—Ya veremos. **M. Y. M.R.** (Fotografías **RAMON RODRIGUEZ** y Archivo).

Un mitin del Movimiento Británico, nuevo partido nazi del Reino Unido, que ya cuenta con veinticinco ramas en su país y amplias conexiones en el extranjero con partidos de la misma ideología.

Fascismo británico

UN TOPO EN EL "NATIONAL FRONT"

EMILIO LOPEZ MENDEZ

22 *de julio de 1980.*—Parece que hace un año. Pero ya son seis meses que no he sido yo o, mejor dicho, que he sido dos yo radicalmente diferentes, porque si bien al principio era un simple disfraz de quita y pon, poco a poco me fui dejando atrapar por un papel como arenas movedizas. Es demasiado. Qué ganas tenía de que llegara este domingo para poder recuperarme de nuevo a mí mismo, ser otra vez yo y nadie más, hablar, expresar mis verdaderos sentimientos y acabar con este papel que vuelve loco como te descuides un poco; llegué a pensar que podía dormirme una noche y despertar el día siguiente siendo un convencido y definitivo fascista.

La semana pasada fue extraordinario: un verdadero discurso demostrando la inferioridad de los negros y la superioridad de la raza blanca, criticando la tibieza del partido en algunas «cuestiones graves que ponen en peligro el presente y el futuro de la patria» y proponiendo la formación de grupos de

FASCISMO BRITANICO

castigo a la basura de color. Reconozco haber tocado el fondo de algunos corazones, ■ fibra sádica y ■ escalofrío placentero del que huele la sangre entre los que me escuchaban esa tarde en el *pub*. Brindaron por mejores tiempos. Sucios hijos de puta. La cita del Klan fue un acierto, todos asentían convencidos. Frank callaba y eructaba cerveza en un rincón; él no asiente, ni tampoco niega, es un cretino, un pobre diablo que necesita ser el perro faldero de los fuertes, de los violentos, de estos salvajes de blancos brazos tatuados de esvásticas, para respirar –a ver si algo queda– un poco de eso que le falta: valor. Pero hoy quiero acabar esta farsa, poner punto final y dar el bombazo, reírme de ellos, contar no sólo sus planes dementes, sino sus debilidades, recrearme en sus miserias diarias, en sus miedos, sus manías, sus tic nerviosos, sus vergüenzas. Eso sí que les va a joder.

El idiota de John, mucha cabeza pelada, mucha muñequera de cuero negro claveteado en la derecha y las pulseras metálicas en la izquierda, todo un concierto de música cuando se encierra en el reducido retrete de la sede con un par de revistas porno bajo el brazo, um, um, um, un pronto y ligero gemido y unas toses para aclarar la garganta y disipar sospechas, al rato sale, dejando a sus espaldas una ruidosa catarata de agua, cierra con fuerza la puerta del retrete, pregunta «¿he tardado mucho?», «no, qué va». Cerdo poniéndose los tirantes.

Rupert es diferente, buena familia, todo guante blanco y traje azul marino de rayas, jamás se junta con los corpe cabezas en el *pub*, él es un jefe, siempre lo ha sido. Es curioso, nunca me saluda. Al principio pensé que sospechaba algo, pero no, ■ es simplemente así, de esa categoría de hombres que no miran, observan ■ resto de estúpidos mortales que somos todos los demás, sus putiferios servidores o, en caso contrario, sus enemigos, no entiende la vida de otro modo.

Los primeros días la vida se me hizo insoportable. Simon Read, militante del National Front, carnet del partido numerado en el bolsillo interior. Todo lo había planeado tan minuciosamente y me había convencido de tal modo que era todo un verdadero fascista que no imaginaba que después de dar el primer paso, *el contacto*, –que para mí era el más difícil, debo decirlo–, la cosa iba a ser tan sencilla, tanto que por poco se me desmorona mi aparente, pero a todas luces sólida, integridad. Me había preparado hasta para posibles interrogatorios, todo a punto, respuestas fácilmente comprobables o bien imposibles de comprobar; lugares comunes; había creado toda una vida paralela y posible, creíble incluso, y fue todo tan simple que nadie preguntó, ninguno dudó y allí, en esa fácil seguridad en que me dejé arrastrar, cometí el primer error. Casi me descubren, quiero decir, si fueran algo más espabilados. Fue por culpa de la cerveza, mierda. A partir de aquel día conté que el médico me había prohibido tomar más de una *pinta* y nadie hizo el menor comentario y la lengua no me volvió a traicionar. De todos

Un grupo de neonazis ingleses: salvajes jóvenes de blancos brazos tatuados de esvásticas.

modos, era una tontería, un par de datos en medio de una conversación, rápidamente te das cuenta que acabas de meter la pata y sigues hablando, quizá nadie se ha enterado. de pronto, uno que parecía tonto pregunta «ah, ¿pero tú estuviste en la Universidad?». y sueltas un rápido y seguro revés «¿yo?, no hombre», y comentas como si no hubiera pasado nada. Luego, esa noche en casa, pase varias horas escarbando en la memoria, tal vez había cometido más errores, se me pudo haber escapado otro dato mas, lo saben pero no preguntan. tal vez prefieran no espantar la liebre. cazarme cuando menos lo espere. Pero no, falsa alarma y todo vuelve a la tranquilidad.

La segunda vez, –quiero decir, el segundo error–, vino de afuera. Caminaba por Praed Street, cerca de la estación de Paddington, con John y dos mas como el. de esos que no sólo lo parecen sino que hasta apestan a lascas, y plaf, veo a Sue. Sue había sido compañera de curso en la Universidad y participó en varios actos de solidaridad con Chile, si mal no recuerdo. nos conocimos en aquella época. 1976 creo, un día vino a casa con una amiga que era exiliada de no se que país latinoamericano y que cantaba. Bueno, pues Sue salía de un *pub* que hace esquina y tocan jazz, con un amigo y se quedó paralizada. «¿Simón?». Se me cortó la respiración y tuve de que no se notara mi sorpresa. Como en un juego de magia, en ese momento pasa un autobús y grito «¡el quince!» y echo a correr y salto a la plataforma del autobús. Los otros idiotas al verme salen disparados y hacen otro tanto. subimos jadeantes a la parte de arriba y ante de que abran sus bocas les ofrezco un cigarrillo, cerilla, fuego, bocanadas de humo y profundos suspiros para desalojar la sorpresa de sus pulmones y uno roje. ¿pero a dónde vamos?». «a ningun sitio». Entre ruidosas carcajadas de John y varios empujones a una gorda que subía, saltamos del autobús poco antes de que se detuviera en el semaforo para girar hacia Westbourne Goeve. El cobrador no se atrevió a abrir la boca y yo me limpié el labio superior sudaba.

Me hice un miembro activo del Frente, no me perdía una reunión y en las manifestaciones me encargaba de situarme lo mas cerca posible de los jefes ellos orgullosos, rodeados de varios fieles guardaespaldas, y yo me libraba de las batallas que emprendían los rompe cabezas «a por ese rojo», «jodido negro», y convertían las banderas de la Unión Jack en lanzas peligrosamente manejadas. Quizá por eso cuando me ofrecí voluntario para el servicio de seguridad y protección de la sede de Excalibur House, los locales de Hackney, nadie se opuso, ni siquiera el bruto de Derek Day, y además las guardias de los domingos eran particularmente aburridas has tenido que dejar a la chica justo cuando la cosa se ponía bien y empezaba a haber posibilidades reales y debes estar en la sede con el estómago rancio de cerveza, ganas continuas de mear y un terrible dolor de güevos. No es un poster agradable.

Mi hermano David debe presentarme al atardecer y decir, –si alguien pregunta, claro–, «soy Ellis, éste es mi carnet, de Islington». Es muy sencillo, pienso que podrá hacerlo sin dificultad. Un par de pastillitas en el café de Derek Dormirá como un bebé toda la noche. Yo ya tengo la bolsa preparada una palanca, la cámara fotográfica, un tubo de pegamento super –el más fuerte que tenemos», me dijeron en la tienda– y un bote de pintura roja, –es para pintar la moto, sabe– de esos pulverizador. para dejar la sede bonita y que se acuerden de mí toda su maldita vida. Fotos, muchas fotos de todos los papeles del archivador metálico de la oficina de Verrall. incluidos algunos de los planes de Rupert Ah, y la botella de cristal marrón oscuro con una mezcla de ácido nítrico y sulfúrico. El lunes por la mañana, un baño caliente. bien caliente para limpiar el olor a fascista de mi piel y me iré con David a ver al director del «Daily Mirror», seguro que le interesa la historia y las fotos, grandes titulares en portada «LOS PAPELES SECRETOS DEL NATIONAL FRONT», o mejor, «YO FUI UN FASCISTA POR SEIS MESES», bueno, el título se lo dejo para él. Y luego, una temporada en una isla del Caribe, Antigua, Barbados quizás, con muchos negros y reggae hasta que se olviden de mí, porque si me pescan estos hijos de puta me cortan el cuello John, el primero. ■ E. L. M.

Un niño neonazi de cabeza rapada («skin head») luce una insignia con el lema «Eliminad la ley de la raza» en el ataque va dirigido contra la Ley de Nacionalidad de 1948, actualmente en revisión en el Parlamento británico, que regula la posibilidad de acceder a la ciudadanía británica. Esta ley ha permitido establecerse en Gran Bretaña a gran número de individuos «no blancos» procedentes de las colonias.

Resumen de una nota aparecida en el diario «The Guardian», el 15 de abril de 1981: «*Un graduado por la Universidad de Londres que se infiltró en el National Front fue condenado ayer a seis meses de cárcel (...) Un juez de Old Bailey le dijo que su acción podía ser "la puerta abierta a la anarquía" que induciría a la gente a atacar las organizaciones políticas que no les gustan.*

«*Simon Read, de 24 años, procedente de Haringey, al norte de Londres, fue acusado de posesión de ácido nítrico y sulfúrico, superpegamento, un spray de pintura y una palanca. Su hermano David, de 22 años, estudiante en la Universidad de Warwick, fue absuelto de la acusación de dar a Derek Day (...) una droga estupefaciente.*

«*El juez John Leonard describió la acción de Simon Read como "una empresa criminal realmente ridícula". Mucha gente se opone al Front, pero Read escogió un camino equivocado para mostrar la política de este partido.*"

«*Read entró en el Front en enero de 1979 (...). Cinco meses más tarde un individuo de nombre Ellis que portaba un carnet falso, llegó a Excalibur House para ayudar en tareas de seguridad. Ellis puso una droga en el café de Derek Day, pero éste notó un sabor amargo al primer sorbo y no bebió mas. Al poco rato, ve a una persona con el rostro cubierto por un pasamontañas y una botella en la mano y llamó a la policía...*» ■

EL MUNDO REBOSA DE LUJOS. LOS MAS VALIOSOS SON "MUST"

En cierta ocasión, un sabio observador de la naturaleza humana comentó:

"En la vida, al viajero de primera clase, se le reconoce por la forma en que va equipado, y no por su pasaporte."

Esta observación es parte fundamental de Les Must de Cartier. Una selección limitada de tesoros personales, llamativamente originales, exclusivamente útiles... Cada uno proporcionando un estilo tan exquisito y placer al tacto, que vivir sin ellos es sufrir la agonía de una frustración.

Así de simple: uno debe tenerlos.

El genio creativo de Louis Cartier abarca dos siglos: en 1898, la primera piedra preciosa montada sobre platino. En 1904, el primer reloj de muñeca. En 1910, el primer cierre automático para relojes. En 1918, el primer reloj de muñeca plano y ligero. En 1937, el primer reloj de lujo resistente al agua.

Cada pequeño detalle de cada "Must" está diseñado con la intención de perpetuar la tradición Cartier de innovación y perfección.

Examine la extraordinaria profundidad y brillo del tono burdeos en los artículos de piel de la página de al lado. Esto sólo se logra con los pigmentos orgánicos naturales, exclusivos de Les Must de Cartier. Tratamientos químicos destruirían la deliciosa flexibilidad y brillo que tienen nuestros cueros de primera calidad.

Las minúsculas cantoneras doradas con el motivo "C" de Cartier provienen de las creaciones originales de Louis Cartier.

Desde 1847, la artesanía de convertir el cuero en finos objetos de arte es una especialidad de la casa Cartier.

Cada artículo de la colección Les Must de Cartier lleva una tarjeta testimoniando su autenticidad.

La única medida válida del valor de un objeto es el placer que da usarlo. Este es el criterio por el cual medimos los "Must": Cualquier otra cosa solamente sería un lujo.

Les Must de Cartier. París.

le must de Cartier
le must de Cartier
Paris

El 23 de septiembre de 1973 el mundo de habla castellana se quedó sin la presencia física de Pablo Neruda a quien cuesta trabajo definir solamente como uno de los grandes artífices de la riqueza actual del idioma porque, sobre todo, lo utilizó como portavoz de una conciencia humana y de un sentido de la vida y del hombre que incluso desbordaban al mismo partido en el que Neruda militaba. En este mes del octavo aniversario de su muerte le recordamos como algo absolutamente vivo; María Esther Gilio supo traducir su enorme y dinámica presencia en el texto de una entrevista que le hizo en Punta del Este, Uruguay, en 1968. Lo meramente temporal de sus palabras de entonces está superado por la permanencia de su valor universal.

Pablo Neruda durante sus años de cónsul chileno en España (1934-1938), donde entró en contacto con escritores españoles de la generación del 27

"MI NOMBRE ES PABLO POR ARTE DE PALABRA"

MARIA ESTHER GILIO

Me pregunto si cuando el derecho, si alguien lo tiene. El derecho de seguir y perseguir a un poeta no por el deleite perverso sino para contarlo a otros. Seguirlo mientras camina con paso lento entre los pinos, mientras toma una tras otra tazas de té con el sabor del jazmín o la naranja, mientras compra camarones y los huele. Y los palpa como si quisiera adivinar con las manos su interior de mar dulce un poco corrompido, mientras devora con placer el lomo asado, ardiendo como el fuego bajo una manta de pimientos, mientras habla con grandeza del calor y del buen tiempo, mientras se cansa y se calla, mientras detiene la respiración y hunde el estómago, y dice que adelgazó dos quilos, mientras critica el queso que no es bastante tierno o bastante salado o a alguien que tomó de él lo menos importante, y pasó sin mirar sus hallazgos más nuevos, mientras bebe agua como todo el mundo y, como todo el mundo se aburre o tiene frío.

Cuando la obra es tan única, tan alta, tan separadamente eterna, nadie tendría derecho de acercarse al autor, que es un hombre. Ya, siempre definitivamente humano, definitivamente perecedero.

Neruda camina entre los pinos. Lo veo de lejos caminar con Matilde, su mujer. Matilde Urrutia. «Matilde, nombre de planta o piedra o vino, de lo que nace de la tierra y dura.» La Matilde de los Cien sonetos con su melena rojiza y sus ojos oscuros siempre alertas. Aunque no escuche lo que dicen sé que él empieza a menudo las frases con su nombre «Matilde» «Matilde», que ella usa el diminutivo de su nombre «Pablito». Y que por un extraño casi perverso enrevesamiento del español de Chile usan entre ellos no el «tú» sino el «usted». Sé también que ella buscaría con ruido dejarle la cereza del sol o fuera invierno y la de la sombra si verano. Otro «ignorado» pero de las dichas que podría pelearle sobre las piedras del camino, rumores de cosas en las alcantarillas, sabrosas a los hornos. «Pero qué desorden, Matilde, qué desorden», le dijo cuando el pasarle no el almuerzo por tercera vez lo mejor de su plato.

—Yo no sé que tenga desorden uno. Es tan natural. Y si estuviera junto a un hombre que hiciera muebles o zapatos sería igual. Así es el amor. Y uno no se da cuenta, uno de eso que tú dices.

Ahora se acercaban paladeando. Hablaban de alcachofas. Ese mediodía el poeta comería alcachofas.

—¿Es cierto Pablo que en tu vida sólo hubo tres mujeres?, pregunté.

—Solamente, treinta y tres, dijo Pablo.

—Estése serio Pablito —dijo Matilde—, son cuatro y no tres esas tan importantes.

Pablo sonrió. «Ella es mi secretaria, debe saber. Aunque cuatro es un número algo arbitrario.»

—¿Usted podría decir que en todas esas mujeres, las más importantes, hubo una condición coincidente ¿Podría decir por ejemplo siempre busqué la dulzura o la gracia, o...?

Me miró con expresión burlona, no se si dirigida a mi pregunta, o a sus propios pensamientos en los que parecía sumergido.

—Fueron mujeres muy diferentes —dijo por fin—. La primera una holandesa pacífica nacida en Java. Sencilla y suave. La segunda una intelectual, gran pintora, Delia del Carril, salida de una familia de intelectuales. Y Matilde. Usted la ha visto ya. Además he escrito tanto sobre ella.

—Una mujer de gran sentido práctico y de carácter muy firme, salida de la clase obrera chilena.

—Que lo adora sin condiciones.

—Usted lo dice.

—¿Cómo ha recibido la admiración, la pasión, el asedio de las mujeres?

—Me gustaba, me gusta. ¿Cómo podría no gustarme? Pero naturalmente, a veces el bosque no deja ver los árboles. Cuando hay demasiadas mujeres uno termina por no ver ninguna.

—A través de comentarios que le he escuchado, tengo la sensación de que usted logra buenas relaciones de amistad con las mujeres.

—Sí, sí, es así. Tal vez mis libros han facilitado mi aproximación a ellas. Además, creo tener una forma de sensibilidad que facilita esa relación. Me precio de tener muchas amigas mujeres y me enorgullezco de tenerlas.

Era mediodía, una nube de aromas de cocina, entre las que traté en vano de ubicar el de las alcachofas, empezó a sobrevolarnos. Neruda comía queso aplicadamente, picante y macizo que se desmigajaba al cortarlo, cremoso y agrio que temblaba levemente bajo la presión del cuchillo. Comía con moderación, pero sin negligencia. «Bueno, dijo, esas tres mujeres eran diferentes. Las otras treinta también lo eran, treinta mujeres diferentes.»

Le anunciaron a Pablo que una chilena que prometía no robarle más de dos minutos quería saludarlo. La compatriota, veinte años, blue-jeans, ojos de enajenado arrobamiento, sumergió a Pablo en una marea de elogios que este sobrellevó con una sonrisa en que se mezclaban la complacencia y la ironía. Cuando la despedía él que le decía: «Niña, exageras,

exageras. Cuando alegues no debes exagerar tu punto de vista.»

Al volver me dijo: «Bueno no mire con esa cara de sorpresa; chilenas tenemos otras. Hay que pedir, hay que pedir. Más agresivas, más graciosas, más brillantes, más hermosas, más inaguantables. Yo, cuando estoy en el extranjero me siento responsable por todas. Debería recitar algo que tiene que ver con esto. ¡Pero qué mala memoria!

–¡Recite otra cosa!

–¿Un poema político?... pero no puedo. Mi memoria es desastrosa.

–Entonces le haré una pregunta política. ¿Cómo acogió la invasión a Checoslovaquia?

–En primer lugar tengo que decirle... yo he visitado muchas veces la Unión Soviética y estoy unido a ella por muchos afectos y causas. Y he vivido en Checoslovaquia por más de un año como refugiado político. A ambos países los quiero inmensamente. Es muy cruel preguntarle a un niño cuando el papá y la mamá se pelean cuál de los dos tiene razón. Sufro por esta divergencia, quiero que se acabe y aclare. Soy enemigo de todas las soluciones de fuerza. Y estoy feliz de que los elementos del entendimiento estén funcionando. Yo, y otros como yo, sufrimos tremendamente cuando entraron por la frontera las fuerzas del Pacto de Varsovia. Y me alegré cuando, después del regreso de Svoboda y Dubcek todo predice que esta desagradable historia se solucionó. Es muy claro, ahora que la URSS sólo buscó salvaguardar principios que parecían estar en peligro. Pero fíjese qué curioso, en el momento en que todo parece arreglarse hay algunos que están más enojados que antes. ¿Qué querían entonces? Sé que los que más sinceramente sufrimos, somos los que hoy más sinceramente nos alegramos.

Se acercó Matilde. El almuerzo estaba pronto.

–¿Comer?, –dijo Neruda– sí, es el momento. Pongámonos con energía.

Si la energía fue visible, más aún lo fue su regocijo ante los camarones que él mismo había comprado y que ahora pelaba, con movimientos lentos pero seguros, de antiguo dominado de camarones: cubriéndolos con limón, de mayonesa, de pimienta, que pulverizaba haciendo girar un molinillo. Comía y hablaba. Hablaba y comía, mientras la montaña de caparazones rosados crecía en su plato.

–A los soviéticos yo les digo lo que me viene en gana. Y creo que ellos lo agradecen. Sé que escuchan. Un día me preguntaron en qué radicaba el éxito de Yevtushenko –dijo, y bebió el largo trago de vino que toda aquella pimienta le pedía–.

–¿Y usted qué les dijo?

–Les dije que en ese zoológico teníamos que tener todos los animales. También el excéntrico. Que aliado de los otros escritores soviéticos, tan moderados en sus maneras, Zhenia, con sus ropas extravagantes, sus desplantes, su vanidad, su simpático desenfado, atraía.

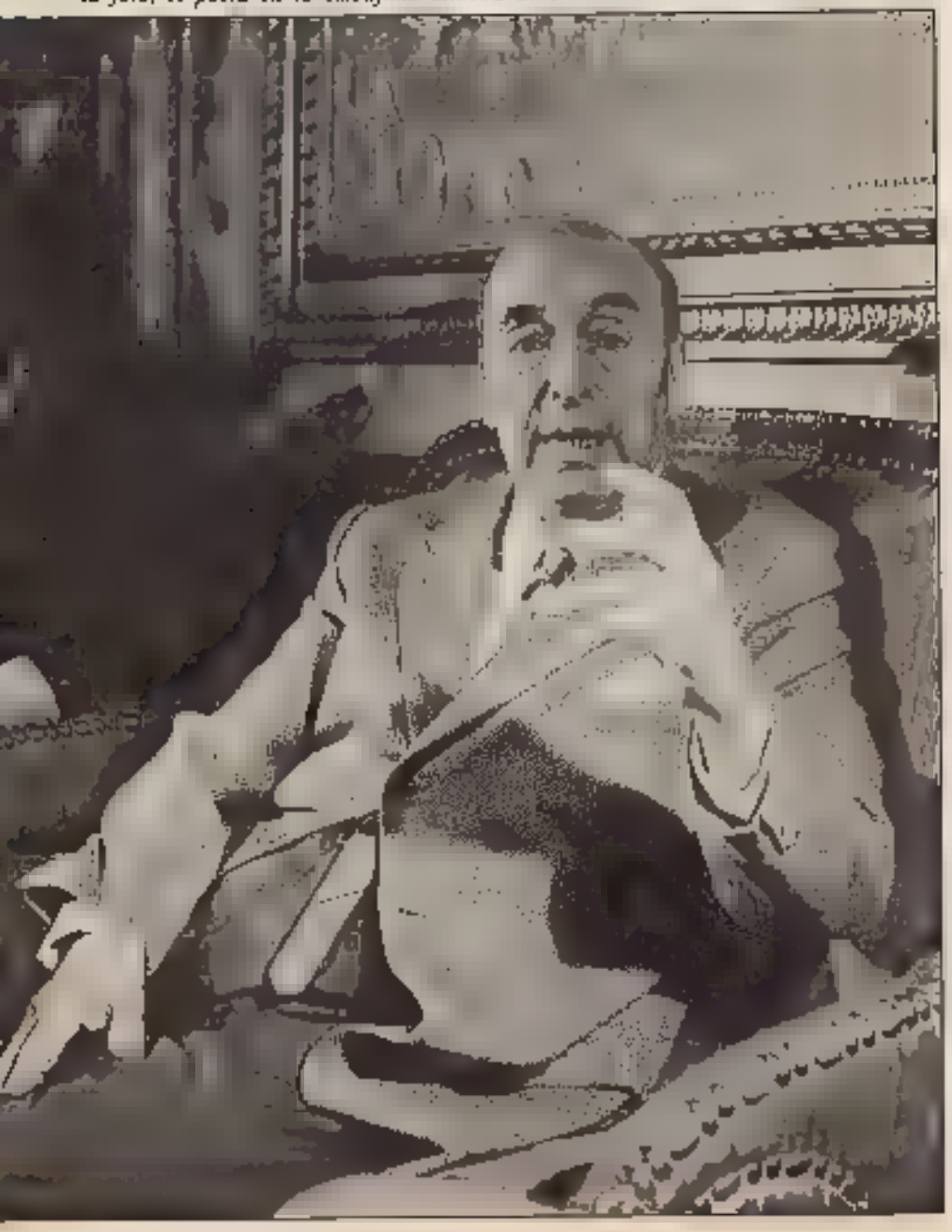
–Su calidad como poeta...

–Hay otros tan buenos como él en la URSS. Las razones de su éxito hay que buscarlas por otro lado.

Habían desaparecido los caparazones rosados y en su lugar un gran trozo de carne asada, rodeada de alcachofas echaba humo. Pablo se sirvió una porción, que cubrió de inmediato con pimienta malagueta. Alguien le preguntó si conocía ya ese picante. «Ahora voy a conocerlo –respondió, llevándose un pedazo a la boca–. Oye, ¡esto pica como un demonio, oye! –dijo, y volvió a beber otro largo trago de vino que la malagueta estaría ahora pidiéndole a gritos.

–Una vez quedé afónico a causa del picante. Se me durmieron las fosas nasales y el paladar. No podía hablar, mover la lengua. En esos casos el cerebelo queda como bajo la sensación del opio –dijo mientras regaba con un hilo de aceite las alcachofas y las probaba luego. «A ver, a ver ¿qué se lee en este país? –preguntó entonces, al tiempo que con un gesto de los

1971: Neruda es nombrado embajador de su país en Francia por el gobierno de Salvador Allende y este mismo año le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. En la foto, el poeta en la embajada chilena de París.



MI NOMBRE ES PABLO

ojos elogiaba el sabor de las alcachofas».

–En este momento «Cien años de soledad». Esa debe ser la novela más leída.

–Vargas Llosa y Carlos Fuentes, los dos dijeron lo siguiente. «Nunca se ha escrito en nuestra lengua nada igual después de El Quijote». Cuando ellos lo dicen, que son grandes devoradores. Por eso no la he querido leer, por una especie de delectación especial. Quería conservarla allí, a la espera. También quería haber conservado sin leer para poder hacerlo ahora «Los tres mosqueteros», «El gran Maulnes», de Alain Fournier o Proust. Sin embargo, el más grande, aunque también el más reaccionario de los críticos de Chile dijo «Le falta grandeza». Pero Matilde se enfurece cuando oye decir esto. Y yo la creo, creo a Matilde. Es una gran novela. Cuando la lea lo confirmaré.

–Pablito ¿va a seguir usted comiendo esa carne con tanto picante?

–No se preocupe Matilde. Ya nos hemos acostumbrado el uno al otro. Páseme por favor, aquella alcachofa que quedó sola, la pequeñita. He escuchado unos poemas grabados por esa actriz de hermosa voz, Dahäd Sfeir. Hay talento aquí, cuánto talento hay. Pero a veces uno se distrae de las cosas de su tierra. Dos monstruos de la poesía del mundo han nacido en Montevideo: Lautréamont y Laforgue. No hay que regalárselos a Europa, aunque hablen francés no debéis regalarlos.

–No me parece tan importante el hecho de que hayan nacido aquí, hablan francés, vivieron allí.

–Laforgue habría que discutirlo, pero Lautréamont es un salvaje, no es europeo. La prueba está en que allí vivió mal y murió de eso. Se le ve, es americano. Vuestro paisaje estaba en los ojos de ese niño. No debía citarme por segunda vez en una mañana, pero mi poema sobre Lautréamont tiene esta tesis. ¿Conoce a Barradas?; ¿sabía de su gran influencia sobre plásticos españoles?

– No.

–El más grande escultor abstracto español, Alberto Sánchez, admirado y adorado por Picasso, fue discípulo directo de Barradas. En la gran exposición del 37 en París se había pedido obras sólo a tres españoles: Miró, Picasso y Alberto. Picasso se detenía en éxtasis a mirar la obra de Alberto, una especie de obelisco retorcido. Alberto era un panadero de Toledo, tan inculto, tan primitivo que habiendo vivido años en París nunca consiguió aprender

Con su mujer, Matilde Urrutia en París.

francés. Decía: «Yo voy a un café y digo ¡Ay de mí! y me traen cerveza. ¿Qué más necesito?» Luego fue a la URSS en la peor época del realismo socialista. Era un comunista apasionado y quiso entrar en el trillo. Pero nunca pudo hacerlo tan mal como los verdaderos jefes del realismo socialista. Barradas le había enseñado la libertad en el arte. Ahora ustedes lo han visto. Todo eso ya parece fácil, pero él lo inventó. Páseme Matilde un bocado de lomo, no, no tan grande. Y páseme, por favor, la mafagueta. Si quedo afónico alguno podrá agradecerlo.

Volvió a reír concentrando el máximo de expresividad en los ojos, muy elocuentes en un rostro, que permanece por zonas, un poco ajeno a la risa. «Y ahora que hablan de esa película de vampiros, quiero contarles cómo fastidiaba yo a los rumanos de las nuevas generaciones socialistas. Les decía: "Quiero conocer a Drácula." "Pero no, decían ellos, tenemos vacas que dan tantos litros y etc." "No, no, decía yo, llévenme al castillo de ese apasionado por la sangre humana", dijo, y volvió a reír.

–¿Quiere, Pablito, una manzana?

–No Matilde, la manzana engorda. Deme apenas un mordisco y dos dedos de vino. ¿Tal vez este es el momento en que ustedes están ansiosos porque yo recite? Les recitaré «Una historia vulgar».

Fue una tarde triste y pálida,
Yo me la encontré a la salida
Pues esa mujer neurótica
Trabajaba en una botica.

Haciendo ademanes y tentándose en medio de las frases, recitó. Y cuando acabó dijo señalándome con su índice: «Usted ya creía que como un bisoño, joven poeta, aquí comenzaría a tañer mi lira. Ya vi, bien lo vi su ojo alerta, dispuesto y burlón».

–Demostrado que no es un joven poeta bisoño, ahora podría recitar en serio.

–Sí, una poesía que me gusta especialmente. Es de un peruano, Abisahan Valdelomar. Este poema tiene algo muy singular; con adjetivos comunes, vulgares, consigue un verdadero espíritu poético. Escuche, es curioso, no tiene un solo adjetivo exquisito, rebuscado, todos son prosaicos, corrientes. Escuche:

Mi infancia que fue dulce, serena, triste y sola
se deslizó en la paz de una aldea lejana
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.
Dábame el mar la nota de su melancolía
el cielo la serena quietud de su belleza
los besos de mi madre una dulce alegría
y la muerte del sol una vaga tristeza.
En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado del mar
y lo que él me dijera aún en mi alma persiste.
Mi padre era callado y mi madre era triste
Y la alegría nadie me la supo enseñar.

–Esta poesía me seduce por su sencillez, su belleza.

–¿Qué parte de su poesía le parece más válida, o más incuestionablemente duradera?

–Pero deje ese lápiz. No me trate como si todo lo que yo digo fuera memorable.

–No haga difícil mi trabajo. Supongamos que todo es memorable.

– Eso ya es mejor. Con tiempo, ¿cómo dijera?, está predispuesto, y es una pregunta, a pensar que lo más lacrimógeno durará más. Pero no sé, no sé. Es difícil colocarse fuera y opinar sobre la propia obra. Hay la antinomia político. Ese prefiere «Residencia en la tierra», un libro difícil y atormentado. Hay cosas... fíjese en la vitalidad de mis «Veinte poemas» que se publicó por primera vez hace cuarenta y cuatro años y se sigue publicando. ¿Cómo puedo decir «Esto va a quedar, esto no»? De los «Veinte poemas» yo ya no puedo hablar, ya pasaron, es como si no fueran míos. Pero algo deben representar. Algo deben tener que ver con la gente. ¿Es eso lo permanente? Tomemos ahora mi poesía por otro lado. Yo me propuse, como un deber bastante difícil, ser un cronista de mi época, de mi país. Y creí para eso, un verso deliberadamente prosaico. Esto asoma en el «Canto general». Pero no es lo que me gusta menos de mi obra. Quise asumir la función del antiguo poeta de las canciones de gesta. Sentí que no se trataba simplemente de hacer poesía. Quise en algún sentido ser el poeta de las esquinas. En mi nuevo libro «Fin del mundo», el héroe es el siglo XX. Es una especie de proceso a nuestra época. Allí vuelvo a hacer de cronista, aunque con otra forma.

–¿Cómo arrojan sus poemas políticos los que son grandes apasionados de su poesía pero no comparten sus ideas?

–Con mucha comprensión, supongo. ¡Pero no es tan grande la parte política! Lo que ocurre es que duele mucho a los que no están de acuerdo. Pasé a ser el maldito. Un estilo de maldito que no gusta; el maldito que gusta es el que se cae de borracho, el que se droga en las bohardillas.

–¿Cómo describiría sus transformaciones como creador a través del tiempo?

–Hay una personalidad que es siempre la misma, que permanece, a pesar de los cambios. Los ciclos se repiten. Vuelvo a un mismo tema; por ejemplo los «Cien sonetos» son poemas de amor escritos al medio siglo. Hay una constante cíclica aunque no me lo proponga.

–Usted no se propone, simplemente se enamora.

–Un poeta tiene que estar enamorado. Enamorado hasta el último minuto de su vida. No creo en los que no aman vino, en los que no se enamoran. ¡Imagine un poeta vegetariano! ¿podría yo ser vegetariano?

–Imposible.

–En el conjunto de mis libros hay un cambio natural. El cambio físico tiene que reflejarse en la obra. Los cansancios nuevos. En los últimos tiempos tengo un cansancio de la poesía política. Pero en mí mismo. Leo con placer las hechas por otros.

–¿Conoce la antología de poetas norteamericanos dedicada a Vietnam?

–Sí, magnífica, magnífica. Desde Walt Whitman no se hacía poesía política en los Estados Unidos. Toda esa escuela de canciones de protesta creada en California es importante. Ginsberg, Lowell, Lowells Feli. Pertenecen a una generación politizada, pero, ¿qué ha pasado? La inteligencia de Estados Unidos ha despertado. Pensemos en Hemingway, Faulkner... una generación grandiosa a la altura de la rusa del siglo pasado. Pero esa generación quedó callada. Y ahora ¡qué diferente! Arthur Miller se niega a ir a una invitación del presidente. La gente dice: «El poeta no puede ser político.» No, no, yo puedo estar cansado, pero cómo negar esa fuente de inspiración.

–¿Cómo se produce el proceso por el que nace un poema?

Se sirvió una segunda taza de té, la olió por unos segundos, bebió unos sorbos, me dirigió una mirada burlona por encima de la taza y dijo: «Necesito antes que nada una mesa, papel, un lápiz...»

–Ya sé que eso recomienda a los escritores noveles. ¿Corrige?

–A las cosas que yo hago les tengo al comienzo una especie de asco. Yo escribo, escribo. Y cuando quiero leerlas no entiendo nada. Quiero leerlas pero no entiendo. Alguien las pasa a máquina. A menudo Matilde que conoce bien mi letra. Una vez pasadas me da menos asco corregir. Corrijo. ¿Cuánto corrijo? Depende. A veces la corrección es muy encarnizada.

–Y luego que está impreso ¿no tiene el deseo de volver a modificar algo?

–No, lo que está impreso lo siento como ajeno. Adiós. Ya no me pertenece.

–Es *mudo* lo que no le pertenece.

–Sí, podría servir para matar a alguien –dijo tomando con ambas manos los dos gruesos tomos de sus obras completas que esa mañana le había entregado el representante de Losada.

–¿Cómo valora la cantidad en la creación?

–¿Qué puedo contestar cuando tengo tres quilos de poemas en las manos? ¿Usted quiere que me elogie?

–Creo que puede contestar sin elogiarse.

–Veamos. ¿Sabe que Picasso es autor de doscientas sesenta mil obras? No sólo la calidad es en Picasso una cosa excelsa. –dijo, y terminó de un trago la taza de té–. ¿Cree qué este puede ser otra vez el momento de una poesía?

Abrió el libro que tenía en las manos y con su voz dulce pero monocorde, seguramente monótona comenzó a leer.

Yo, el anterior, el hijo de Rosa y José soy.
Mi nombre es Pablo por Arte de Palabra. **M.E.G.**

Neruda muere el 23 de septiembre de 1973: 12 días antes había triunfado en su país el golpe militar del general Pinochet.

Crónica de gentes

FICHAS SUELTAS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

UNA tarde –o acaso una mañana– de primeros de junio de 1962 paseaba don Enrique Tierno Galván por la calle de Alcalá. Eran los días del «contubernio de Munich» y andaba Tierno preocupado «en esta y otras cosas».

Entonces él todavía no «viejo profesor» (44 años) se topó con su amigo Fernando Béjar, quien viéndole preocupado dijo:

–Vamos a jugar una partida de billar.

Y fueron al cercano Casino de Madrid.

Tierno recuerda ahora en sus «*Cabos sueltos*» (Bruguera-Zeta) «Es un juego que tranquiliza sobremanera, pues las bolas nos representan a cada uno de nosotros moviéndonos sin albedrío, de acuerdo con el tacazo del azar o la necesidad.»

Vamos, pues, como las esferas marfileñas por el paño verde, estudio de andar por casa, en busca de la carambola que es la formación del triángulo, padre de toda una bellísima geometría y símbolo divino y trinitario de perfección.

Joaquín Domingo, que fue uno de los grandes billaristas españoles allá por los años del mentado contubernio, definía así el canon del buen jugador:

–La mano izquierda debe ser de hierro y la derecha de algodón.

Y así a mí (hierro y algodón) las manos del sevillano Alvarez Osorio y del conubense Gálvez, rivales de Domingo por entonces. Gálvez, criado en las humedades de Huelva junto a la mesa rectangular dos veces más larga que ancha, tenía la cabeza calva y redonda convertida ella misma en bola «pinta» o bola «blanca» buscadora del «mingo», era como expresión geométrica de la obsesión deportiva de su portador.

Durante años la política invirtió el canon billarístico. Era la derecha de hierro y la izquierda de algodón. Como del azar y, sobre todo, de la necesidad. Claro está que en el buen billar hay menos azar que en la mala política. Entra el azar en proporción inversa al conocimiento, que quien une al hierro y al algodón de sus manos el exacto saber de los diecisiete puntos de percusión capaces de generar los efectos deja escaso campo a la suerte. Y entonces casi todo lo que ocurre en el verde rectángulo es obligado y necesario. No es este el caso de quienes afinan escasamente la vista, desconocen la geografía puntual de la bola, agarrotan la mano y pifian el tacazo.

Casi veinte años después, el alcalde Tierno jugó una partida de ajedrez con el maestro Díez del Corral. Y, lógicamente, perdió. Porque en ajedrez –juego de estrategia por antonomasia– cuando se contiende con alguien que sabe mucho más que nosotros parece que todo está preordenado desde siempre y que la voluntad del jugador sapiente actúa como la voluntad divina en la predestinación absoluta del calvinismo. O sea, (traducido al lenguaje poético) que el bueno nos gana siempre, que no hay tu tía.

Fue ésta una partida consecuencia de otro «contubernio»: el habido entre socialistas y comunistas para llevar a Tierno a la alcaldía madrileña. Y ahora, de alcalde, ha dicho el hombre:

«Lo importante es que la gente se divierta y que la cultura, porque el ajedrez es cultura y plástica, llegue a todos los vecinos de Madrid.

Indicio notorio de la soviетización municipal, pues el ajedrez es deporte nacional y escolar en la URSS, patria de campeones como Botvinik, Smyslov, Petrosian, Spasky, Karpov, Korchnoi, Tal y cual. Claro que también por aquí nació Ruy López. De todas formas uno en esto del ajedrez se queda en Morphy, Chigorin y Steinitz, este último tan «buscador del centro del tablero que puede ser considerado directo antecedente de la UCD. Bien es cierto que a don Adolfo Suárez le iba más el mus.

El caso es que Tierno juega una partida de ajedrez viviente en la Plaza de la Villa. Tiene la citada plaza una estatua de don Alvaro de Bazán, nuestro gran marino. Cosa muy propia de ciudad tan marinera como Madrid. No hemos de extrañarnos de ello, porque justamente un gran archivo marino está encallado en plena Mancha por el Vino del Marqués. Este marqués fue don Alvaro «que hizo un palacio en el Viso porque pudo y porque quiso». Gracias a ello el viajero que viene (o va) por las carreteras manchegas se topa de pronto con un mástil lleno de grimpolas y gallardetes, como si por allí navegara el hermoso «*Juan Sebastián Elcano*».

Jugaba Tierno su partida contra Díez del Corral (primero se habló de Pomar, el antiguo niño prodigio Arturito Pomar) a mediados de agosto. Eran las fiestas de la Paloma y hacía el calor propio de esas fechas. Las treinta y seis fichas humanas estaban vestidas según modelos del figurinista Moreno. Don Enrique Tierno iba de uniforme. Es decir, con el terno gris cruzado. Ni siquiera en mitad del verano prescinde el «viejo profesor» del chaleco. Debo al periodista Carlos Rodríguez (*«Off the record»*) la transmisión de esta frase explicativa de nuestro enchalecado héroe.

–El chaleco quita el calor porque empapa.

Me lo decía el colega la noche del 16 de junio, cuando Ruiz-Giménez presentó en el Palacio los «*Cabos sueltos*».

(Don Joaquín castigó al auditorio con un largo parlamento tan repleto de buenas intenciones como falto de gracia. Porque el buen Dios que hizo rebosar a un ex-ministerial hijo de gracia actual y aun de gracia santificante –seres divinos que nos hacen hijos de Dios y herederos de su gloria– le dejó en cambio ayuno de gracia literaria. Y los numerosos oyentes de aquella tarde –muchos venidos del cercano Congreso de los Diputados– habríamos preferido sin duda un don Joaquín con algunos pecadillos de más y alguna sosería de menos).

Volvamos al calor. Como buen soriano, Tierno prefiere el frío al calor. Al recordar los días de la guerra escribe: «Tengo desde entonces la sensación del frío como algo confortable». Y también: «Del calor tengo malísimos recuerdos. Lo asocio a desmanes, querellas, peligros y canciones que siempre que las oigo responden a una situación de inadaptación y molestia (...) para mí la guerra fue especialmente incomprensible a través del calor». Es así que se entristece al escuchar «*Rocío*» o «*Las campanilleras*»... Y al relatar sus conversaciones con los carlistas por el año 1964 anota «Los balcones de aquella cámara daban a la calle. Entraba por ello bastante calor, lo que no es bueno

El profesor Tierno Galván y el maestro Ilies del Corral juegan una partida de ajedrez viviente en la Plaza de la Villa. La lógica en un juego de estrategia es que pierda quien menos sabe. Y así fue aquí.

para esta clase de conversación. El calor fatiga a los negociadores de menor tesón».

Tierno es soriano, aunque creo que nació en Madrid (digo «creo» porque miro el Larousse en edición española para comprobarlo y allí no figura Tierno Galván, en el correspondiente tomo 10. Si viene Ramón Tamames, lo cual me parece justo, pero lo señalo con el simple ánimo de jorobar con la comparación). En estos «*Cabos sueltos*» podemos atar casi una teoría de la «sorianidad». Ahí va una antología: «No conozco ninguna región de España, provincia o comarca en la que sus habitantes miren como se mira en Soria», «no es una distancia que esté definida por el respeto al otro, como en cierto modo ocurre en Soria». «Camacho, soriano, hombre sencillo en sus juicios y constante en su comportamiento, como la mayor parte de los que pertenecen a esta región»; «Camacho es natural de Soria y, como soriano, hace todas las cosas con la sencillez y la capacidad de aguante que nosotros solemos definir aplicando el adjetivo sufrido. Es un hombre sufrido como sufridos son todos o casi todos los sorianos» (¡pues, anda, viejo profesor qué los oyentes de Camacho cuando éste tomaba la palabra en plan sermón!).

Aquella tarde de junio, durante la presentación del libro, dijo Tierno:

–La sociedad está organizada de tal manera para que seamos desleales y a veces lo consigue.

(Y una caricatura de tal frase podría ser esta crónica, reflejo incompleto y por tanto casi desleal de una lectura –incompleta aún, pero leal– de las setecientas páginas de «*Cabos sueltos*»).

Aquella tan citada tarde el no menos citado Tierno apuntaba:

–Los españoles no servimos para escribir memorias. Los franceses, sí. La que los españoles escribimos son recuerdos.

Y es que la memoria sirve para retrotraer el pasado y el recuerdo es el pasado filtrado por el tamiz del presente.

Los «cabos» son ciertamente más recuerdo que memoria, pero no una justificación del presente por la reinterpretación del pasado. «Es criterio que me he impuesto en estos 'cabos sueltos' no fomentar enconos ni utilizar el pasado para disolver el presente.»

En ocasiones la intención de «no fomentar enconos» hace parecer el libro un manual de irenismo, donde todo el mundo es bueno. Nos bastaría para verlo recurrir a la censurable o por lo menos censurada costumbre comparativa. Ver así en paralelo tratamientos de Tierno aquí y, por ejemplo, de Aranguren en su mucho más breve y antiguo libro «*Memorias y esperanzas españolas*». Así podríamos comparar en ambos el tratamiento del hoy difunto D. Luciano de la Calzada, catedrático instructor del expediente académico justificador legal de la expulsión universitaria de los dos profesores en 1965 o las opiniones dobles sobre Carl Schmitt. Y, sin embargo, las dos visiones personales de Tierno y de Aranguren resultan válidas. Tanto por ser personales y subjetivas como por el carácter poliédrico que toda persona suele tener. Difícil es encontrar una que sea tan simple que sólo tenga una cara, salvo esas que por su extraordinaria simpleza calificamos de «simples».

Pienso que acaso caiga yo en el irenismo que subrayo, al tratar de conciliar las dos versiones. Sirva de disculpa que para mí, como para muchos otros universitarios españoles de los años sesenta, Aranguren y Tierno tuvieron la cualidad de ser nuestros maestros aun sin ser nuestros profesores. Seguíamos a Aranguren en su ya histórico seminario –¡qué buen tema sería su análisis para una tesis doctoral creadora y no adocenada!– y a Tierno en los boletines de su cátedra que venían de Salamanca (separatas con «*La realidad como resultado*» o «*Ambigüedad y semidesarrollo*») y una vez hasta de Princeton («*Anatomía de la conspiración*»).

En el libro, además de irenismo, hay ironismo, ironía, a pesar del propio Tierno: «sospecho del humor, aunque a veces me deje arrastrar por la ironía». Y eso lo vemos en algunos trazos de personajes: «Trevijano, gran estratega por imaginación y naturaleza que a veces se inventaba las batallas. De haber podido librar todas las batallas en lides reales, quizá su estrategia hubiera dado resultado, pero muchas de ellas las libró en la pura imaginación». «A Trevijano le parecía que no utilizar el avión era descender en la escala de los conspiradores»...

Vamos a dejar –pues si el tiempo no apremia, sí aprieta el espacio– las fichas sueltas de estos «*Cabos sueltos*» escritos con pulcritud, cortesía y buena crianza (como corresponde a un soriano, supongo). Cierro con el recuerdo, o más bien la memoria, de unas líneas del «*Benito Cereno*» de Herman Melville, tan querido a don Enrique Tierno (los españoles se dividen en dos grandes grupos: los partidarios de Melville y los partidarios de Stevenson. Salvo un servidor que, como en aquella canción creo que de Pepe Pinto, «tengo entre dos amores mi corazón repartío»). Bien, pues dice Melville en «*Benito Cereno*»:

«Pero lo pasado, pasado esto, ¿por qué moralizar sobre esto? Olvídelo. Vea usted, este sol radiante lo ha olvidado todo, como el mar, y el cielo azul, estos han dado vuelta a las antiguas páginas.

–Sí, pero porque no tienen memoria; porque no son humanos».

Así es. Esa es la verdad y quien dijere lo contrario miente. ■

V. M. R.

San Sebastián (1980).

«Judith» (1981).

EL FLORILEGIO EN LA PINTURA DE PILAR COOMONTE

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

LO más bonito que Pilar Coomonte recuerda haber leído sobre sus obras es que veías ■ como escuchar a Mahler. A pesar de ello, habla con amargura de la crítica y de los críticos. Les achaca, enfáticamente, la mala costumbre de sentar cátedra. Hay una dosis de amargura en la cadencia exuberante de su conversación, que no entona con el ambiente críptico, húmedo, verde y acogedor de su estudio. Los cuadros representan un mundo interior barroco, cargado de ideas que suelen encontrar salida a través de las figuras mitológicas e incluso de la iconografía tradicional cristiana. Las ideas se atropellan en su boca, como flores y hojas pugnan por salir, imponiéndose unas a otras en sus pinturas.

«Yo busco el tema como forma de expresar la belleza. Me gusta, sobre todo, el Renacimiento, ■ punto de magia que tiene la vegetación, lo bello. Me gusta representar a San Sebastián, por ejemplo, porque es la forma de pintar a un hombre desnudo, un hombre joven, guapo. Piero de la Francesca, el mismo Mantegna, representaban la belleza, ■ hombre traspasado por las flechas. Puedo hacer un retrato de Diana Cazadora, de Flora. Me gusta la belleza y ésta tiene reglas fijas. A mí, con todos los respetos para el trabajo, el abstracto no me gusta. Me gusta Botticelli, a otro nivel Mantegna, el mismo Leonardo: ese punto de belleza.»

De alguna manera, en sus obras encontramos el flamenco renacentista, cuando detalla casi con técnica de miniaturista las hojas que quedan en tercer o cuarto plano. Sus florilegios, no siempre primaverales, sus desbordadas naturalezas de colores propios revelar una creencia metamorfina, aún no dicha, en que el espíritu del hombre viaja a lo vegetal cuando muere.

Colecciona relicarios del siglo XVII, tablas renacentistas, plantas vivas. Colecciona el aire quieto del estudio, incluso, ventanas con curioso que, al estilo flamenco, echan una ojeada maliciosa desde ■ vecino taller de coches. Colecciona, por último, imágenes de la muerte, pero son muertes agradables, alguien con quien tomarse un café en cualquier terraza del cercano parque de Berlín.

Muerte y panteísmo

«Pinto constantemente la muerte porque, para mí, la vida sin ella no tiene objeto. Considero la vida como algo importante porque se acaba. Cada minuto que pasa ■ precioso y no es importante el futuro. El futuro es ahora mismo, contigo. Luego no sé qué va a pasar; ni tampoco me preo-

«Venus veneciana» (1979).

PILAR COOMONTE

cupa. El pasado se cortó en un cierto momento –afirma cuando en realidad parece estar viéndolo en un escondido rincón– Pinto a la muerte joven, es una cosa bella, que viene con un halo. Muchas veces, inconscientemente, me tomo a mí misma como modelo. Siempre he amado mucho las serpientes, el mito del nacimiento de Alejandro. Leo hasta los más pequeños detalles para trabajar. Pinto una figura que es la mitad muerte, la mitad mujer porque se pasa a otra dimensión, a otro aspecto. Lo único que no le perdono es que llegue a destiempo... Esos viejos que parece haber olvidado... La muerte tiene un punto y yo quiero tenerla siempre a mi lado, como mi compañera. Lo que sí es terrible es lo que la rodea: los cirios, los paños negros, los llantos, todo eso. Pero la muerte en sí misma, no.»

Mientras hablamos va mostrándome dibujo tras dibujo explicando, explicándose a sí misma, qué importantes son las hierbas para su supervivencia, el que no falten en ninguna de sus obras. A veces las flores se vuelven agresivas, carnívoras, se apoderan del cuadro.

«Tomo tantas hierbas que, al final, me salen sin querer: un poco la historia de Boris Bian, la mujer que necesita plantas para vivir, que le siguen poniendo hojas en el cuerpo para poder continuar viva. Eso es –me muestra un dibujo en la pared– cómo a la mujer le va abrazando el árbol hasta que poco a poco la convierte en planta lo que, como morir, es una vuelta a la tierra. Los pájaros comerán del árbol, alguien se sentará debajo.»

Junta las manos en un gesto pensativo. En la mesa de trabajo surge ahora la imagen de una mujer apoyada en un manto de hojas. Desde un ángulo, un pequeño fauno la mira complacido, con la misma malicia del músico que mira a la venus de Tiziano. Pilar Coomonte insiste en que el fauno no encierra malicia, en que más que intencionado es un punto surreal. Algo surreal, dentro del mágico mundo en que vive.

«No puedo decir que las musas no existan, aunque creo más en el trabajo continuado. Las ideas pactan contigo; los gnomos, la salamandra –el animal invisible que tanto gusta de representar entre lenguas de fuego– son las musas que me inspiran. Ellas son la clave del éxito. Y, a cambio, me piden que las represente en las obras para hacerse inmortales conmigo. El gnomo, concretamente, es el que guarda las riquezas.»

Los personajes al salir de sus pinceles adoptan el hieratismo del Giotto y una sombra de ingenuidad en el gesto. Hablamos de una infancia feliz, «bella», llena de sonrisas. Intelectuales, otros hombres cercanos a la poesía y al arte visitaban su casa. Enseguida comenzó a pintar y pintó siempre, sin hacer incursiones en ningún otro aspecto de la plástica y siempre leyendo y escribiendo: «¡Leer, lo he leído todo!»

Habitualmente ha hecho figurativo, a partir del Renacimiento, que el dibujo dice. Le gusta el impresionismo: «¡Cómo no me va a gustar!», para verlo y contemplarlo. Pero prefiere a Mantegna, a Filippo Lippi, a Boticelli.

«A partir de las siete de la mañana estoy levantada. Hago trabajos de encargo, ilustro libros, o yo misma tengo un movimiento hacia el tarot y me dedico a ello días y días. Pero no concibo despertarme una mañana necesitando desesperadamente pintar, por ejemplo, una venus desnuda. No concibo la angustia, el desorden trabajando (Desde luego, ni ella ni su entorno ofrecen la prototípica imagen de pintor rodeado de tubos.) Leer mucho, para mí es como la savia: es *totalmente vital* –subraya–. Vivo ahora, pero no me gusta lo que se hace. Hay que tener ese poso de ver y volver y leer. Para mí es uno de los errores del artista contemporáneo, el que no estudie. El pintor debe ir hacia adelante y hacia atrás, investigando, constantemente. Así, tienes en la cabeza a Andy Warhol, los enterramientos etruscos que sabes que el antecedente de Henry Moore está ahí, que por eso me es atractivo. Te pasa con Chillida, que tiene su poso: esas pátinas, esos bronces están en los griegos; tiene su estudio. Después de leer buenos textos ¿cómo no va a estar impregnada aquella Judith –el ademán muestra un retrato recién terminado– de un Macondo? Estos personajes están en «los vastos jardines sin aurora.»

«La doncella y la muerte», 1980.

Reglas para la belleza

Durante la conversación surge con tanta frecuencia la necesidad de *lo bello*, que es necesario pedirle una definición personal del término.

«¿Lo bello? Lo bello es –parece que sus manos intentaran con un ademán encerrar el éter– algo que produce placer, felicidad como ver las tumbas etruscas o incluso un Millares de una época determinada. Yo veo, sin embargo, un Millares hecho con unos tubos *así*, retorcidos y tal y no me gusta. Me gusta otra cosa: entrar en el palazzo Vechio, en la Plaza de la Señoría. Esto es bello. Subir una escalera diseñada de maravilla y llegar al *studiolo* de Eleonora de Toledo: encontrarla allí, puesta entre esos espacios renacentistas. O llegas a la Malcontenta y encuentras esas villas tan bonitas, que hacen pensar que resulta más barato hacer ventanas como esas tan bonitas que demuestran un amor hacia las personas, que hacer una ventana horrible de aluminio. De escoger alguna corriente o algún movimiento pictórico, me quedo con el Renacimiento. De ahí para adelante o para atrás, me quedo con cualquier cosa que sea bella: me pueden encantar las lámparas diseñadas para la Malmaison, las obras de Gaudí, o cualquier otra cosa que sea bella. La belleza, la estética, tiene

«Leda y el cisne», 1979.

reglas fijas y, si eres una persona a la que le gusta lo bello, no puede gustarte una cosa así –la mano se retuerce en el aire– y un tachón. Vivo ahora, pero no me gusta lo que se hace. Es como la pintura abstracta [illegible] a mantener. Los cuadros se han tenido que caer de las paredes. Por mucha firma que tengan, cansan no le gustan.»

La mujer en la pintura

Pintar tampoco es sencillo para las mujeres en este país. Significa contar con muchas dificultades más de las que ya de por sí tiene el empeño. Tradicionalmente, la obra de las pintoras se ha tomado como un pasatiempo más o menos afortunado del ama de casa aburrida. Esta pintora se lamenta de que se hayan perdido en el olvido, se hayan relegado a segundo plano, las obras de Artemisa Gentileschi, maravillosa pintora del siglo XVII, de Rosalba Carrera «que pinta unos pasteles de locura», de María Blanchard, cuya pintura es para Pilar Coomonte «una delicia, como un cristal, llena de ternura al [illegible] de su vida, que estuvo marcada por la soledad, por la angustia».

El espacio a repartir entre los pintores, sean hombres o mujeres no es muy grande en momentos de crisis económica. La lucha se encona entre los artistas, que no cesan de reclamar ayuda al Estado, bien en forma de lugares para exponer, bien como mera aportación económica.

«Al hablar de cultura en España se echa en falta el respeto por la obra de los demás. Se paga mal a los que escriben, a los que pintan se les crea problemas de supervivencia.»

Hemos hablado también de los museos, de su condición de estamentos muertos. De lo difícil que es llegar a colgar una obra propia en cualquiera de ellos, incluso en los contemporáneos; de cómo el tiempo se va a encargar de barrer y cribar las colecciones que se han formado siguiendo las modas y con criterios inestables.

«¿El «Guernica»? Es desorbitado lo que el Ministerio de Cultura se va a gastar en traerlo, seguridad, transporte, instalación y un largo etcétera. Por supuesto que doy por sentado que es un [illegible] una copia con sus mismas dimensiones puede suplirlo perfectamente. En estos momentos de crisis sería vital que la Administración analizara seriamente la situación en que se encuentran los artistas españoles y dedicara este presupuesto para mejorar su situación y no con becas pordioseras y vergonzantes.»

Amor a la propia obra

Hay pintores que sienten un gran desgarro al deshacerse de ciertas obras, pero no es este el caso de Pilar Coomonte. Todas tienen un mismo valor para ella y no se siente especialmente vinculada a ninguna de ellas, ni tampoco añora ninguna etapa anterior. Sólo siente alegría al pensar que mucha gente conozca su trabajo.

«En todo caso me siento más vinculada a la última obra que tengo entre manos. Cuando [illegible] me he estado [illegible] do a mí misma. Yo soy esa mujer con el libro, la mujer muerte, el trozo de tela en la esquina, la soledad en el cielo [illegible] señalando [illegible] ideas.»

La [illegible] el encargo es una de sus características. Pasa con facilidad de un tema a otro. Ella cada [illegible] bordado repetidamente con el tema [illegible] con el mundo [illegible] o se ha dejado llevar por la leyenda del Santo Grial, El Quijote o la magia del tarot. Respeta también aquí las reglas del juego al hacer su versión de las grandes cartas [illegible] según el tarot de Marsella. Así que, por una vez, representa a la muerte como un gran esqueleto con guadaña y al hombre colgado con las piernas formando una cruz. «Mantegna también realizó su tarot», puntualiza. No le gusta el realismo porque existe la fotografía que ya ha descubierto el misterio del presente. Considera que toda su obra tiene una gran [illegible] cuando se acerca al grafismo, al cartel. Parece querer detener la enfermedad [illegible] en un cuerpo [illegible] de células muertas. O que exorciza al violador clavando su imagen «anónima, gris, descerebrada, oculta, sucia» que cuando no puede llevar a cabo su intento «hiere, corta, ataca» mientras la mujer permanece inmóvil, aterrada, desesperada, impotente».

Pero hay algo que destaca fundamentalmente en la obra, unitaria o no, de sus manos. Los colores al servicio de las formas expresan una gran tensión: amarillos, naranjas, rosas cruzan sus gamas, solamente suavizadas por la constante verde de la naturaleza. En cualquier momento, sus manos producirán hojas, mientras sus pies se aferrarán a la tierra, convertidos en raíces, cumpliéndose su gran deseo: que Dafne se reencarne en ella. ■ C. F. R.

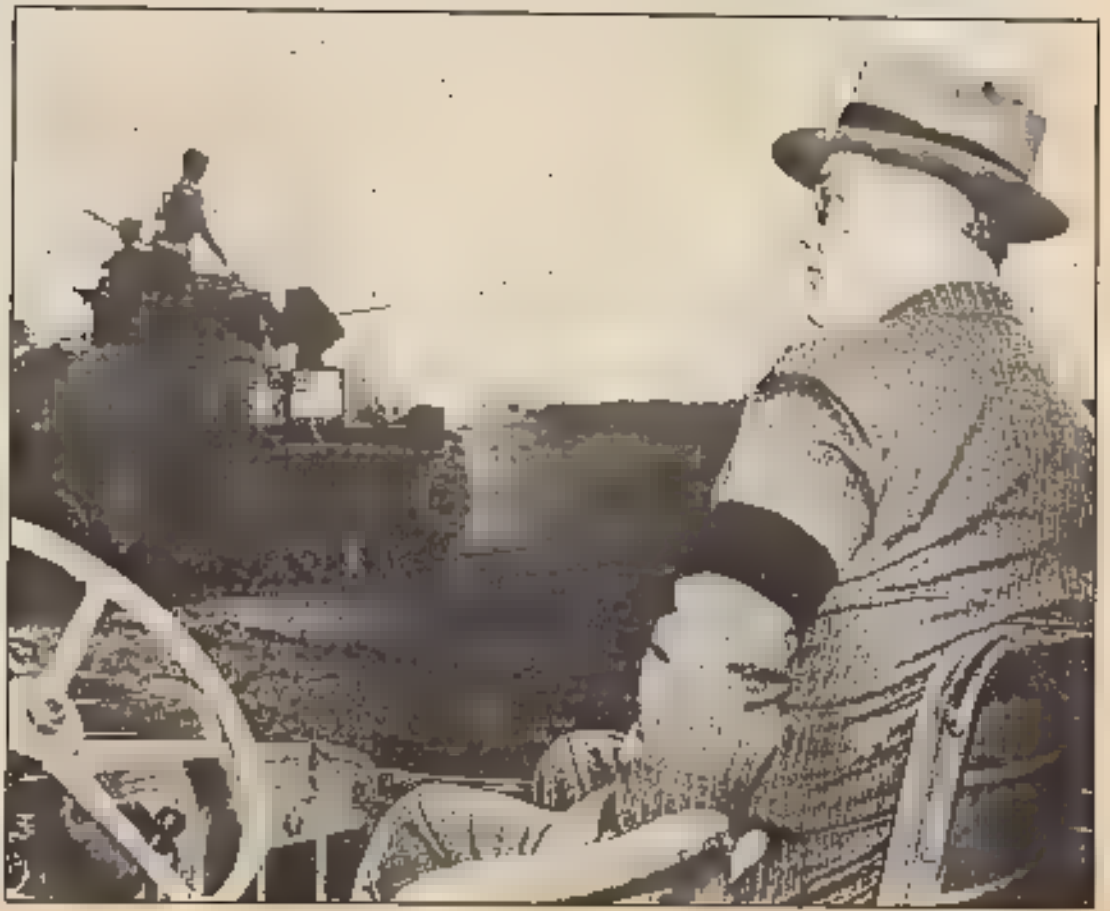
Los milagros son efímeros

REAGAN EL ANTIROOSEVELT

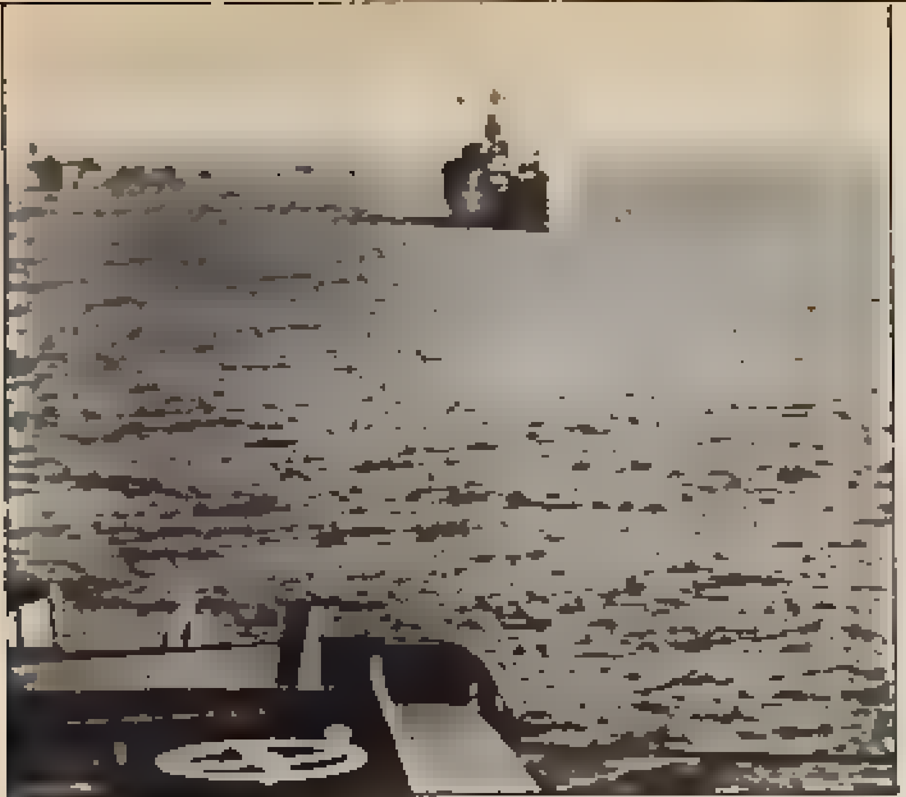
EDUARDO HARO TECGLEN

Al cumplir los primeros 6 meses de su presidencia Ronald Reagan abandonó la Casa Blanca para pasar un mes de vacaciones. Dejaba tras de sí un mundo atribulado por su decisión de poner en servicio las bombas nucleares, una nación conmovida por la huelga de los controladores aéreos, una considerable confusión por su legislación económica y la sensación de que quienes le votaron por tan amplia mayoría en el mes de noviembre de 1980 no se habían equivocado; lo cual no quiere decir que alguno de ellos –según las auscultaciones acostumbradas, en las que pierde puntos– no se hayan arrepentido. La dureza que pidieron se la están dando. Ronald Reagan fue arrollando en su campaña gracias a una imagen que parecía deseada como contraste con la sucesión de vagos y atormentados presidentes anteriores: un simplificador, un hombre de esquemas, dispuesto al trabajo y a tomar decisiones rápidas. Los simplificadores, en política y en nuestro tiempo, suelen ser gentes de derechas. La izquierda intelectual y reflexiva parece quedarse perpleja ante la complejidad del mundo moderno, la confusión de las ideologías, las dificultades de tomar decisiones cuando cada conflicto ofrece una infinidad de soluciones; todas tienen su parte mala, todas su parte buena. Al llegar a este punto habrá que proceder a una considerable falacia de fondo y forma, cuando es la de suponer que los presidentes anteriores a Reagan podrían inscribirse en la izquierda. Es una simple hipótesis de trabajo que se justifica solamente por la relatividad en comparación con Reagan todos los otros presidentes, incluyendo al brutal y ciego Nixon, representan una aproximación a ciertas aptitudes de la izquierda, porque responden a requerimientos de la sociedad. Habría que tomar como origen a Franklin D. Roosevelt.

Roosevelt marcó un punto muy importante en la historia de la política y de la economía de Estados Unidos, y en las posibilidades de un mundo mejor y más abierto. Fue el primer presidente que creyó que la Unión Soviética era un país tratable con el que había que negociar y buscar puntos comunes; el primero que supuso que el capitalismo en la forma en que se conocía había llegado a un agotamiento –el mismo era una respuesta a ese agotamiento, marcado por la Gran Depresión de 1929– y necesi-



Roosevelt marcó la ruptura del capitalismo salvaje y creyó en la posibilidad de entendimiento con la URSS, con la que mantuvo la alianza de guerra que se rasgó a su muerte. Desde entonces toda la política de Estados Unidos oscila entre encontrar otro Roosevelt o, por el contrario, el ANTI-Roosevelt que reemprenda el camino del gran capital.



Kennedy recomprendió el camino de Roosevelt, después del periodo Eisenhower-Nixon-Foster Dulles, con McCarthy al fondo. Después del momento culminante de la crisis del Caribe (en la fotografía los barcos de guerra de Estados Unidos que bloquearon la isla de Cuba) comenzó la contratensión. Pero fue asesinado, y se inició una nueva etapa anti-Roosevelt.

taba unos límites, una dirección por parte del Estado, una limitación a su voracidad y su doctrina de supervivencia del más fuerte en forma de una mayor igualdad de oportunidades y de una legislación social un poco más avanzada. Durante la larga presidencia de Roosevelt hubo hasta una pequeña época de Oro en el cine, la literatura, el teatro, nuevas ideas, nuevos sueños, nuevas esperanzas. Tanto pesó Roosevelt y sus intelectuales, aun ensombrecidos por su carácter de guerreros felices contra el nazismo, que la base principal de la idea de unos Estados Unidos como cuna y faro de las libertades y como campeones de la democracia proceden de entonces (una idea que no hay que desechar totalmente: una gran parte de esa nación la sostiene dignamente). Roosevelt murió en la víspera del ensayo definitivo de la bomba atómica y del final de la guerra. Es indiferente suponer que si Roosevelt hubiera tenido una larga y lúcida vida se hubiese ahorrado la guerra fría, quizá la Unión Soviética habría derivado por otro camino y el mundo sería un poco más feliz de lo que es. Se trata de una especulación idealista. Los hechos son los hechos. Roosevelt murió, le sucedió Truman, que quiso ser —por su antigua condición de vicepresidente aplastado e ignorado— un anti-Roosevelt, predominó en la alianza occidental el pensamiento ultraconservador de Churchill —que jamás compartió la ideología de Roosevelt en favor del entendimiento general con la URSS, y que creía que la democracia, para sobrevivir, debía copiar algunos métodos del fascismo, después de haber admirado mucho a Mussolini— y predominó el estamento capitalista de los Estados Unidos, que se había recuperado del susto de la Depresión —gracias en parte a Roosevelt, gracias también a la guerra—; y Estados Unidos y, como consecuencia, el mundo, comenzaron a cambiar. Para mal. Se vio fácilmente que era para mal por el simple desarrollo de los acontecimientos: un riesgo permanente de guerra total, una permanencia extenuante de la guerra fría, una carrera de armamentos. El mundo se encontró con la contradicción de que todos los ideales que habían inspirado la guerra y que parecían triunfadores y hasta institucionalizados —en la ONU y sus organismos derivados— estaban discutidos y hasta denegados. De no haber ido todo claramente mal hasta el borde del peligro —el borde del abismo era la consigna de la época, tan parecida a la fascista de «vivir peligrosamente»—, que se produjo una reacción de regreso a Roosevelt. Una vuelta a los ideales, a las esperanzas de la democracia y de la libertad, que tomó el nombre de Kennedy. Tanta inquietud produjo este regreso, apenas anunciado, que a Kennedy lo mataron. Para que no sucediera. El pequeño golpe de Estado del 22 de noviembre de 1963 tuvo algunos resultados inmediatos: la guerra del Vietnam, y otros diferidos: sobre todo, porque las cosas volvieron a ir mal, incluso peor. La guerra del Vietnam se fue perdiendo poco a poco, hasta que se perdió del todo; la invasión de Cuba no se logró; los pactos de guerra fría se fueron resquebrajando, el tercer mundo se sublevó, la alianza occidental apareció como un conflicto, la economía dejó de funcionar. Por un momento se pensó que Nixon podía ser el perfecto anti-Roosevelt, lo cual suponía no conocer bien a Nixon ni las circunstancias en que estaba envuelto. Nixon cayó en medio del desprestigio y antes del deshonor. Fue a sucederle un Ford todavía más inepto, aunque muy honesto, y finalmente un Carter que era el paradigma de la gran contradicción de los Estados Unidos: un hombre [illegible] entre el papel de Roosevelt que le había fascinado en su juventud y el de anti-Roosevelt que le mandaba el estamento.

La invasión al poder [illegible] algunos de los momentos más duros del periodo: la invasión de Afganistán, el desafío de Irán. No supo responder. Se revolvió con una fuerza que resultaba ridícula. Nadie hizo caso de sus sanciones contra la URSS, la cuestión de los Juegos Olímpicos pareció una pataleta [illegible]. El intento de comando sobre Irán fue una de las operaciones peor planeadas, peor ejecutadas y con peor suerte de los últimos tiempos. Aun con buena suerte, [illegible] el cúmulo de circunstancias [illegible] no podía haber conseguido nunca su descabellado objetivo. Carter [illegible] en decir que el verdadero autor de la operación y su único responsable había sido él mismo.

El anti-Roosevelt apareció entonces, finalmente, con la figura de Reagan. Un actor de toda la vida, de la vieja guardia, un hombre que tenía veinte años cuando Roosevelt fue elegido por primera vez y al que otra larga estancia en el partido demócrata hizo comprender que ese no era su destino. Un admirador de Eisenhower, Nixon y Foster Dulles, un modesto colaborador de McCarthy en su cruzada contra los rojos —Reagan denunció a sus compañeros de Hollywood cuando era actor— y así llegó a ser presidente del Sindicato [illegible] gobernador del gran Estado de California. Un hombre [illegible] sin [illegible]ras. Sin talento [illegible]. Pero [illegible] el talento —el pensamiento, la reflexión, la duda entre varias opciones, a lo que se llama [illegible]—. La derecha no lo ha necesitado nunca. Siempre ha llamado talento a la fuerza y a una cierta falta de escrúpulos, a parte de una cierta [illegible] en un mundo [illegible] por el mal la

única respuesta es tratar de erradicarlo sin más dudas. La definición del mal, evidentemente, corresponde a la contraria de quien ejerce el poder, que sólo puede ser la encarnación del bien absoluto.

Un editorial del «Guardian» al cumplir Reagan sus seis meses de poder reflejaba su capacidad *milagrera* para dar la vuelta a la situación en Estados Unidos. «Miremos hacia atrás, a las verdades establecidas hace dos años en la vida política americana. Que los demócratas eran el partido natural de gobierno. Que el presidente era un hombre sin verdadero poder o influencia para perfilar los acontecimientos. Que los ciudadanos ancianos no eran aptos más que para la Ciudad del Sol (el retiro hacia la muerte). Que la irresistible fuerza federal estaba en su gran momento. Miremos, después, hacia hoy mismo: Reagan tiene setenta años; aunque su partido no es mayoritario en la cámara de representantes, ha hundido a los demócratas en la humillación y la desgracia; los republicanos parecen ahora el partido natural para casi todo; y el presidente mismo, aleccionando benignamente a la nación, parece una fuerza irresistible.»

Uno de los problemas esenciales de los milagros es su duración. Por lo que se sabe, los milagros no producen efectos permanentes, y al fin vencen las tendencias que se suelen llamar «naturales». O la entropía, si se ven desde un punto pesimista. Lázaro fue resucitado después de estar cuatro días muerto; debió pensar que volvía a la vida para siempre, para la eternidad, y esa debía ser la lógica; sin embargo, las crónicas cuentan que Lázaro volvió a morir hacia el año 60. En política las resurrecciones son muy efímeras. La del general De Gaulle duró diez años y acabó para siempre en algo tan bobo –en comparación con la inversión de grandeza, gloria y excepcionalidad que había hecho– como un referéndum sobre el papel del Senado. La de Nixon duró algo menos y tuvo un final peor.

No hay por qué creer que el regreso del anti-Roosevelt pueda proletarizarse como una solución final del orden del que se supone que traerá el Anticristo. No faltan quienes se la atribuyan. Los profetas laicos del fin del mundo –aparte de cualquier suposición mística o fanática del milenarismo, que no faltan al aproximarse el año Dos Mil– estudian con alguna ansiedad la cuestión. Suelen basarse en algunos datos que les parecen objetivos. El primero es que el hombre tiene precisamente ahora la capacidad que no había tenido jamás en la historia; la fuerza suficiente para destruir la vida para siempre. El segundo es más opinable: que le falta la suficiente cordura como para renunciar a la utilización de ese poder, y que la mayoría de actos políticos que se registran cada día en grandes y pequeñas naciones manifiestan ese sentimiento y esa incapacidad a los que suele llamar locura. Más modestamente falta de sentido común. Algún filósofo determinista, de los aficionados a la creencia –por cualquiera de las vía posibles, materialistas o religiosas– del sentido de la vida, podría ver

Nixon pareció ser el gran anti-Roosevelt: era un resucitado de la guerra fría. Pero la Prensa, el Senado y la justicia cortaron su camino. En la fotografía, las audiencias del Senado que produjeron el «impeachment», o destitución, de Nixon.

Reagan parece ser el perfecto anti-Roosevelt. Es otro resucitado de la guerra fría, pero con la suficiente capacidad de simplificación y de energía como para tratar de reanudar la historia en el momento en que Franklin Delano Roosevelt interrumpió. Lleva un enorme riesgo consigo.

por el contrario una lógica, un ciclo completo, o un final de tragedia: como si la biología general de la especie humana tuviera el sentido aparente en todo: nace, crece, se desarrolla, reproduce y muere.

Volviendo a un terreno más manejable y menos especulativo, la conjunción que representa la aparición de Reagan en un mundo extrañamente peligroso como el actual es, efectivamente, un riesgo grave. Habrá que pensar que las dudas, retracciones, vacilaciones y asombros de los políticos anteriores a Reagan suponían un reconocimiento real de la fluidez y el riesgo del momento presente, y que representaban mucho mejor, a pesar de su apariencia decadente y torpe, la situación mundial. Es decir, que la simplificación con que Reagan suele ver los problemas está muy lejos de la seguridad que aparentan sus soluciones.

El mismo tema de los controladores aéreos aún con un aspecto bastante menos dentro del contexto, está rodeado de riesgos para el Presidente. Es, sin embargo, un «test» básico de su política y su personalidad. Está metido en una profunda reforma económica, y uno de los puntos esenciales de esa reforma es el control de salarios. Toda la nueva economía –que también una resurrección– está basada en que los daños de la inflación proceden del exceso de los salarios; el plan de Reagan contra la inflación, a partir de la reducción de impuestos puede venirse abajo en estas concesiones. Lógicamente las peticiones de los controladores no podían ser ni siquiera negociadas por el Estado-patrono, que si se deja abrir una brecha en este punto no podrá contener lo que considera una sangría. Ha tenido suerte en que el primer desafío proceda de una clase impopular: los controladores aéreos son muy pocos –trece mil– y están considerados por los demás trabajadores como unos privilegiados. Hay algo irritante en ver como esa minoría puede producir alteraciones en una sociedad especialmente sensible a este medio de transporte; la huelga afecta a cientos de miles de usuarios, que faltos de una conciencia política y sindical –como es el caso en los Estados Unidos–, reprochan directamente a los culpables inmediatos de sus trastornos. Pero allí donde otro presidente hubiera trabajado con sensibilidad, maniobra, diplomacia, negociación; o donde hubiera dejado a sus subordinados la responsabilidad directa, Reagan ha escogido su estilo personal y puro y simplemente ha decretado el despido de los controladores. No sólo tiene la seguridad de ganar, sino que tiene la necesidad de ganar, de sentir el abrazo o la palmada en la espalda del gran capital pre-Rooseveltiano. Pero ¿y si pierde? ¿Y si los controladores mantienen su desafío, si encuentran la solidaridad internacional que el Departamento de Estado se está encargando de apagar, si los medios puestos para asegurar el tráfico aéreo no llegan a ser suficientes? El riesgo es inmenso. Como lo es el de otros aspectos de la política antiinflacionista, como lo es la elevación de tipos de interés, que afecta a las compras a plazos, que son una de las bases principales del comercio interior de los Estados Unidos. «Reagan no lo podría resistir –decía hace poco un editorial de «El País»–; ha contenido y aún está conteniendo la economía para que no se desboque la inflación, a la que ya está prácticamente dominando; pero los riesgos de mantener firmemente esa política de dureza monetaria aparecen ahora como demasiado grandes. Si pudiéramos ser profetas en esta era de incertidumbre, apostaríamos por un reblandecimiento de la política monetaria antes de este fin de año. Esto quiere decir que el presidente norteamericano no podrá aguantar los costes políticos, económicos y sociales que esta vez trae consigo una depresión profunda como la que ya está asomando la oreja, principalmente desde el automóvil y la vivienda».

Las personas que trabajan cerca de Reagan y que han tratado con él en los primeros seis meses de su poder coinciden en que el presidente no entra nunca en los detalles de cada operación que emprende. No hace más que los «trazos gruesos» –según un funcionario de la Casa Blanca– y deja a los demás –ayudantes, expertos, técnicos, burócratas– el trabajo de hacer posible su pensamiento. Algunos observadores creen que deliberadamente Reagan no deja que la opinión pública se entere de cuál es el reparto de trabajo entre él mismo, el Gobierno o sus consejeros privados. Su imagen pública es la de un hombre divertido, que escucha y hace preguntas a sus interlocutores, y que contesta con chistes y anécdotas. El nuevo presidente del Gobierno italiano, Spadolini, ha dicho después de su primera entrevista que Reagan le recordaba mucho a Krutschev por

El tren no duerme para entregar sus paquetes.

PAQUEXPRES es el sistema más rápido y cómodo para enviar sus paquetes. Con **PAQUEXPRES** sus paquetes viajan en los Trenes más rápidos, y llegan a su punto de destino en menos de 24 horas. Además, con **PAQUEXPRES** los paquetes llegan sin problemas y protegidos por un seguro de hasta 1.500 ptas./kilo.

Y puede entregar sus paquetes hasta una hora antes de partir el tren y recogerlos casi inmediatamente después de la llegada, con lo cual usted puede aprovechar el tiempo al máximo.

Y si quiere un servicio especial y garantizado, para expediciones urgentes o especiales, utilice: **ESPECIAL EXPRES.**

PAQUEXPRES

Para expediciones rapidas.

ESPECIAL EXPRES

Para expediciones urgentes o especiales.

afán de presentarse como un campesino repleto de cuentecillos y anécdotas aplicables a cada cuestión. El senador republicano Conable, que ha sido una pieza esencial en la presentación al Congreso de la reforma económica asegura que todas las negociaciones sobre la reducción de impuestos las [illegible] tenido que llevar con los subordinados de Reagan y que, cada vez que se encontraba con el Presidente, este le presentaba simplemente los hechos consumados. «El presidente se compromete absolutamente en el paso final del proceso —el objetivo— pero hasta ese momento no [illegible]».

No parece que sea otra [illegible] posición en algo que a la vista del público está más relacionado con el riesgo general: la política internacional. Desde [illegible] antigua caverna de los tiempos gloriosos de la guerra fría, desde los tiempos de Eisenhower-Nixon, Foster Duller y, aún más, desde los del senador McCarthy, este hombre tiene una seguridad religiosa en la culpabilidad global de la Unión Soviética y en que la única manera de vencer este enemigo es el uso de la fuerza. Difícilmente le va a sacar nadie del «trazo grueso» que ha dibujado en este [illegible] y quienes lo intentan —los aliados europeos de primer orden— vuelven siempre escaldados de sus entrevistas. El esquema del mundo que se ha trazado Reagan desde su juventud [illegible] en creer que [illegible] nes, revoluciones y otros desórdenes del mundo no están provocados por [illegible] bles, sino por los agentes de la Unión Soviética y por el comunismo internacional. Más aún, la pobreza y la riqueza no están mal repartidos por cuestiones de oligarquía, sino porque la mano soviética maneja todo el [illegible] glado. Igualmente ha considerado siempre que la acción comunista está dentro mismo de los Estados Unidos: es la lección de McCarthy. En su campaña electoral no faltó la acusación de procomunistas para sus enemigos políticos. Es evidente que, de una manera global, esta cuestión podía aparecer más próxima a la realidad en la posguerra que en nuestros tiempos: una serie de oprimidos del mundo creí— que el comunismo representaba la revolución salvadora de una situación insoportable. En los países de Occidente los [illegible] nistas eran fuertes por la resistencia contra los nazis; la cuestión [illegible] «obediencia» a la URSS, seg[illegible] fraseología de la guerra fría, [illegible] quiera se la planteaban como tal, sino como un espíritu de unidad. Los [illegible] desde la de los [illegible] gedias del comunismo [illegible] descubrimiento de los crímenes de Stalin, el [illegible] de la revolución soviética y el despres[illegible]

El problema esencial que plantea [illegible] claramente que todo esto ha sucedido. Entre otras cosas, porque no le con[illegible] no lo cree. Preparado para ser presi[illegible] con las mismas premisas de entonces [illegible] gar con Yaser Arafat [illegible] la OLP, la creencia de [illegible] te de la intromisión de la URSS en la zona, de su actuación por países vicarios, del riesgo comunista. Cuando los aliados europeos presentan a Reagan el problema de la [illegible] puesta de que los movimientos democráticos y reivindicatorios son comunistas o favorecidos por la URSS, y [illegible] responde siempre que tal negociación [illegible] aliados europeos ha podido proponer [illegible] pero no sin antes anunciar la preparación de la bomba de neutrones y advertir que el cerco de misiles desde las bases europeas es algo irreversible.

La visión de Reagan corresponde a [illegible] nada y aliada todavía de las democracias occidentales, con unos partidos [illegible]

Encuentran sus incentivas en cambio, a una Unión Soviética cercada y amargada con una oposición interior —dentro del país— y otra dentro de su propio círculo de influencia. En estos últimos años, y a partir de 1956 —muerte de Stalin, revuelta de Hungría— y después con una auténtica aceleración histórica, la URSS ha ido perdiéndolo todo. Excepto la fuerza militar. Es imposible saber cuál es la relación de esta fuerza con los Estados Unidos en particular y con la OTAN en general, porque las cifras que se dan son poco fiables, tanto a Washington como al mando de la OTAN, es interesa decir que las fuerzas soviéticas son superiores para [illegible] el esfuerzo de rearme [illegible] de medidas de seguridad. En cualquier caso una diferencia escasa en más o en [illegible] e poc[illegible] la fuerza militar [illegible] de armamentos suficiente como para hacer frente a una agresión directa; o como para lanzarla si cree que el cerco pone en riesgo su vida física y política.

El dilema que los aliados presentan a Reagan es el de que la negociación puede actuar en favor de una reconversión de la URSS en el sentido interrumpido de la desestalinización, según ellos es [illegible] período de la coexistencia el que ha causado todas las pérdidas de influencia soviéticas en el mundo [illegible] que en cambio, [illegible] hostilidad puede hacer renacer en la URSS su capacidad de resistencia y ofensiva que tienen un carácter histórico: en todos los tiempos de cerco y amenaza, la URSS se ha crecido. La solución de este dilema puede representar la paz o la guerra. Las poblaciones europeas sienten que el riesgo de guerra se aproxima y que la guerra puede ser, efectivamente, el [illegible] del mundo. Por lo menos, el fin de Europa, campo de batalla asignado. Puede que una parte de la opinión americana comparta ese mismo temor; y tal vez entre las inseguridades económicas interiores y el miedo exterior haya empezado a abandonar a Reagan, si las auscultaciones son fiables.

Pero el presidente sigue cabalgando sobre el milagro. Tiene una abrumadora seguridad en sí mismo; parece que hasta el mismo milagro de haber salido adelante del atentado sin [illegible] de hombre providencial que ya recalcó en el acto solemne de la toma de posesión el Inauguration Day [illegible] ello aumenta la peligrosidad de la situación. Porque los milagros, insistimos, son efímeros como todo aquello que se produce contra la razón, la lógica y el análisis. ■ E. H. T.

Los accidentes sospechosos

EL CRIMEN COMO RAZON DE ESTADO

RAMIRO CRISTOBAL

DISCRECION, por Dios ¡discreción!». La primera lección que debe aprender un buen agente, hoy en día, es esa: la discreción. Ni ética, ni arrepentimiento: el mundo rodará mejor sin unos cuantos hijos de puta que quieren pasarse de listos. Pero que no se note. Demasiadas ligas de Derechos Humanos y de Amnistía Internacional; ahora, a nada que falle, todo el mundo habla y eso no gusta por arriba. Antes era otra cosa: un buen tirador, un fusil bien equilibrado y todo pasaba en unos minutos.

De vez en cuando, algo se filtra. Hace sólo unas semanas, la revista «Newsweek», daba la noticia de un plan de la CIA para intervenir en Libia y en ese plan entraba la eliminación del propio presidente de ese país, coronel Gadafi. Luego, el «Washington Post» rectifica: no era en Libia donde se trataba de cambiar el régimen, sino en Mauritania.

Claro que no hubiera sido ninguna sorpresa. En Mauritania ya tienen experiencia: a fines de mayo de 1979 fallecía en accidente de aviación el primer ministro de este país, ■ coronel Ahmed Uld Buceif. Con él, iban varios miembros del Gobierno y miembros del Comité Militar de Salvación Nacional. Hacía apenas cuarenta y ocho horas que Mauritania había anunciado su decisión de considerar la autodeterminación del Sahara.

Ese sistema del accidente de aviación parece haber pasado a ser el favorito en la desaparición forzosa de personas molestas. Utilizado con éxito en el caso de Enrico Mattei, el creador de la industria nacional del petróleo en Italia, ha sido usado con cierta frecuencia, pero parece estar siendo, en los últimos meses, una especie de cómodo cliché que, un día u otro, deberá ser puesto en prudente cuarentena por quien corresponda. Sin extendernos más, ahí están los accidentes del presidente ecuatoriano, el socialdemócrata Jaime Roldós Aguilera, fallecido en mayo de este año y en cuyo país ya han comenzado señales de involución. Ahora, el mes pasado, el general panameño Omar Torrijos.

También la muerte del que fue secretario de las Naciones Unidas, Dag Hammarsjoeld, hubiera pasado a la historia como tal accidente, si no hubiera mediado la confesión de uno de los hombres que intervino en el atentado. Según se manifestó en un programa de la BBC inglesa en 1971, el método habría sido altamente ingenioso: se interfirieron las longitudes de onda del aparato, para conseguir confundir la ruta y la altitud del aparato. El resultado fue la muerte del secretario de la ONU.

Asesinatos de alta escuela

En ocasiones, la mente del funcionario encargado se siente más creativa; a veces, sofisticada. En estos casos la discreción es máxima. Siempre habrá quien hable, quien sospeche algo, pero, en definitiva, nadie podrá probar nunca nada si se hace con la suficiente habilidad.

Tomemos un caso muy característico, el de Gamal Abdel Nasser. Como se sabe, ■ «Rais» muere un 28 de septiembre de 1970. Las causas de su muerte, en principio, están claras: Nasser es diabético y una crisis cardíaca ha terminado con su vida. Hay quien, en una postura más sentimental, habla de la fuerte tensión a que se vio sometido tras la derrota de las tropas egipcias en la guerra de los seis días. Se dice que ■ descubrimiento de la traición de la policía secreta egipcia había sido la verdadera causa de la muerte. Sin más problema, la Historia se traga a Nasser que es sustituido por Sadat y, muy pronto, la política exterior egipcia cambia radicalmente en beneficio de los Estados Unidos.

Sin embargo, las cosas pudieron suceder de muy distinta manera. Para empezar, el presidente Nasser, que sólo contaba ■ años de edad padecía de diabetes, pero en ningún momento se consideró tan grave su enfermedad como para considerarla mortal. Desde el punto de vista político, los años 1969 y 1970 fueron los de mayor acercamiento a la URSS y de enfrentamiento a Israel. Tampoco parece probable que a un hombre con su experiencia le causase tan terrible impresión un revés político y militar, aunque este fuese de la trascendencia citada.

Años más tarde, en 1979 exactamente, salta la noticia en diversos órganos de prensa del Oriente Medio –Bagdad Observer» 8-6-1979 y «Al Raí» de Jordania– según la cual, Nasser no habría muerto de manera natural sino que habría sido asesinado por un agente del Servicio Secreto de Israel. Concretamente la persona de su propio masajista Ali al-Atili, ■ cual se valió de una solución paralizante, suministrada en varias comidas.

El final de la historia es significativo. A nadie le interesa investigar más a fondo. En 1979 Egipto e Israel están en buenas relaciones, ¿para qué resucitar viejos contenciosos? El pueblo cree en la muerte de su Rais, ¿para qué inquietarlo? Ya no hay pruebas y sólo queda la declaración de al-Atili, que no se sabe porqué, ha mantenido en secreto varios años el servicio de contraespionaje egipcio.

En la misma línea de lo descrito, la sorprendente enfermedad y muerte del general Velasco Alvarado, «El chino», en Perú. Este militar, casualmente en la línea nasserista, que se había enfrentado a la oligarquía de su país y a la penetración imperialista norteamericana en Perú, padece repentinamente, en 1974, un aneurisma, y en el plazo mínimo de 48 horas, sufre la amputación de una pierna. Ya no volverá a ser el mismo y solamente tres años más tarde fallece a causa de un rapidísimo proceso de arteriosclerosis. Muere el 24 de diciembre de 1977 y, entretanto, en 1976, la Junta Militar, aprovechando su incapacidad física le ha sustituido por el general Morales

Bermúdez del ala más moderada de la revolución militar. Como dijo una [illegible] obrero de Cuzco: «Velasco estaba a favor del pueblo y por eso lo quitaron. Los militares no están con el pueblo sino con la oligarquía.»

Y qué habría que pensar de la muerte fulminante del presidente de Argelia [illegible] acompañada de una sofocante campaña occidental —fallida, desde luego— a favor del ministro moderado Buteflika. O la nunca clara muerte del rey de Marruecos Mohamed V, en el curso de una simple operación de nariz. ¿Y las enfermedades mortales del presidente de Angola Agostinho Neto y del líder del ala más progresista del peronismo, Héctor Cámpora? ¿Todo casualidades?

Psicólogos y biólogos

Claro está que la especulación sobre los manejos de organizaciones secretas en la política y en la historia, terminan muchas veces por convertirse en historias rocambolescas de trampas y venenos. Una cierta literatura «best seller» se ha aprovechado, ampliamente, de estos aspectos contribuyendo, paradójicamente, a hacer menos creíble la posibilidad de que esto sea total o parcialmente real.

No obstante, parece natural aun por simple sentido común que se esté pasando de sistemas de eliminación tan escandalosos como los utilizados para Trujillo o Carrero Blanco a formas mucho más sutiles en las que psicólogos, sociólogos y bioquímicos tienen mucho más que decir, que los pistoleros de costumbres. No olvidemos que estamos viviendo en un mundo en [illegible] los medios de comunicación [illegible] vez más por popularización en la vida cotidiana y a los que no es fácil de amordazar. Es, pues, natural, que se persiga por todos los medios evitar peligrosas investigaciones y escándalos periodísticos posteriores.

Es preciso recordar cómo, en algunos libros sobre las actividades de la CIA y el Pentágono —por ejemplo «Hijaje de cerebros» de John Marks— se señalan partidas muy destacadas para los presupuestos sobre actividades químicas y bacteriológicas. En el libro citado se cuenta, por ejemplo, el lanzamiento del LSD por parte de la CIA como componente de un programa de anulación de voluntades y dominio de las masas. Asimismo se relatan las actividades clandestinas en ciertos hospitales con ánimo de experimentar sobre la mente humana, sin que los pacientes estuvieran avisados de lo que con ellos se estaba haciendo.

En tal caso no es nada raro pensar que se puede eliminar a una persona que se considera molesta por medio de enfermedades o afecciones que presenten un cuadro médico más o menos conocido, desde el cáncer y la leucemia, al infarto o la arteriosclerosis. En fin y al cabo siempre resulta más presentable que el mandar, como dice John Marks «un tipo de la Mafia para acabar con Castro».

El pacto de silencio

Probablemente, el aspecto más llamativo del tema no la existencia de un auténtico pacto de silencio en torno al tema. Parece existir el miedo al escándalo y al ridículo, ya que, en pocos casos, ha podido ser comprobado el cómo y cuándo de la operación. Si existe, un asesino puede reírse despectivamente desde muchos kilómetros de distancia acusando a los denunciantes de sufrir una grave paranoia perseguidora.

Es muy significativo en este sentido, el relato que hace el izquierdista italiano Pietro Secchia (1). Este hombre que ha publicado un diario personal que comienza en 1943 y termina en 1973 visita, a principios de 1972 el Chile de Allende. Pasa varios días en Santiago y tiene diversas entrevistas con destacados políticos chilenos como Corvalán o Volodia Teitelboin. El día 10 de enero vuelve a Italia y el día 13 por la tarde se siente enfermo: tras ser visitado por un médico debe ser internado en una clínica de Roma. En un principio se piensa que es una bronconeumonía y después se llega a la conclusión de que se trata de una intoxicación causada por un veneno producido en laboratorio. Un total de doce médicos están de acuerdo en que sólo puede tratarse de un envenenamiento, provocado conscientemente, con un producto elaborado químicamente. Uno solo de los médicos consultados cree que se trata de un proceso hepático; cuando Secchia se dice que nunca ha sido cirrótico contesta que puede ser «una cirrosis oculta».

En fin, diez o doce destacados profesores de la Facultad de Medicina están de acuerdo en la versión del envenenamiento. El resultado es que Secchia pasa dos meses entre la vida y la muerte.

Cuando cura parcialmente se encuentra con que nadie quiere saber nada. Secchia, que está convencido de haber sido objeto de un atentado por parte de la CIA, hace las siguientes reflexiones:

«Si me preguntan que enfermedad he tenido debo decir lo siguiente: estado tóxico por causas exógenas».

El Partido lo sabe pero cree que es más oportuno callar y no difundir las sospechas. A Bufalini que preguntaba ¿por qué precisamente a él?, Bíocca habría respondido: tú sabrás el porqué, en cualquier caso puede ser una advertencia y esto le servirá de lección sobre cómo opera la CIA y lo ingenuo que resulta infravalorarla.

Yo pienso que el Partido no quiere que se sepa para no darme una publicidad gratuita. Si se hubiese tratado de uno de ellos hubiera estallado el escándalo. "L'Unità" habría dedicado a ello sus titulares mayores.

También los médicos deciden callar.

El mismo Bíocca, que no tiene duda de que se trata de un atentado de la CIA, dice que no puede hacer ninguna declaración sobre el terreno científico.

Ya no hay pruebas del envenenamiento. Dice que el veneno no ha dejado huellas quizá porque era de un tipo tal que no las deja o porque los antibióticos que me han aplicado han borrado toda posibilidad de rastreo.

Finalmente se dice así mismo Secchia: «Si como yo creo se trata de una acción de la CIA ¿quién sabe lo que se habrán pensado estos señores que he ido a hacer en Chile?

Probablemente se equivoca Secchia al pensar que el Partido Comunista italiano mantuvo silencio por cuestión de personas. La realidad, como queda apuntado en muchos aspectos de lo transcrito, es que la posibilidad de eliminación física intencionada por causas políticas es rechazada de forma refleja por casi todo el mundo. No hay nada tan desagradable como la consideración del maquiavelismo político. Por lo general se piensa que la vida política es benéfica o nefasta, dialogante o brutal, progresista o reaccionaria, pero nadie se resigna a tener la vida condicionada por elementos subterráneos, por técnicas científicas y técnicas que no puede ver ni percibir. Prefiere no comprender.

Y es raro, porque la historia registra un considerable número de casos en los que el asesinato político, con apariencia externa de accidente, es notorio. Por sólo citar un curioso caso puesto de relieve no hace mucho, ahí

(1) Pietro Secchia, Pietro Secchia 1945-1973. Un dirigente comunista [illegible] Milano 1973.

ACCIDENTES SOSPECHOSOS

está el asesinato de Emilio Zola, cuya muerte había sido considerada todos estos años como una simple desgracia, causada por la imprevisión del escritor. Según esta versión blanca, un mal funcionamiento en el tiro de la chimenea de su casa, habría causado su muerte al aspirar el óxido de carbono proveniente de aquella. Sin embargo, hace unos años, Jean Bedel publicó un artículo en el «Quotidien de Paris» confirmando un rumor largamente extendido: lo cierto es que la chimenea fue obstruida adrede por un ultraderechista llamado Henry Buron-Josse, dueño de una fumistería que inventó este complicado artilugio digno de las novelas de Maurice Leblanc. No obstante, funcionó y acabó con la vida de Zola.

Por lo demás, el silencio se agrava con la tácita aquiescencia de los propios sectores más conservadores de la sociedad. Son estos los menos interesados en oír hablar de procedimientos desagradables, aunque realmente se encuentren de acuerdo con la finalidad perseguida y conseguida. En los Estados Unidos, saben muy bien hasta dónde se puede conducir a las personas si la sociedad les vuelve repentinamente la espalda. Esta actitud, tan gráficamente descrita por Hawthorne en «La letra escarlata», es la que llevó al suicidio a algunos de los actores y directores de la famosa caza de brujas del senador McCarthy y sería la misma que llevara a la actriz Jean Seberg hasta causarse la muerte, tras la campaña desatada por el FBI contra ella por su participación en la defensa de los derechos de los negros.

Resulta curioso que la última novela policíaca, siempre muy sensible a este tipo de cambios colectivos, esté sustituyendo las tramas criminales clásicas, por las descripciones de sindicatos del crimen siempre relacionados con la política.

No es algo nuevo, desde luego, pero sí constituye un elemento característico de nuestro tiempo ese de los accidentes más que sospechosos y las enfermedades excesivamente oportunas. En toda sociedad actual el poder necesita de la hipocresía; además de la antiética que representa el mantener fuera de juego a todo rival peligroso. Eliminar con cierto ingenio; hacer del crimen, como quería de Quincey, una de las bellas artes, ese parece ser el ideal de ciertos organismos sobrados de medios y de experiencia.

Pero, sobre todo, discreción, por Dios, mucha discreción. ■ R. C.

Director: EDUARDO HARO TECGLEN

En el número 82, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- INDALECIO PRIETO, por José Miguel Navaros.
- DEL FERVOR FRANQUISTA A LA RUPTURA: MONTSERRAT TRAS LA GUERRA CIVIL, por Javier Villán.
- GLORIAS Y MISERIAS DE LA IMPROVISACION DE UN EJERCITO, por Felipe C. R. Maldonado.
- ALGUNOS APUNTES HISTORICOS: TIROS EN EL HEMICICLO, por Carlos Sampelayo.
- LA DESAMORTIZACION DE 1855: EL OBISPO DE OSMA, por Manuel Fernández Trillo.
- SALVATORE GIULIANO, UNA LEYENDA SICILIANA, por J. A. Caranci.
- ISABEL PERON Y LA FRUSTRACION DE UN PUEBLO, por Andrés Cañas.
- GARIBALDI Y LA EXPORTACION DEL ROMANTICISMO, por Nelson Martínez Díaz.
- ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán.
- HISTORIA CRITICA DE LA INQUISICION EN ESPAÑA, por Enrique Miret Magdalena.

EN EL NUM. DE SEPTIEMBRE DE TIEMPO de HISTORIA

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

27

La sombra de los aceites adulterados, sobornados, mafiados, asesinos, continúa viva. 8.760 litros de esos aceites ■ han intervenido en Valladolid. Intervenciones tardías. Y otras, por precoces, no llegan a conocerse muy bien: dicen, sí, que son dieciséis los civiles detenidos como presuntos implicados en la trama

golpista del comandante Sáenz de Ynestrillas y que entre ellos, figura el escritor Angel Palomino. Incluso dicen que José Antonio Girón va a presentarse espontáneamente a la policía; pero lo desmiente casi en seguida. Girón, otra sombra perenne. Sombra del ayer, como decía Ricardo Blasco. Y como fantasmas de antes (y quizás aún de hoy) aparecen dos libros sobre la censura franquista. Román Gubern y Manuel Abellán son los autores. Coincide la presentación con la Feria del Libro de Madrid. La cultura, dicen, a la calle. ■

28

Adonde hay soles los «gays» celebrando su orgulloso día. Ayer, en el Informe Semanal de TVE, que dirige ahora Ramón Colom, ■ habló de los homosexuales en unos términos de claridad nunca vistos en pantalla; aparecieron algunos a pelo descubierto explicando a las cámaras los problemas sociales que su condición les deparaba. No sé qué habrán dicho los obispos de la cosa: quizá no estuvieran viendo la televisión. Andan estos días muy indignados con eso de que la gente se les quiera divorciar; han aclarado insistentemente que los católicos no pueden acogerse a esa ley. Lo peor es que creen los obispos que católicos somos todos. Nos hicieron así por decreto y contra decretos y leyes ahora quieren que no nos divorciemos. No cambian. La gente no hace caso. Está más interesada en saber qué ocurre con el comandante Sáenz de Ynestrillas para quien el Gobierno ha pedido se aplique la Ley Antiterrorista ya que el juez militar que hasta ahora ha entendido el «caso», no parece encontrarle indicios de culpabilidad. Sin embargo, los periódicos con declaraciones de la Policía hablan de su intento de formar bandas armadas que, dirigidas por un general anónimo, se dedicarían a realizar actos violentos, que ahora llaman desestabilizadores. ■

29

Poco estable parece la democracia interna de UCD: sus asambleas provinciales destapan de nuevo las contradictorias corrientes que tiene dentro. Martín Villa se irrita y preocupa: fue el primer divorciado de España tras su largo maridaje con Adolfo Suárez. Ahora le persigue la sombra de aquel matrimonio, hay quienes dicen que él mismo es una sombra de aquella Rebeca tan atada y bien atada. ■

30

El Gobierno, animado por el buen eco que ha tenido su decisión en el caso de Ynestrillas, pide el procesamiento de once de los guardias civiles que asaltaron el Congreso. Esta selección numérica, sin embargo, no convence ya tanto: el personal no sabe en función de qué termostatos averiguan el grado de tejerismo de los asaltantes al Congreso. Un editorial de «El País» es muy duro en este sentido: «los atenuantes, dice, si bien disminuyen la responsabilidad criminal, en modo alguno la anulan. Por esa razón, el procesamiento de los presuntos culpables y la celebración del consiguiente juicio constituyen pasos inexcusables para apreciar tales circunstancias aliviadoras de la responsabilidad, ya que únicamente la sentencia puede establecer esos atenuantes y rebajar la pena en función de su número e importancia.»

Comandante Sáenz de Ynestrillas.

Es el mismo día en que se eleva al Consejo Supremo de Justicia Militar el sumario sobre el 23-F. Que coincide también con la puesta en libertad de otro de los civiles supuestamente implicados en la trama golpista y es el quinto que queda libre, mientras que otros tres han ingresado en prisión junto a Ynestrillas. Los coroneles Sicre y Garchitorena ya habían sido puestos en libertad el sábado pasado. ■

1

No se hace esperar la reacción oficial al editorial de «El País»: el Gobierno pide que se procese a los 288 guardias civiles que asaltaron el Congreso no respetando así los posibles compromisos que se tomaran el 23-F entre Gobierno y sediciosos. La noticia, sin embargo, aparece oficialmente camuflada, indicando que fueron los periódicos los que no se enteraron bien desde el principio, señalando directamente al rotativo madrileño. Este responde una vez más desmintiendo esa información: todos los periódicos que publicaron ayer que sólo se pretendía procesar a 11 guardias civiles recibieron la noticia del Gabinete ministerial: «Lo único lamentable, concluye «El País» es que haya que estar desde las páginas de los periódicos recordando a algunos funcionarios cuáles son las obligaciones cuyo cumplimiento llevan implícito en el sueldo mensual. El Gobierno puede admitir lo que quiera, pero no podrá evitar al menos que los ciudadanos opinen.»

El cotarro se anima. La publicación, también en «El País» al tiempo que en el semanario «Interviú» de una entrevista con el presunto asaltante al Banco Central que consiguió huir, da tema de charlas y carcajadas a la siniestra (y calurosa) noche madrileña. La noche en sí misma no es mala: es sólo que el día la ha dejado imposible.

Los móviles de los asaltantes al Banco eran sólo económicos, fingieron la causa política para ganar

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

tiempo, lo de irse a Argentina era por seguir la corriente a los periódicos, todo en fin fue un circo; lo dice muy seguro el encapuchado «Bartolo» aunque muchos detalles de su narración no coinciden con la versión de los empleados del Banco.

No se le detiene. Sí, en cambio, y muy bien, a algunos distribuidores de aceite adulterado. Hoy han muerto tres personas más. Sancho Rof, sin embargo, sigue sin explicarnos qué se está haciendo desde su flamante Ministerio de Trabajo y Sanidad. ■

2

Se ve el juicio contra los seis «grapo» acusados de haber puesto una bomba en la cafetería «California 47». Cuatro de ellos niegan absolutamente su relación con el hecho; tres, denuncian malos tratos en la Comisaría y aseguran que esa bomba fue puesta por grupos parapoliciales y de extrema derecha. «No somos tan burros» declaran. De hecho, los empleados de la cafetería no les han reconocido e incluso uno de ellos ha repetido su comentario de sorpresa porque aquel día –26 de mayo de 1979– no se hubieran colocado en la calle los habituales puestos de venta de Fuerza Nueva.

En otro juicio, se ha condenado a ocho meses de cárcel al «ultra» que disparó contra el alcalde de Manzanedo. No le mató.

Otros, sin embargo, son más eficaces. Un chaval de trece años ha muerto a consecuencia de los disparos de la Policía Municipal que, al parecer, le encontró robando, a las cuatro de la madrugada, en el Polideportivo de Aluche. Muerto a los trece años por un robo frustrado. No tuvo tiempo para nada. Le califican ahora de delincuente habitual. A los trece años... Es cosa de no pensar en ello. Tengo miedo al vértigo. A otra cosa pues: un año de prisión piden para el sacerdote Francisco Carballo por haber calificado de asesinato, en su libro, la muerte de un militante nacionalista gallego por disparos de la Policía en agosto de 1975.

Un último juicio en el día. A puerta cerrada (no se sabe bien por qué) se ve el demandado por Edirimex Amaika, propietaria de «El Papus», contra los tres magistrados que dictaron sentencia contra los tres presuntos participantes en aquel atentado, el 20 de septiembre de 1977, que costó la vida a un conserje de la empresa. «El Papus» considera que fue una sentencia injusta: seis meses y un día para dos de los asaltantes, dos meses de arresto para el tercero. ■

3

Mejor salir a la calle hoy que Calvo Sotelo ha vuelto esperanzado de París tras sus entrevistas con Mitterrand y Mauroy; no ha conseguido las extradiciones que quería, pero ha vuelto esperanzado.

Busca uno en los periódicos razones esperanzadoras y se encuentra con que los internautas parisinos ase-

Leopoldo Calvo Sotelo.

guran que tres ultraderechistas españoles están implicados en el atentado que sufrió hace unos meses la sinagoga de París. Nunca se sabe. Cerca de donde vivo hay una gran pintada que nadie borra: «Muerte a los negros y judíos. ¡Poder blanco!», dice. No la ha hecho desaparecer ni la tormenta de lluvia y granizo que hubo ayer en Madrid.

Buscando ahora en periódicos españoles, se encuentra uno con que «Diario 16» destaca en portada que el teniente coronel Pacheco, implicado en ■ 23-F ha sido nombrado jefe del Grupo Logístico XXXI, es decir, que mandará los carros de combate en Valencia. Se oyó hablar del coronel Pacheco en el informe que Oliart leyó ante los diputados sobre las implicaciones del intento golpista.

El mismo diario publica también la portada del número uno del Boletín «Victoria» editado para uso de militares y policías que dice en su texto editorial: «Hay que estar atentos. Porque las fuerzas civiles se están ya preparando para la batalla final. Hay que intentarlo una y mil veces, porque quien se resigna ante los hechos que vienen sucediendo, no merece vestir el glorioso uniforme que os honra y distingue. Por España, y su puesto de honor, ■ corresponde hacer justicia. ¡Adelante, compañeros!» La portada de la revista señala su fecha de publicación: mayo de este año. ■

4

El comandante Sáenz de Ynestrillas se ha visto beneficiado de la decisión del juez que le ha levantado la incomunicación; ya se le puede visitar.

El Pleno del Tribunal Supremo ha decidido no admitir la querella de Amaika sobre la sentencia por la bomba de «El Papus»; las cosas quedan como estaban.

Y así, con ese ánimo, se va uno al festival rock de Usera para rodearse de quince mil posibles víctimas de aceites adulterados, de disparos fortuitos, de bombas programadas o de golpes previsibles.

José Hierro.

A la salida, aturdido por los gritos y los decibelios, tensa ante tanto despliegue de relajamientos, decido comprar un libro de José Hierro, que hoy misma ha recibido el premio Príncipe de Asturias de Literatura: una obra desde hace años espléndida que ahora se publica como se debe. El día, al final, se le ha arreglado a uno. ■

5

Y metido ya en follones colectivos, hay que ir al festival anti-OTAN que durante todo ■ día se va a celebrar en la Casa de Campo de Madrid. Los que cuentan estas cosas dicen que hemos ido cincuenta mil.

Pero no todas las cifras son halagüeñas: son ya cin-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

cuenta y ocho los muertos por ingerir aceite adulterado. Los informes que van conociéndose sobre el tema (aunque no provengan de Sancho Rof) dicen además, que la cuarta parte del aceite de oliva que consumimos los españoles no proviene de la aceituna. Y que hay dos marcas más de aceites conocidos que no deben consumirse.

Es estupendo, hoy domingo, que no haya «De costa a costa», el programa radiofónico de Luis del Olmo. De vez en cuando dedica el hombre la jornada a hablar de las condiciones en que se encuentran los alimentos que nos zampamos. Son mañanas tenebrosas; llega uno a la conclusión de que la muerte por inanición es preferible por controlable. Como la cosa siga así nos vamos a quedar sin pobres que son los que siempre se empapuzan lo peor.

No están los del Gobierno dispuestos a ir al campo a oír el programa de Luis del Olmo, aunque Iñigo Cavero ya ha dicho que no le gusta un pelo eso de que por la radio se hable normalmente de cosas que nos importan: cuando lo del orgullo «gay», se dejó el micrófono abierto al tema e Iñigo Cavero se llevó un disgusto muy gordo. Es, como se sabe, el ministro de Cultura.

Los demás ucedeos están ahora muy preocupados con la asamblea provincial madrileña que se celebrará la próxima semana. El que surja como nuevo presidente de Madrid parece tener una importancia fundamental y andan tirándose nombres unos a otros; Calvo Sotelo quiere colocar a su concuñado en el puesto. No aparece todavía su foto en los periódicos pero uno se lo imagina gordito y bien trajeado.

Lo contrario de esos cinco detenidos como posibles implicados en la manipulación, distribución y venta ilegal del aceite de colza desnaturalizado; son caras feas como las de todos los detenidos que retratan. Pero se dice que el negocio del aceite fraudulento produce tres mil millones de pesetas al año. Y en esas caras no hay tantos billetes. Se nota. El dinero se les notaría.

Iñigo Cavero.

A quien también retrata la Prensa hoy es a Pere Ardiaca, que ha sido destituido como presidente del PSUC por no aceptar el eurocomunismo, es decir, por respetar las conclusiones antieurocomunistas del V Congreso que su partido celebró en enero. Sin medias otro Congreso, Ardiaca va a la calle.

Este domingo, que empezó con bucolismo anti-OTAN, acaba con la noticia de la muerte de un guardia civil y un teniente del Ejército en el País Vasco, en atentados atribuidos a ETA militar. ■

7

Los sanfermines compensarán mucho de la fatiga de leer los periódicos diariamente. En Madrid donde no hay de momento toros en la calle hay que entretenerse con otras cosas. Comprando, por ejemplo, «Gaceta Ilustrada» donde Sancho Rof ha tenido la feliz idea de culpar a los ayuntamientos de la venta ilegal del aceite tóxico; de pasada, incluso, culpa a los consumidores: «si tienen recelos, dice, que compren productos con marca».

Son ya cincuenta y nueve las víctimas mortales por neumonía tóxica. Cirilo de Vicente, del PSOE, reta a Sancho Rof a un debate público sobre el tema: quiere saber si el Gobierno está en condiciones de garantizar que no hay más productos alimenticios adulterados en España.

Pero la televisión no está para esas cosas; dice, sí, que se ha rechazado el recurso de súplica contra los tres guardias civiles implicados en los sucesos de Almería. Pero hay letras pequeñas de los periódicos que la televisión no lee:

Por ejemplo, que los abogados defensores de esos tres guardias civiles aseguran que la Prensa es la culpable de lo que les está ocurriendo porque difunde datos falsos.

Por ejemplo, que el sacerdote Francisco Carballo le han caído seis meses de prisión y 20.000 pelas de multa en el juicio que empezó el día 2.

Y, por ejemplo, que un policía nacional, al parecer embriagado, hirió a tiros a dos personas (una de ellas, gravemente) a la salida de una discoteca de Azuqueca, cerca de Guadalajara. ■

8

Mientras ocurrían esas cosas no nos enteramos bien de que el Juzgado Central de la Audiencia Nacional decretó el lunes la puesta en libertad del comandante Sáenz de Ynestrillas. Lo sabemos mejor hoy por el recurso interpuesto por el fiscal de esa Audiencia. Mientras se aclara el asunto el comandante deberá continuar en prisión provisional.

Al mismo tiempo un coronel de Caballería y un capitán de Intendencia de la Armada, que fueron vistos en el Congreso vestidos de paisano, el famoso 23-F sin que nadie sepa qué hacían allí, se han reintegrado a sus puestos. La llamada normalidad, pues, vuelve a su silencioso cauce. Hasta que estalle.

Como el obispo de Tenerife, que dice que no. Que a él no le gusta el auto sacramental de Calderón «La cena del rey Baltasar» y que no se representará en una iglesia de su isla, aunque se haya puesto en pie en otras basílicas españolas. Si al hombre no le gusta, hace bien, qué caramba: los cómicos y Calderón que se busquen otras plazas. Lo ha dicho con contundencia, sonoramente.

En cambio, las conversaciones que los cuatro partidos mayoritarios vienen manteniendo para lograr su pacto autonómico, no trascienden. Han estado los hombres meditando en silencio durante una semana; parece que no se ponen de acuerdo en lo que al sistema electoral se refiere. Sin embargo, quieren hoy dejarlo todo acabado. Sabremos algo más adelante. ■

9

De las autonomías, al menos. De la situación alimenticia en España, en cambio, no sabremos lo que a Cirilo de Vicente le interesaba porque Sancho Rof ha dicho que él no se pone ante unas cámaras de televisión para esas cosas, que ya de vez en cuando se deja caer por el Parlamento para contestar algunas preguntas

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

pero que servir de estímulo publicitario al PSOE y a Ciriaco de Vicente en particular, que no, de ninguna manera, vaya.

Y eso que la cifra de muertos asciende ya a sesenta.

Los ministros que se ven obligados a viajar no pueden estar presentes en lo que ahora, al parecer, más les importa: los conflictos internos de UCD, que Alfonso Osorio, en la Universidad de verano de Santander ha calificado de muy graves: UCD está rota y bien rota por mucho que digan y disculpen los propios acedeos.

Uno de los ministros viajeros es Pérez Llorca que se ha largado a Washington para charlar con Haig y Reagan sobre las relaciones entre su país y el nuestro; el actual acuerdo caducará el 21 de septiembre y hay que ir preparando el siguiente. Sobre todo ahora, con lo de la OTAN, que Javier Rupérez en un noble gesto democrático, dice que es irreversible: que entraremos de todas, todas.

Ciriaco de Vicente.

Hay cosas, claro, muy fáciles de predecir. Otras, en cambio, no tienen desenlaces tan seguros. En qué acabará, por ejemplo, la investigación que ha iniciado la policía sobre el tráfico de armas recién detectado y que, según algunas fuentes, nada tiene que ver con el comandante Sáenz de Ynestrillas, aunque sí con militantes «ultras» que pensaban crear «comandos de acción». En la investigación policial figuran ya varios nombres, algunos vinculados al Frente de la Juventud o a Fuerza Nueva. ■

10

Las conclusiones que hoy la Policía ha presentado al juez respecto al comandante detenido, le acusan de intentar adiestrar un comando de 50 personas. Desde que fuera absuelto por su intervención en la llamada «operación Galaxia», Sáenz de Ynestrillas no ha cesado en sus actividades involucionistas, manteniendo contactos con personas civiles y militares próximas a la extrema derecha: entre esos nombres figura de nuevo el de José Antonio Girón. ■

11

Si no fuera porque con estos calores que van apretando se le quitan a uno las ganas de casi todo, me reiría. Supongo que usted también. Hay tanto lenguaje crítico, tantas palabras inútiles, tantas vueltas y revueltas sobre las cosas más obvias, que uno se indigna o se ríe. Por ejemplo, además de cuanto ya se sabe, hoy va el ministro de Cultura y dice que le parece muy mal que en Televisión se haya proyectado «Padre y patrón», la excelente película de los hermanos Taviani que ganó la Palma de Oro en el Festival de Cannes y que cualquier estudioso del cine consideraría entre las obras más destacadas de la cinematografía de los últimos años. Lo que ha sido un alivio para la cultura del país, es decir, que Televisión se ponga al día y se abra a criterios varios, le parece mal al ministro. Y luego, escarbando, resulta que lo que no le gusta nada a la complicada UCD de nuestros días es la Televisión que ha organizado Castedo y que quieren cambiarlo por otro director general templadito y obediente. Que quieren, vaya, que en la Televisión no se respire más actualidad que la que ellos autoricen.

Como en los cines de este mes, que reponen sin cesar viejas películas, tan baratas para los negociantes, tan fraudulentas en su mayoría. O como los desmentidos de Pérez Llorca, que parecen también de otros tiempos; primero se dice que en Bruselas se entrevistaría con Joseph Luns, el secretario general de la Alianza Atlántica. Luego, claro, se dice que no, aunque al mismo tiempo el Gobierno declara que quiere acelerar nuestra integración en la OTAN, convocando incluso para el próximo mes de agosto una reunión extraordinaria del Parlamento, y aunque Oliart, por su parte, vaya diciendo que la OTAN protegería nuestra democracia.

Felipe González, repuesto de las fiebres extrañas que importó de sus últimos viajes, se entrevista ya con Calvo Sotelo para ultimar el «pacto autonómico»: se han propuesto dejarlo todo bien firmado para finales de mes. Martín Villa, por lo tanto, corre a tranquilizar a Pujol, uno de los más críticos del informe Enterría, al que califica de «recortador de las autonomías».

Pero el personal no tiene mucho interés por el tema. Las calles de Madrid se han llenado de carteles anunciando la convocatoria de Fuerza Nueva para el próximo 18 de julio que, a partir de hoy, van a tener que ser rectificados, puesto

Fernando Castedo.

que la Junta de Gobierno de la Diputación madrileña ha denegado el permiso para celebrar ese acto en la Plaza de Toros de las Ventas, aunque Fuerza Nueva hubiera adelantado ya medio millón de pesetas por el alquiler. Blas Piñar quiere recurrir incluso ante el Rey. Precisamente de Juan Carlos era el retrato que ha sido quemado en Sancejo (Sevilla) por un grupo ultraderechista que hizo luego sus clásicas pintadas dando vivas a Tejero y a Fuerza Nueva. ■

12

La convocatoria del 18 de julio se traslada a Guadalajara, pero tampoco parecen allí muy conformes. Opinan los demócratas que no es precisamente la fecha que inició la guerra civil un acontecimiento a celebrar con fiestas; los fuerzanovistas, sin embargo, insisten, enrareciendo un ambiente ya enrarecido. Calvo Sotelo no parece, sin embargo, preocupado: ha afirmado a la agencia norteamericana UPI que no cree en la posibilidad de otro golpe de Estado.

La ultraderecha ha interve-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

nada también en el entierro del guardia civil retirado, que mató la ETA el pasado viernes en Basauri. Sus gritos querían ser callados por los familiares de la víctima: «Callaros, cerdos; hemos venido a enterrar a nuestro padre.» Las actividades terroristas en el País Vasco continúan ahora con los ataques a las estaciones y subestaciones de Iberduero. Tres nuevos artefactos estallaron ayer sábado en la de Hernani. ■

13

Mientras se cuenta que el Papa está mejor de salud, gracias, los periódicos dan hoy la noticia de que por fin consiguió el cargo de presidente provincial de UCD de Madrid el concuñado de Calvo Sotelo, Miguel Doménech que, además, es abogado de Salvador Dalí: bastarían, digo yo, los problemas del pintor para ocupar a un abogado durante todo el día.

De reuniones y congresos, sin embargo, va la cosa. La IV Conferencia Nacional del PSUC ha aceptado definitivamente el término «eurocomunismo»: los prosoviéticos se irritan y defienden a Pere Ardiaca; pero no hay nada que hacer.

Como posiblemente tampoco por esos tres mil familias afectadas por lo que se llama el escándalo Promotora, empresa que comenzó a cobrar en 1975 unos pisos que aún no han sido construidos: doscientos afectados por el fraude se han encerrado en una iglesia madrileña.

Iñigo Cavero se escandaliza otra vez. Lleva un mes terrible: el debate televisivo de hace unos días entre Susana Estrada y Martín Vigil tampoco le ha gustado y protesta.

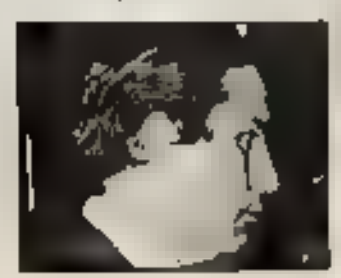
Y protesta también el dos por ciento de los electores españoles porque no le autorizan la celebración del 18 de julio. «El Alcázar», contestando a un editorial de «El País» dice que el 18 de Julio de 1936 no fue una carnicería, aunque nombres como el de Paracuellos del Jarama o el recordatorio de los itinerarios de las checas de Madrid y Barcelona pudieran suponerlo así: fue el holocausto de lo mejor de nuestro pueblo –héroes, mártires, santos...– para que España pudiera vivir en paz y progresiva prosperidad durante ocho lustros.»

Y uno se queda perplejo ante todo: por la muerte por disparos de la Policía de ese muchacho de diecisiete años que intentaba robar un coche y fue denunciado telefónicamente por un vecino de enfrente.

O, en menos medida, por la sorpresa que dicen haberse llevado los gobernadores civiles del País Vasco ante las conclusiones del informe Foessa, que señala un alto independentismo. Carandell, en «Diario 16» bromea sobre esa sorpresa: «No tiene nada de extraño, dice, que después de las cosas que han sucedido, después de la carrera de casos «atípicos» que llevamos, la gente tenga ganas de independizarse de los que los causan, de los que los toleran. A lo mejor, señores gobernadores, señores gobernantes, a lo mejor lo que quieren es separarse, simplemente, de ustedes.» ■

15

Y sigue uno perplejo ahora por las declaraciones de Sancho Rof que, acompañado de los ministros de Economía y Comercio, Agricultura y Pesca, ha dado una breve conferencia de Prensa: el Gobierno declina toda responsabilidad en el caso del aceite adulterado; incluso se felicita por el buen resultado de las investigaciones habidas hasta el momento, anuncia un libro blanco sobre el tema y eso es todo. Ese mismo día, sin embargo, se sabe que una empresa (Itehache), que refinó aceite de oliva, lo hizo con conocimiento de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes. El PSOE, por lo tanto, considera a Sancho Rof un peligro público, según declara su comité federal de Madrid.



Jesús Sancho Rof.

Y perplejo sigue uno cuando se entera de que un grupo de jóvenes ultraderechistas que pegaban carteles convocando a su personal para el dieciocho de julio (que por fin va a celebrarse en Aranjuez, ya que en Guadalajara tampoco han querido) eran pasar unos minutos repletos de chanelas antes que acudir a Madrid y comenzó a tirar piedras y cócteles Molotov: lo normal que se tiene para pegar carteles.

Al día siguiente con la noticia del rechazo del Consejo Supremo de Justicia Militar a la petición de procesamiento de los 200 guardias civiles que asaltaron el Congreso: hace suponer esta decisión a muchos periodistas que hubo un pacto con Tejero por el que no habría que procesar a los guardias civiles sin graduación. ■

16

Al mismo tiempo, el comandante Sáenz de Ynestrillas sale ya en libertad sin procesamiento: la Audiencia Nacional ha desestimado todos los recursos: «Con tal decisión, creemos que la judicatura ha interrumpido, o cuando menos retrasado, la investigación a fondo necesaria para determinar las implicaciones reales del comandante Ynestrillas en intentos de subvertir el orden constitucional», dice «Diario 16».

El ayuntamiento de Aranjuez tampoco quiere que se celebre en su ciudad el famoso 18 de julio. Pero no va a poder impedirlo. Allí han pasado mañana.

No tiene fecha, sin embargo, el proceso de doce funcionarios de la cárcel de Herrera de la Mancha, entre ellos el director, por posibles torturas a los presos; es el resultado de la querella presentada por 30 abogados madrileños en octubre de 1979. ¡Casi dos años después!

Otra obviedad comienza a debatirse estos días en la asamblea madrileña del PCE previa al próximo Congreso: el mar de fondo creado por el «manifiesto para un eurocomunismo renovador» no es aplacado por el informe de Sánchez Montero, que se aprueba por los pelos. Los renovadores y los prosoviéticos están dispuestos a establecer espurnas y provisionales alianzas de voto con el fin de conseguir la renovación imprescindible del partido.

Televisión habla con cierta amplitud de este tema; se supone que ello habrá indignado aún más a los moderados que están dispuestos a cargarse a Carrillo. Se habla ya incluso de su sustituto, el actual embajador en México, Eduardo Peña Abizanda, cuya vinculación profesional con medios de comunicación empezaría precisamente dirigiendo la radio y televisión estatales. Para apoyar más su decisión de que Carrillo tiene que ir a la calle (y Carrillo, por su cuenta, se

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

niega a dimitir), los ucedeos han encargado una encuesta para saber qué le ha parecido a los españoles el debate entre la Estrada y Martín Vigil: quieren, naturalmente, que el resultado sea de muchísimo escándalo. Pero es probable que no sea así: no todo el mundo vale para ministro de Cultura.

No hay encuesta, sin embargo, para saber si el país se escandaliza con la noticia que hoy, en primera página, publican los periódicos: se ha exhumado uno de los cadáveres de los tres jóvenes muertos en Almería: aparecen cinco balas en su cuerpo, repartidas entre el corazón y los pulmones. La noticia, que no varía la sensación de grave escándalo que el suceso tiene desde su origen, deja a todos, sin embargo, con un inquietante sabor de boca.

Ni se oyen ya las explosiones de los seis artefactos que han destruido otras tantas instalaciones de Iberduero en Guipúzcoa. ■

18

Y hoy, por fin, se celebra la fiesta ultra en Aranjuez. Hay gente que no quiere salir de sus casas, atemorizados ante la idea de que después de la fiesta algunos grupos incontrolados aparezcan por las calles gritando y provocando. Su miedo les hace fuertes.

Algunos sí salen. Cinco heridos ha provocado la bomba que estalla por la noche en la madrileña plaza de Olavide, aquello que tenía un hermoso y viejo mercado de abastos cuyo edificio servía para múltiples cosas, pero que el alcalde García Lomás destruyó para hacer un frío y ridículo aparcamiento de coches. ■

19

Por mucho que madrugo, no encuentro ya «El Alcázar»: los demás periódicos dicen que en la fiesta de Aranjuez se dieron gritos a favor de Tejero y en contra de la Constitución. Relatan también la explosión de Olavide sin precisar quiénes pueden ser los culpables.

Dicen también que la conferencia del PCE ha aceptado que existe lo que ya existía: corrientes organizadas de opinión. Aumenta, por lo tanto, la expectación por el Congreso: qué fuerza tienen esas corrientes, qué dirá Carrillo, en qué acabarán los votos.

Mientras tanto, todo sigue normal: el ministro francés del Interior, Gaston Deferre, asegura que no habrá extradiciones de refugiados vascos en Francia; dice el ministro que el combate de estos es de carácter «político».

Y se descubre también que el que fuera director del Instituto Nacional de Consumo desde marzo de 1978 hasta junio de 1979 había suscrito con anterioridad acciones de RAPSA, la firma que vendió a RAELSA de Alcorcón 110 toneladas de aceite de colza desnaturalizado. Sancho Rof no dice nada. ■

20

Ha muerto José María Pemán. Era el último escritor de una especie ya desaparecida en la que el liberalismo (o el derechismo) político no eliminaba el buen hacer, el gracejo y la cultura. Estuvo en todo y a todas, casi siempre perspicaz,

José María Pemán.

en ocasiones equivocado, pero atento y sensible, a su manera, al paso del tiempo, sin encorsetarse en exceso. Hace años le entrevistamos para TRIUNFO; era un hombre afable, que tenía tiempo para perder con los amigos: nunca sabré de dónde sacó tantas horas para leer, tantos ratos para hacer teatro, libros y artículos. Es posible que hoy sea Pemán el autor más desconocido por la gente joven de España. ■

22

La decisión de los reyes de España de no acudir a la boda real inglesa porque el nuevo matrimonio piensa iniciar su viaje de bodas en Gibraltar, es la noticia más aparatosa del día. Los periódicos elogian la postura de Juan Carlos y Sofía entendiendo que en el contencioso sobre la roca, la visita de los protagonistas de la «boda del año» es un desafío, una tonta provocación.

Las demás cosas, claro, siguen su curso: los partidos mayoritarios volverán a reunirse hoy para hacer una lectura conjunta de lo que llaman nada menos que LOOPA, una de las siglas más feas de los últimos tiempos: Ley Orgánica de Ordenación del Proceso Autonómico; palabras y palabras que tienen expectantes a los nacionalistas vascos y catalanes. Garaikoetxea, que se entrevistará la próxima semana con Calvo Sotelo, piensa entregarle un documento de réplica al segundo informe de la llamada comisión de expertos y que otros bautizan solamente como informe García de Enterría, y sobre el que han trabajado los partidos que firmarán el pacto autonómico. ■

23

Días antes de que la gasolina suba tres pesetas más, los pilotos de Iberia anuncian un plante para el próximo fin de semana si no consiguen los aumentos previstos o una disminución de su trabajo. La carretera, por su parte, tampoco está bien: como en años anteriores los agricultores franceses vuelven a derribar los camiones españoles que atraviesan el Midi.

Por carretera, aunque española y a temprana hora, trasladan a 117 etarras que permanecían en la cárcel de Carabanchel de Madrid; su nuevo destino es el penal del Puerto de Santa María: la mala prensa de la cárcel de Herrera de la Mancha no la hacía aconsejable, dicen, como posible destino. La decisión del cambio estaba tomada hace unos meses, según declaran sus responsables.

Es nueva, en cambio, la orden de la Audiencia Nacional para que continúen las investigaciones sobre el asesinato de Yolanda González. El juez Varón Cobos, el mismo que libertó a Yuestrillas hace unos días, debe ampliar el sumario hasta averiguar las complejas implicaciones del caso: no basta con saber quiénes mataron sino cuántos y por qué están detrás del asunto.

Preguntas que no se contestan, de momento, en el asunto del mortífero aceite adulterado, que hoy alcanza ya la cifra de

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

75 muertos. Continúan los periódicos acusando de desidia a los organismos oficiales que no se extrañaron en su día del aumento de las importaciones de aceite de colza: de 505.720 kilos en el año anterior, la cifra ascendió a 682.320 en este año. No preguntaron a dónde se destinaban tantos kilos ni por qué hacían falta. ■

24

Ahora, con la cosa del verano, está la gente intentando enterarse lo menos posible de las cosas. El personal quiere irse de donde está, cambiar de aires, respirar ignorancia. El ambiente raro, preocupante y tenso de la ciudad sólo deja tiempo para lo inmediato. Parece que fuera de ella uno se entera menos de todo. Es una ilusión óptica: noticias como la de que los tres cadáveres de Almería tienen impactos de bala no dan opción a escaparse a ningún sitio. No vale entretenerse con la noticia de que Urtain ha regresado al trabajo, ahora como luchador de catch y que tuvo una escandalosa derrota en su presentación en Oviedo, hace unos días. No vale tampoco entontecerse con las cursis y ridículas notas sobre la inminente boda del príncipe Carlos con la chantillosa Lady Diana aunque media Prensa provoque el «boom» de la noticia y la otra media hable de ese «boom». El largo proceso de Almería es una de las pruebas de fuego que este país tiene consigo mismo.

Por su parte, el PCE tiene otra prueba particular: el discurso de Carrillo en la séptima conferencia de Madrid ha indignado a los renovadores, algunos creen que es inevitable su sustitución. El próximo Congreso, dentro de unos días, tendrá la palabra.

Como la tendrá, por su lado, el Gobierno francés en lo que se refiere a las extradiciones de refugiados vascos. Mauroy ha desmentido a Gastón Deferre: el gobierno declara no ha tomado aún decisión alguna sobre el tema y lo que el ministro del Interior opine, no es vinculante. De todas formas, Deferre vendrá a Madrid a fines de mes para tratar la cuestión con el Gobierno español, que por esas fechas andará todavía probablemente revuelto con sus problemas de UCD: treinta y nueve democristianos han enviado hoy una carta al presidente del partido, Rodríguez Sahagún, indicando que van a constituirse en «plataforma moderada»: apoyan a Calvo Sotelo, sí, al que les gustaría llevarse a sus filas, pero critican el libertinaje de la política ucedea, atacan sobre todo la «línea de Suárez». Llevan tiempo estos «críticos» insatisfechos con la obra de su partido.

Como tiempo lleva Ediciones Amaika insistiendo en la blandura de la condena recibida por los tres agresores que colocaron la bomba en «El País», han recurrido ahora al Tribunal Constitucional. ■

25

Uno de los cadáveres de Almería, calcinado, no pesa más de veinte kilos, no se comprende, además, por qué presenta amputados sus miembros. El director general de la Guardia Civil ha declarado, sin embargo, que él apoya totalmente la primera versión oficial y que, de haber alguna actitud «errónea» por parte de los tres guardias civiles implicados en esas muertes, será la Justicia quien lo dirá. El juez instructor del caso ha denegado, precisamente hoy, el careo que ha solicitado la acusación particular entre esos tres guardias civiles y los pescadores deportivos que se ofrecieron, al parecer, a apagar el incendio del coche en el que habían viajado los tres jóvenes santanderinos hasta Almería: según su versión los guardias civiles no les dejaron hacerlo asegurando que sus ocupantes no estaban ya en el interior.

Ante la fuerza de estos nuevos datos, pasa muy a segundo término la declaración de Rodríguez Sahagún diciendo que no se tolerarán corrientes internas en UCD. Corrientes, en este caso, más conservadoras aun que el partido mismo, indignadas por la Ley del Divorcio, por el retraso en el ingreso en la OTAN, por la escasa ayuda económica a los colegios privados religiosos, por la marcha actual de Televisión Española, por todo aquello, en fin, que deteriora sus privilegios. Evidente opción electoralista para 1983, la Plataforma Democrática tiene, además, el mal gusto de la inoportunidad.

Pasa desapercibida entre otras cosas, la pequeña noticia que da cuenta del intento de fuga de una mujer detenida por la Policía y acusada de haber asaltado más de cincuenta peluquerías. Arrojándose por una ventana desde las dependencias de la Dirección de Seguridad del Estado, en la Puerta del Sol de Madrid, se ha fracturado un tobillo y presenta diversas contusiones. ■

Santander. Exhumación de cadáveres en el «caso Almería».

26

«Estamos en plena guerra», ha dicho el teniente general Fernández Posse, capitán general de la VIII Región Militar, en la ofrenda al apóstol Santiago que, en nombre del Rey ha pronunciado ayer. «Una guerra, dice, especial, subversiva, sucia, pero guerra. Están tratando de destruir nuestros valores espirituales y morales, adentrándose en todos nuestros estamentos sociales, llegando a la exhibición y ostentación de las más bajas lacras y pasiones. Es un enemigo tenaz que se infiltra en la Prensa, la Radio y la Televisión; en la Iglesia, en la escuela, en la Universidad, en el cine en el arte y en la cultura (...) Su objetivo es crear el miedo, el terror, empobrecer las economías, destruir moral y físicamente a los ciudadanos y a las naciones, y el momento oportuno para ello es cuando ven que empiezan a consolidarse las libertades.»

Inspirado claramente en las más oportunistas consideraciones de la extrema derecha el teniente general ha creado un grave problema al pronunciar, en nombre del Rey, palabras que el Rey nunca pronunciaría. Los partidos políticos parlamentarios han hecho pública su extrañeza y preocupación por ese texto, que Fernández Posse debe enviar ahora al jefe del Alto Estado Mayor del Ejército, teniente general Gabeiras quien hace unas semanas declaró que «las Fuerzas Armadas están al servicio de la Constitución».

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

27

Se sabe que tanto el Rey como el Gobierno desconocían los extremos de la ofrenda al apóstol Santiago. El teniente general autor y lector de [illegible] misma, debe acudir a Madrid. ■

28

Donde empieza el X Congreso del PCE. Santiago Carrillo está preocupado por [illegible] distintas opiniones de estrategias que encuentra en su partido: «El que demos una imagen interna de luchas por el poder nos hace correr el riesgo de que la opinión pública crea que el sistema de partidos no sirve». De cualquier forma, al secretario general del PCE los conflictos internos [illegible] parecen sólo consecuencia de la insatisfacción personal de algunos: «Ellos, que se han partido la cara luchando contra el fascismo, no están en el Parlamento, mientras sus propios compañeros de curso, que se pasaron toda la clandestinidad sin dar ni golpe pues resulta que ahora son diputados socialistas. «Este espíritu es [illegible] que Carrillo ha llevado a su discurso en el Congreso, atacando a los «afganos» y renovadores. Tres titulares de «Diario 16» sintetizan el discurso: «Los afganos son un grupo sectario y dogmático que actúa como un partido distinto dentro del PSUC». «Los que hablan contra los líderes, aspiran, generalmente, a ser líderes ellos mismos». «Rechazo de plano que la renovación represente la barrida indiscriminada de la «vieja guardia» del partido». A puerta abierta, y con un reciente García Salve expulsado del Comité Central por sus declaraciones prosoviéticas, el Congreso pecero llena páginas enteras de los periódicos, atentos unos a sus resultados, morbosamente escandalizados, otros.

También en Madrid, y cerca de la plaza de Olavide donde el 18 de julio estalló un artefacto, un joven de 23 años ha sido tiroteado hoy por los ocupantes de un coche que no querían apartarse para dejarle paso. Es un hecho aparentemente menor, pero sorprendente de cualquier manera. ■

29

Fernández Posse, ya en Madrid se ha mostrado sorprendido por la repercusión de su ofrenda, afirmando que las Fuerzas Armadas deben mantenerse al margen de cualquier actitud política y que para él «es normal» respetar y obedecer al Rey.

También se extrañan y se preocupan los de UCD por la repercusión que ha tenido la carta «de los 39». Hubiera sido preferible, dicen, que estas divergencias [illegible] hubieran estudiado previamente en el interior del partido. Los de la autodenominada «plataforma moderada» continúan haciendo declaraciones, con Óscar Alzaga a la cabeza. Opiniones que se entrecruzan en textos periodísticos.

William Wyler.

Otro texto, publicado hoy en «El País» hace referencia a la reciente Ley de Reserva Activa. Está escrito por un capitán del Ejército quien, entre otras consideraciones sobre dicha ley, desmiente los rumores que al parecer circulaban sobre la muerte de Marcelo Aramendi, general que había tomado parte importante en la firma de esa Ley y que tenía en la mesa de su despacho, cerca de la pistola con la que perdió la vida, un panfleto contrario a su promulgación.

Son textos que se pierden entre las páginas de los periódicos, abarrotados con noticias sobre la famosa boda del año, del siglo o de no sé qué, celebrada hoy y que ha cubierto igualmente una emisión extraordinaria de Televisión Española. En titulares menos ostentosos, pero también importantes, aparece la noticia de la muerte de William Wyler, uno de los grandes clásicos del cine de Hollywood, autor carrapinto y «sin estilo» que había filmado, no sólo «Ben Hur», como se destaca, sino muchas otras películas de menos impacto popular, pero mejores: «La loba», «Los mejores años de nuestra vida», «La heredera», «Cumbres borrascosas», «El forastero»... Tenía 79 años de edad. ■

30

No era tan menor el incidente madrileño de hace dos días cuando dispararon a un muchacho desde un coche un grupo de personas que no querían apartarse del camino. Investigando sobre el hecho, la Policía ha detenido a seis ultras, acusados de distintos actos violentos, entre ellos los asesinatos de un mendigo y un supuesto drogadicto, la colocación de la bomba al diario «El País» que costó la vida a un empleado y también de las bombas que explosionaron en el Club de Amigos de la Unesco, y hace unos días, en la plaza de Olavide. Entre los detenidos figura el antiguo presidente del Frente de la Juventud. No se publican sus declaraciones.

Las bombas que siguen siendo actualidad son las que atentan contra las instalaciones de Iberduero en el País Vasco. La campaña «aplastar Lemóniz» continúa en vigor. Iberduero ha avisado ya de la posibilidad de restricciones de servicios por culpa de esas destrucciones.

A Madrid sigue llegando de momento la luz. ■

31

O es un decir. Se eleva hoy la cifra de 84 muertos por ingestión de aceite tóxico.

Algunos cuestiones autonómicas continúan, también, ocurriendo. Garaikoetxea regresa hoy al País Vasco tel puerto de Pasajes se ha quedado sin suministro eléctrico), satisfecho de su encuentro con Calvo Sotelo: el gobierno vasco sigue considerando que se ha dado un importante frenazo autonómico. Sin embargo, se firmará hoy mismo el pacto que, contra reloj, han estudiado en los últimos días Felipe González y el presidente del Gobierno español. Han sido ya solucionadas las diferencias que mantenían; una de ellas, la de las elecciones para las diputaciones provinciales, se ha arreglado a gusto del PSOE: eligiendo a los diputados provinciales por sufragio universal directo.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

Santiago Carrillo.

No a gusto de todo el PCE, sin embargo, se ha aprobado el informe de Carrillo: un 30 por ciento de abstenciones y votos negativos señalan la mayor derrota que el secretario general haya recibido nunca. El ambiente se tensó espectacularmente ayer mismo cuando Vicente Cazcarra acusó a los renovadores de pretender un partido socialdemócrata: abucheos y silbidos corearon su actuación.

La noticia más sorprendente del día, no obstante, se encuentra en la muerte que ha encontrado uno de los altos detenidos ayer. Se ha arrojado por una ventana de las dependencias policiales de la Puerta del Sol, estrellándose en la calle. Se trata de Tomás Antón Torregrosa, de 57 años. Pesaba más de 100 kilos. ■

AGOSTO

1

Calvo Sotelo ha asegurado que se nombrará a un único responsable del consumo alimentario, que ordene de una vez la dispersión legal actual sobre el tema. Será bueno que así sea: tendrá a uno sólo que dimitir. Ahora, con la cadena de dimisiones que se exige desde distintas tribunas populares, se quedarían sin varios ministros. Calvo Sotelo, firmado ya el tan discreto pacto autonómico, se va de vacaciones.

Mucha gente se va de vacaciones, y se queda uno aquí, en Madrid, expuesto a cualquier cosa sin hombro en que llorar o risas que compartir. Casi no tengo con quién comentar –por si logro enterarme bien de las cosas– la importancia que puede llegar a tener ese 15 por ciento de puestos conseguidos por los renovadores en el nuevo Comité Central del PCE, aunque continúen Dolores Ibárruri como presidenta y Santiago Carrillo como secretario general. ■

2

Ni a quien pedir prestado algún libro de Alvaro de Laiglesia, que ha muerto hoy en Londres. Recuerdo haber leído títulos suyos cuando mozo: más tarde, no. Tengo más presente su vieja polémica con Miguel Mihura cuando éste le escribía cartas abiertas discutiéndole su forma de entender «La Codorniz». Mihura recomendaba cambiar el gesto agrio que la revista había obtenido bajo la dirección de Laiglesia y volver al primitivo aire inocente y apolítico (según Mihura) que la revista tenía cuando él la fundó y dirigió. ■

3

No sé si Calvo Sotelo preparará contento sus vacaciones, pero los partidos nacionalistas critican duramente la firma del pacto autonómico por haberles mantenido al margen de las discusiones y, naturalmente también, indignados por el resultado del pacto.

Ignoro también el buen humor de Fernández Ordóñez para el viaje que hace a París, para hablar sobre las extradiciones de toda la vida. ■

4

Pero no regresa disgustado. Algo irónico, quizás. El Gobierno francés perseguirá los delitos cometidos en su territorio relacionados con otros cometidos en España. Supongo yo que también perseguirá los delitos que no se relacionen con nosotros, pero, como digo, Fernández Ordóñez ha vuelto socarrón diciendo que estos franceses son la monda. ■

5

Los americanos no lo van a la zaga. Consiguen que su dólar valga más de cien pelas. Se acabaron, por lo tanto, los viajes. A quedarse en casa, preocupado siempre por lo que se come claro está: en Lérida han descubierto ahora un matadero clandestino.

Los pescadores deportivos del club El Palmeral de Almería están indignados por las declaraciones del abogado defensor del teniente coronel Castillo Quero, uno de los acusados por las muertes de los tres jóvenes santanderinos. Según éste los pescadores son unos mentirosos por decir que quisieron ayudar a sofocar el incendio del coche. Las oscuridades de Almería continúan siendo, pues, noticia diaria: hoy mismo también, el colegio de abogados de Almería abre un expediente al acusador particular Darío Fernández; dicen unos que por ciertas negligencias, otros que por dar demasiada publicidad a sus gestiones; de cualquier manera, llueven los editoriales periodísticos reclamando facilidades para quien como Darío Fernández lucha desde hace meses por aclarar medianamente al menos, lo sucedido.

Libertad que también se reclama para el fotógrafo valenciano Francés Jarque, que ingresa en prisión para permanecer allí durante un mes y un día por agredir a la fuerza pública. La versión del fotógrafo es otra: fue él el agredido cuando se negó a entregar a la policía las fotografías que había hecho durante una manifestación ecologista no autorizada en 1978.

Hay relevos en los altos cargos militares a raíz de la reciente Ley de Reserva Activa: los capitanes generales de Sevilla y Valladolid pasan, como el general Lobón Valverde hasta ahora fiscal de la causa que se sigue sobre el 23-F a ■ reserva activa. Lobón es sustituido por el general Claver. ■

6

Día de cifras: los 39 de la Plataforma Moderada aumentan con la adhesión de 31

Hiroshima, 36 aniversario.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

senadores y algunos otros: son ya setenta. Cinco de los detenidos ultraderechistas ingresan en prisión.

Hace treinta y seis años de la bomba de Hiroshima. ■

7

Naturalmente, el abogado de los sucesos de Almería recurre contra su expediente ante el Consejo General de la Abogacía. Y el nuevo fiscal de la causa abierta por el 23-F respeta las conclusiones de su antecesor considerando los hechos sólo como constitutivos de delito de rebelión militar con solicitudes de penas de hasta treinta años.

El Gobierno y el PSOE han llegado también a un acuerdo económico sobre el Ayuntamiento de Barcelona que los barceloneses ignoraban; y se indignan. Sobre todo porque consideran que los acuerdos implican la sustitución de Jordi Pujol.

Pero son más drásticos los del PNV considerando a los socialistas «traidores a la causa vasca» por su firma en el pacto autonómico. Los partidos catalanes proponen, por su parte, la firma de unos acuerdos contra ■ pacto autonomista PSOE-UCD. ■

8

Y entre dimes y diretes continúa este agosto infernal de calores que dicen que ofrece poca actividad política porque el personal parlamentario se ha ido de playas y relajos. Salen a veces por la televisión explicando en qué ocupan su tiempo de ocio. No importa mucho. Tiempo libre tiene también, a partir de hoy, el ultraderechista José de las Heras que ha sido puesto en libertad; la policía le había detenido acusado de poner en contacto a los miembros de la banda armada con una persona, que decía ser guardia civil.

El paso a la reserva activa del capitán general de la II Región militar (Sevilla) ha provocado un incidente (o una ausencia de incidentes) que algunos periódicos consideran sintomático: en su discurso de despedida el capitán general Merry Gordon no hizo alusión alguna a la persona del Rey.

Ha pasado también a la reserva activa el general Pizarro, implicado en el intento de golpe de Estado del 23-F. ■

10

Sólo ciento cincuenta personas acuden al homenaje andaluz de Blas Infante, en el cuarenta y cinco aniversario de su fusilamiento. ■

11

No tenía ni idea de que una comisión del Parlamento catalán hubiera iniciado por su cuenta una investigación sobre el asalto de chorizos, macarras y demás fantasmas al Banco Central de Barcelona. Pero así era, y hoy se conocen los resultados de las investigaciones que señalan indiscutibles implicaciones políticas en el supuesto atraco; entre los asaltantes, además, se encontraban algunos agentes secretos de información estatales. El asalto formaba parte, según dice finalmente el informe, de una operación desestabilizadora más amplia. Este informe del parlamento catalán, que aparece publicado con timidez, no recibe comentarios ni discusiones.

Quizá por eso se señala hoy como acontecimiento que ya han transcurrido cien días desde que muriera la primera víctima del aceite de colza, desnaturalizado. En ese tiempo han fallecido 89 personas y se han denunciado veinte marcas legales de aceites.

La imagen de la muerte es protagonista importante del día por la noticia, de talante universal, que origina el presidente americano Reagan al decidir la fabricación de la bomba de neutrones, bomba limpia que dice, que mata sólo seres humanos.

Antes de que eso llegue –que llegará–, treinta y cuatro españoles han corrido a presentar sus demandas de divorcio: han empezado su carrera de libertad ante la indignación, supongo, de la Pentaforma moderada, que, agotado por el calor, no dice nada.

Quien sí dice es el capitán general Merry Gordon que asegura hoy ante los micrófonos de la cadena SER que acata, en posición de saludo, la Ley de Reserva Activa deshaciendo así los comentarios que surgieron ante su silencio sobre el Rey el día de su despedida.

Hoy comienza para otro general, Cruz Fernández, el paso a la reserva activa. ■

12

Quienes consideraron que, a causa de dicha Ley, se iba a dar un ligero carpetazo al sumario sobre el 23-F, quedan hoy felizmente decepcionados ya que el nuevo fiscal del caso, general Claver, ha respetado las conclusiones del fiscal anterior y pide oficialmente las penas máximas –treinta años de prisión–

Teniente general Jaime Milans del Bosch.

para Milans del Bosch, Armada y Tejero. La información, sin embargo, no llega a los españoles por un conducto oficial normal sino a través de las filtraciones de los abogados defensores. Tienen estos, a partir de hoy, cuarenta días para presentar sus motivos de defensa. El caso no está, ni mucho menos, cerrado. ■

13

Como telón de fondo está, naturalmente, el del aceite adulterado. Coincidiendo con la víctima 90, se informa hoy –trece de agosto– de la detención de un importador de aceite, Jorge Pich, ocurrido hace catorce días. Demasiados días de silencio, sintomáticos en este caso ya que a Jorge Pich se le acusa de envenenador: importaba aceite para fines industriales y no denunció la existencia de fraudes. Las noticias siguen llegando, pues, a los españoles, por vías raras e indirectas.

Como la información que facilita Europa Press sobre un documento interno de UCD en el que se habla de un pacto secreto establecido entre el Partido Socialista Obrero Español

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

y el Partido Comunista de la URSS de cara a que el primero luche contra el ingreso de España en la OTAN. La noticia cae como una bomba en el seno del PSOE: Alfonso Guerra amenaza con cortar cualquier tipo de relación con el Gobierno si éste no desmiente oficialmente la noticia explicando, claro está, su origen: las intenciones pueden ser sobreentendidas. ■

14

Pero la intoxicación de noticias no acaba ahí. Las declaraciones de Milans del Bosh, Armada y Tejero, que ahora presentan sus abogados defensores dejan perpleja a parte del país: de un lado se asegura que no hubo rebelión militar alguna; de otra, y ésta es la más sorprendente, se dice que Armada pretendía formar un nuevo Gobierno junto a Felipe González, Enrique Múgica y Solé Turá. Son declaraciones de Tejero que Armada desmiente, provocando así nuevas confusiones. De cualquier manera, resulta sorprendente que ahora se quiera dar un giro a la cuestión. En ese sentido, las declaraciones de Milans, que continúa asegurando que se actuaba en la seguridad de que el Rey conocía los preparativos del golpe, añaden confusión y desaliento. Menos mal que los vídeos que muchos españoles conservan en sus casas y la memoria clara de todos de aquella noche primera son más fuertes que estas declaraciones cuyo resultado definitivo, sigue pendiente de un juicio –y una condena– que el país necesita con urgencia.

Van leyes, sin embargo, las cosas. Hasta hoy no se ha podido estrenar la película «maldita» de Pilar Miró, «El crimen de Cuenca»; han transcurrido casi dos años desde que la directora la terminara. Primera película prohibida en tiempos de democracia (aunque no la última: «Rocío», de Fernando Ruiz, sigue pendiente de juicio; «Después de...», de Cecilia Bartolomé parece tener (o haber tenido) «dificultades burocráticas» y «La mujer del ministro», de Eloy de Laiglesia ha recibido la primera calificación «S» de la historia por cuestiones políticas al tratarse de un alegato contra la corrupción del poder y contener una caricatura de Adolfo Suárez; no fue, sin embargo, calificada como «S» la película de Rafael Gil «Al tercer año resucitó» que incluía también caricaturas de los principales dirigentes de la oposición parlamentaria; al contrario, se estrenó sin dificultad alguna y consiguió, por otra parte, un importante éxito de público.

«El crimen de Cuenca», ya en Barcelona, y dentro de unos días en Madrid viene a confirmar una ley de oro del cine: cualquier película vive más tiempo que sus censores. Excluyendo aquellos títulos «patrióticos» de los años cuarenta –«El crucero Baleares» y «Rojo y negro»– que gustaron tan poco a la autoridad del momento hasta que desaparecieron sus copias, el resto de los títulos prohibidos durante estos años han acabado estrenándose. Algunas veces, sí, con mutilaciones graves, pero no es el caso de «El crimen de Cuenca»; el éxito de público obtenido en el estreno barcelonés indica que el personal sigue defendiendo su libertad. ■

Fotograma de «El crimen de Cuenca».

15

Como la defiende Felipe González en la conferencia de Prensa que ha convocado para desmentir las insinuaciones de los golpistas de que tanto él como Múgica y Solé Turá iban a constituir, tras el golpe, un gobierno anticonstitucional: «Hay que tener mucha paciencia en política», dice. El otro asunto, sin embargo, el del posible pacto entre el PSOE y el PCUS indigna más a González: «La continuidad del consenso depende de que UCD desmienta ese supuesto pacto». «No entiendo –señala, además, Felipe– cómo el Gobierno, si de verdad cree que hemos comprometido la soberanía de España pactando con la URSS, se atreve a firmar los pactos autonómicos.» ■

16

Quizás cuando dentro de unos días UCD celebre su reunión ejecutiva haya alguna declaración sobre el tema. Sobre lo que sí se va a hablar es de Radio Televisión española: Calvo Sotelo continúa empeñado en hacer dimitir a Castedo como director general (destitución que Alfonso Guerra califica de «ilegal») y proponer, en su lugar, al actual embajador de España en México, Eduardo Peña Abizanda, de quien hoy se publican ya biografías y comentarios. Entre las actividades desarrolladas hasta ahora por el embajador no figura ninguna que pueda relacionarse con el mundo de la televisión, pero no parece importar excesivamente esos detalles cuando se trata, como ahora, de posibilitar simplemente un mejor control de los medios de comunicación masivos. La evidencia no parece limitar a UCD. ■

17

Como tampoco limita a los procesados por el 23-F que niegan ahora su participación en los hechos. No son esas declaraciones las que nos preocupan porque lo evidente –que se sepa– no admite discusión. Otras cuestiones pendientes del 23-F quedan, sin embargo, ocultas. «Diario 16» las resume en un recuadro: «–Nada se dice de la trama civil y del centenar de paisanos investigados. El colectivo «Almendros» no aparece hasta el momento en el informe del fiscal ni en el apuntamiento del juez. Faltan las investigaciones en torno a la prensa de extrema derecha. Nada se dice de la participación del capitán Sánchez Valiente. Garchitorena y Montero no aparecen en los informes.» ■

18

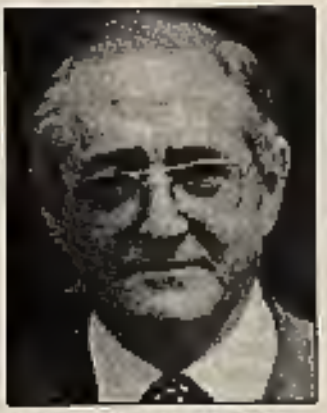
Raras son también las noticias que llegan sobre el caso de Almería: los abogados defensores de los tres guardias civiles informan del robo que han sufrido en su despacho y en el que han perdido el expediente. A pesar de la protección policial de que gozan, el robo parece cosa hecha. A juicio de los letrados, se trata de «un acto de vandalismo perfectamente organizado y ejecutado». ■

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

19

No está tan de acuerdo en esa versión el abogado de la acusación particular, Darío Fernández, que se sorprende de la facilidad del robo, sin forzar cerradura alguna y pese a la vigilancia policial; se sorprende también de la negligencia de los abogados defensores al tener tan a la vista la copia del expediente –copia y no original–, tras las tentativas de robos o llamadas amenazantes que los abogados defensores habían denunciado con anterioridad: «Todo me parece –dice– excesivamente perfecto.»

Ligerezas informativas. Así califica Cabo Sotelo el supuesto acuerdo PSOE-PCUS: «No creo que se pueda considerar seriamente ese pacto. Es una ligereza esa atribución y otra ligereza reproducirla en una hoja informativa». Se supone que después de estas declaraciones habrá broncas privadas en el seno de UCD, es decir, una más. En opinión de Oscar Alzaga, portavoz de la Plataforma Democrática, hay que reconducir UCD por las caminos del centro ya que el partido «está un tanto desviado de lo que fue su campaña propagandística inicial». Las discusiones internas de UCD continuarán estos días, centrándose básicamente en los temas relacionados con RTVE. Pío Cabanillas –defensor de Castedo– y Fernández Ordóñez han tenido ya un encuentro para discutir las posibles legislaciones de las televisiones privadas, origen fundamental, según el PSOE de los ataques recibidos por Castedo.



Antonio García de Pablos.

Ataca, y duramente, el abogado Antonio García de Pablos, al reclamar al Gobierno 2.000 millones de pesetas con destino a los intoxicados con el aceite adulterado. Hoy se ha producido la víctima número 99.

Y un escándalo: la agencia EFE ha difundido la noticia de que la copia del expediente sustraído en Almería ha sido, en realidad, vendida a una revista por dos millones de pesetas. Los abogados defensores califican de «intolerable, increíble, inaudito y usado» ese suceso, y Darío Fernández por su parte, considera que es «una provocación gravísima al poder judicial, pues pone en entredicho la responsabilidad de los funcionarios al atribuirles semejante cohecho.» ■

21

Y ya se acaba el verano. Comienza otra vez la actividad oficial: todo esto no ha sido más que un paréntesis de ocio. El Consejo de ministros se ha reunido por vez primera en la nueva temporada: ha reemplazado a los capitanes generales de Sevilla y Valladolid, ha prometido el libro blanco sobre la neumonía tóxica, ha solicitado dictamen al Consejo de Estado sobre el ingreso de España en la OTAN (contra cuya posibilidad el PSOE ha anunciado una campaña que debe comenzar el próximo día 1), ha ordenado, en fin, que siga la cosa. Mientras tanto, su propia fuerza ucedea continúa tambaleándose al tambalearse su unidad: para defenderla, UCD ha organizado una «comisión de salvamento» que trate de unir criterios de cara a las votaciones parlamentarias del otoño.

Y ahora sí, ahora se va uno de vacaciones. Las esclarecidas gentes que organizan el cotarro tendrán, sin duda, nuevas sorpresas que ofrecernos. Pero, mientras tanto, a broncearme el ombligo. Que el invierno es largo y esto no hay quien lo aguante. ■

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 98 TELS. 221 28 04 Y 05 MADRID-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre..... Apellidos.....

Domicilio..... Teléfono .....

Población..... D. Postal .....

Provincia ..... País .....

Suscribanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de .....

Deseo recibir los ejemplares por correo .....

Señalo con una cruz ☐ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ He enviado giro postal n.º ..... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 E. Estafeta Oficial - Madrid».

TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 años..	1.750	1.990	1.750
	2 años..	3.225	3.705	3.225
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año ..	2.990	3.590	3.618
	2 años..	5.450	6.650	6.506
AMERICA Y AFRICA	1 año ...	2.990	3.590	4.298
	2 años..	5.450	6.650	8.066
ASIA Y OCEANIA	1 año ...	2.990	3.590	4.698
	2 años..	5.450	6.650	9.266

● Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.
● Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de archivos mecanizados.
● TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestoría de suscripciones a revistas excepto con DPEC, S. A., de Madrid, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o a través de DPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

FENOSA

Atiende al desarrollo de Galicia
con su esfuerzo y dedicación para crear
las nuevas fuentes de energía que
demandará el crecimiento de su mercado.

Fuerzas Eléctricas del Noroeste S.A.

RARE
PRODUCT OF SCOTLAND
J&B
Nadie puede decir tanto
con dos letras.
J&B